NOE CASADO
EN EL PUNTO DE PARTIDA
ICE STAR, 2
esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota de la autora
Nota de la autora
Nota de la autora
Penúltima nota de la autora
Última nota de la autora (palabra)
Epílogo
Referencias a las canciones
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Ella me traicionó y yo le salvé la vida.

Nunca he hecho excepciones con nadie, solo con ella.

A cambio, le puse algunas condiciones.

Primera: jamás regresaría al país.

Segunda: no contactaría bajo ningún concepto con sus seres queridos.

Tercera: no podría llevarse ningún objeto de su vida actual.

Cuarta: se olvidaría de mí.

Ha pasado el tiempo y creo que no se ha saltado ni un requisito; no obstante, me voy a asegurar de ello, pese a la promesa que me hice a mí mismo de no volver a ponerme en contacto con ella.Durante los últimos meses he cumplido por obligación con mi parte, sin embargo, ella es mi debilidad.

Echaré la vista atrás, una última vez, antes de seguir con mi vida.

Porque lo de olvidarla es imposible.

En el punto de partida. Ice Star, 2

Noe Casado

Esencia/Planeta

Las mujeres reales apoyan a otras mujeres para triunfar,
las inseguras les ponen piedras en el camino

09.15, hora española
Martes, 18 de julio de 2017
Prisión provincial de Málaga
Alhaurín de la Torre

Ezra

El funcionario que me ha entregado mis pertenencias ha apartado la mirada. Durante mi estancia aquí la mayoría se han comportado de igual modo. Sabían muy bien quién soy y qué consecuencias tenía molestarme, por lo que se han limitado a mantener las distancias y cumplir con sus obligaciones, dejándome, eso sí, bastante margen de maniobra.

No me molesto en preguntar si está todo. Lo primero que hago es ponerme el colgante de la Virgen de Czestochowa y después las gafas de sol.

El funcionario me informa, de manera desapasionada, de que hay un autobús que me puede llevar hasta el centro del pueblo. Lo mando a la mierda.

Mi abogado me comunicó ayer por la tarde que me liberarían hoy. No han sido capaces de demostrar nada, pero los muy cabrones, empezando por el comisario, siguiendo por la fiscal y terminando por el juez, me han tenido más de año y medio en prisión preventiva.

El mes que viene me ocuparé de ellos, en cuanto conozca sus respectivas debilidades más a fondo; antes tengo asuntos personales que atender.

No he querido avisar a nadie. Solo el abogado, que me está esperando, sabe que por fin estoy libre y que, además, todo se ha acabado. Han archivado la causa contra mí.

Primero intentaron acusarme de ser quien ejecutó a la psicóloga de la policía; sin embargo, hubo muchos testigos y cámaras de seguridad que daban fe de mi presencia en el club. Así pues,

cambiaron de estrategia y me acusaron de ser quien dio la orden, y todo porque el comisario Saravia me la tiene jurada. No ha parado de remover cielo y tierra con tal de encontrar pruebas que me incriminen. Y, debido a sus contactos, yo me he comido más de año y medio de prisión. Pero ahora ya se acabó todo. He quedado libre y con ganas de devolverle la pelota. Por supuesto, con sus intereses correspondientes, pues sé que si bien el juez y la fiscal le siguieron la corriente, nada de esto hubiera ocurrido de no ser por el ex de Milena.

Y estoy dispuesto a ir a por él. No solo porque me partiera la cara el día que se presentó en el club a detenerme, sino también por ser un hijo de puta manipulador. Lo ha intentado todo, desde testigos falsos hasta pruebas amañadas. Pero le ha salido el tiro por la culata, mi abogado se lo ha ido desmontando todo.

Ah, también ayuda bastante la información nada elegante de la que disponía sobre ciertos cargos policiales, aunque se lo han tomado con calma y también tendrán su merecido.

—Aquí tiene, tal como me ha pedido —dice mi abogado entregándome las llaves de un coche, en concreto de mi Mustang.

—Gracias —contesto con sequedad—. Espero que haya cumplido su parte y nadie sepa que estoy fuera.

—Así ha sido, no se preocupe —me confirma, y pone cara de estar en desacuerdo. La de veces que ha intentado convencerme para que recibiera a Jenica o a Aniol—. Aunque no lo entiendo...

—Son cosas mías —lo corto, dejando implícito que no quiero seguir con la conversación.

Contacté con él porque sé que hace lo imposible por sus clientes. Su ética profesional es cuestionable y eso es justo lo que buscaba. No es barato, obviamente, pero ese detalle no me suponía ningún problema.

Desde la primera reunión quedé convencido de que era el abogado adecuado, no como la gilipollas de oficio que me asesoró cuando fui detenido.

—En breve recibirá el pago —le informo, porque parte de sus honorarios no los va a declarar y tengo que entregárselos en un maletín, a la vieja usanza.

—Lo sé, señor Wozniak.

—Y un regalito extra —añado, porque tengo pensado invitarlo a una de las salas Vip del Ice Star. Estoy casi convencido de que no me

traicionará, sin embargo, nunca está de más garantizarme su silencio, así que ese extra es en realidad una póliza de seguros.

—No es necesario —murmura.

Sé que está casado, pero como muchos tipos que pagan fortunas por follarse de manera creativa a una puta porque no se atreven a pedírselo a su esposa, no rechazará a una de las bailarinas del club.

—Insisto.

Al final el abogado asiente.

Junto al Mustang veo un taxi, así que doy por hecho que él puede regresar por su cuenta.

—Ah, una cosa más. —Lo detengo—. ¿Y el colgante?

—Ha sido imposible recuperarlo... —se excusa—. Su exmarido lo reclamó y el juez se lo ha concedido.

El puto colgante con la cruz ansada. Fue un error. Cuando Aniol me lo entregó, en vez de deshacerme de él lo guardé en mi escritorio. Como un mal recuerdo. Y el hijo de puta vengativo del comisario al registrar mi oficina lo encontró.

Y fue el maldito inicio de su persecución.

—Está bien —digo a modo de despedida.

No le voy a dar ahora más vueltas al asunto. A ese cabrón ya le tengo reservada una sorpresa, solo quiero dejar pasar unos días para que se confíe.

Con el comisario sé que el método habitual de ofrecerle putas para grabarlo todo no es posible, de ahí que deba pensar en algo más imaginativo. No voy a ser tan tonto como para abordarlo en una calle, descerrajarle un tiro y dejarlo tirado como a un perro. Sería rápido, sí, pero aburrido. Quiero ver cómo cae en desgracia. No hay nada más estimulante que un policía acusado por sus propios compañeros de corrupto y expulsado del cuerpo.

Arranco el Mustang, miro de reojo la bolsa que hay en el asiento del copiloto, en la que, según mis instrucciones, ha de haber dinero, ropa para cambiarme, útiles de aseo y un arma. Lo compruebo todo y salgo quemando rueda.

Conduzco sin importarme una mierda el límite de velocidad y recorro unos cuantos kilómetros sin un rumbo determinado. Aunque mi idea es ir al club, de momento prefiero estar solo.

Me detengo en un área de servicio con motel; no es nada del otro mundo, pero servirá. Solicito una habitación y el recepcionista me

mira raro, hasta que deposito sobre el mostrador un billete nuevo de doscientos euros junto con la documentación.

No hace más preguntas y enseguida me entrega la tarjeta de acceso.

Por fin puedo estar solo para ducharme, afeitarme y cambiarme de ropa sin ser molestado. Ah, y meneármela, porque necesito de alguna manera liberar tensiones.

Algo más relajado, aunque tampoco mucho, limpio el vaho del espejo y saco los útiles para afeitarme. Mi intención es también cortarme el pelo, porque durante todos estos meses me lo he dejado crecer. Con veintipocos años probé diferentes estilos más o menos acertados y de los que ahora, tiempo después, me río, pues algunos eran ridículos. Hasta que mi mentor, Bogdanov, literalmente me obligó a que mi aspecto fuera siempre pulcro, refinado. Nada de ir por ahí con greñas o cortes ridículos tipo futbolista. Aniol, que siendo moreno se hacía mechas rubias, también abandonó ese camino estético y optó, lo mismo que yo, por estilismos menos chabacanos.

Cuando estoy a punto de dar el primer tijeretazo me detengo, pues he cambiado de idea. Y lo mismo respecto a la barba. De momento seguiré con el mismo aspecto que en prisión; me servirá de camuflaje.

Sentado en el borde de la cama, enciendo el móvil, pero en vez de llamar a Jenica o a Aniol, me quedo con el teléfono en la mano y lo miro sin decidir qué cojones hacer.

Durante mi estancia en prisión solo los he visto en cuatro ocasiones y todas al principio, para organizarlo todo. Después me negué a que me visitaran. Mi único contacto con el exterior ha sido a través del abogado.

Ahora estoy fuera y debo retomar mi vida.

Pero primero voy a bajar a desayunar, después iré al club.

11.20, HORA ESPAÑOLA
MARTES, 18 DE JULIO DE 2017
RESTAURANTE ÁREA DE SERVICIO

Ezra

Por una de esas cabronadas del destino, cuando me siento con la bandeja del desayuno a una de las mesas veo la tienda de recuerdos y lo que primero distingo es un expositor de colgantes, entre los que destaca uno con la cruz ansada.

Una puta broma, pienso.

Seguro que es una baratija de fabricación china, que perderá el brillo tras una semana de uso.

Mientras mastico llego a la conclusión de que de alguna manera he de romper con el pasado. No fijarme en esas chorradas. Sin embargo, al cabo de nada estoy buscando joyerías en el móvil.

He apartado a un lado la bandeja sin acabarme el desayuno porque el café es lamentable y la tostada (a falta de fruta fresca) que he pedido ahora me da asco. Estoy pensando en ir a la joyería más cercana cuando una mujer se cruza en mi camino y me sonríe. También me muestra el escote. Me cruzo de brazos y espero a que haga el siguiente movimiento. Quizá solo quiera exhibirse.

No, busca algo más y, bueno, no es muy guapa, pero podría servir. Me pongo de pie y ella, sin andarse por las ramas, sugiere que vayamos a mi habitación, pero yo le propongo que a los aseos.

Accede y nos metemos en el de minusválidos, que es el más amplio.

Ella no pierde el tiempo, me toquetea por encima del pantalón y yo, a pesar de habérmela meneado en la ducha, tardo bien poco en empalmarme.

La aparto porque no me gustan sus métodos; quiere ir rápido y empiezo a sospechar por qué. Le doy la vuelta y acaba de cara a la pared. No quiero ver su cara, ni recordarla, porque aunque solo vaya a ser un polvo de desahogo, al ser el primero en mucho tiempo la memoria me puede jugar una mala pasada.

Le levanto la falda y entonces dice:

—Eh, por el culo es más caro.

Doy un paso atrás y ella me mira por encima del hombro.

—No me apetece follarme a una puta —le espeto confirmando mis sospechas, y ella se hace la ofendida.

—Oye, pues parecías muy necesitado —se mofa.

—¿Cuánto cobras? —inquiero solo para burlarme, y cuando me lo dice añado—: No vales ni la mitad, estoy seguro de que tienes que chupársela a viejos y babosos para llegar a fin de mes.

Levanta el brazo para arrearme un bofetón y yo le sujeto el brazo evitando que me pegue. A punto estoy de darle un buen tortazo para que espabile.

—Cabrón...

Sin perder un segundo la agarro del pelo, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Me acerco, no mucho, a su oreja, y le susurro amenazante:

—Lárgate antes de que cambie de opinión y acabes en un descampado pudriéndote al sol.

No dice nada y cuando se ve libre sale corriendo del aseo.

Yo me lavo las manos.

Al haber pasado estos meses entre rejas es normal que mi radar para detectar putas esté algo estropeado.

Me voy directo al Mustang y cuando maniobro para salir del aparcamiento la veo engatusando a un camionero. Detengo el coche a su lado, bajo la ventanilla y digo:

—No te fíes ni un pelo de ella, amigo. —Y para acabar de joderle el día, saco una de las invitaciones del Ice Star de la guantera y se la paso al tipo.

Siguiendo las indicaciones del GPS del teléfono, llego en veinte minutos a una joyería. Al entrar el de seguridad me impide el paso. El idiota de turno haciéndose el valiente. He dejado el arma en el coche, pero me costaría muy poco volver a por ella y amenazar a este gilipollas. No sería la primera vez que entro en un establecimiento armado. Me haría recordar viejos tiempos.

No voy a atracar una joyería, pese a que sería divertido.

—Aparta —susurro con voz amenazante.

—Lo siento, caballero, no puedo dejarle pasar —insiste.

Inspiro hondo y recurro a la forma menos escandalosa. Saco la cartera y, además de permitir que vea de reojo el dinero que llevo, saco un billete de cincuenta y se lo estampo en la pechera.

—Toma, hoy te ahorras las horas extra.

El muy imbécil lo mira al trasluz por si fuera falso. A veces un buen puñetazo es más eficaz, aunque hoy no estoy por la labor de ensuciarme las manos. Suficiente lo he hecho ya tocando a esa puta.

Ocurre lo predecible, el dinero abre puertas.

15.50, hora española
Martes, 18 de julio de 2017
Entrada privada
Ice Star Club

Ezra

Por fin estoy aquí.

Mi idea es subir al apartamento y encerrarme allí el tiempo suficiente para volver a ser el de antes. Eso implica llamar a una de las chicas, por tanto haré una parada en la oficina.

La tarjeta de acceso funciona, de modo que entro y me dirijo al ascensor privado, con el que subo a la tercera planta. Todo está igual. Nadie se ha atrevido a cambiar nada desde que me fui. Doy por hecho que mi oficina seguirá también intacta. Enseguida lo comprobaré.

Levantaré el teléfono y, con una sola llamada, tendré compañía femenina. Y a buen seguro se tratará de una nueva, porque en este tiempo han renovado a las bailarinas.

Una rutina que han mantenido. Las chicas, por norma general, trabajan dos años en un club y después se las cambia a otro establecimiento. No se puede aburrir al cliente. Estos pagan no solo por follar, sino también por la novedad, y eso implica renovar al personal.

Además, di orden estricta de que todas las que coincidieron con Milena debían traspasarse . Solo hice dos excepciones y liberé a dos de las chicas, pues sé que Olesia e Irenja ayudaron a la psicóloga y que cuando se encontró el cadáver se mostraron realmente afectadas. Ah, y supieron mantener la boca cerrada ante las preguntas de los periodistas. De estos tengo una lista de los que van a sufrir las consecuencias por entrometidos.

Admito que en parte liberé a las chicas para que mi hermana no continuara esa malsana relación con Irenja. Por los informes que le pedí a mi abogado hace seis meses, sé que ambas se fueron a sus respectivos países, donde podrán vivir con la generosa indemnización que les di.

De momento pospongo la idea de follar con una profesional que sabrá satisfacerme, al menos en el plano físico, salgo del despacho por la puerta principal y recorro el pasillo. A estas horas no hay mucha

actividad.

—¿Quién es usted? —me pregunta una voz impertinente a mi espalda.

Inspiro. Me vuelvo despacio y me encuentro a un tipo vestido con un traje barato y pinta de matón.

Otro imbécil. Qué día llevo.

—Vuelva a su puesto —respondo mostrándome conciliador, algo inusual en mí.

—Ni hablar, amigo —me espeta perdiendo los modales, e incluso tiene la desfachatez de sacar un arma y apuntarme—. Aquí no puede estar. Acompáñeme a la salida.

No me echo a reír porque perdería autoridad. Hoy desde luego me estoy encontrando con los más idiotas.

—Vas a dar media vuelta antes de que te meta esa pistola por el culo y apriete el gatillo —digo con calma—. Dudo que los médicos puedan reconstruirte el culo, cagarás de por vida en una bolsa de plástico y olerán tu mierda a distancia.

El muy imbécil, lejos de aceptar la sugerencia, mueve la pistola. Observo cómo le tiembla un poco la mano.

—Levante las manos. No me haga repetirlo.

Suspiro, mira que hay tontos con complejo de héroe.

En dos movimientos le arrebato el arma, quito el seguro y le apunto en la sien.

—A ver, imbécil —digo con voz calmada y peligrosa, porque no permito que nadie me hable en ese tono—, hoy ya he superado la cuota de gilipollas tocahuevos, así que vas a dejarme en paz. ¿Estamos?

—¡Cumplo órdenes!

—Ya sé que eres el lerdo de la familia —le suelto—. Antes os metíais a curas y ahora a seguratas, pero por última vez, vete a tomar por el culo.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta una voz que reconozco en el acto y él a mí—. ¿Ezra?

—El mismo —murmuro y dejo de apuntar al gilipollas, que me mira sin comprender y con cara de miedo.

—¿Señor Wozniak? —dice con un hilo de voz.

No me conoce, aunque ha oído hablar de mí. Ahora ya sabe que ha metido la pata hasta el fondo.

—Lárgate —le ordena Aniol muy serio, y el chaval se va sin rechistar.

Mi amigo me mira de arriba abajo. Él está como siempre, con traje, el pelo bien cortado y aspecto profesional. Nada que ver conmigo.

—Quiero a ese imbécil fuera ya mismo —sentencio, y él pone los ojos en blanco.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir tras meses de silencio?

No respondo y me dirijo al despacho, seguido, cómo no, de mi amigo.

Una vez dentro, me insiste:

—Estoy esperando una puta explicación, Ezra.

—No estoy de humor —replico, y me dejo caer en mi sillón—. Y menos para explicaciones.

Acaricio con las manos la superficie de mi mesa. Todo está tal como lo dejé. Solo han entrado para limpiar, porque no hay ni una mota de polvo.

Aniol se queda de pie frente a mí, con las manos en los bolsillos; no me va a dejar tranquilo.

—Con eso ya contaba, teniendo en cuenta tu comportamiento —me dice en tono acusatorio—. Y ahora te presentas aquí como si nada.

—Mira, mañana hablaremos cuanto quieras, pero hoy déjame en paz, joder.

—De acuerdo, aunque ya te podrás imaginar que aquí hay muchos asuntos pendientes.

—Tengo entendido que Jenica y tú os habéis entendido estupendamente —respondo, y a Aniol no le pasa desapercibido el sarcasmo.

—Tu hermana, aunque te joda admitirlo, es mucho más sensata que tú —me suelta sin alzar la voz.

—Traducido, que es manejable, ¿me equivoco?

Aniol esboza una sonrisa.

—Algún día te darás cuenta de que Jenica es, sin ningún género de duda, una persona que está muy por encima de nosotros dos. Espero que le agradezcas su trabajo al frente de todo como se merece.

—Por cierto, ¿dónde está? —inquiero, porque hoy no me apetece enfrentarme a ella.

—De viaje —contesta Aniol, y no disimulo mi alivio.

—¿Y cómo está tu mujer? —pregunto, no porque me importe, sino para que no siga cantándome las virtudes de mi hermana, que ya las conozco. No obstante, es imposible que ahora ella siga al frente de todo.

—Te importa una mierda cómo le va a Jana, pero ya que preguntas te diré que muy bien. Le daré recuerdos de tu parte.

—¿Algo más? —pregunto; tengo que ocuparme de otros asuntos.

—¿Quieres que llame al peluquero para que se ocupe de tu aspecto?

—No, llama a una de las chicas...

Es innecesario explicar el motivo. Aniol se pellizca el puente de la nariz y me mira censurador.

—Volvemos a los viejos hábitos... —comenta.

—Acabo de salir de prisión, mis prioridades son estas. No me pidas explicaciones ni me des la murga.

—Como quieras —dice, aunque ni se acerca al teléfono—. Hablamos mañana.

Por fin se marcha.

He de admitir que no me gusta estar a la greña con mi mejor amigo. Sé que mi actitud no es la más sensata, pero Aniol ha de comprender que llevo encerrado mucho tiempo y que antes de volver a mi vida quiero olvidar estos meses.

Y sé que en algún momento nos sentaremos a hablar delante de una buena cena, tranquilos y sin tensiones. Pese a que será difícil explicarle por qué no he querido verlo. Para él, que lo conozco, habrá sido una especie de traición a nuestra amistad.

Miro el portátil y me recuerdo que en breve deberé reunirme con los informáticos para revisar todos los sistemas. He aprendido la lección.

Utilizo el ascensor privado para subir a mi apartamento.

La idea de llamar a una de las bailarinas se queda en el tintero, pues al poner un pie en el dormitorio me doy cuenta de que olvidar no me resultará tan sencillo.

La caja fuerte principal está en el despacho, sin embargo, mandé instalar otra en mi apartamento, oculta tras la vinoteca. Un lugar en el que muy poca gente pensaría. De hecho, cuando registraron el club ni miraron ahí.

Muevo el mueble y accedo a la caja fuerte. Tecleo la

combinación, oigo el bip y se enciende una luz de led verde. En la pantallita aparece la palabra *OK* e, impaciente, abro la caja, de donde saco un pequeño maletín en el que guardé una tableta. Sé que está sin batería, así que la enchufo y espero a que se cargue.

Aprovecho para descorchar una botella y servirme una copa de vino decente, que llevo demasiado tiempo bebiendo meados, y eso que unté a varios funcionarios para que me sirvieran zumos naturales, vinos aceptables y comidas sin grasa. Disfruto del sabor y miro de reojo la tableta; aún no ha alcanzado el diez por ciento de carga.

Me rasco la barba, algo de lo que en breve me desharé. Igual que del pelo largo. No lo llevaba así desde los veinte años, cuando pensaba equivocadamente que era más moderno. Pero en prisión no quería destacar, pese a que todo el mundo sabía quién era y apenas he tenido problemas.

Por fin un veinte por ciento de batería; suficiente como para encender la tableta.

Respiro hondo y abro la única aplicación instalada.

Fue una decisión que tomé en el último momento. Una irresponsabilidad. No obstante, necesitaba de alguna manera tener la certeza de que ella se instalaba sin problemas.

Todo el proceso lo habíamos calculado Aniol y yo, sin dejar cabos sueltos. Pero fue inevitable que dudara de ella, temí que en el último segundo se pasara por el arco de triunfo mis instrucciones. O que cometiera un error. O peor aún, que volviera a traicionarme.

Y también porque quería verla una última vez.

De este recurso mío Aniol no tiene ni idea.

Según la diferencia horaria, allí son poco más de las tres de la tarde.

Veamos qué hace.

Introduzco el código de acceso y enseguida veo en la pantalla las diferentes imágenes que envían las cámaras. La última vez que me conecté, ella acababa de llegar y se había sentado en la terraza trasera, donde permaneció más de dos horas mirando el mar. Quise ver si lloraba, sin embargo no obtuve un primer plano de su cara.

Selecciono la cámara del salón y nada. La del pasillo tampoco. La del dormitorio y nada. Ni rastro de ella.

—¿Dónde cojones estás? —mascullo.

Otro sorbo de vino.

Tampoco está en el jardín delantero, las cámaras solo muestran la vegetación y la puerta del garaje.

En el cuarto de baño no hay cámaras, así que esperaré por si está ocupada.

Hago otro barrido, no vaya a ser que ya no esté en esa casa. Por fortuna veo evidencias de que allí vive alguien. Es una pena que no tenga audio.

Pasan los minutos y empiezo a inquietarme.

De repente veo un movimiento, la puerta del dormitorio pequeño se abre y aparece ella.

Ahí está...

Aunque... no está sola...

01.20, HORA PORTUGUESA
VIERNES, 21 DE JULIO DE 2017
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Cris

Un crujido.

A pesar del tiempo que llevo aquí, durante la noche siempre estoy atenta. Conecto el sistema de alarma y aun así no me fío.

¿Paranoia?

Probablemente, pero he aprendido a vivir con ella, a no dar por sentado que ya estoy a salvo. Y aunque resulte curioso, el paso del tiempo hace que me vuelva más cauta. Siempre he creído que, de querer hacerme daño, esperarían a que yo bajase la guardia, a que tuviese una falsa sensación de seguridad.

Apenas hay tráfico rodado y el sonido del mar es suave, así que cualquier otro ruido se distingue a la perfección.

Otro crujido...

No creo que sea el gato que de vez en cuando aparece. Le dejo comida en una esquina del jardín delantero. He querido adoptarlo, pero es un espíritu libre y aparece cuando le viene en gana.

No, el sonido que he oído no puede hacerlo un gato u otro animal. Alguien ha pisado la grava de la entrada.

Quizá me estoy preocupando antes de tiempo, sin embargo, me levanto y me pongo ropa deportiva encima del liviano camisón. No es la primera vez que actúo así, por eso lo tengo todo a mano.

Tras calzarme unas deportivas sin cordones, voy al dormitorio pequeño y saco a Ezra de la cuna, con cuidado de no despertarlo, ahora que por fin duerme toda la noche de un tirón. Lo llevo al armario y lo dejó allí, rodeado de almohadas, con su jirafa verde, y cierro la puerta corredera, pero sin llegar al final.

Regreso a mi dormitorio y saco el arma que guardo en el cajón. Me coloco junto a la puerta, bien pegada a la pared, y me asomo. Desde aquí puedo ver parte del salón, aunque no del todo la puerta principal, como desearía.

Respiro hondo y quito el seguro de la pistola. Diviso una sombra, hay alguien en la puerta principal. Siempre la cierro con llave, por eso no me sorprende que estén intentando manipularla.

Ha habido noches en que me he preocupado como ahora, aunque en ninguna ocasión anterior ha sido tan evidente.

Ya me han encontrado.

Tengo que mantener la calma, me repito.

Llevo el tiempo suficiente aquí para saber que esto iba a ocurrir tarde o temprano; no obstante, una siempre piensa que los preparativos nunca van a tener que ejecutarse.

La puerta se abre. Y sin romper nada, lo que indica que el intruso sabe muy bien qué se hace y que, por supuesto, viene a por mí.

No hay objetos de valor a la vista ni llevo una vida ostentosa, por lo que casi descarto que se trate de un ladrón cualquiera.

Me quedo quieta, a la espera, y me llevo una sorpresa enorme cuando se encienden las luces del salón. ¿Qué clase de intruso enciende las luces de madrugada cuando invade una casa?

Y no solo eso, el invasor entra en el cuarto de baño y oigo con claridad cómo levanta la tapa del váter y ¿se pone a mear?

Salgo con cuidado del dormitorio y, procurando no hacer ruido, voy hasta el aseo, alzo los brazos mientras sujeto bien el arma y apunto.

—Levanta los brazos y date la vuelta despacio —ordeno con tono amenazante.

—Si obedezco, te pondré el baño hecho un asco —replica el intruso con aire burlón.

—¡¿Ezra?!

Termina de orinar, se da la vuelta y se lava las manos; cuando acaba dice:

—Baja el arma.

Parpadeo porque es su voz, en cambio su aspecto... Parece un guiri después de una noche de desfase.

—¿Qué haces aquí? —pregunto alzando la voz.

—Guarda la puta pistola, joder.

Lejos de calmarme, me pongo más nerviosa, pues si ha venido es que algo ocurre.

No, no es eso.

Joder...

Doy media vuelta con intención de regresar al dormitorio y guardar la pistola en su sitio. Él se ha quitado la sudadera negra y me ha seguido, la tira encima de la cama.

—¿Dónde está? —pregunta serio.

Por supuesto, sé a quién se refiere, por eso me inquieto.

—Se supone que no te iba a volver a ver.

Sonríe de medio de lado y se cruza de brazos. No es el Ezra elegante y pulcro que recuerdo. Tampoco esta es la forma en que, en esos sueños absurdos que he tenido, se desarrollaba nuestro reencuentro.

La imaginación es una traidora y en varias ocasiones he imaginado que volvía a estar con él, que de forma mágica se solucionaba todo. Ezra dejaba de ser un proxeneta, traficante y matón para reunirse conmigo. Y yo abandonaba mis principios (que pisoteé unas cuantas veces mientras estuve con él) para vivir juntos.

Un puto cuento de hadas. Una mierda bien grande recubierta de purpurina, pero una no controla sus sueños.

—¿Dónde está? —repite con ese tono intimidante que recuerdo.

Lleva una camiseta azul marino y noto que ha adelgazado. No es que se haya quedado en los huesos ni parezca un tirillas, su altura lo salva de eso.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto, y siento una especie de *déjà vu*. Antes, cualquier conversación desembocaba en una discusión y probablemente acabábamos follando.

Arquea una ceja. No hace falta responder, salta a la vista que lo ha sabido todo el tiempo. Sin embargo, eso me plantea una duda...

¿Cada vez que oía un ruido era alguien espiándome? Y, ya puestos a dudar, ¿por qué ahora?

Ezra sale del dormitorio y entra en el otro. Se encuentra con la habitación infantil, pero la cuna está vacía. Me mira a la espera de una explicación y me llevo un pequeño chasco, no ha venido por mí.

Abro la puerta del armario, despacio. Él permanece a mi espalda, a saber qué se le está pasando por la cabeza. Por la mía cientos de emociones contradictorias. Nunca imaginé que llegaría este momento, pues hace ya meses que me resigné a vivir sola la maternidad.

Cojo en brazos a mi hijo, con el mismo cuidado que he tenido al esconderlo entre almohadas, y me vuelvo para que Ezra lo vea.

Se queda quieto, no se acerca, mantiene las distancias; lo oigo inspirar. Lo miro a los ojos y por primera vez desde que lo conozco creo ver algo de calidez en ellos. O quizá sea más bien una absurda esperanza de que sienta algo por el niño.

Pero enseguida recupera su frialdad e incluso me atrevo a decir que su mirada anuncia tormenta.

—Te dije que no quería tener hijos.

Su comentario me sienta igual que una patada en el estómago.

—¿Quién ha dicho que tú seas el padre? —siseo dolida.

Aunque ¿de qué me sorprendo? Ezra es incapaz de empatizar.

No ha cambiado ni lo hará.

Solo le falta pedirme una prueba de paternidad. Pues que se joda y piense lo que quiera. Además, ya da igual. Es mi hijo, decidí seguir adelante con el embarazo sin contar con nadie. No necesito un padre y mucho menos uno como él.

—¿Cuánto tiempo tiene? —inquiere, y como veo que no va a tocarlo dejo al pequeño en la cuna con suavidad.

Le hago un gesto a Ezra para que salga del dormitorio.

Una vez en la cocina, le digo en voz baja:

—Puesto que no tienes el menor interés por él, tu presencia aquí está de más. Así que puedes largarte por donde has venido y practicar tu mala leche y tus artes de ladrón barriobajero en otra parte.

—¿Esperabas acaso que viniera con un ramo de rosas y sonriendo, tras saber que me engañaste? —masculla, y sin pedir permiso abre el frigorífico.

—¿Perdona? ¿Que yo te engañé? ¡Y una mierda! —gruño, y él saca tan pancho algo de fruta y la deja sobre la encimera.

—Creo haber sido muy explícito sobre el asunto.

—¿Y por qué has tardado tanto en venir a recriminármelo?

—He estado ocupado.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Tengo mis recursos —responde evadiendo la cuestión.

No debería sorprenderme a estas alturas que me haya tenido controlada. Lo único extraño es que haya tardado tanto tiempo en aparecer.

—Ya, como descerrajar puertas de madrugada.

—Siempre viene bien recordar los viejos tiempos —señala, y se pone a comer la fruta.

Estoy tentada de quitársela de malas maneras, sin embargo, no es el momento de montar una escena y acabar a gritos.

—¿Por qué tienes esas pintas? —pregunto, y Ezra se encoge de hombros.

—Un disfraz para llegar hasta aquí —contesta.

—Pues podrías haber elegido otro, pareces un guiri en horas bajas.

—Muy graciosa —murmura—. Por cierto, necesito ropa limpia.

—Un afeitado y un corte de pelo —añado—. Te queda fatal la coleta.

—Mañana consígueme ropa.

—¿Estás de broma? No vas a vivir aquí conmigo.

—Hasta que resolvamos la situación, sí.

Abro los ojos como platos.

—¡No puedes quedarte aquí! —exclamo contrariada—. Es peligroso. ¿Qué pasa con el cuento de no volver a vernos?

—Tú te saltaste las normas al quedarte preñada, así que ahora asume las consecuencias —me espeta, y de nuevo abre el frigorífico para guardar lo que le ha sobrado.

—Es una decisión propia, no te incumbe.

—Milena, no me jodas...

—No te he pedido nada. En ningún momento. Tengo una vida aquí, la que, por cierto, tú elegiste para mí. Ahora no pretendas cambiarla.

Puede que se haya dejado barba y el pelo largo, pero su expresión es la misma de siempre, amenazadora. Trago saliva e intento reconducir la situación, porque de seguir así nos vamos a hacer mucho

daño.

—Pues te jodes, haber abortado como te dije —me recuerda.

Otro golpe bajo.

Me contengo porque soltarle un bofetón no es lo más inteligente, pese a que es lo que me pide el cuerpo.

—O, ya puestos, ¿por qué dejaste de tomar la puta píldora?

Inspiro hondo. Ezra tira a dar.

—Porque un mafioso me encerró sin posibilidad de llevar una vida normal y, como comprenderás, en casos de secuestro una no tiene la cabeza muy lúcida —arguyo—. Y además el mafioso odia los condones; eso sí, le encantaba follar.

—Y le sigue gustando.

—Qué sorpresa...

—No recuerdo que te quejaras tanto cuando te abrías de piernas —replica, y, mierda, siento un cosquilleo.

—Fue un secuestro —repito.

—No te secuestré, te protegí —dice marcando cada sílaba.

—Lo que tú digas. Y ya da igual, es mi vida, es mi hijo y tú te largas.

Ezra me mira, sin duda se está conteniendo para no recurrir a sus mañas de matón e intimidarme. Pero de repente hace algo que me descoloca un poco, se pellizca el puente de la nariz y resopla. Da la impresión de estar cansado.

—Esta noche puedes dormir aquí —digo y por si acaso añado— : En el sofá. Voy a por una almohada y una manta.

—Todo esto lo pago yo, así que dormiré en la cama —sentencia —. Llevo cuarenta y ocho horas de mierda viajando, para acabar durmiendo en un sofá.

—¡Ni hablar! No pienso acostarme contigo.

Al escuchar esto último esboza esa media sonrisa de cabrón arrogante que tanto he recordado y añade:

—Tranquila, vengo molido. Por muy cachonda que te hayas puesto al verme, hoy no te follaré.

Y dicho eso, sale de la cocina y se va al cuarto de baño, dejándome perpleja y confundida. Y mucho más cuando oigo el ruido del agua.

Se está dando una ducha.

08.10, hora portuguesa
Viernes, 21 de julio de 2017
Rua Jorge de Freitas
Porto Santo (Portugal)

Cris

A pesar de haberme acostado a las tantas y con un inesperado compañero de cama, me despierto como cada día al oír a mi hijo. Desde que lo tuve por primera vez en mis brazos, estoy siempre pendiente de cualquier cosa, lo que supone que mis horas de sueño sean más bien escasas.

Ezra ha dormido en mi cama y ha cumplido su palabra de no tocarme, aunque en estos momentos está pegado a mi espalda y rodeándome con un brazo. Supongo que ajeno a todo. Pero ahora mi prioridad es otra, así que me libero de su abrazo, paso por alto un murmullo de protesta, junto con un intento de meterme mano, y me dirijo al dormitorio de mi hijo.

—Ven aquí, granujilla —canturreo, mientras aparto la mantita naranja para sacarlo de su cuna.

El niño hace un puchero, aunque enseguida se le pasa el enfado al tenerlo yo en brazos. Lo dejo sobre el cambiador y me inclino para oler el pañal. No me sorprende que esté con cara de disgusto.

Cojo un pañal limpio y todo lo necesario, y me dispongo a cambiarlo cuando oigo a mi espalda:

—Joder, qué mal huele.

—Es caca, no agua de rosas —digo, y limpio al niño con cuidado.

Ezra se acerca y se queda a un lado, observando. No se ha molestado en vestirse y va solo con los bóxers. Sé que no debería, pero pese a ello lo miro de reojo y compruebo algo que ya intuí anoche, que está más delgado. Y no lleva su colgante.

Eso me da que pensar, aunque no le preguntaré dónde está su Virgen de Czestochowa, pues creerá que me importa. Y sí, me importa, y por eso es mejor que no se percate de ello.

Cuando mi bebé está limpio hago una bola con el pañal sucio y lo dejo a un lado. Ezra vuelve a poner cara de asco, pero yo, ajena a su presencia, me dedico a hacerle carantoñas al niño, le doy besitos en la barriga, juego con sus pies o hago ruiditos para hacerlo reír.

—¿Te queda mucho? —me interrumpe Ezra con su tono más impertinente—. Tienes que ir a comprarme ropa.

—Ve tú, que ya eres mayorcito.

—¿Y para qué estás tú?

—Es una broma, supongo —replico, y me dispongo a vestir al niño.

Lo ignoro, es lo mejor. Una vez que termino, lo cojo en brazos, susurrándole un sinfín de tonterías; tengo que prepararle el biberón. Ezra viene detrás de mí y me está poniendo de los nervios. Observa cada uno de mis movimientos y me da la impresión de que está hasta celoso. No deja de fruncir el cejo.

—Si quieres desayunar... —digo, señalando la cafetera—, sírvete tú mismo.

—Como anfitriona dejas mucho que desear.

—Nadie te ha invitado.

Masculla algo que no llego a entender, pero me da igual. Yo termino de darle el biberón al niño y espero a que eche los gases.

Dejo a Ezra en la cocina y me voy al dormitorio. Tengo que prepararme para salir a dar un paseo, como todos los días. Coloco al niño sobre la cama y saco ropa limpia del armario. Desde que estoy aquí apenas me molesto en arreglarme, así que elijo unos *leggins* grises efecto cuero, un blusón color ceniza, deportivas blancas y, como sigo llevando el pelo corto y teñido de castaño oscuro (aún no me he atrevido a recuperar mi tono natural), apenas tengo que peinarme.

El cochecito está en la terraza trasera, a la que se accede desde el dormitorio. Compruebo que llevo todo lo necesario y coloco al niño, con jirafa verde incluida; ya estamos listos para salir.

—Te he hecho una lista —me dice Ezra con sequedad cuando paso por el salón empujando el carrito en dirección a la calle.

La agarro de malos modos y la leo por encima ante de replicar:

—Veré qué se puede hacer.

Mi idea es tirarla en la primera papelera que encuentre. Me trata como si fuera la asistenta. Si al menos fuera educado, podría hacerle el favor.

—¿Vas a ir andando?

—Pues claro, tengo que mover el culo.

—No tardes —se despide, y le levanto el dedo corazón.

09.35, hora portuguesa
Viernes, 21 de julio de 2017
Rua Jorge de Freitas
Porto Santo (Portugal)

Ezra

Por fin se ha largado.

No veía el momento. Que si preparaba el cochecito, que si se vestía, que si guardaba pañales y no sé cuántas mierdas más para el niño.

Joder, es que por más que intento asimilarlo, no puedo. Ha sido verlo y recibir un puñetazo en el estómago. De ahí que me resulte imperativo estar a solas en esta casa. Por dos motivos: el primero, asimilar que sí, que en efecto la muy hija de puta se largó preñada, pese a haberle repetido mi opinión al respecto, y segundo, aun sabiendo que Milena no me mentiría quiero comprobar por mí mismo que el crío es mío.

Ah, y por supuesto controlarme, porque volver a verla ha hecho que en mi interior se acumulen un montón de sentimientos, y no todos buenos. Creo que de entre todos destacan la rabia y la admiración, porque ha salido adelante sin la ayuda de nadie. Ni siquiera la mía.

Obviando, por supuesto, el apoyo financiero. Pero muchas, aun teniendo una cuenta bancaria holgada, serían incapaces de espabilarse.

En más de una ocasión pensé que ella se vendría abajo y se pondría en contacto conmigo o incluso con el cabronazo de su ex.

Pero no lo ha hecho.

Y sí, esta noche, al compartir cama, he tenido la tentación de follármela; sin embargo, estaba tan molido que apenas apoyé la cabeza en la almohada caí rendido. Y esta mañana ese crío la ha sacado de la cama antes de que pudiera tirármela.

Espero unos minutos tras la marcha de Milena (lo siento, lo de que en realidad se llame Cristina sigue escociéndome) por si decide dar media vuelta y me pilla en pleno proceso de registro.

Si le he mandado comprarme ropa y otras cosas ha sido como excusa, yo mismo podría haberlo encargado, pero me resultaba imperativo sacarla de la casa.

Han pasado ya más de diez minutos, así que abandono la cocina, miro por la ventana y, tras una parada rápida en el aseo, me dirijo al dormitorio principal.

La gente es previsible, algo que aprendí cuando era joven y, junto con Aniol, entrábamos en casas para pillar lo que pudiéramos, y el noventa y nueve por ciento de las veces encontrábamos el dinero y las joyas en el dormitorio principal. En este caso no busco bienes que luego vender para sacar dinero, sino documentos.

Voy primero a la mesilla de noche, donde vi cómo Milena guardaba la pistola. La examino y sí, está cargada. La dejo tal como estaba, ocupándome, por supuesto, de limpiar mis huellas.

En el cajón encuentro además un paquete de toallitas de bebé y un vibrador amarillo de doble cabezal. Joder, no se priva de nada. Sujeto entre mis manos el puto cacharro y lo enciendo. El zumbido me molesta, así que lo apago y después le quito las pilas antes de dejarlo en el cajón.

Me consolaré pensando que no folla con nadie.

No encuentro nada interesante, por lo que voy a la cajonera que hay junto a la ventana. Ropa interior bastante desordenada en el primer cajón. E insulsa, la verdad. Quizá deba ver el lado positivo y es que no tiene amantes para los que arreglarse. Su aspecto esta mañana al salir era bastante vulgar, casi de mercadillo, y aun así se me ha puesto dura y he querido arrancarle la ropa para follármela inclinada sobre la encimera de la cocina. Esos *leggins* no parecían muy resistentes.

Continúo registrando. Ya tendré tiempo de follar, ahora he de aprovechar cada minuto que ella está fuera. No encuentro nada que me llame la atención, nada de ropa sexi, todo *leggins*, camisetas grandes y sudaderas baratas. Desde luego, si cualquier otra dispusiera de la cuenta corriente de Milena, gastaría con un poco más de entusiasmo y gusto. No hay nada de marca.

Encuentro una pequeña caja fuerte anclada en un lateral. Una mierda de caja fuerte, para ser exactos, de esas de ferretería. Solo un panel digital numérico. Enciendo la linterna del móvil e ilumino el teclado. Desde luego, quién me iba a decir a mí que al cabo de los años recurriría de nuevo a lo aprendido en las calles.

Probaré las dos combinaciones más estúpidas, cuatro ceros, que suele ser la original de fábrica. No se abre. Después introduzco uno,

dos, tres, cuatro y sí, ¡bingo! La luz verde se ilumina y giro el pomo. Sonrío, la gente es tan predecible que a veces le quitan la gracia a la idea de robar.

Dentro hay una caja de galletas metálica, la saco y la abro para examinar el contenido. Lo que me encuentro es como poco desconcertante. Una nota en la que Milena ha escrito:

—«Suerte la próxima vez». ¡Qué hija de puta! —exclamo, y sonrío; muy a mi pesar, me siento orgulloso.

Es evidente que en el dormitorio principal no ha escondido nada importante. La caja fuerte es un buen recurso para despistar. Si alguien entrara en la casa, al verla perdería bastante tiempo en abrirla, pensando que en el interior hay algo de valor.

Procuro dejarlo todo tal como estaba y me dirijo al cuarto del niño. Lo ha decorado de forma sencilla, color crema, muebles blancos. No hay nubes pintadas en la pared ni cortinas de arco iris. Se agradece. Ahora bien, los peluches son otro cantar.

En el armario está la ropa del crío, no mucha, la verdad. Por alguna razón que no llego a entender, gasta muy poco.

No encuentro nada relevante, reviso el cambiador y tampoco. Solo queda la cuna. *A priori* es una bastante común, nada en ella llama la atención. Milena es lista, todo es tan normal que despista. Incluso podría dejar un fajo de billetes casi a la vista y nadie lo detectaría. O más retorcido aún, entre los pañales usados. Yo, desde luego, no tocaría eso ni loco.

Levanto el colchón y *voilà*, bajo las láminas del somier veo un maletín. Quizá me encuentre otra broma o quizá no.

Me cuesta un poco hacerme con él y cuando lo consigo veo que tiene una combinación numérica. De tres cifras. Dudo que haya utilizado uno, dos, tres, así que mando a la mierda cualquier técnica fina de apertura y voy a la cocina a por un cuchillo.

Tardo muy poco en hacer saltar el cierre.

Lo primero que veo es una carpetita y debajo un montón de dinero. No voy a contarlo, entiendo que quiera disponer de efectivo. Me llama la atención que también haya dólares americanos y libras esterlinas. Yo habría hecho lo mismo, cuanto menos rastro se deje de los gastos, mejor. Y mucha previsión, por si acaso.

Lo que más me interesa son los documentos, así que saco los papeles de la pequeña carpeta. El pasaporte de Milena, a nombre de

Cristina Perestrelo, un nombre que todavía me recuerda la traición. Otro pasaporte, el del niño, lo que quiere decir que, en caso de emergencia, puede viajar sin problemas. Y por fin veo la partida de nacimiento del crío. Nació el dieciocho de junio de 2016, por lo que así, echando cuentas rápidas, debió de quedarse preñada en septiembre, así que con toda probabilidad yo soy el padre. A no ser que se follara a alguien nada más llegar a Porto Santo, algo que no me cuadra. Dudo que en aquellos momentos tuviera ganas de echar un polvo con un extraño.

—Ezra Perestrelo. —Digo el nombre del niño en voz alta.

Es lógico que lo haya registrado con su apellido, no me molesta; ahora bien, me jode que ni siquiera haya considerado el mío.

Ya sé que ahora sería como lanzar una bengala, sin embargo, en el futuro tendrá que reconsiderarlo. Lo que me lleva a pensar que es hora de hacer ciertos cambios.

De momento voy a guardarlo todo.

Me pongo cómodo en el salón con un álbum de fotos que he visto y hojeo el contenido. Hay fotos de ella embarazada, siempre sola, en diferentes escenarios de la isla. También guarda en este álbum las imágenes de las diferentes ecografías y en cada una de ellas ha escrito la fecha. Supo que estaba embarazada, con total seguridad, a principios de noviembre de 2015.

Es evidente que yo soy el padre.

—Joder —mascullo.

No sé, sentía la malsana necesidad de creer que ella me había engañado. Considerarla una mentirosa es algo más fácil de manejar para mí. Pues no, es cien por cien cierto. La muy hija de puta se largó embarazada y no tenía intención de decírmelo.

Solo por curiosidad continúo revisando las fotos. Veo una de mala calidad hecha en el hospital y fechada el dieciocho de junio, el mismo día del nacimiento. Después una sucesión de fotografías del niño, solo o con ella, pero en ninguna aparece otra persona. Lo que indica que ha estado aislada todo el tiempo. Por lo visto ha seguido a rajatabla mis indicaciones, de lo que me alegro. Después de tantos esfuerzos, si se hubiera dedicado a ir de aquí para allá con uno o con otro, en definitiva, a llamar la atención, desde luego me hubiera puesto en un compromiso, pues, salvo Aniol, nadie más está al tanto de que ella sigue viva.

No suelo ser un hombre dado al sentimentalismo, pero ante muchas de las imágenes del pequeño Ezra sí experimento una leve emoción.

Se me pasa por la cabeza la arriesgada idea de llevarme al niño. Nadie tendría por qué sorprenderse, ni tampoco creo que se atreviesen a preguntar por la madre.

Desde el punto de vista logístico no sería muy difícil de llevar a cabo. La casa está apartada (por eso la elegí en su momento), las medidas de seguridad no son ningún desafío, pues la alarma, como casi todas, es fácil de manipular de forma remota, aunque Milena..., bueno, a ella quizá tendría que despistarla de alguna manera.

Siempre hay drogas. Y no me refiero a engañarla para que las tome, sino a esconderlas (más o menos) en la casa y dar un chivatazo.

Al fin y al cabo ella me engañó al quedarse embarazada y sería la mejor forma de vengarme.

No, definitivamente no puedo hacerle algo así. Y es raro que yo considere anteponer el bienestar de otra persona a mis deseos. Pero en este caso todo es muy diferente. No hay más que mirar las fotos. Salta a la vista que gracias al niño Milena sonríe, que lo es todo para ella. La prueba es cómo lo ha protegido.

Pero se me plantea otro dilema.

Durante mi estancia en prisión en ningún momento consideré la posibilidad de volver a verla, o en todo caso frente a frente. En cambio, ahora todo es diferente. No puedo regresar a mi vida como si nada.

17.45, HORA PORTUGUESA
VIERNES, 21 DE JULIO DE 2017
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Cris

—¿Dónde cojones has estado?

—Por ahí...

No le levanto el dedo corazón porque tengo las manos ocupadas metiendo el carrito junto con las bolsas y Ezra, aparte de saludarme de

forma impertinente, no mueve ni un dedo. Me mira cruzado de brazos, esperando a que yo le dé un detallado informe de mis actividades.

Pues va listo.

Aunque esté con los vaqueros desabrochados, desnudo de cintura para arriba, su pelo rubio recogido en una coleta y mirada de malote, no voy a sucumbir.

Ni hablar.

No voy a sucumbir. Ese debe ser mi mantra y el que me he ido repitiendo mientras empujaba el carrito por el paseo, en la piscina, y mira que es difícil pensar con el maldito gorro de baño, mientras miraba ropa para él, mientras comía sola en un sitio adonde suelo ir, y de regreso a la casa, dando un rodeo, perdiendo el tiempo, porque me niego a obedecer.

Y sí, para jorobarlo.

Voy a añadir algo más al mantra: que se joda.

Eso es, no voy a sucumbir y que se joda.

Si su aparición ha sido desconcertante, aún lo es más su aspecto y ya no digamos su actitud. Bueno, en esto último nada ha cambiado, no sé de qué me sorprendo.

Dejo las bolsas junto al sofá y me dirijo al dormitorio para acostar al niño, que viene dormido. No me extraña, en la piscina se lo ha pasado en grande.

—¿Por ahí? —repite Ezra, siguiéndome en plan controlador.

—Cosas mías. ¿Esperas acaso una explicación?

—Te has largado a primera hora y yo diría que para comprar cuatro cosas tenías tiempo de sobra.

Acuesto a mi hijo en la cuna. No voy a pegar voces delante de él e interrumpir su sueño. Activo el transmisor y le hago un gesto a Ezra para que salga.

—Vamos a ver, Don Inoportuno, aquí tengo mi vida, mis horarios y mis asuntos. Si no te gusta —le señalo la puerta—, ya estás tardando.

—Tienes una vida porque yo lo permití —me recuerda con mala leche.

—Haberme dejado morir en la bañera —replico, y su mirada se vuelve más fría.

Desde luego, Ezra es único siendo un cabrón. No son solo las palabras que dice, sino el tono. Y lo que más me joroba es que me

afecta, me duele que estemos discutiendo; sin embargo, no le voy a permitir que venga a estropear mi paz. Llevo muchos meses viviendo sola, saliendo adelante aislada, cruzando apenas cuatro palabras con la gente de aquí, como para ahora soportar sus reproches.

—Debería haberlo hecho —murmura.

—Vete a la mierda.

Lo dejo en el salón con las bolsas de la compra, ni me molesto en preguntar si las prendas que he comprado son de su agrado. Que se joda, por cabrón. ¿Cómo puede hablarme de esta forma?

Una cosa es ser rencoroso, pero Ezra está siendo cruel, y de manera intencionada. ¿Tan malo es que haya tenido un hijo? ¡Si ni siquiera le he pedido ni le pediré responsabilidades!

Estoy tentada de encerrarme en mi dormitorio, pero sé que no me es posible, pues no estoy sola, debo vigilar a mi hijo. Así que pongo música, *Canção do mar*. La relajante voz de Dulce Pontes ayudará a tranquilizarme y de paso practico el portugués, con el que si bien me defiendo, a veces meto la pata, y eso que voy una vez a la semana a clases.

Poco a poco me sereno, un estado que me dura más bien poco, ya que enseguida oigo sus pasos. Dudo mucho que venga a disculparse. Ezra no pide perdón aunque le vaya la vida en ello.

—¿Toda la mañana para esto? —pregunta entrando en el dormitorio y mostrándome el par de vaqueros y otras prendas que le he comprado.

Para no tener que mirarlo, me acerco hasta el armario y le doy la espalda.

—Pues si no te gusta, vas tú y compras lo que te venga en gana —replico sin darme la vuelta, mientras finjo estar buscando entre mi ropa.

Entonces me doy cuenta de que alguien ha movido las perchas, no están tal como yo las dejo siempre y eso quiere decir que Ezra ha hurgado entre mis cosas.

Además de cabrón, desconfiado, pienso, aunque me muerdo la lengua porque prefiero que crea que no sé nada. Ha tenido tiempo suficiente para buscar por toda la casa y tonto no es, así que lo más probable es que haya encontrado el maletín con mi pasaporte (falso) los documentos del niño y el dinero en efectivo que he ido acumulando desde que llegué aquí. Pequeñas cantidades que he

retirado de la cuenta para no llamar la atención, incluso me he preocupado de tener hasta dólares.

No sé cómo he llegado a convertirme en una paranoica, pero sí sé quién ha sido el culpable.

—¿Estos productos son hipoalergénicos? —pregunta, sacando la espuma de afeitar, el *aftershave* y las cuchillas desechables.

—No lo sé —digo, porque he comprado lo más barato. No porque el dinero sea un problema, sino para que se joda, así de claro.

—¿Estás llorando?

Lo ignoro, es lo mejor. Ezra sabe cómo hacer daño. Empezando por su presencia aquí. Sigo sin entender por qué ha venido y, por supuesto, me preocupa, ya que sé que no es fruto de la casualidad. Algo ocurre, no dejo de darle vueltas.

—Milena...

—Que no me llames así, joder —protesto, e intento apartarme cuando siento que se sitúa a mi espalda—. Y no me toques.

Como siempre, se pasa por el forro cuanto le digo y coloca las manos en mis caderas. No contento con eso, intenta colar una dentro de mis *leggins*.

—Hueles a cloro —murmura.

Le clavo las uñas en la muñeca para que no continúe, pero de nada me sirve. Como siempre, el dolor lo excita y mi resistencia mucho más.

—He estado en la piscina. Aparta, Ezra.

—No. Dime por qué lloras —insiste, y consigue llegar a mis bragas—. Aunque la verdad, me importa una mierda.

—Vaya novedad —mascullo retorciéndome para liberarme; sin embargo él, ante mi resistencia, se viene arriba y me presiona aún más con su cuerpo, impidiéndome cualquier movimiento.

—Pero puedo hacer que te relajes —susurra.

Esa voz sugerente no me engaña.

—¿Para eso has venido? ¿Para follar?

—Entre otras cosas —replica, y me muerde la nuca.

—Pues te informo que has hecho el viaje en balde.

—¿Con cuántos te has acostado desde que estás aquí? —inquiere con ese tono arrogante que nunca he podido olvidar y que, a pesar de producirme rechazo, también me excita.

—Eso no es de tu incumbencia —le espeto, y él se vuelve más

agresivo, pues me mantiene inmovilizada y al mismo tiempo me baja los *leggins*.

—Joder, ¿qué llevas puesto? —pregunta con tono de fastidio mientras me soba por encima de las bragas—. Vistes igual que una abuela.

—Ropa interior cómoda. Aparta.

—Haré un sacrificio —dice con condescendencia— y te follaré igual.

—Ya tengo a alguien que se ocupa de eso con regularidad —miento, porque desde que estoy aquí ese alguien se llama «vibrador» y se apellida «doble cabezal».

—Me extraña que alguien quiera hacerte un favor si llevas ropa interior como esta.

Comienza a bajarme las bragas y reconozco que su intimidación y sus malas maneras me ponen cachonda. Él lo sabe. Yo también. Y pese a que la lógica dicta mandarlo a paseo, jadeo cuando mete un dedo entre mis nalgas y me roza el ano.

El mantra empieza a tambalearse.

Cierro los ojos. Oh, joder, mierda. Una no es consciente de cuánto necesita las caricias de un tipo hasta que carece de ellas.

—Eso es, disfruta como la perra en celo que siempre intentas ocultar.

¿Qué le replico yo a semejante frase?

—¿Aún no se te ha caído la polla a cachos de tanto follar a pelo por ahí?

—Llevo bastante sin echar un polvo —murmura.

—¡Ja! Cuarenta y ocho horas no se considera un período muy largo.

—Cállate. No sabes de qué hablas —sentencia.

Su tono autoritario me cabrea y, a pesar de todo, cuando desplaza una mano hacia mi sexo y de golpe me mete dos dedos, jadeo dándole la puta razón. Ezra adelanta las caderas y se frota contra mi culo desnudo. Siento lo duro que está, junto con la aspereza de sus vaqueros.

—Así me gusta, mojada, cachonda, ansiosa por que te la meta de golpe —musita sin dejar de masturbarme—. ¿Me has echado de menos?

—Parece que es recíproco —digo controlando los gemidos—.

Aunque en tu caso, con tantas chicas a las que someter a tus caprichos de mafioso salido, dudo que...

—No tienes ni zorra idea de cómo ha sido mi vida estos meses —me interrumpe, evidenciando su cabreo ante mis comentarios.

Estoy cerca de correrme, ambos lo sabemos, y justo en este instante oigo por el receptor que mi hijo se está despertando. Siempre hace una especie de ruiditos antes de llorar. Así que de un plumazo se me baja la libido.

—Aparta, el niño va a llorar —ordeno, empujándolo con el trasero.

—Ni hablar. Que se espere. Ahora es mi turno de disfrutar y un mocoso no me lo va a estropear.

—Ezra, apártate o no respondo —lo amenazo cuando oigo el llanto del bebé.

—No —dice y acelera el ritmo de sus dedos dentro de mi sexo.

—¡Que te apartes, joder! —exclamo, y como no me hace caso utilizo la única arma a mi alcance. Él lleva chanclas y yo deportivas, así que le doy un pisotón, dejándole los dedos del pie derecho bien marcados.

—¡Hija de puta! —me insulta apartándose.

Y no solo eso, me fulmina con la mirada. Una amenaza sin palabras.

Mi hijo llora y sé que debo atenderlo; sin embargo, antes voy a dejarle claro a Ezra un asunto. Estiro el brazo y le agarro las pelotas.

—Nadie, ¿me oyes bien?, nadie, y menos tú, está por encima de mi hijo. —Aprieto un poco más—. Grábatelo en tu cabeza de mafioso.

—Más fuerte —dice, sonriendo de medio lado.

—¿Cómo?

—Que me retuerzas las pelotas con más fuerza, Milena. Eso me pone muy cachondo.

—No me llames Milena. Y vete a tomar por el culo.

Salgo del dormitorio y voy directa a ver al niño.

Me lo encuentro llorando y me inclino en la cuna para calmarlo. Nada más detectar mi presencia, se tranquiliza un poco.

—Ay, bribón ¿tienes hambre? —Lo cojo en brazos y deja de llorar.

Me dirijo a la cocina y lo acomodo en su sillita. Le dejo su jirafa verde y me dispongo a prepararle la merienda.

—¿Qué guarrada es esa que le estás preparando al crío? —pregunta Ezra mientras utilizo la batidora.

—Un puré de fruta con galletas, como se ha hecho toda la vida.

—Yo no recuerdo haber merendado eso nunca —comenta, y mete el dedo dentro del vaso de la batidora para probar el puré.

—A ti debieron de darte comida radiactiva para crecer tanto —afirmo con sarcasmo.

—Quizá, no lo recuerdo. De lo único que me acuerdo es de que en el orfanato más bien nos racionaban los alimentos.

Trago saliva, había olvidado su infancia.

Ezra se acomoda en uno de los taburetes y se queda callado, observando cómo merienda su hijo.

La escena parece de lo más cotidiana, si no fuera por todo lo que ha ocurrido hasta llegar aquí. Ya sé que es una estupidez, sin embargo, le pregunto:

—¿Quieres dárselo tú?

Él niega con la cabeza y de nuevo detecto en su mirada algo diferente. Quizá sea yo, que aún tengo la vana esperanza de que Ezra acepte a su hijo.

No obstante, vuelvo a darme de bruces con la realidad, pues se levanta y se larga de la cocina sin decir nada.

00.35, HORA PORTUGUESA
SÁBADO, 22 DE JULIO DE 2017
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Ezra

Milena finge que está dormida.

Yo le acaricio el muslo de forma distraída.

Estoy mostrándome mucho más paciente de lo que es habitual en mí. ¿La razón? Pues, sinceramente, no lo tengo muy claro. Para empezar, es bastante difícil abordarla estando ella todo el tiempo pendiente del niño. Toda su atención es para él.

Entiendo que un bebé necesita cuidados, pero la dedicación que le dispensa me parece excesiva.

Suspira y se mueve hacia el borde de la cama, manteniendo las distancias. A este paso va a terminar cayéndose, pues a cada centímetro que se distancia yo me arrimo más.

Esta situación es absurda, no recuerdo haber perdido el tiempo de esta manera cuando he querido follarme a una mujer.

—Deja de fingir y ábrete de piernas —musito.

—Esta frase para echar un polvo no la conocía. Estoy más acostumbrada al chasquido de dedos —replica en voz baja, y, por supuesto, no obedece—. De ahí mi desconcierto.

—Me gusta innovar. Abre las piernas.

—No me apetece. Estoy molida. Otro día.

Ya contaba con sus ridículas excusas.

—Deja de mentir, que estás cachonda a más no poder —afirmo, e intento meter la mano entre sus muslos, aunque ella hace fuerza, impidiéndomelo.

—Ya me he ocupado yo en la ducha. Gracias por tu interés.

—Mientes de nuevo, el cacharro ese que escondes en la mesilla no ha salido del cajón.

—¿Has registrado mis cosas?

—Sí —respondo, pues no merece la pena disimular. Tonta no es —. Y, tranquila, no he cogido nada.

—Muchas gracias —me espeta.

—De nada. Y ahora, venga, deja de hacerte la estrecha y vamos a pasar un buen rato.

Milena se da la vuelta, aunque sigue sin permitirme el acceso a su coño, algo que resolveré en breve.

—Ezra, al menos podrías esforzarte y seducirme.

—Ahora chorradas feministas no —mascullo, y me coloco de costado con el fin de maniobrar mejor.

—Órdenes retrógradas tampoco.

—Deja de tocarme los huevos...

—Qué más quisieras.

Como esta conversación no va a ningún lado y ya estoy harto, me abalanzo sobre ella y la inmovilizo con mi cuerpo. Antes de que me dé un bofetón, le sujeto las muñecas y le elevo los brazos por encima de la cabeza.

—No solo quiero que me toques los huevos, también que utilices la lengua y la boca. Pero como hoy estás tan peleona, mejor follamos

de manera más tradicional.

—¿Perdona?

—Sí, ya sé que te encanta recibir azotes en el coño, ponerte a cuatro patas y gemir mientras te penetro y al mismo tiempo te meto un dedo en el culo, pero esta noche iremos a lo básico.

—¿Tienes condones? —me pregunta con guasa.

—Ya sabes que siempre follo a pelo —le recuerdo tratando de besarla, aunque ella, lejos de facilitar las cosas, gira la cara en el último momento.

—¿Vamos entonces a por la parejita? —me suelta.

—Pues te la meto por el culo y listo. Date la vuelta.

—¡Oye! —protesta—. El que quiere follar eres tú, así que o te pones un condón o te haces una paja.

—Hace tiempo que no la meto en caliente —mascullo, y me doy cuenta de que he revelado más de la cuenta.

—Vaya, qué pena, el nene no folla desde hace ¿cuánto, dos días, tres?

—Ya vale —le advierto.

—Pues ponte condón.

—Está bien —accedo apartándome para que ella vaya a buscarlos.

Enciende la lamparita de la mesilla y veo que los tiene a mano, junto a su vibrador. Sonríe victoriosa cuando rompe con los dientes el envoltorio y me hace un gesto, mirando mi entrepierna, para que le permita colocármelo.

—Al menos pónmelo con la boca —sugiero, y ella niega con la cabeza.

Lo hace con las manos, de manera brusca.

Después se tumba, separa las piernas y dice bostezando:

—Venga, que tengo sueño.

—A cuatro patas —ordeno—. Y te lo advierto, ya puedes ir desechando la idea de ser una muñeca hinchable.

—Qué exigente —murmura con aire guasón.

Se da la vuelta despacio y, nada más tener su culo a la vista, le doy un buen azote.

Acto seguido meto una mano desde atrás y compruebo que está excitada.

—Joder, cómo estás —musito, sintiendo el calor y la humedad de

su coño—. Es evidente que discutir te pone cachonda.

«Como a mí», pienso.

No responde a la evidencia, se limita a gemir mientras le meto los dedos y poco a poco consigo que los gemidos suban en intensidad. Me sitúo detrás de ella y, sin dejar de masturbarla, comienzo a mordisquearle el culo y a ser un poquito más brusco.

—No me muerdas —se queja sin mucho énfasis, porque sé muy bien lo viciosa que es. Lo hace solo por tocarme las narices.

—Quieta, fiera...

—Ya sabes cómo reacciono a tus intentos de machito —añade.

—Gritando como una loca, sí —susurro, y tiro de ella para que levante el culo—. Pero contente un poco, no quiero que ese mocoso nos interrumpa.

—¡No vuelvas a referirte así a mi hijo!

Un azote bien fuerte resuena en el dormitorio. Me gustaría tener a mano alguna cosilla para someterla como está pidiendo, pues sus protestas no son más que un indicativo de su estado de excitación.

—Concéntrate y disfruta, Milena.

—Me llamo Cristina —insiste.

Como no puede verme, me quito el condón y se la meto de golpe. Su reacción es inmediata, jadeando y apretándome la polla. Yo inspiro hondo para no correrme en dos minutos. Joder, muchas noches en prisión (casi todas) pensaba en esto, en volver a follarme a una mujer. Admito entre empujón y empujón que tenía asumido que no sería ella, sino cualquiera de las chicas del club. Sin embargo, las circunstancias me han traído hasta aquí.

—Ezra... —jadea mi hombre, y, claro, eso es igual que pisar el acelerador de un deportivo.

Le clavo los dedos en las caderas, manteniéndola así bien sujeta, y no dejo de embestir. Golpes secos, duros. Intento aguantar; no obstante, fracaso, y si bien mi intención era retirarme y eyacular fuera, me quedo bien enterrado y gruño, encantado con la sensación.

01.15, HORA PORTUGUESA
SÁBADO, 22 DE JULIO DE 2017
RUA JORGE DE FREITAS

Cris

—¿Ya? ¿Eso es todo? —pregunto mirándolo por encima del hombro.

Ezra se queda arrodillado detrás de mí, jadeando y con la cabeza gacha.

Resoplo indignada. Nunca pensé que él, siempre presumiendo de sus dotes amatorias, de las cuales he sido testigo, pudiese dejar a una mujer insatisfecha.

Me doy la vuelta para encararlo y entonces veo el condón arrugado en un lado de la cama. Lo cojo para hacerle un nudo y que no se manche nada, y compruebo que está vacío.

Me entra pánico, porque me doy cuenta con horror de que el muy hijo de puta se lo ha quitado antes de tiempo.

—¡Cabrón! —estallo, y le lanzo el preservativo a la cara.

Ezra lo aparta de un manotazo y me espeta:

—Deja el drama, joder.

Y en vez de buscar una excusa o decir algo, se levanta de mala leche, me fulmina con la mirada y sale del dormitorio.

Yo empiezo a hacer cuentas sobre mi período. Es algo de lo que no me he preocupado en mucho tiempo, así que me cuesta saber si estoy en un momento fértil. Pero no voy a volverme loca. Por la mañana lo primero que haré es ir a una farmacia a por la píldora del día después.

Y lo segundo echar a Ezra.

Ya he sucumbido, pero que se joda.

Quizá debiera alterar el orden de la frase...

Él regresa recién duchado. No sé para qué me ha mandado comprarle útiles de aseo, si continúa con ese aspecto descuidado.

—¡¿Cómo puedes ser tan cabrón?!

—Cállate.

—E inepto —añado, dándole donde sin duda le duele más.

—Que te calles, hostias.

—Recoge tus cosas y lárgate. Solo estás aquí para causarme problemas. Rompiendo tus propias reglas, Ezra.

—No es el momento.

—¿Ah no? —replico y busco algo con lo que cubrirme, una

camiseta larga y unas bragas limpias para hacerle frente—. Apareces aquí sin avisar, cuando se supone que no íbamos a vernos nunca más.

Se pellizca el puente de la nariz. Por alguna extraña razón se lo ve menos arrogante, como si esta situación le afectara el ánimo. Y eso me confunde, pues nunca ha mostrado abiertamente sus sentimientos; en cuanto se asoma el más mínimo, lo esconde. Porque lo considera una debilidad.

—Créeme, esa era mi intención —admite, y se pone unos bóxers para, acto seguido, sentarse en la cama.

—¿Y por qué has venido?

—Para conocer a mi hijo.

Admito que no esperaba tanta sinceridad.

—Y aumentar la familia, a juzgar por lo que acaba de suceder.

—Ya te he dicho por activa y por pasiva que yo follo a pelo.

Gruño, presa de la frustración, pues vamos a entrar en la dinámica de siempre.

—Mañana solucionaré ese descuido —añado, y me acuesto en el otro lado de la cama. Apago la luz, no sin antes darle la puntilla—: Ah, y por cierto, mi vibrador te gana por goleada. En estos meses te has descuidado, Ezra.

Entonces él me agarra del pelo, manifestando su agresividad, para acercarse a mi oreja y susurrarme:

—No te permito que me hables así. No tienes ni puta idea de cómo ha sido mi vida desde que te fuiste.

—Desde que me obligaste a dejar atrás mi vida —puntualizo en voz baja, y me tira con más fuerza.

—Así que cierra la maldita boca. ¿De acuerdo? —me amenaza.

Y si bien debería callarme por prudencia, no lo hago.

—Ay, pobre, rodeado de mafiosos, viviendo en su mausoleo y teniendo que chasquear los dedos para que las chicas se sometan a sus caprichos. Oh, sí. Qué pena.

11.10, HORA PORTUGUESA
LUNES, 24 DE JULIO DE 2017
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Ezra

Hasta los cojones. Ese es mi estado de ánimo.

Ahora mismo estoy en una de las tumbonas de la terraza trasera, con vistas a la playa Do Penedo. En teoría el ambiente, la brisa del mar, el sonido y el clima son los ingredientes perfectos para relajarse; no obstante, ahora mismo me gustaría sacudir a alguien y liberar la tensión de alguna forma mientras observo cómo Milena camina por la arena con el niño en brazos, pasando de mí.

Y así desde hace dos días.

Dos putos días sin hacer nada.

Ella, en contra de mis deseos, se tomó la píldora del día después y yo he tenido que aguantar sus efectos. Ha estado irritada (más de lo normal) e insufrible. Y mira que he intentado mostrarme más conciliador que de costumbre. Pues nada, me ha ignorado y se ha encerrado en sí misma. Incluso se ha ido a dormir al cuarto del crío, en donde no hay una cama, sino un sillón orejero.

Puede que su mala hostia desde por la mañana se deba a la combinación de hormonas y mal dormir.

Desde luego se ha producido el peor de los escenarios posibles. Mi idea al venir aquí era, además de conocer a mi hijo y asegurarme de que, en efecto, soy el padre, volver a verla, sentirla cerca y comprobar si toda la mierda que he tenido que tragarme ha merecido la pena.

Pero me he encontrado a una mujer dolida, reticente, más peleona que nunca. A veces diría que agresiva, porque me manda a la mierda con más frecuencia de lo habitual. Siempre he oído que la maternidad suaviza el carácter, aunque Milena, lejos de amansarse, se ha vuelto más cabrona.

Sus teorías feministas, que en un primer momento me hicieron gracia porque suponía una lucha en la que estaba seguro de ganar, ahora me sacan de quicio.

Y por si pelear contra sus tonterías no fuera suficiente tortura, además ahora ella cuenta con un aliado. Su hijo. Mi hijo. Aunque no lo parece.

Cierto que yo no me he mostrado muy proclive a ejercer de padre y que me he negado hasta a sostenerlo en brazos, lo que ella ha interpretado como desprecio hacia el pequeño. Nunca he querido ser

padre, porque es una debilidad. No hay mejor forma de hacer daño a alguien que ir a por los que más quiere, pero admito que en este caso la cuestión es que no tengo ni idea de cómo tratar con niños.

Yo no me crie en un ambiente familiar. Los recuerdos de mi niñez hasta que me internaron en el orfanato son vagos, por lo que solo recuerdo mi infancia como un tormento hasta que escapé.

Lo que Milena no entiende es que, para mí, responsabilizarme de un bebé es algo tan extraño que por primera vez en mucho tiempo siento cierto miedo a que algo malo ocurra. Y ese miedo hace que mi comportamiento quizá no sea muy racional.

No tengo referentes maternos ni paternos. He cuidado de mi hermana, la he protegido y lo seguiré haciendo, pero no es lo mismo. Lo he hecho a mi manera, sin pararme a pensar.

Me rasco la barba; llevo tantos meses sin afeitarme, que ya me he acostumbrado y por alguna razón no quiero volver a mi aspecto anterior. Milena sigue ahí, puedo ver cada movimiento, cada paso que da. Ahora, por ejemplo, se ha detenido junto al agua y sostiene al niño de una mano para que se moje los pies. El crío aún no anda solo, de ahí que su madre esté todo el tiempo pendiente de él.

Esta no es la vida que yo había pensado para mí. Sentado en una terraza, en una isla del Atlántico, con aspecto de guiri y contemplando a una mujer con un niño que resulta ser mi hijo.

Yo no he hecho todo lo que he hecho durante estos años para acabar así. He tragado mucha mierda, he cometido delitos de todo tipo y ahora no soy capaz de reaccionar.

Pero se acabó, no voy a permitir que Milena lleve el mando.

09.45, HORA PORTUGUESA
MARTES, 25 DE JULIO DE 2017
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Cris

—¿Adónde vas? —me pregunta bloqueando la puerta principal justo cuando voy a abrirla para salir.

—A donde a ti no te importa. Quita del medio —replico, y ganas

de atropellarlo con el carrito no me faltan.

—No vas a ir a ningún lado —dice amenazador.

—¿Ah no?

—Estoy hasta los cojones de tu actitud. Lo he arriesgado todo por ti, he venido incluso a verte, ¿y así me lo agradeces?

—No te debo nada. Aparta, que llego tarde.

—¿Adónde cojones vas? —insiste sin dejarme pasar, y además de bloquearme la salida se cierne sobre mí.

Ya es bastante difícil lidiar con su presencia aquí, en la casa en la que he intentado olvidarlo, como para encima tenerlo cerca. Intento por todos los medios que no me afecte verlo, mostrarme indiferente; no obstante, estoy a nada de sucumbir porque, maldita sea, sigo colada por él.

El mantra se ha ido a la mierda. Anoche me desperté varias veces para asegurarme de que su presencia aquí no era un sueño. Y, peor aún, siento que de alguna manera no he superado todo lo que ocurrió entre nosotros. Y encima lo deseo. Joder, no se puede desear a alguien como Ezra sin estar mal de la cabeza.

Por sus ademanes arrogantes, por sus miradas frías y desafiantes y sus frases lapidarias que me obligan a recurrir al ingenio, pero que al mismo tiempo me excitan.

Hace dos noches, por ejemplo, vino al cuarto del niño y se plantó delante de mis narices, mientras yo intentaba dormir en el sillón que me está dejando la espalda hecha una mierda, para amenazarme con sacarme a rastras a la calle, impidiéndome entrar de nuevo en la casa si no volvía a dormir con él.

Su bravuconería derivó en otra discusión. Menos mal que no tengo vecinos.

Finalmente accedí a meterme en la cama, aunque él no me tocó.

—Voy a clases de portugués —respondo finalmente, tras el típico duelo de miradas.

Ezra no se aparta.

—Te advertí que debías relacionarte lo menos posible con la gente.

—¿Pretendes que viva encerrada?

—Pretendo muchas cosas —dice con aire misterioso—. Empezando por cuidar del crío.

Abro los ojos como platos.

—¿Piensas que voy a dejarlo a tu cuidado? —pregunto con escepticismo.

—¿Y qué haces con él mientras estás en clase?

—Se queda en una guardería, apenas es una hora y media.

—Pues hoy vas sola a tu clase.

Niego con la cabeza. Este cambio repentino es sospechoso.

—No pienso dejarte a solas con él —afirmo.

—¿Crees que se me va a caer al suelo? ¿Que lo voy a dejar sin comer?

O algo peor, pienso, aunque no se lo digo. Ezra es capaz de llevárselo.

—Está bien, tú ganas. Me quedo en casa —digo a regañadientes.

Empujo el carrito en dirección al dormitorio y él sonríe. Me ha puesto contra las cuerdas para comprobar mi reacción y ahora ya sabe cómo hacer que me pliegue a cada uno de sus deseos.

Me quito las deportivas, busco unas chanclas y, con el niño en brazos, salgo a la terraza. Me acomodo en la tumbona y enseguida viene Ezra, que se sienta en la otra con una expresión que no sabría interpretar.

Al pequeño lo he dejado en el suelo, sobre una manta acolchada bajo la sombrilla, para que se entretenga con sus juguetes, aunque en vez de eso consigue ponerse en pie sujetándose al borde de la tumbona y mira a Ezra.

Incluso llama su atención dándole con la manita en el muslo.

—Vamos a ser sinceros, ¿de acuerdo? —propongo con voz calmada.

—Teniendo en cuenta que siempre eres tú quien me engaña...

—Así no vamos a ningún lado.

Observo cómo Ezra mira a su hijo, coge un peluche de la manta y se lo da; sin embargo, el niño está más pendiente de él, de ese «extraño», y mueve la mano para llamar su atención.

—Te escucho —murmura.

Respiro hondo, no es solo lo que voy a decir, sino cómo, de ahí que necesite estar serena mientras busco las palabras adecuadas. No me vienen a la cabeza las más apropiadas y me quedo en silencio, observando cómo se relaciona con el niño.

Mi hijo evidentemente no sabe nada, no es consciente de lo complicada que es esta situación. Yo, desde el momento en que me

confirmaron el embarazo, tuve claro que afrontaría la maternidad a solas. Porque, seamos sinceros, la idea de conocer a otro ni se me pasaba por la cabeza. Ni entonces ni ahora. Ojo, eso no quiere decir que mi vida vaya a estar condenada al celibato. Pero ánimo, lo que se dice ánimo, más bien poco. Daba por hecho que en el futuro podría aparecer alguien. Aunque la llegada de Ezra lo ha trastocado todo.

Volver a verlo, pese a su aspecto desaliñado, ha avivado los recuerdos. Los buenos y los malos. Y, lo que es peor, la posibilidad de estar de nuevo juntos. Una utopía mayúscula, lo sé; sin embargo... es tan fácil dejarse llevar.

Y olvidar que su presencia aquí responde a un objetivo que aún no he descubierto.

—Ezra...

—¿Sí? —susurra algo distraído, mientras examina la jirafa verde y frunce el cejo.

—No te lo tomes a mal, pero ¿cuánto vas a quedarte?

Me mira un instante de reojo.

—¿Qué clase de peluches son estos? —refunfuña—. Por favor, Milena, es que no hay uno normal.

Sonrío, quizá esté evitando entrar en materia. Yo sé lo tradicional que es respecto a ciertos asuntos y, claro, los juguetes de un niño, en este caso su hijo, son un tema a tener en cuenta.

—¿Qué le pasa al león?

—¡Es azul! —exclama—. Mañana mismo me encargo de que tenga juguetes decentes.

—Nada de pistolas —le advierto.

Me dedica una sonrisa de medio lado.

—Ya veremos...

Mi hijo decide hacer sus «cositas» justo en este momento y, claro, hay que cambiarle el pañal. Le propongo a Ezra que ejerza de padre, pero se niega, como era previsible.

No me queda más remedio que ir a por lo necesario. Él se da cuenta de que tengo que dejarlos a solas y me hace un gesto tranquilizador. De nuevo aprecio en su mirada algo diferente.

Martes, 25 de julio de 2017
Playa Do Penedo
Porto Santo (Portugal)

Ezra

Las conversaciones largas en las que uno debe expresar sus sentimientos y escuchar los ajenos es un mundo desconocido y lleno de trampas. No hay nada mejor para un enemigo que conocer tus debilidades, le ahorrarás esfuerzos a la hora de machacarte.

En mis peores momentos, tras escapar del orfanato, cuando encontrar un colchón sucio sobre el que dormir o un bocadillo para llenar el estómago eran mis únicas prioridades, ni siquiera en aquellos duros momentos hablaba de lo que sentía. No era necesario. Aniol estaba tan jodido como yo y sin palabras seguíamos adelante.

Sin embargo, Milena se ha empeñado en que hablemos.

Y no me han quedado más cojones que hacerlo. Ella ha sido la que principalmente ha llevado las riendas de la conversación y yo no me he implicado más de la cuenta. O eso he intentado.

Porque es difícil, hostias, ella es la única mujer que ha logrado desestabilizarme lo suficiente como para que cometa estupideces y encima le perdone sus ofensas. Que han sido varias, empezando por su traición.

Pero aquí estamos, cualquiera que nos vea pasear por la playa pensará que somos la típica pareja con un niño pequeño, disfrutando del entorno sin más preocupaciones que pagar la hipoteca o preparar la cena. Y no, joder, hay mucho más en juego.

He de reconocer que un niño lo cambia todo. Durante toda mi puta vida siempre he renegado de la paternidad. De hecho, obligué a abortar a dos mujeres que me vinieron con el cuento de que estaban preñadas. Si era yo el responsable o no, daba igual, no iba a permitir que dos fulanas dejaran de trabajar. Este detalle no se lo he contado a Milena. Y, para ser sincero, si llego a enterarme antes de su estado, mi reacción habría sido llevarla a una clínica, aunque fuese de los pelos.

Ha llegado un momento, durante la intensa charla, en que hasta me ha dolido la cabeza. Hemos discutido incluso por el asunto de los juguetes. Ella, por supuesto, dice que no va a permitir que el niño crezca rodeado de juguetes sexistas o violentos. Pero ¿qué estupidez es

esa?

Milena va unos pasos por delante de mí, jugando con el crío, y yo, que he tenido que remangarme los pantalones porque carezco de ropa adecuada, camino detrás de ellos y no puedo evitar sentirme responsable.

Y ella lo sabe, maldita sea.

Mi inicial reticencia a acercarme al niño era por miedo y me reconcome que Milena lo haya mencionado durante la charla obligatoria.

Ahora no sé qué hacer con ninguno de los dos.

Ella me ha hablado de su miedo a que la encuentren, no por sí misma, sino por el crío. Miedo a que descubran que sigue viva y, sobre todo, a que averigüen que el padre soy yo. Sé muy bien qué les ocurriría. Nada agradable, no habría piedad. Por eso me ha pedido que me vaya cuanto antes. Por eso y porque no quiere tenerme cerca.

Esto último implica muchas lecturas. Aunque la principal es que no me ha olvidado, lo que me produce alivio y orgullo. Y ganas de follármela, por supuesto. Y de sentirla, de provocarla, de acariciarla, de lamerla, de obligarla a hacer cuanto yo quiera...

Ella se resistiría, está en su naturaleza, no obstante claudicaría.

—No sé en qué estás pensando, pero vaya cara has puesto —comenta mirándome fijamente y frunciendo el cejo.

Nos hemos detenido y sentado para que el niño descanse, pues no hemos traído el carrito, ya que es complicado empujarlo por la playa.

—Sí quieres saber qué estoy pensando —digo, y veo que Milena inspira hondo—, el problema es que, como siempre, te gusta hacerte la difícil.

—Me gusta ponértelo difícil —puntualiza ella con una media sonrisa.

Me ha sonado a desafío, a promesa; y me gusta, por supuesto.

—Esta noche —susurro— no vas a pegar ojo.

—¿Voy a ver al mafioso malote en acción?

—Probablemente.

—Pues antes arréglate, que con esas pintas no impones nada —responde riéndose.

—No me provoques...

Aún no le he dicho nada sobre el motivo de mi aspecto. Que piense lo que quiera. Ya llegará el momento, si procede, de hablarle

del cabrón del comisario y sus maniobras rastreras.

—Ya no eres como antes, Ezra —añade sin perder la sonrisa, y soy consciente de que alude a mi escaso rendimiento, porque sí, fue un polvo mediocre—. Además, ya sabes que sin condón no hay acción.

—¿Y no puedes ir a la puta farmacia a que te den anticonceptivos?

—Sí, pero tardarían en hacer efecto. Así que... —Mira mi entrepierna con una sonrisa burlona mientras niega con la cabeza.

Vuelve a prestar atención al niño en vez de seguir con el debate dialéctico.

Bueno, al menos no se niega en redondo. Tendré que usar los jodidos condones.

Ah, y también abandonaré mi aspecto carcelario, que ya va siendo hora.

00.15, HORA PORTUGUESA
MIÉRCOLES, 26 DE JULIO DE 2017
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Cris

—¿Así te gusto más? —me pregunta Ezra entrando en el dormitorio recién afeitado.

El corte de pelo no está mal para habérselo hecho yo, pues se ha negado a ir a una peluquería. Dice que nadie debe verlo aquí y menos ahora que ha recuperado su aspecto habitual.

Todavía me pregunto por qué se ha descuidado tanto estos meses desde que me marché. No tiene sentido. Ezra no es un hombre de esos que se deprimen porque se quedan solos. Además, él siempre dispone de compañía femenina, no olvidemos ese detalle.

—Hummm...

—¿Ese «hummm» quiere decir que estás cachonda y dispuesta a chupármela arrodillada y maniatada? —pregunta.

—Quiere decir que no me fío de ti —digo, y él se acerca a la cama, tan solo con los bóxers de rayas verdes y amarillas que le compré. Una excentricidad o una venganza, porque sé que le gustan

grises.

—Y por eso te has puesto la camiseta más mugrienta que tienes para ir a la cama, junto con las bragas más feas.

—No sabes qué bragas llevo —protesto, pues me he tapado hasta la cintura con la colcha.

—Conociéndote, nada de lencería elegante, eso seguro —apostilla burlón.

Se sienta en la cama junto a mí. Parecemos dos imbéciles o un matrimonio aburrido, apoyados los dos en el cabecero, yo con los brazos cruzados y él... bueno, él luciendo palmito.

—Estás más delgado —comento, y aunque mi intención era recorrer su pecho con los dedos, me he contenido. No sé por qué. Y eso que, a pesar de llevar unas horribles bragas de color rosa, tal como Ezra ha vaticinado, ya las he mojado, porque con la excusa de llevarle toallas he echado un buen vistazo a su cuerpo en la ducha.

—He estado a dieta —responde, y se encoge de hombros.

Sospecho, por supuesto. Sé lo tiquismiquis que es con la alimentación.

Algo me dice que desde que me fui han ocurrido cosas serias y que me las oculta.

—Por cierto, aún no me has contado cómo están todos.

—Perfectamente. Quítate las bragas y siéntate en mi cara, me apetece comerte el coño antes de follar.

Le doy un manotazo.

—No seas tan impaciente.

Se ríe, claro, arrogante como él solo.

—¿No quieres que te coma el coño? —replica, y se acerca para besarme el cuello—. Lo estás deseando... ¿Cuánto hace que no te meten bien la lengua entre cada pliegue?

No solo me susurra algo que es bien cierto, sino que además desliza una mano para llegar a mis bragas y comprobar por sí mismo lo húmeda que estoy.

—Hummm... —musito cuando roza con un dedo el clítoris y después presiona.

—Siempre igual, mintiéndome...

—Lo que tú digas...

Me deslizo hacia abajo hasta quedar tumbada y él me sigue. Entonces me baja las bragas, que yo acabo de quitarme corcoveando

hasta que se pierden a los pies de la cama. Ezra se pone de cara a mí y yo busco su boca.

Lo beso y me pregunto cómo es posible que lleve aquí unos días y aún no lo hubiese besado. El problema es que es tan bueno o mejor de cómo lo recordaba.

—Sí, joder, menos mal —murmura pegado a mis labios, y en vez de masturbarme con ese dedo inicial empieza a usar el resto. Dos dentro y uno por detrás.

Me tenso cuando me mete el dedo por el ano, aunque el motivo es bien sencillo: hace mucho que nadie juega ahí. Demasiado, la verdad. En los últimos tiempos yo me he limitado a acariciarme y, en cuanto me humedezco, uso el vibrador. Y como me pilla tan cachonda, a veces no utilizo el segundo cabezal.

—Ahora vuelvo —susurra Ezra, y alza la cabeza para dedicarme una de sus miradas más excitantes.

Aparta el cubrecama de un manotazo y se arrodilla entre mis piernas. Sé qué pretende y aun así siento un escalofrío cuando se inclina y pasa la lengua de abajo arriba por mi sexo y después murmura algo parecido a:

—Qué ganas tenía de comerte el coño.

Sí, lo sé, Ezra repite demasiado la palabra *coño*, pero ¿a que excita? Y no solo por la palabra en sí, es más bien ese tono sucio y peligroso que emplea.

Me clava los dedos en el interior de los muslos para mantenerme abierta. Yo enredo las manos en su pelo y tiro de él en cuanto siento la presión de su lengua recorriendo y alcanzando cada terminación nerviosa.

—Pellízcate los pezones hasta que te duelan —exige.

Trago saliva, porque su voz es tan sensual como sus habilidades. Y no, la cuestión no es solo que lleve demasiado tiempo conformándome con mi vibrador, sino que, por mucho que me esfuerce en olvidar, hay sensaciones que únicamente Ezra es capaz de provocarme.

—Si lo hago yo te van a doler mucho más —añade al ver que no he acatado su orden.

Me deshago de la camiseta y la tiro por ahí, quedándome desnuda. Llevo las manos a mis pechos y jadeo al rozarme cada pezón. Ezra quiere que sea brusca, sin embargo, comienzo con suavidad. Ya

está siendo él lo bastante agresivo con la boca y los dedos.

Y esa agresividad es, además de erótica, muy contagiosa, pues enseguida me doy cuenta de que estoy maltratando mis pezones por voluntad propia.

Ezra levanta un instante la cabeza, me mira y sonríe. Todo sin dejar de penetrarme con los dedos. Pero el muy canalla sabe que me tiene en sus manos y que estoy a punto de correrme, así que baja un poco el ritmo para que me desespere y suplique.

Y estoy dispuesta a ello.

—Ezra...

—¿Sí? —pregunta el muy cabrón como si no lo supiera.

—Aparta, que voy a coger mi vibrador.

—¿Quieres que te la meta por el culo y al mismo tiempo tener el coño bien servido?

—No —respondo tras aclararme la garganta, porque la propuesta también es atractiva—, quiero correrme.

—Pues haberlo dicho antes —replica todo ufano.

Y a partir de ese momento comienza la caída libre a velocidad de vértigo. Los gemidos escandalosos, las palabras más obscenas que quepa imaginar en castellano y las que presupongo en polaco.

Hasta que me quedo tiesa como una tabla, presionando mis pezones de forma animal y con su boca bien pegada a mi sexo.

Ah, y con un dedo por detrás.

Cierro los ojos y me siento igual que si flotara, hasta que noto el peso de un cuerpo sobre el mío y unos labios suaves besándome.

No lo rechazo, ni mucho menos. Al contrario, lo abrazo y quizá sea producto del estado posterior al clímax o yo qué sé, pero Ezra emite un sonido ronco, como si el abrazo, además de sorprenderlo, le hubiera llegado a lo más profundo.

Curiosamente, en vez de intentar penetrarme y follarme, se queda ahí, quieto en mis brazos.

No es plan de romper un momento tan íntimo y raro entre nosotros, sin embargo noto su erección aún confinada dentro de los horribles bóxers de rayas amarillas y verdes.

Esto no puede quedar así.

—Te voy a comer la polla —afirmo empujándolo para que se acueste, y él, además de arquear una ceja con aire arrogante, sonríe.

—Cuidado no te atragantes.

—Tus doce centímetros nunca han sido un problema para mí —le recuerdo.

—No, así no —me dice, y tras quitarse los bóxers se coloca de rodillas y agarra su erección—. A cuatro patas, que quiero follarte esa boca tan sucia que tienes.

Me muerdo el labio y niego con la cabeza solo por el placer de contradecirle.

—Yo chupo, yo decido —replico.

—Milena... —me advierte y se acaricia—. Al final vas a hacer lo que yo diga.

—Yo ya me he corrido, tú verás si quieres dormir con una erección molesta o relajado —lo provoco.

—También puedo meneármela delante de tus narices y salpicarte la cara. O, mi favorita, esperar a que te duermas y metértela a traición, para correrme en tu interior sin usar nada.

08.15, HORA PORTUGUESA
VIERNES, 28 DE JULIO DE 2017
DORMITORIO PRINCIPAL
CASA DE CRISTINA
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Ezra

Un hombre puede despertarse en varios estados de ánimo. Jodido, regular y bueno. Jodido es cuando un negocio se ha ido a la mierda y te follas a la primera disponible para aliviarte, porque sabes que no hay remedio y tendrás que asumir las pérdidas.

Regular sería ese momento en el que surgen problemas empresariales o alguna amenaza que me obliga a ensuciarme las manos, aunque al final se arregla el asunto, no de la forma más adecuada, pero sí evitando males mayores. Y, cómo no, para pasar el mal trago, nada mejor que acabar el día con un par de putas experimentadas con las que divertirme o con las que pagar mi frustración en una sala especial.

Y por último, despertarse sintiéndose bien, a gusto, es no tener problemas a la vista, tras una noche entretenida. Los asuntos de

negocios van con normalidad y no hay problemas a corto plazo.

Pues bien, ninguno de esos tres estados me sirve para describir cómo me siento ahora mismo. De puta madre, esa es la definición perfecta. Y eso que estoy solo, porque Milena hace ya un rato que ha abandonado la cama para atender al crío, pese a lo mucho que he intentado retenerla.

La razón es muy simple: aún experimento las sensaciones de anoche.

No sé qué cojones ha pasado entre ambos, pero llevamos dos días, desde la charla, conviviendo sin enfrentamientos serios. Ya sé que Milena jamás obedecerá a la primera, que replicará y me soltará chorradas feministas y que, por supuesto, me provocará hasta hacerme perder los nervios o ponérmela dura, o ambas cosas a la vez; no obstante, es justo eso lo que la hace tan jodidamente especial.

Aunque sé que esconde algo. Es una intuición, o mi paranoia habitual. Tampoco la culpo por ello, pues yo aún no le he hablado de mi período en la cárcel.

Ya me ha preguntado un par de veces por qué no llevo el colgante de la Virgen de Czestochowa, y le he mentido respondiendo que lo dejé en la caja fuerte del club, cuando en realidad está escondido en el petate que he traído y que he ocultado en el garaje, dado que Milena no tiene coche y por tanto apenas lo usa. De hecho, solo he visto allí unas estanterías medio vacías.

Salta a la vista que se ha instalado aquí, pero que no lo considera un lugar definitivo para establecerse. Supongo que, siendo el niño tan pequeño, hacer planes es complicado. Sin embargo, ese es un factor a considerar, ya que si mi intención es mantenerla controlada un cambio de ubicación me complicaría la vigilancia.

Ha dejado la puerta del dormitorio abierta y desde aquí la oigo canturrear y decirle ñoñerías al crío. Y yo empalmado. Joder, estar celoso de mi propio hijo es incomprensible. Nunca he estado celoso de nadie, más que nada porque ninguna mujer me ha importado lo suficiente. Y no es arrogancia, pero me he follado a quien he querido, así que ahora no sé manejar la situación.

Está claro que con un niño de por medio no hay manera de que uno pueda echar un polvo cuando le apetece y hay que adecuar las actividades sexuales al ciclo del sueño del crío y el ánimo de la madre. En fin, me aguantaré.

Si es como la de la noche anterior...

Me tumbo en la cama, sonrío y me agarro la polla. Recordar lo acontecido es la mejor forma de mantener la sensación de bienestar.

Anoche... joder...

Yo estaba dándome una ducha, porque después de pasar la tarde en la puta playa, vine con arena en los sitios más insospechados. Por si no fuera ya bastante humillación llevar el bañador surfero, naranja y azul, que Milena me había comprado.

Volvamos a la ducha... Ella entró ya desnuda y se ofreció a frotarme la espalda. Yo me preparé para el típico polvo bajo el agua, a modo de anticipo de lo que vendría después. Pues tenía planes para ella y su vibrador, ese que ha estado sustituyéndome.

Pero me equivoqué, ya que Milena, además de enjabonarme y sobarme aquí y allá, no hizo nada más. Como mucho elogió mi culo y hasta intentó jugar ahí.

—Ni se te ocurra —le advertí, al recordar aquella puta noche en que me folló con un consolador.

—Qué tonto eres, podría hasta chupártela al mismo tiempo —replicó, y, si bien la idea de follarme su boca siempre tiene muchísimo atractivo, me negué.

Nadie me da por el culo. Nadie. Ni en sentido literal ni figurado.

Lo que me recordó también que hay un vídeo por ahí como prueba de lo que me hizo. Un vídeo que seguramente tiene y que debo recuperar.

Luego me dejó en la ducha con una erección de mil demonios y se largó.

Cuando regresé al dormitorio, solo con la toalla alrededor de la cintura, dispuesto a tirármela de la forma más rápida y creativa posible, ella estaba tan pancha en la cama... masturbándose. Así, delante de mis narices, se lo estaba montando con el puto vibrador.

Aunque estaba cubierta con las sábanas hasta la cintura, era evidente qué hacía.

La reacción más obvia hubiera sido quitárselo, atarla a la cama y mantenerla cachonda el tiempo suficiente para que aprendiera la lección de que esos jueguecitos conmigo no sirven y tienen consecuencias. Sin embargo, lo único que hice fue apartar la sábana y ordenarle:

—Separa bien las piernas...

Ella, con una media sonrisa de lo más lasciva, obedeció despacio, ofreciéndome una vista increíble.

Mandé a paseo la toalla y me coloqué de rodillas junto a su cabeza, instándola a que abriera la boca y me comiera la polla.

Milena, para no perder la costumbre, se negó y me provocó aún más gimiendo mientras se metía el puto vibrador. También se limitó a sacar la lengua y rozarme la punta.

—Vas a tener problemas...

—Eso dices siempre —jadeó.

Así que decidí tomar las riendas y obligarla a hacer lo que le pedía. Separó los labios y me hizo la peor mamada de la historia, sin duda para jorobarme. Se lo consentí porque me pareció divertido, hasta que dejó de serlo.

Aprovechando mi superioridad física, le quité el vibrador. Milena protestó e intentó recuperarlo, sin éxito. La agarré de los brazos, inmovilizándola para que no me diera una hostia, y conseguí ponerla boca abajo. Como pataleaba, cogí la almohada y le cubrí la cabeza con ella, limitando sus movimientos y su respiración. Acto seguido le di una buena azotaina y después le volví a meter el vibrador, pero sin encenderlo.

Me llamó «cabrón», «idiota» y no sé cuántas cosas más, ante lo cual yo me reí, porque cada vez que retiraba el vibrador, protestaba.

—Ahora vas a poner ese lindo culo en pompa para que pueda follármelo, ¿entendido? —le dije con voz amenazante.

Levanté un instante la almohada para repetírselo junto al oído.

—No puedes hacerme esto —graznó.

—Por las buenas, con paciencia y lubricante, o por las malas, de un empujón. Tú eliges.

—Cabrón.

—Sí, eso dices siempre...

Por supuesto, negó la evidencia. Desde que la conocí tengo claro lo cachonda que se pone cuando le ordeno qué debe hacer, aunque intente fingir lo contrario.

—¿Qué eliges? —Repetí la pregunta y, como yo esperaba, no respondió.

Eso me dio carta blanca.

Sabía que guardaba el lubricante en la mesilla, así se me subí a horcajadas sobre ella para que no hiciera movimientos bruscos, y una

vez que tuve el envase en mis manos, le quité el tapón y puse la boquilla directamente en su ano, apreté y se lo inundé de lubricante, tanto que gran parte se escurrió por sus piernas hasta manchar la cama.

—Y ahora lo que más te gusta, que te follen bien —murmuré y me coloqué en posición.

—¡Ezra! —gritó protestando, y en un descuido por mi parte se libró de la almohada.

—Mmmm... —jadeé cuando apenas se la había metido unos centímetros.

—Ve más despacio —pidió.

Le saqué el vibrador del coño solo para penetrarla por detrás y que lo sintiera al cien por cien. Cuando por fin llegué hasta el final, ella gruñó, pero no molesta, sino encantada. Fue el momento de ocuparme de su sexo.

Recuperé el vibrador y lo encendí. Con ese ronroneo disfrutaríamos los dos. Comencé a moverme lentamente detrás de ella y a estimularle el coño hasta que me quitó el cacharro y se lo metió.

Ambos jadeamos. Yo tuve que cesar mis envites y respirar hondo. Si el sexo anal siempre es más intenso, pues hay mucha más presión sobre la polla, con la doble penetración es la hostia. Sin olvidar el ronroneo del vibrador.

Milena no dejaba de retorcerse y de empujar hacia atrás, saliendo al encuentro de mis embestidas, y yo apretaba los dientes para aguantar. Un minuto, dos, lo que fuera con tal de exprimir al máximo las sensaciones.

—Reconoce que te gusta —gruñí—. Quiero que lo digas bien alto.

Ella fue la primera en gritar, y bien fuerte, que se corría, y yo tardé muy poco en seguirla. Me retiré despacio quedándome arrodillado tras ella y hasta me incliné para darle un sonoro beso, al tiempo que susurraba:

—Adoro tu culo.

Ella dejó que el vibrador saliera de su cuerpo y se quedó acostada boca abajo.

Tras recuperar el resuello, me fui al cuarto de baño a lavarme. Por lo general nunca me ocupo de la mujer a la que me follo, sin embargo, regresé con una toalla húmeda. Milena se dejó hacer y después apagamos la luz y nos cubrimos con la sábana.

Y ella, en vez de darme la espalda, se acurrucó junto a mí y me puso una mano encima del corazón.

Estoy jodido.

19.30, HORA PORTUGUESA
JUEVES, 3 DE AGOSTO DE 2017
TERRAZA EXTERIOR
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Cris

Ya ni me molesto en pedirle que deje de llamarme Milena. Y lo cierto es que no me joroba tanto como al principio. ¿Quizá porque lo relaciono con ciertos instantes de placer y el subconsciente se ha encargado de apartar a un lado los malos momentos? O puede que necesite disfrutar, sabiendo que todo esto tiene fecha de caducidad.

Ezra lleva aquí dos semanas. Y no parece que tenga prisa por irse.

En principio no me ha supuesto grandes cambios, es más, poco a poco se ha ido amoldando a mis rutinas y, aunque hay asuntos por los que protesta, como por ejemplo la ropa que le compro (ni una prenda gris), nos llevamos bien.

Desde fuera cualquiera pensaría que somos una pareja joven, con un hijo, que vive sus mejores momentos. Bueno, sería bonito, ¿verdad?

Pero quiera una lo que quiera, la realidad se impone y ahora mismo, mientras tiendo la ropa en la terraza trasera, Ezra se encarga de darle el puré de frutas al niño. *A priori* es perfecto, pues ha pasado de recelar de su hijo a cuidarlo. Sin embargo, no sé por qué, desconfío.

Cualquier mujer estaría encantada de ver al padre atendiendo al niño, prodigándole cuidados; no obstante, yo sé que las acciones de Ezra nunca son gratuitas. Bueno, hizo una excepción conmigo, que de paso le salvó a él el culo, eso no hay que olvidarlo. Pero aparte de esa vez, para él lo primordial es él mismo. Y si de repente presta atención a su hijo es que trama algo...

00.30, hora portuguesa
Viernes, 4 de agosto de 2017
Dormitorio de Cris
Rua Jorge de Freitas
Porto Santo (Portugal)

Cris

—Deja de frotarte contra mi espalda como una calientapollas y chúpamela —murmura Ezra y le doy un azote en el culo.

Está desnudo, acostado boca abajo, y yo encima de él jugando con su retaguardia, aunque sé muy bien lo poco que le gusta eso.

Por eso recorro con un dedo la separación de sus nalgas y presiono cuando quiero. De vez en cuando le insinúo que tengo lubricante, algo que lo hace gruñir y mirarme de forma amenazante.

—Ya te la he chupado antes en la ducha —replico, y le muerdo el hombro.

—Bastante mal, por cierto —añade.

—Tampoco es que hubiera material apropiado, tus doce centímetros no son muy inspiradores.

Ezra se ríe y continúa acostado boca abajo. Yo me coloco a horcajadas sobre su trasero y, aunque no tenía pensado darle un masaje, pongo las manos en la parte baja de su espalda y comienzo a ascender.

—Si quisiera un masaje me iría a un centro especializado —dice para provocarme.

—Ya, y con final feliz, claro.

—Por supuesto —afirma—. De otro modo ¿para qué voy a dejar que me soben y me echen aceite?

—¿Y si es un masajista? —inquiero riéndome—. ¿También dejas que te la sacuda?

—Hoy estás más tocapelotas de lo habitual —replica resoplando y oculta su diversión, es obvio—. ¿Hay un motivo especial?

—No —respondo—. Solo que sigo sin entender por qué te muestras tan reacio a ciertas cosas, cuando eres un pervertido de los pies a la cabeza. Ah, y porque me aburro.

—Si te aburres y quieres perversión, yo puedo ocuparme de ello.

Frunzo el cejo, sé que no bromea. El recuerdo de aquella sesión

en el sótano, donde él y una desconocida me hicieron sentir una puta mierda, aún me inquieta.

Estiro una mano y llego hasta su pelo rubio, cortado con mi nulo conocimiento del arte de la peluquería. Enredo los dedos en su cabello y tiro ligeramente de él. A Ezra eso le gusta porque se mueve ligeramente.

Entonces aprovecho para inclinarme y susurrarle al oído:

—Yo también puedo ocuparme de ti...

—Lo dudo —sentencia con arrogancia. Ni estando con el culo al aire muestra un poco de humildad—. No podrías sorprenderme ni aunque lo intentases. Te recuerdo que...

—Bla, bla, bla, sí, ya lo sé, te has follado a cientos de mujeres y hecho con ellas de todo —lo interrumpo cansada del cuento—. Pero la cuestión es que yo soy la única que te ha follado a ti.

Sé que me arriesgo a enfadarlo, pero aun así no puedo evitar mencionárselo.

—Por cierto, ¿qué pasó con el puto vídeo?

Recorro con el índice su columna vertebral en busca de una respuesta adecuada. De ninguna manera voy a mencionar a ninguno de mis antiguos compañeros. Los pondría en peligro.

—Pues no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —protesta y hace amago de volverse, pero al estar yo encima no lo consigue.

—Te recuerdo que un mafioso rubio me encerró en su mausoleo impidiéndome regresar a por mis cosas.

—Hummm... ¿Eso significa que dejaste en tu casa un dispositivo con el jodido vídeo?

—Sí —respondo, porque doy por hecho que ya hace tiempo que mis compañeros desmantelaron el operativo de la casa y que Eugenia, la informática, borró cualquier rastro.

Le masajeo la espalda con más énfasis, para que se relaje y se olvide. Solo falta que se ponga ahora en plan mafioso vengativo.

—Cojonudo —masculla.

—Relájate, si a estas alturas no ha aparecido ya es difícil que salga a la luz.

—¿Cabe la posibilidad de que el cabrón de tu ex lo tenga?

—¿Y qué haría con él? —pregunto pensando en Jaime y en cómo habrá sido su vida, porque no lo he olvidado—. Sabe muy bien que no

puede hacerlo público.

—Teniendo en cuenta que... —Se calla de repente y eso hace que yo sospeche.

—Ezra, ¿teniendo en cuenta qué? —pregunto clavándole los dedos en los hombros hasta que sisea y me presta atención.

—Lo cabrón que es —dice, y me suena a evasiva.

—Es policía, solo hace su trabajo.

—¿Ah sí? ¿Eso crees?

Me aparta de malas formas, mandando a la mierda el ambiente tan erótico que habíamos creado, y se sienta para mirarme con resentimiento. Y peligro, con esa mirada fría que no perdona y busca venganza.

—El malnacido de tu ex amañó todo tipo de pruebas en mi contra —afirma, y doy un respingo—. Y se encargó personalmente de ir a detenerme acusándome de asesinato.

—¿De quién? —inquiero, y me doy cuenta de lo estúpida que es la pregunta.

—Y por su culpa he estado más de año y medio entre rejas. Así que no me toques los cojones, Cristina.

Mal asunto, ha utilizado mi nombre.

—¿Has estado en la cárcel?

Me señala unas marcas en el costado izquierdo.

—Un regalo de bienvenida. Dos hijos de puta que no sabían quién era yo e intentaron...

—Ya, me lo imagino —lo interrumpo—, que fueras cariñoso.

—Más o menos, pero te aseguro que no volverán a intentarlo con nadie.

Trago saliva. Cuando hace afirmaciones como esa significa que quienesquiera que sean esos tipos, han pagado muy cara la afrenta.

—Joder... —musito, y me acerco para besarlo en el hombro y abrazarlo desde atrás.

—Al final mi abogado consiguió sacarme y demostrar que el puto comisario me acusó sin pruebas —apostilla con rabia.

—¿Vas... vas a vengarte de Jaime?

—En cuanto tenga la oportunidad.

—No deberías contármelo —digo en voz baja.

—Aún sientes algo por él —afirma, no pregunta.

—Sí —susurro, porque si bien no apruebo los métodos de Jaime,

lo comprendo. Mi muerte debió de afectarle—. Pero eso no significa que...

—Milena, voy a ir a por él. Nadie, escúchame bien, nadie me jode y sale indemne —sentencia con su tono más temible.

—No deberías haberme ayudado.

Ezra resopla y, para mi asombro, en vez de replicar me besa. Primero despacio y después con esa agresividad que tanto me excita. Hasta que me tumba y se coloca encima.

Se frota contra mi sexo, pero no me penetra.

Yo no sé qué pensar de este hombre. Hace y dice todo lo que yo rechazo y, sin embargo, después se muestra conmigo voraz, intenso, apasionado... Una contradicción con patas, eso es lo que es. Ah, y con unos labios suaves, dispuestos a dejarme los pezones tan sensibles que me duelan.

—Ezra...

—¿Sí? —susurra con voz ronca, alzando la mirada.

—Esto no es muy pervertido —le digo, y él pone los ojos en blanco.

—Muy bien, ¿quieres algo realmente morboso? —Asiento—. Perfecto, ahora vuelvo. No te muevas.

Salta de la cama y camina desnudo, dejándome sola en el dormitorio, un tanto contrariada. Ponerme cachonda así, de buenas a primeras, no es racional. Ahora mismo debería sentirme una mierda tras saber, valga la redundancia, la mierda que he dejado atrás. Jaime actuando de forma incorrecta para vengar mi muerte, Ezra en la cárcel. Una desconocida ocupando mi lugar en el cementerio...

—¿Qué haces con una bolsa de plástico? —pregunto a verlo regresar con ella en la mano y un rollo de cinta adhesiva.

—Me has pedido que sea más original —explica justificándose.

Frunzo el cejo, a lo que él añade:

—Te cubriré la cabeza con la bolsa, dejando un minúsculo orificio para que respires. Para evitar que intentes arrancártela, te rodearé el cuello con la cinta adhesiva, aunque lo mejor hubiera sido una cuerda y así apretar o aflojar a mi conveniencia. Y también te inmovilizaré las muñecas y no podrás romper el plástico.

—Ni hablar.

—¿Nunca has oído hablar de la asfixia erótica?

—Sí, pero...

—Es lo que me has pedido —me corta—. Ponte a cuatro patas.

—Doy por hecho que ya lo has probado.

—Sabes perfectamente que sí. Cualquier cosa de carácter sexual que se te pueda ocurrir ya la he hecho —admite con su famosa altanería—. No preguntes gilipolleces.

—¿Y hay gente que disfruta con eso?

—Sí, es una petición muy común.

—Supongo que de los ricachones —digo, y él se encoge de hombros.

—La puta de turno puede ganar mucho esa noche —me recuerda, como si fuera lo mismo que hacer horas extra en una fábrica—. Sobre todo si hay asfixia y doble penetración.

—Que hables de ello con esa parsimonia, Ezra, me produce dolor de estómago.

—Pues no preguntes —arguye, y me muestra la bolsa junto con la cinta adhesiva—. ¿Follamos con esto o no? Que llevo empalmado un buen rato y no haces más que perder el tiempo.

—Mejor no —digo.

—¿Estás segura? —insiste, y detecto cierto tono de desafío.

—Muy segura —repito, y él tira las cosas al suelo.

—Tú te lo pierdes.

—Podré vivir con ello.

—No hay quien te entienda —protesta, y se acerca a mí; y yo, conociéndolo, me inclino hacia la mesilla y saco un condón, que agito delante de sus narices. Él añade de mal humor, pero sin perder la erección—: Joder con la puta goma.

11.45, HORA PORTUGUESA
LUNES, 7 DE AGOSTO DE 2017
TERRAZA TRASERA
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Ezra

Debo ir pensando en regresar.

Dejé muchos asuntos pendientes en el club y, si bien sé que

Jenica y Aniol se están ocupando de todo, hay otros temas, como los personales, que solo yo puedo solucionar. Empezando por encargarme del comisario. Se la tengo jurada, él lo sabe y cree que su condición de policía va a protegerlo. Pero se equivoca no sabe cuánto, porque por encima de él hay gente más poderosa que me debe favores.

Podría ir a lo fácil, una encerrona, cuatro disparos y se acabó. Esa fue una idea muy tentadora durante mis primeros meses en prisión, sin embargo, después caí en la cuenta de que a un comisario lo que más le duele es el desprestigio, caer en desgracia.

Aunque eso no quita que, llegado el momento, pueda darle dos hostias, porque cuando me detuvo se ensañó conmigo y sus compañeros miraron hacia otro lado. Sin olvidar que los dos imbéciles que me atacaron en prisión, antes de acabar sin dientes confesaron que era un encargo.

Sé que no debería haberle dicho nada a Milena porque, además de mostrar mis cartas, ella lleva dándome el coñazo desde que lo sabe para que le cuente más detalles. Le he mencionado alguno, pero me he callado los más importantes.

¿Por qué? ¿Para protegerla? Pues no, simplemente para que ella, en un arrebato de estupidez, no decida intervenir. Y no se lo voy a permitir.

Ahora mismo estoy solo en la casa, ella se ha ido con el niño a clases de natación.

Me hubiera gustado acompañarlos, aunque la prudencia ha hecho que me quede en la casa. Arriesgarme a que me vean, o a ella acompañada, es peligroso. Como mucho paseamos por la playa.

Si de algo he tenido tiempo es de replantearme las cosas. Mi plan inicial tras salir de la cárcel se ha trastocado, y todo por un niño. Por eso la idea de regresar es imperativa, pero con cambios.

Si en su momento pensé que nunca volvería a verla y que me conformaría con saber que se encontraba bien, eso ya no me sirve. Pasar estos días junto a Milena (me cuesta llamarla Cristina) ha hecho que cambie de planes.

Voy a regresar, sí, me ocuparé del comisario y también de dejar el negocio. Dispongo del suficiente dinero como para no mover un dedo.

Y todo lo ha cambiado el crío y, por supuesto, ella.

Fui un ingenuo al intentar olvidarla y me doy cuenta ahora de

que la excusa para venir ha sido mi hijo, pero admito que, de no haber estado en prisión, hubiera venido antes.

Por eso ha llegado el momento de realizar los cambios oportunos y desligarme de mi antigua vida. La cuestión es que para ello primero necesito tiempo y mucha sangre fría, pues cualquier movimiento despertará recelos en mis adversarios.

Segundo, Milena. De alguna forma he de controlarla. Debe permanecer aquí, siguiendo con su rutina, hasta que yo pueda volver y llevármela.

Y tercero, buscar el lugar apropiado donde establecernos sin peligro. Porque si bien es ella por quien irían en primer lugar, después vendrían a por mí y, por supuesto, a por el niño.

Tengo por delante unos meses complicados, en los que debo mantener la calma y dejar a un lado las emociones, eso será primordial.

Mis cavilaciones se ven interrumpidas cuando llaman al timbre. Miro el reloj y es pronto para que Milena esté de vuelta, sin olvidar que ella tiene llaves. Puede que sea un paranoico, pero por si acaso voy a por la pistola de ella y, cubriéndome los ojos con las gafas de sol, me acerco a la puerta. Vuelven a tocar el timbre y veo por la mirilla que un furgón de reparto está parado delante y un chico joven con cara de impaciencia sujeta un carrito.

El puto repartidor del supermercado.

Me escondo la pistola en la cinturilla de los vaqueros, abro la puerta y el chaval se disculpa diciendo que ha venido antes porque le pillaba de camino, pese a que la entrega de la compra estaba programada para las cuatro de la tarde.

—Déjalo ahí —le gruño señalando un hueco junto a la puerta.

—Puedo acercárselo hasta la cocina —se ofrece.

—Que lo dejes ahí —repito a punto de perder las buenas formas, y él se encoge de hombros.

Cuando se larga, sin propina, cierro de un portazo.

Joder, nadie tiene que verme aquí, nadie debe relacionar a Milena conmigo.

Ha llegado la hora de marcharme.

23.50, hora portuguesa
Jueves, 10 de agosto de 2017
Dormitorio de Cris
Rua Jorge de Freitas
Porto Santo (Portugal)

Cris

Hoy por fin creo que podré descansar.

Las dos noches anteriores las he pasado en vela por miedo.

Ezra ha estado muy raro, tanto que he tomado precauciones, como por ejemplo no dejarlo ni un minuto a solas con mi hijo y montar guardia durante la noche, por si se le ocurre largarse con el niño. Ezra es capaz de eso y mucho más, no le temblaría el pulso.

Así que, durante la cena, en su zumo multifrutas le he colado un somnífero y ya le ha hecho efecto.

Está durmiendo a pierna suelta, eso sí, rodeándome con un brazo y bien pegado a mi espalda.

No es para estar orgullosa, pero no me queda otra opción. Y yo he sido más cuidadosa que él. No le he dado ninguna droga experimental, como hizo conmigo, y he calculado bien la dosis en función de su peso.

De todas formas, por si me fallan los cálculos, he programado la alarma del móvil, que me sonará a las seis y media de la mañana.

Ah, y también me he encargado de agotarlo, para que cuando se despierte crea que fue el esfuerzo de echar un polvo sobre la encimera de la cocina lo que lo dejó KO.

Bueno, debo admitir que yo también estoy agotada, porque ha sido un día intenso. De nuevo he logrado que me hable, que me cuente detalles, y aunque no lo ha dicho abiertamente, sé que mató a su jefe de seguridad por atreverse a tocarme. A ver, admito que era un baboso, un machista y un imbécil, no obstante el castigo recibido es desproporcionado. Y así se lo he hecho saber a Ezra, que se ha molestado porque, según su teoría de machito sobreprotector, una mujer siempre agradece que un hombre luche por ella. A lo que yo he replicado:

—No eres nadie para ejercer de juez, eso para empezar. Y segundo, ya me hubiera encargado yo de él.

—Tú no le habrías disparado.

—Claro que no. No todo se arregla matando gente.

—¿Y qué le habrías hecho? —ha preguntado con guasa.

—Denunciarlo.

Ezra se ha echado a reír y me he sentido estúpida, lo admito.

Menos mal que después me ha hablado, no mucho, de Aniol. Ay, mi James Bond... Le debo mucho. Y aunque a Ezra no le hace gracia que suspire por su amigo, entiende que le esté agradecida.

—Haz un esfuerzo y contén el entusiasmo —ha replicado después del tercer suspiro (exagerado) de admiración.

Sobre su estancia en la cárcel me ha dado pinceladas. Como mafioso con recursos, enseguida lo dejaron en paz y lo que únicamente hirieron fue su orgullo. En cierto modo comprendo a mi ex, la noticia de mi muerte debió de suponerle un mazazo difícil de asumir; sin embargo, siempre según la versión de Ezra, lo de aportar pruebas falsas me parece una marranada.

Le he propuesto contactar con Jaime una sola vez, decirle que me marché, que estoy bien y que no haga nada, para así acabar esta guerra. Porque sé que de otro modo mi ex no se detendrá y Ezra menos aún. Pero este se ha negado en redondo, amenazándome con tomar represalias si alguna vez contacto con alguien de mi pasado.

Cuando le he preguntado por las chicas, ha puesto cara de circunstancias y ha tardado más en responder. Creo que ha mentido al decirme que las despidió con una buena indemnización, salvo a la colombiana, porque Marcia fue a la prensa y habló más de la cuenta.

—No tenías derecho a acabar con su vida —lo he acusado conteniendo las lágrimas.

—¿Encima de que me ocupo de cerrarle la puta boca te pones así?

—Ella estaba desesperada, Ezra.

—Te odiaba, admítelo. Y de haber podido, la jodida colombiana te habría disparado —ha sentenciado.

Tiene razón, me la tenía jurada, pero es tan cruel...

Ezra se ha encargado de que a mi madre no le falte de nada y eso me tranquiliza en cierta manera, aunque seguro que a estas alturas Jaime ya le ha comunicado la «verdad».

Quizá Ezra tiene razón y cuanto menos sepa más llevadero será para mí y más fácil me resultará seguir adelante. Por eso lo odio por

haberse presentado aquí. Por recordarme qué sentí y porque sé que, en cuanto se marche, el dolor será más profundo que la primera vez.

16.50, HORA PORTUGUESA
LUNES, 14 DE AGOSTO DE 2017
SALÓN DE CRIS
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Cris

Me despierto algo desorientada y con el cuello dolorido. Joder, me he quedado dormida en el sofá. Es lógico, a pesar de darle somníferos a Ezra yo no me siento tranquila por las noches si no lo vigilo. Así que me he sentado un rato en el sofá, aprovechando que el niño también se echa la siesta, y me he quedado traspuesta.

Miro la hora en el móvil y veo que son casi las cinco. ¡Mierda! Mi hijo no duerme tanto. A pesar del dolor de cuello me incorporo y voy escopetada al dormitorio del niño.

La cuna está vacía...

Siento un pánico como nunca antes. Miro a mi alrededor, y aun sabiendo que el niño no puede bajarse de la cuna y marcharse, reviso cada rincón del dormitorio por si se hubiera caído.

Ni rastro de él.

No suelo llorar, hace tiempo que me di cuenta de lo poco que eso me ayudaba, pero se me escapan las lágrimas. Tampoco veo por ningún lado la jirafa verde. Se lo ha llevado. Mi temor se ha hecho realidad y el cabronazo de Ezra se ha ido con el niño.

Quedarme aquí lamentándome es una estupidez y una pérdida de tiempo. Porto Santo es una isla, salir de ella no es sencillo. Si no recuerdo mal, el ferri hasta Funchal sale a las siete de la tarde y de ahí puede ir al aeropuerto de Madeira y escapar.

Es la ruta más lógica, a no ser que...

—Joder, ¿cómo no lo he pensado antes? Ezra no es de los que viajan en transporte público... —mascullo.

Seguro que llegó en un yate privado y lo ha mantenido oculto estas semanas a la espera de que yo, como una imbécil, cayera en su

trampa. Y he caído de lleno.

Ahora no es el momento de fustigarme, así que voy corriendo a mi dormitorio para vestirme y coger el bolso. El primer paso será ir al embarcadero.

Sentada en la cama, me calzo impaciente unas deportivas negras, sin importarme que llevo los *leggins* de andar por casa, pero al levantarme, a través del cristal de la puerta que da acceso a la terraza, veo algo que me deja sin palabras...

Ezra está en la tumbona, bajo la sombrilla. Con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia un lado y apoyada en uno de los cojines. Solo lleva unos pantalones de deporte verde esmeralda (que yo le compré), va descalzo y despeinado.

Pero lo más llamativo es que tiene al pequeño Ezra dormido sobre su pecho. Los sujeta con una mano, a él y a la jirafa verde.

Las lágrimas que antes no he sido capaz de reprimir al pensar que se lo había llevado, ahora afloran por un motivo muy distinto. Es la imagen más impactante y bella que he visto en mi vida.

Y dudo que alguna vez tenga la oportunidad de contemplar algo más hermoso.

Me quedo con la frente pegada al cristal, inmóvil. Solo respiro.

Es demasiado intenso para digerirlo.

00.20, HORA PORTUGUESA
MARTES, 15 DE AGOSTO DE 2017
DORMITORIO DE CRIS
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Ezra

—Estás muy rara —murmuro acariciándole el estómago.

Hoy ha sido otro de esos días extraños, en los que ha predominado la buena convivencia. Y no sé..., no me cuadra. Milena no me ha replicado, no me ha lanzado proclamas feministas y tampoco me ha rechazado cuando le he hecho propuestas subidas de tono mientras ella cocinaba.

Y mira que me he esforzado por recurrir a topicazos como el de

que una mujer en la cocina se maneja mejor que un hombre por su predisposición genética.

—Solo cansada.

—¿Eso quiere decir que esta noche no follamos?

—Quiere decir que, en caso de hacerlo, tendrás que trabajártelo tú —susurra.

—Entonces recurriré a mi arsenal de perversidades para que te escandalices —respondo, y cuelo una mano entre sus piernas.

No encuentro resistencia, no mucha en todo caso, y me sorprende que no esté húmeda. Aquí está pasando algo. Por norma general protesta y dice que soy un salido, pero está cachonda.

Esta noche no es así.

—Ya casi nada, viniendo de ti, me escandaliza. ¿Por qué no me hablas de tu etapa de follador de señoras ricas?

Gruño, no me hace especial ilusión recordar eso.

—No fue nada espectacular —digo con cautela.

—¿Y por qué no quieres hablar de ello? —insiste, y se coloca boca arriba, permitiéndome que pueda tocarla mejor.

Estira el brazo y me agarra la polla. No sé si me apetece el plan. Milena se limita a acariciarme de manera distraída. Quiere que hable, de ahí su aparente suavidad.

—¿Quieres saber por qué lo hacía?

—Ajá —susurra.

—Porque sentía una especial satisfacción al reunirme después con los maridos para hacer negocios...

—Negocios chungos, entiendo —me interrumpe en voz baja.

—... y estrecharles la mano, la misma con la que había sobado a su mujer unas horas antes.

—¡Ay, ese orgullo masculino! —se burla.

—Sin embargo, me di cuenta de que a ellos no les afectaba lo más mínimo.

—Porque preferían divertirse con las chicas que tú les ofrecías en esas fiestas en las que todo está permitido, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —admito con pesar—. Por eso dejé de tirarme a esas mujeres ricas, aburridas y con sobredosis de bótox, y me concentré en las putas de mis locales o de otros, según mis necesidades.

—Siempre hablas de las mujeres como si fuéramos seres

inferiores. Quizá esas ricachonas son imbéciles, pero me dan pena. Se casan con idiotas solo por su cuenta bancaria, se joden el cuerpo con miles de toxinas para aparentar menos edad y resulta que después sus maridos se van de putas.

—Ellas se lo han buscado. No las compadezcas —afirmo, porque Milena y sus teorías de solidaridad feminista me sorprenden.

—Ya. Y después están las chicas de los clubes. A las que explotas sin piedad. ¿De dónde viene esa obsesión por denigrar a las mujeres?

—Te estoy metiendo dos dedos en el coño, no me psicoanalices —protesto, y para dar el asunto por zanjado me muevo hasta colocarme encima.

—Contigo es imposible hablar —farfulla. Luego suspira y echa los brazos hacia atrás en la que es sin duda una postura bastante sumisa —. Así que nada, haz lo que te venga en gana.

—Milena, no me fío de esta actitud tuya tan obediente —digo mirándola a los ojos.

Ella esboza una media sonrisa que interpreto como triste.

—He dejado de luchar contra ti.

No era la respuesta que esperaba.

—¿Por qué?

—Porque... no merece la pena desaprovechar el tiempo que estemos juntos —confiesa.

—Respecto a eso... —Me cubre la boca con los dedos.

—Chis. Bésame.

Aparto su mano.

—Sí, tengo que regresar —reconozco sin apartar la mirada—, pero no como tú imaginas.

—Ezra. No.

—Escucha. —La beso y ella no me responde con el entusiasmo que yo esperaba—. Tengo asuntos de los que ocuparme.

—¿Como matar a mi exmarido? —me provoca.

—He decidido dejar que viva.

—Qué mafioso ha sonado eso —susurra, y me peina con los dedos.

—He estado pensando, sobre ti, el niño... No puedo volver a mi vida como si nada —digo, y ella niega con la cabeza.

—Esto lo decidiste tú. Me pediste que renunciara a todo, Ezra, ¡a todo! Y yo he cumplido mi parte.

—Te salvé la vida.

—Me jodiste la vida —me corrige.

—Te la jodiste tú sola el día que me traicionaste —le recuerdo muy cabreado—. Pero eso ya no me importa, decidí perdonarte.

—¿Perdonarme? —replica con aire burlón—. Esa sí que es buena. Tú siempre tienes que quedar en pie. Lo decides todo, quién vive, quién muere. ¡Vete a la mierda!

Me empuja para que me quite de encima, sin éxito, pues no se lo permito.

—Escucha bien, quiero hacer las cosas de un modo diferente contigo —le explico, y ella arquea una ceja—. Ni tú ni el crío entrabais en mis planes, sin embargo...

—¿Qué sugieres? —me interrumpe peleona—. ¿Pasarte por aquí unos días al mes, follar un poco y ver unas horas a tu hijo?

Inspiro hondo, esto va a ser complicado de hacérselo entender, tal como preveía.

—Escucha atentamente —le ordeno, y en el acto me doy cuenta de que Milena las órdenes se las pasa por el forro. Pero en este caso he de ser muy claro, así que mantengo el tono de voz exigente y además la inmovilizo con mi peso—. He de encargarme de mis asuntos, dejarlo todo resuelto. Eso puede llevarme cuatro, cinco, seis meses a lo sumo.

—¿De qué estás hablando? —inquiere suspicaz.

—Voy a deshacerme de algunos negocios, más bien de la mayoría —le contesto convencido de ello.

Es algo que he reflexionado detenidamente durante estos últimos días. La cuestión es que no puedo hacerlo como yo quisiera, me llevaría demasiado tiempo. No obstante, he de hacerlo bien, sin dejar flecos que me causen problemas.

—¿Vas a dejar de ser un mafioso? —pregunta con recochineo.

—Voy a dejarlo todo —afirmo—. Por ti.

No le doy alternativa a réplica y la beso, al tiempo que le sujeto las muñecas para ahorrarme sus previsibles ganas de abofetearme. Milena se retuerce, la sumisión le ha durado más bien poco. Y lo agradezco; si algo me atrae de ella es su rebeldía y las ganas de enfrentarse a mí. Para mujeres obedientes ya están las putas del club.

—No vas a hacer nada —sisea cuando me aparto de sus labios.

—Ya está todo decidido.

—¿Cuándo te vas?

—En un par de días —respondo en susurros—. Milena...

—No puedes hacerme esto...

Lo ha dicho de una forma que solo diría una mujer... Odio la palabra *enamorada*, aunque se le acerca bastante.

—Te quedarás aquí con el niño, como hasta ahora. No harás cambios bruscos, así no llamarás la atención. No contactaré contigo, sería una imprudencia —añado, y comienzo a besuquearla por encima de las tetas.

—Cómo no, siempre a tus órdenes —musita con sarcasmo, e intenta entorpecer mis avances, algo que no consigue.

—Regresaré, Milena. Con todos mis asuntos en orden —le prometo antes de meterme un pezón en la boca.

Ella gime y, como le he liberado las muñecas, enreda las manos en mi pelo, aunque no se trata de un gesto cariñoso, me hace daño deliberadamente. Y ella sabe muy bien el efecto que causa en mí.

—Regresarás... —dice con marcado tono escéptico al tiempo que suspira, porque acabo de succionarle el pezón de forma brusca y pellizcarle el otro sin ningún tipo de contención, consciente de que le hago daño.

—Sí, lo haré —musito, y voy un poco más abajo, sin despegar los labios de su piel.

—Y yo mientras seguiré tus órdenes sin posibilidad de opinar. Aquí, mano sobre mano, dejando otra vez mi futuro a tu elección.

—Solo serán seis putos meses —replico recorriéndole el ombligo con la punta de la lengua.

—Ahora ya no estoy sola, Ezra. Tengo un hijo, alguien de quien soy responsable. Y tu idea es una locura. ¿Qué pasará si nos descubren? Cualquier cambio en tus hábitos o en tus negocios chungos levantará sospechas. Tú mismo me advertiste cientos de veces sobre el peligro que yo corría y por eso he estado todo este tiempo sola, joder.

Alzo la mirada y veo que no lo ha dicho para sacarme de quicio. Noto su preocupación.

—Sé lo que hago —sentencio, pero ella desconfía.

—¿Y cuánto te durará este capricho, Ezra? Estás acostumbrado a ser el jefe del cotarro. Tú mismo me lo dijiste, me hablaste sobre lo mucho que has luchado para ser el mafioso rey. ¿Y vas a renunciar?

—Sí. Ya te lo he dicho —afirmo con vehemencia, la que yo

mismo necesito para convencerme de que es buena idea—. Por ti.

—¿Y cuando te canses de jugar a las casitas conmigo? —replica conteniendo su rabia, lo noto—. ¿Cuando quieras jugar de nuevo a ser mafioso? ¿Cuando quieras chasquear los dedos y que todos te rindan pleitesía? ¿Cuando busques emociones fuertes?

—Si lo que pretendes es desalentarme, vas por mal camino —le advierto—. Nada más salir de la cárcel estuve a punto de follarme a una fulana en un bar de carretera.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque pensé en ti —miento por necesidad.

—No te creo, Ezra.

—Nunca lo haces... —musito, y le separo las piernas para colocarme mejor entre ellas. Nada más tener su coño a la vista recorro con la lengua cada pliegue y ella gime, además de tirarme del pelo—. A estas alturas ya deberías saber de lo que soy capaz por ti.

—Follar bien no cuenta —dice para desanimarme, pero va lista.

Sus jadeos la traicionan.

—Es un detalle que lo reconozcas, sin embargo, no me refiero a eso. Me refiero al hecho de que por ti y solo por ti y a pesar de tu oposición, desconfianza y traición estoy dispuesto a todo, incluso a renunciar a mi estilo de vida...

—Algo que yo no te he pedido. Es un precio demasiado alto y no quiero que un día me lo eches en cara —susurra.

Si bien mi prioridad ahora es comerle el coño, creo que esta conversación también merece la pena, pese a que odio dar explicaciones.

—Eso es cosa mía. Cada uno tiene su precio y yo asumo el mío. ¿Me dejas ya que te proporcione un par de orgasmos?

—No todos tenemos un precio —rezonga sin dejar de gemir, porque le estoy metiendo un par de dedos, ya que no puedo utilizar la boca como desearía.

—Todo el mundo lo tiene, Milena. Todo el mundo.

—Yo no —afirma.

—Si algo no lo tiene, es porque no vale nada —sentencio—. Y tú eres quien mejor debería saberlo.

—Yo no...

—Tú sí, Milena. Volviste a verme después de la primera noche. Apareciste en mi despacho, ¿por qué? Te lo voy a decir, porque

querías ganar tus medallas. Ese fue tu precio y mandaste al cuerno tus principios.

—No sabes de lo que hablas... —protesta, aunque está tan cerca de correrse que no es nada vehemente.

—Y ahora se acabó la conversación. Tengo otras prioridades...

08.45, HORA PORTUGUESA
MARTES, 15 DE AGOSTO DE 2017
COCINA DE CRIS
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Cris

—¿Dos putos días? —mascullo mientras sostengo al niño contra mi hombro tras darle el biberón, a la espera de que eructe.

En teoría se iba a ir dentro de dos días y esta mañana, al despertarme, ya no estaba. No ha salido a dar un paseo ni a hacer un recado, se ha largado y solo me ha dejado un cabreo muy grande, su colgante de la Virgen de Czestochowa (ese que supuestamente había perdido) y una nota diciéndome que dentro de seis meses volverá.

Pues va listo si piensa que voy a acatar sus órdenes.

Para empezar, ¿dejar de ser mafioso así por las buenas? ¿Se cree que soy tonta? Y ya, lo más preocupante, ¿me va a poner en peligro?

La respuesta es no.

No he llegado hasta aquí y he pasado por un embarazo sola, aguantándome las lágrimas, para que después aparezca él y decida qué debo hacer. Ni hablar.

Desde que conocí a Ezra he ido perdiendo mi identidad, cediendo terreno, pasando por alto muchas cosas que antes no toleraba. Sé cuál es el motivo y no me gusta.

Ahora bien, el primer paso es admitir que mis sentimientos me hacen débil, lo que no significa tonta, pero no puedo permitirme este lujo. El amor es una enfermedad, una muy grave, y hay que tomar la medicina adecuada.

Y no hay que olvidar otra cosa, que ahora no estoy sola. Así que solo existe un camino. No voy a vivir con esta enfermedad toda la

vida, quedándome mano sobre mano.

¿Que lo espere seis meses?

¡Ja!

¿Es algún tipo de prueba, o quizá algo más macabro, como tenerme aquí sufriendo por algo que no va a pasar, como su regreso? Porque, asumámoslo, Ezra no va a cambiar y además es vengativo. Ha visto una oportunidad de devolverme la pelota.

Me dirijo al dormitorio del niño. Sé que ese paranoico ha revuelto la casa para tenerme controlada. Lo supe enseguida, por eso, en cuanto tuve la oportunidad, tomé medidas y me adelanté a los imprevistos.

Los problemas nunca avisan.

Dejo al niño en su cochecito y levanto el colchón de la cuna. El maletín sigue ahí.

Lo abro y lo compruebo todo y, al hacerlo, veo que se ha llevado mi pasaporte y el del niño. Ya contaba con ello, por eso hice copias, que están a buen recaudo.

Sonrío. Qué cabrón, quería dejarme aquí atrapada.

El dinero no lo ha tocado; espero que no me haya bloqueado el acceso a las cuentas, porque para llevar a cabo mis planes necesito bastante efectivo.

Y el tiempo corre en mi contra.

Si Ezra ha dicho que tardará seis meses y tiene intención de cumplir su palabra, que lo dudo, volverá antes, para pillarme fuera de juego.

07.20, HORA ESPAÑOLA
VIERNES, 18 DE AGOSTO DE 2017
DORMITORIO DE EZRA
4.ª PLANTA DEL ICE STAR CLUB
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

Despertar en una cama enorme, rodeado de comodidades y solo es volver a la rutina. Aunque no es mi intención que dure mucho.

He regresado lo más rápido posible, sin dar rodeos.

Tengo una misión por delante y para ello necesito la colaboración de las dos únicas personas en el mundo con las que sé que puedo contar incondicionalmente.

Claro que antes deberé exponerle a mi hermana las circunstancias, lo que desembocará en una discusión. Con Aniol espero que todo fluya diferente, él hace ya tiempo que ha manifestado su intención de alejarse de todo. Si no lo ha hecho ha sido por mis problemas con la justicia. No obstante, sé que está cabreado conmigo porque me largué sin dar explicaciones.

Me paso una mano por el pelo, tengo que ocuparme ya de mi aspecto. Si dejé a Milena que me esquilara fue porque no quería ir a una peluquería y correr el riesgo de que me reconocieran.

Solo, cómo me jode estar solo en la cama.

Y encima he de controlarme, es decir, seguir con la mierda de la fidelidad, porque si bien no se lo he prometido, creo que renunciar a follarme a las chicas del club es un comienzo. Así que tendré que conformarme con meneármela.

Menos mal que estaré lo bastante entretenido como para no pensar demasiado en el sexo.

Aunque si decido tirarme a alguna, algo meramente físico... Primero, ¿quién me lo va a impedir? Y segundo, ¿quién se lo va a contar a Milena?

Abandono la cama y camino desnudo hasta el ascensor privado. Necesito descargar la tensión de alguna forma y nadar un buen rato será lo mejor.

De momento hoy sí le seré fiel.

Mañana, ya se verá.

08.40, HORA ESPAÑOLA
VIERNES, 18 DE AGOSTO DE 2017
2.º SÓTANO DEL ICE STAR CLUB
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

Todo está como siempre.

Mientras recorro el edificio me doy cuenta de que todo ha

funcionado sin mí. Y me resulta un poco inquietante, pues siempre he pensado que yo era el motor de todo esto.

Anoche, en estas salas, seguramente se divirtieron los pervertidos de siempre, indiferentes a todo. Hubo pago por sexo, putas que podrán mandar dinero extra a sus familias, y clientes satisfechos que volverán en cuanto manden a paseo a su conciencia y quieran sumergirse de nuevo en sus deseos más siniestros.

Me paso una mano por el pelo; en menos de media hora llegará mi estilista y se ocupará de dejarme presentable. Y aunque esté tentado de mantener este aspecto desaliñado, sé que sería contraproducente.

—Buenos días, señor Wozniak.

Me doy la vuelta despacio, hace mucho que nadie se dirige a mí de esa forma tan educada. Por lo menos no es otro imbécil de seguridad dispuesto a hacer méritos y llevarse un tiro de recuerdo.

Algo me dice que Aniol o Jenica han instruido a los empleados para que no vuelvan a cometer un error.

—¿Sí?

Me encuentro con una mujer alta, tanto como mi hermana. De piel oscura y con el atuendo típico de oficina, elegante y caro.

Le estrecho la mano y espero a que se presente.

—Soy Leire, la ayudante de Jenica.

Arqueo una ceja; hasta donde yo sé, mi hermana nunca ha querido tener secretaria. Si yo soy desconfiado, ella lo es aún más.

Observo bien a la chica y entorno los ojos. Algo no me cuadra.

—Enséñame las tetas —ordeno.

—¿Perdón?

—Obedece —digo muy serio.

La mujer se cruza de brazos, me desafía. Sabe quién soy y aun así no se pliega de inmediato a mis órdenes.

—No.

Yo nunca fulmino a nadie con la mirada, es de gilipollas, yo advierto que si en menos de cinco segundos no se acatan mis órdenes, habrá consecuencias, y no serán una estupidez.

Ella comienza a desabotonarse la blusa y poco a poco me revela un sofisticado sujetador negro. No es la lencería lo que me interesa.

—¿Satisfecho? —pregunta, mostrándome sus pechos.

—Muy buen trabajo —comento volviendo a mirarla a los ojos—.

¿Ya te has cortado el rabo?

—¿Cómo puede... saberlo?

—A ver, llevo rodeado de putas desde los dieciséis, distingo a una mujer de verdad a kilómetros y tú estás bastante conseguida; sin embargo, hay rasgos que nunca se eliminan —le explico.

—Supongo que me va a despedir, ahora que ha vuelto.

—¿Por qué? —pregunto, y le hago un gesto para que se arregle la ropa.

—Porque soy algo más que la ayudante de Jenica —confiesa.

—Diría que los tienes bien puestos, pero igual te molesta.

—No me hace falta llevar algo colgando entre las piernas para echarle huevos a lo que se me ponga por delante —replica Leire con humor, y asiento; al menos no ha dado rodeos y eso es gratificante—. ¿No me va a echar del club?

—Podría decirse que es lo más cerca que va a estar Jenica de un hombre, o sea que te soportaré —digo con aire condescendiente, y Leire tuerce el gesto de manera burlona.

—Su hermana es una mujer increíble. Debería respetar su opción.

—De eso no voy a hablar contigo. ¿De qué te ocupas exactamente?

Leire me explica que lleva seis meses trabajando en el Ice Star Club. Que se ocupa de varias funciones, entre ellas supervisar la seguridad, lo que hace que me interese, pues era lo último que esperaba. También ejerce como guardaespaldas de Jenica. De cara a la galería es una simple secretaria.

Aunque hay un nuevo jefe de seguridad, Andrey, pero Leire lo controla, porque, según mi hermana, no queremos que se repita la historia.

—Jenica nunca ha querido que le pusiera un guardaespaldas, ¿por qué ahora?

Ella no responde, se limita a encogerse de hombros. Bueno, ya indagaré.

Nos dirigimos hacia el ascensor que utilizan los clientes y Leire camina a mi lado. Se la ve segura y para nada intimidada. Y he de reconocer que me ha gustado su comportamiento hacia mí. Se me ha dirigido de forma educada y respetuosa y no se ha dejado amilanar.

Además, si Jenica cuenta con ella, será por algo.

Llegamos a la tercera planta, a las oficinas. Le pido a Leire que

nos reunamos más tarde, pues antes debo ocuparme de mi imagen.

Mi estilista de cabecera, Amelia, está esperándome en mi despacho. Siempre puntual. Y perfecta.

Nada más verme se acerca y, sin dejar de sonreír (sé que se ha gastado una fortuna en arreglos estéticos), me da dos besos y, claro, ronronea y me pone la mano a la altura del cinturón.

—Ezra, cuánto tiempo... —susurra, y desliza la mano hacia abajo —. Te he echado de menos.

—Y yo a ti —replico señalando mi cabeza.

—Oh, por favor, ¿quién ha cometido este crimen? —se lamenta con su tono más sugerente.

—Por eso te he llamado.

—De acuerdo, te meteré mano —dice—. Y después...

—Hoy no será posible, Amelia. —La rechazo con sutileza, porque en otras ocasiones terminábamos la sesión en una de las salas del sótano.

Pero no me gusta chupar plástico y en su último retoque se ha inyectado demasiada silicona o la mierda que sea. Además, hace tiempo que perdí el poco interés que sentía por ella.

—¿Y eso? Has estado en prisión mucho tiempo, querido, necesitarás cuidados especiales. Y no me refiero solo a tu pelo.

No debería haber mencionado mi estancia en prisión. Aunque no es un secreto. De hecho, la prensa se despachó a gusto. La noticia del «empresario» entre rejas fue suculenta y además esa zorra de Marcia dio bastantes detalles sobre el Ice Star. Claro que lo poco que pudo ganar soltando la lengua no lo pudo disfrutar.

—De momento déjame presentable y ya hablaremos.

Nos dirigimos a la zona del baño, donde puedo sentarme y dejar que las hábiles manos de Amelia se ocupen de mi imagen.

—Y dime... —murmura, siempre con su voz ronca—, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo desde que saliste de la cárcel?

—De vacaciones —respondo, y echo la cabeza hacia atrás para que me lave el pelo. También cierro los ojos.

De momento tolero sus insinuaciones, pero en cuanto acabe le pararé los pies. O llamaré a una de las chicas para que se ocupe de ella; a Amelia le va todo, con tal de que sea sucio y pervertido.

Si no fuera porque es una estilista cojonuda, ya la habría mandado a la mierda. Además, se supone que he vuelto a mi vida y no

dejaré que surjan rumores. He de mantener mis costumbres, que nadie se percate de que voy a tomar decisiones trascendentales.

Cuando termina consigo deshacerme de ella, no sin antes prometerle que podrá disfrutar de una sesión en la sala que escoja. Sé que alguna vez incluso ha llegado a contactar con algún camarero. No soy muy partidario, pero entiendo que quieran sacarse un sobresueldo. A Amelia le encanta follar con gente a la que después pueda mirar por encima del hombro. Es bastante elitista.

Me acomodo en el escritorio y enseguida, puntual, aparece Aniol. Sé que tiene muchas ganas de hacerme un sinfín de preguntas. Tras él entra mi hermana e inmediatamente me levanto para abrazarla. Quizá nuestra relación no pase por sus mejores momentos, sin embargo, lo que nos une es más fuerte.

—Ezra... —susurra—. Maldita sea, esto no te lo perdonaré jamás —me regaña con cariño—. Te he echado tanto de menos...

—Y yo a ti —digo en voz baja.

—Tienes mucho que contarme.

—Lo sé.

Jenica se aparta, puede que siempre muestre una fachada de mujer dura, pero conmigo o con Aniol se muestra más sentimental. No la culpo, yo soy igual.

La mirada de mi amigo es interrogativa. Aún no ha dicho nada, pues sabe que antes he de sincerarme con mi hermana, pero cuando estoy a punto de hablar llaman a la puerta.

—Un envío urgente —dice un empleado.

Me dejan un sobre encima del escritorio. Jenica se interesa por el membrete y Aniol también. Yo, por si acaso, lo aparto antes de que puedan atar cabos.

Abro el sobre y saco lo que me interesa: los resultados de un laboratorio de ADN. Me traje una muestra de pelo del niño y la llevé para que contrastaran su ADN con el mío. Mi lado paranoico tomó el control y, pese a que no albergaba dudas respecto a mi paternidad, quería estar cien por cien seguro.

—¿Qué es eso? —pregunta Jenica.

No he ocultado una media sonrisa.

—¿Más secretos? —inquiere Aniol, y le paso el documento, que lee frunciendo el cejo—. ¿Qué coño significa esto?

—Que tengo un hijo.

—¡¿Cómo?! —exclama mi hermana mirándonos, porque si bien yo estoy tranquilo, como es habitual en mí, que Aniol se muestre del mismo modo es sospechoso.

—Soy padre, sí —afirmo.

—¡¿Un hijo?! —grita Jenica poniéndose en pie.

—¿Quién es la madre? —exige saber mi amigo.

Arqueo una ceja ante una pregunta tan estúpida y Aniol rezonga:

—¡No me jodas!

—¿Qué me estáis ocultando? —tercia Jenica.

—Que te lo explique tu hermano, porque yo no soy capaz —masculla Aniol, y no sé si se está burlando o es sarcástico.

—No hace falta ser tan dramático —le digo, y después miro a Jenica a los ojos—. La madre se llama Cristina... —me detengo un instante y observo de reojo la cara de disgusto de Aniol, que se pellizca el puente de la nariz—, aunque tú la conoces como Milena Arregui.

—¡¿Cómo has dicho?!

—El niño nació en junio de dos mil dieciséis.

—Pero... pero... eso es imposible —susurra Jenica, y puedo ver cómo su mente ágil intenta encajar todas las piezas.

Aniol me mira un instante y yo le hago un gesto para que hable. Prefiero que lo haga él, ya que conmigo Jenica será más dura.

Le desgrana los detalles del plan que urdimos para sacar a la psicóloga de la policía del club. La cara de ella es de estupefacción absoluta. Yo me mantengo en silencio, tentado de escaparme al apartamento, sacar la tableta y conectarme para ver qué hace Milena en estos momentos.

Algo que haría cada cinco minutos, pero prefiero no obsesionarme y trabajar. Quiero dejarlo todo atado y poder regresar a Porto Santo cuanto antes, y si me dedico a contemplarla sé que me será imposible concentrarme.

Vuelvo a prestar atención a mi hermana y su reacción al escuchar la historia. Percibo su enfado. No la culpo, al fin y al cabo la dejamos al margen.

—Nunca pensé que fuerais tan desconfiados —nos recrimina—. Por mucho que esa hija de puta...

—Cuidado —la corto muy serio, y Jenica respira hondo.

—Nunca te habría traicionado, Ezra. ¡Nunca! —exclama, y da un

golpe en la mesa.

—No lo habrías aceptado, reconócelo —murmuro.

—¡Claro que no, maldita sea! —admite alzando la voz—. Esa mujer solo nos trajo desgracias. Y, por lo que veo, va a seguir trayéndolas.

—Es más complicado... —susurro, y me froto las sienes.

—No tienes ni idea de lo que hemos pasado aquí, Ezra —me espeta conteniendo la rabia, aunque va a explotar—. Has estado en la cárcel por su culpa. Aniol y yo hemos lidiado con todos los problemas que nos dejó aquí, ¿y tú apareces ahora tan tranquilo y pretendes que me comporte como si nada?

—No, solo quiero que comprendas que todo ha cambiado.

—¿Y qué pretendes exactamente? —pregunta Jenica con desconfianza.

—Quiero desligarme de todos los negocios —digo alto y claro.

—¡Joder! —Aniol silba—. Es más grave de lo que imaginaba.

—Deja el sarcasmo —gruño.

Mi amigo, en vez de permanecer sentado, se levanta y pasea por el despacho, con una actitud que empieza a tocarme los cojones. Necesito apoyo, no un tipo que me contradiga.

—¿Hablas en serio? —inquiere mi hermana entornando los ojos, y yo asiento—. ¿Así, por las buenas? ¿Todo a la mierda?

—No he dicho eso, joder, Jenica —protesto.

Les explico mi idea en líneas generales. Soy consciente de que abandonar ciertos negocios nos granjeará enemigos, pues ciertos equilibrios se romperán, algo que me recuerda Aniol innecesariamente.

Jenica, que ha estado al frente de todo, me muestra en su tableta cómo ha logrado remontar las pérdidas, recuperar negocios y aumentar el margen de beneficios. Su gestión ha sido eficaz. Lo ha dirigido todo con mano de hierro y no le ha temblado el pulso a la hora de dar órdenes. Eso me hace pensar que es mucho mejor que yo, aunque, lejos de molestarme, hace que me sienta orgulloso de ella.

Lástima que sea mujer y no pueda ocupar mi puesto.

—Ahora no puedes cambiar el rumbo, Ezra. Métetelo en la cabeza —gruñe mi hermana.

—Eso es cierto —corrobora Aniol más sereno—. Has estado fuera, no tienes ni puta idea de cómo han ido las cosas por aquí. Es del

todo imposible hacer movimientos bruscos. Si ya fue difícil que no surgieran más problemas de los previstos, ahora, si hacemos lo que te propones, además de hundirnos irán a por nosotros.

—Y ya nos tienen en el punto de mira —lo interrumpe Jenica.

—Lo sé, joder —mascullo—. Tenemos seis meses para encontrar el modo de...

—¡¿Seis meses?! —estalla mi hermana—. ¿Estás loco?

—Ezra, siendo muy muy optimistas, y sin contar con los innumerables contratiempos, es un proceso que nos puede llevar dos o tres años.

—Ni hablar.

Me levanto porque no estoy dispuesto a escuchar más estupideces. Y me encamino hacia el ascensor privado.

—Esa mujer... —susurra Jenica con enfado—. Siempre ella...

—Seis meses —les repito, y me largo para no escuchar más impedimentos.

19.25, hora española
Viernes, 18 de agosto de 2017
Apartamento de Ezra
4.ª planta del Ice Star Club
Término municipal de Benahavís

Ezra

Es raro que Milena no esté en la casa.

Ya me he conectado varias veces y no hay rastro de ella.

Después de un mes conviviendo con ella conozco sus rutinas, así que me extraña que aún no haya vuelto. Si algo tiene Milena es que es muy metódica, casi raya en la obsesión en cuanto a respetar los horarios, así que no me cuadra.

Compruebo la hora y, bueno, ya he tenido en cuenta la diferencia horaria.

El sistema funciona correctamente, además, tuve la oportunidad de revisar cada cámara mientras estuve allí. Cambié la orientación de algunas para tener mejor visibilidad y la señal es en tiempo real.

Por si acaso reinicio el sistema, pero el resultado es el mismo.

Me dejo caer en el sofá, con la tableta a un lado, y frunzo el cejo.

He revisado cada estancia, incluso la terraza que da a la playa, y si bien todo está en orden, Milena no aparece por ningún lado. Agarro de malos modos la tableta y selecciono la cámara del dormitorio infantil. Veo la cuna en el sitio de siempre y en perfecto orden de revista. Hago zoom para tener un mejor plano y me doy cuenta de que algo falta...

No hay ninguno de los peluches del crío, ni tampoco la bolsa de pañales que Milena dejaba siempre a mano por si surgía una emergencia.

Cambio de cámara, ahora tengo en pantalla la cocina y es extraño que esté tan ordenada, hasta el punto de que no haya ni un solo cacharro sobre la encimera. Una cosa es ser ordenado y otra muy distinta no dejar nada a la vista.

Empiezo a sentir unas ganas irrefrenables de dar puñetazos a la pared, porque la peligrosa idea de que Milena ha huido está cogiendo fuerza en mi cabeza.

La lógica me recuerda que es imposible, porque me llevé los pasaportes, así que como mucho podrá moverse por la isla o cambiar a otra, pero por si acaso se le ocurriera semejante disparate, ya dejé a alguien para que vigilase los ferris.

Así pues, no le es posible escapar de Porto Santo sin que yo lo sepa.

No voy a hacer un movimiento en falso, no al menos hasta estar seguro. Me juego mucho y a lo mejor Milena ha descubierto mi juego y quiere hacerme sufrir, por lo que está alojada en un hotel.

Veinticuatro horas de margen es lo único que le voy a dar.

01.45, HORA ESPAÑOLA
SÁBADO, 19 DE AGOSTO DE 2017
DORMITORIO DE EZRA
4.ª PLANTA DEL ICE STAR CLUB
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

A la mierda las veinticuatro horas.

Me he conectado una y otra vez y nada, ni rastro.

Darle a Milena veinticuatro horas es sin duda una decisión errónea. He sido un imbécil confiando en ella.

Otra vez.

La diferencia es que en esta ocasión voy un paso por delante.

Tengo su pasaporte, el del niño y gente que ante cualquier movimiento me avisará.

Pero de todas formas quiero encargarme personalmente.

Así que preparo una maleta con lo imprescindible, incluidos unos fármacos y unas esposas.

Un viaje como este, tan precipitado, sin duda me va a traer complicaciones, empezando por mi hermana y Aniol. Si la decisión de dar un giro a los negocios ya los ha cabreado, esto los va a desconcertar.

Oigo el sonido del ascensor privado deteniéndose.

Aniol entra en el apartamento. A estas horas ha abandonado su atuendo de ejecutivo y viene con aspecto descuidado y, lo más significativo, cara de mala hostia.

—Sé que no me va a gustar, sin embargo preguntaré: ¿qué cojones pasa?

No lo culpo por utilizar un tono tan agresivo.

—Tengo que salir de viaje.

—Ya. ¿Y cuál es la urgencia?

Agarro la tableta y se la paso.

—¿Qué ves?

Aniol frunce el cejo porque no entiende de qué va esto.

—No sé qué se supone que he de ver —refunfuña—. Me has sacado de mi cama a medianoche, ¿y todo para esta mierda?

—Ella debería estar ahí.

Mi amigo me mira esperando que le amplíe esa frase. Sé que su carácter se ha ido apaciguando con los años y que ahora no estalla a la primera provocación, no obstante creo que contenerse le va a costar más de lo que espero.

—Ella... —murmura con tono peligroso mientras se peina con los dedos—. Cuando dices ella, es...

—La misma —lo interrumpo.

—Y la estás vigilando —afirma, no pregunta.

—Sí.

—Por tu respuesta deduzco que lo has hecho desde el primer día.

—Exceptuando mi paso por la cárcel, sí —admito.

Aniol coge la tableta y la estampa contra la pared.

—¡Olvídate de ella de una puta vez, Ezra!

—No puedo —digo entre dientes.

—¡Milena ha cumplido su parte del trato, lo que tú le impusiste, así que afróntalo y déjanos vivir a los demás, joder! —me grita perdiendo los nervios.

—Maldita sea, ahora todo es diferente.

—Asume que el mundo no gira a tu alrededor, que todos tenemos nuestra propia vida, que no podemos cambiarlo todo por tus caprichos.

—¡No se trata de un simple capricho! —exclamo cansado de justificarme.

—Pues lo parece —replica mientras recoge los trozos de la tableta y los deja sobre la mesa.

No tiene arreglo, así que no entiendo para qué lo hace.

—Aniol, no es solo por ella —digo tras inspirar hondo, pues me duele que no me apoye y, aunque sé que sus palabras son sinceras, no me gustan—. Es por el crío.

—¿Y si solo se trata de una jugarreta para sacarte de quicio? —sugiere, y yo niego con la cabeza.

—Milena no es de berrinches, es de actuar. Ya la conoces.

Mi amigo resopla, se peina de nuevo con los dedos y se dirige hacia la mesa donde está mi portátil.

—Sí, la conozco —susurra, y detecto cierto tono de orgullo—. Dame la clave de acceso.

—¿Para qué?

—A veces es más fácil seguir el rastro del dinero que el de una persona.

Joder, no había caído en ese detalle. Le dicto la clave a Aniol y enseguida accede al sistema. Cuando urdimos todo el plan para que Milena huyera, uno de los principales puntos fue su bienestar económico. Hay mil formas de traspasar dinero sin que me relacionen con ella, para eso están las empresas pantalla, y nos encargamos de aprovisionar una cuenta bancaria de tal forma que no tuviera nunca problemas económicos.

Aunque, como comprobé, había ido sacando dinero para disponer

de efectivo si las cosas se torcían. Debería haberme llevado el maletín completo, no solo los pasaportes.

—Bien, según esto...

—¿Qué pasa? —pregunto impaciente, porque la cara que pone Aniol no me gusta.

—Ha sacado fuertes sumas en efectivo.

—Eso ya lo sé —mascullo.

—En las últimas cuarenta y ocho horas.

Aniol me señala un listado de las transacciones. Se ha movido por varias sucursales hasta reunir más de dos millones.

—Esto confirma mi teoría, ha huido —siseo.

—Y eso no es todo... —añade, y me sorprende que esboce una media sonrisa—. Ha comprado doce billetes de avión, a doce destinos diferentes.

—A mí no me hace ni puta gracia.

—Es lista —murmura Aniol con admiración.

—Por desgracia, sí, lo es —admito a regañadientes.

Aunque si Milena se hubiera quedado en Porto Santo sin rechistar, tal como le ordené, ¿me habría sentido decepcionado?

Lo más probable es que sí, pero también aliviado al saber que podía llevar a cabo mis planes.

—Quiere despistarnos. La pregunta es: ¿qué hiciste o dijiste para que huya de ti?

17.30, HORA PORTUGUESA
SÁBADO, 19 DE AGOSTO DE 2017
RUA JORGE DE FREITAS
PORTO SANTO (PORTUGAL)

Ezra

El dinero lo puede casi todo.

De ahí que hayamos llegado en un tiempo récord. Sí, hayamos, porque Aniol se ha empeñado en acompañarme. Eso lo entiendo, lo que me jode es que también haya invitado a Jana.

—En un jet privado hay sitio de sobra —ha comentado tan pancho.

A veces me dan ganas de romper con él, pero son demasiados los años en que fue mi apoyo, así que ahora he de cargar con sus comentarios sarcásticos y, de regalo, con su mujer.

—Esto es... ¡el paraíso! —exclama Jana nada más bajarnos del coche de alquiler.

—Si quieres, las próximas vacaciones las pasamos aquí —dice Aniol sonriente al cogerla de la mano.

—Dais un poco de asco —mascullo, y Jana, como siempre tiene que mostrar sus sentimientos, se acerca y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Ezra, disfruta de las cosas bonitas por el simple placer de hacerlo y no refunfuñes.

—No hemos venido de vacaciones —le recuerdo.

Tengo una copia de las llaves, así que voy directo a la entrada.

Apenas hemos traído equipaje, tan solo una pequeña bolsa de viaje que le paso a Jana, y le digo:

—Haz algo útil.

Lejos de mosquearse, como harían otras, sigue sonriendo y me sujeta la bolsa.

Al entrar en el piso lo encontramos todo en penumbra, las persianas bajadas tapan la luz y las vistas. Voy directo al dormitorio y abro el armario. No está su ropa, solo un par de cajas cerradas con cinta de embalar. Cojo una de ellas, la dejo sobre la cama y utilizo la llave del coche para romper el adhesivo.

Dentro hay guardadas algunas prendas, que saco con rabia y dejo desperdigadas por el suelo.

Lo siguiente por lo que voy es la caja fuerte. Está abierta, así que poco o nada voy a encontrar. Y, en efecto, Milena la ha vaciado.

No merece la pena continuar buscando indicios, ella se me ha adelantado. Algo me dice que nada más marcharme comenzó a preparar su huida.

Me pregunto por qué cojones lo hizo tan rápido. Y como lo logró, claro. Lo que me induce a pensar que tenía prevista una vía de escape por si se complicaban las cosas.

Quizá, cuando hubiesen pasado unos días, unos meses, y si yo me retrasaba, podría entender su cabreo. No obstante, ni siquiera me ha dado el beneficio de la duda.

—Aquí hay una nota —anuncia Aniol.

—Dime qué pone —mascullo abandonando el dormitorio.

—Quizá es algo íntimo —interviene Jana—.O una pista para que puedas buscarla.

—Sí, seguro que me ha dejado su nueva dirección —replico con sarcasmo.

—Solo pone... —Aniol se detiene y me mira de reojo, preparándose para mi reacción. Y por la cara que debo de tener, presume que no será agradable—: «Déjame vivir» —lee finalmente.

—Joder...

Jana, siempre tan comprensiva, se acerca e intenta darme uno de esos putos abrazos de consuelo. Pero como la conozco y soy más rápido, me aparto y camino deprisa hacia la terraza desde la que se ve la playa.

Las dos tumbonas y el parasol ya no están. Es evidente que lo ha limpiado todo y se ha largado sin mirar atrás. Ni una jodida pista.

Durante el viaje he tenido la oportunidad de revisar sus gastos, como bien sugirió Aniol, para ver si el rastro del dinero nos arrojaba un poco de luz. Pues bien, nada de nada. Milena se las ingenió para comprar en el mismo día doce billetes de avión a diferentes destinos. Lo curioso no es que haya destinos tan dispares como Nuuk u otros que tildaría de retorcidos, como Varsovia, lo que hace casi imposible seguirle el rastro son las diferentes combinaciones. Gracias a uno de los informáticos que ahora tengo en plantilla, pues tras lo ocurrido con Milena he aprendido la lección, pudimos acceder a la base de datos de las dos agencias de viajes donde ella hizo las reservas y saber cada itinerario.

Hay viajes que incluyen hasta cuatro escalas, lo que significa que al llegar a un aeropuerto internacional, bien puede variar de rumbo allí mismo en vez de seguir el fijado inicialmente.

En resumen, una cabronada, porque para cuando lográramos rastrear cada escala ella podría estar en el lugar más insospechado.

También hablé con mi contacto aquí, en Porto Santo, para averiguar si se trasladó a Funchal en uno de los transbordadores que a diario hacen la ruta; pues bien, en las últimas veinticuatro horas, nada más y nada menos que treinta y siete mujeres de una edad similar a la de Milena con un niño pequeño han usado el servicio de ferris. Aunque en realidad pienso que contrató un servicio privado de transporte que la llevara a Funchal para evitar ser reconocida.

Desde luego se ha esforzado en borrar su rastro, y si no me jodiera tanto hasta la aplaudiría por ser tan lista.

En cambio, quien ha sido un imbécil soy yo. Por confiar de nuevo en ella y por querer hacer las cosas de un modo correcto. Está claro que cualquier sentimiento debe ser eliminado, porque he aquí las consecuencias.

Me asomo al dormitorio infantil y, como imaginaba, en la otra caja de dentro del armario hay guardados algunos juguetes.

Maldita sea, salta a la vista que se ha ido ligera de equipaje. Algo lógico.

La cuestión ahora es: ¿qué voy a hacer? Aparte de maldecirla el resto de sus días por esfumarse y llevarse a mi hijo.

Y porque además no he recuperado el maldito vídeo. En la casa que ocupó Milena durante su farsa como psicóloga ahora viven una parejita de maricones. Envié a alguien de confianza para que registrara el sitio y, tras sacarlos a ellos de allí, inspeccionaron la casa de arriba abajo, hasta les reventaron las tuberías, y nada. Así que, por desgracia, tengo que vivir con esa jodida amenaza.

—¿Podemos quedarnos unos días aquí? —pregunta Jana cantarina.

—Os regalo la puta casa —contesto.

Ella replica:

—Ezra, ¿qué ganas siendo un amargado?

—Déjalo con sus cosas, Jana —murmura Aniol.

—Yo me largo, haced lo que os dé la puta gana.

Nota de la autora

Creo que será la primera de varias que tendré que escribir.

¿Por qué?

Pues sencillamente para intentar justificarme, ya que a estas alturas de la historia estaréis pensando que, para empezar, es decepcionante, pues los protagonistas cada vez se alejan más el uno del otro. Siguen sin confiar, a pesar de que en cuanto están juntos, por mucho que intenten disimularlo, se atraen, se desean, se devoran y, por supuesto, se hacen daño.

La historia de Ezra y Milena/Cris debería haber acabado mucho antes para evitar todo esto, sin embargo sé lo mucho que os gustan los finales felices.

Si es lo que estáis buscando, dejadlo aquí, no insistáis. ¿No habéis aprendido la lección?

Al parecer no, así que, nada, seguid leyendo (sufriendo) y vaya por delante que no encontraréis ese *happy end* que tanto os gusta.

Entendedlo, es imposible que Ezra y Milena estén juntos. Quizá surjan momentos, días en los que ambos bajen la guardia lo imprescindible y consigan una tregua y momentos inolvidables, llenos de emociones; no obstante, son efímeros.

Y como tales, intensos e irrepetibles.

Pero la realidad se impone y cada uno ha de seguir su camino.

13.15, hora española
Lunes, 3 de febrero de 2020
Oficina de Ezra
3.ª planta del Ice Star Club
Término municipal de Benahavís

Ezra

—No sabes chuparla, no vales para puta —digo con voz cansina y me aparto de la chica.

Ella se limpia la boca con el dorso de la mano y me mira sin comprender. Yo me subo la cremallera de los pantalones y le hago un gesto para que se levante.

—¿Qué he hecho mal?

—Si tengo que explicártelo... —murmuro con desdén.

—Me la he metido hasta la garganta, he controlado las arcadas y me he arrodillado... ¿No era eso lo que quería?

A ver cómo se lo explico yo para que lo entienda...

—Que te largues, joder.

—Pero ¡yo tengo que...!

—Quizá haya un puesto de limpiadora, hablaré con el jefe de personal —añado dejando implícito que no quiero hablar más del tema.

—¿Limpiadora? ¡Si he trabajado de modelo!

La chica es guapa y tiene un buen cuerpo, sin embargo es aburrida y previsible. Y debe de tomar alguna droga, porque su piel no tiene buen aspecto.

—¿Y por qué no buscas trabajo de modelo? —pregunto, y antes de que me responda lo hago yo por ella—: No me lo digas, hay cientos de chicas guapas y seguramente más preparadas que tú. Pero alguien te ha contado una milonga y crees que vales más que las otras. Ahora dime la verdad, ¿por qué quieres entrar en el Ice Star?

—Mi novio... —musita avergonzada.

—A ver, sorpréndeme...

—Él...

—¿A quién debe dinero? —pregunto, porque este cuento me lo sé de memoria.

—A usted —responde en voz baja.

Arqueo una ceja, este giro argumental me ha sorprendido, lo admito.

—Explícate.

—¿Puedo vestirme antes?

La chica se pone el vestido rápidamente sin molestarse en recuperar su ropa interior. Confirmado, no sirve para puta. Una mujer que de verdad quiera dedicarse a esto, además de ponerle voluntad se mostraría cómoda con su desnudez, o la utilizaría para convencerme.

—Verá señor Wozniak, él no ha cumplido los plazos porque...

—No titubees, me enerva. Habla claro —exijo, porque ya he perdido mucho tiempo con esta insulsa.

—Se gastó más de lo que debía apostando...

Me cuenta entre lágrimas (no le van a servir para ablandarme) que su novio está enganchado al juego y que para pagar las deudas decidió atracar uno de los salones de juego de mi propiedad. El gilipollas iba hasta las cejas de coca y ni planificó el atraco ni nada, así que los de seguridad le dieron una paliza y, en vez de avisar a la policía y denunciarlo, lo han amenazado con rematarlo si no paga los desperfectos causados en el local. Y la tonta del bote de la novia, en vez de alejarse de un imbécil semejante, va y se presenta en mi club dispuesta a ser puta para ganar el dinero.

A veces tengo que aguantar cada estupidez...

—¿Sabes qué deberías hacer? Largarte de aquí antes de que me dé por meterte en un camión frigorífico y tenerte ahí cuarenta y ocho horas.

—No puede hablar en serio... —balbucea.

—¡Fuera!

La chica sale de mi despacho con rapidez. Nada más quedarme a solas llamo a Leire para enterarme de los detalles sobre los destrozos en el local de juego.

Ella lleva ya tiempo trabajando para mí. Al principio como asistente y guardaespaldas de Jenica, pero ahora también hace algún

trabajo más, sobre todo desde que Aniol sabe que va a ser padre y se toma más días libres.

Tarda poco en presentarse en mi despacho y enseguida me da los detalles. Y sí, al imbécil lo tienen retenido hasta que pague. Una pérdida de tiempo, pues no dispone de recursos y la novia dudo mucho que consiga la pasta. Así que le indico a Leire qué deben hacer con ese desgraciado.

—¿Estás seguro?

—¿Alguna vez acatarás una orden sin cuestionarla? —replico molesto, y me siento a mi escritorio.

—A ver, Ezra, que los gastos los cubre el seguro.

—He dicho que se deshagan de él.

—¿Y la chica? Puede irse de la lengua —indica con buen criterio.

La miro entrecerrando los ojos. Leire es lista y capta a la primera la respuesta.

—Es una pena, hacían una parejita muy mona —comenta con sarcasmo.

—¿Ya estás otra vez en plan cabronazo? —interrumpe Aniol entrando en mi despacho. Saluda a Leire con cariño.

—Os dejo solos.

Sé que Leire va a cumplir la orden y que en menos de veinticuatro horas el gilipollas y la novia que la chupa de pena serán historia. No tengo ningún cargo de conciencia y quienes piensen que el castigo es desproporcionado, allá cada cual.

—¿No deberías estar acompañando a tu mujer a una de esas revisiones que se hace? —le pregunto a Aniol, y él sonríe antes de responder:

—Hasta el mes que viene no tiene ninguna.

Se sienta, manteniendo su actitud relajada, lo que sin duda es un motivo más que válido para cabrearlo. A veces me repatea tanta felicidad, resulta empalagosa.

Jana es buena chica, sin embargo estoy hasta los cojones de sus frases motivadoras. Cada vez que me suelta eso de que debo mirar hacia delante y no ser rencoroso me dan ganas de vomitar.

—¿Y a qué has venido?

—A ver cómo haces el capullo —replica él sin perder el buen humor—. Y cómo utilizas a Leire para tus maniobras.

—Le gusta sacar su lado masculino —alego, y la entiendo, porque

antes de cortarse el rabo fue policía. Si se marchó fue porque no aceptaron su cambio de sexo.

Y mira que al principio desconfiaba de ella; no obstante, me ha demostrado que es leal y, aunque me joda reconocerlo, hace feliz a Jenica.

Sí, todos a mi alrededor viven en ese estado de pareja tan empalagoso.

—Ezra, no sé por qué te arriesgas.

Hemos logrado que todos nuestros negocios sean legales porque, curiosamente, hay formas de ganar mucho dinero sin cometer un solo delito, empezando por las salas de juego. Ahora solo un diez por ciento de nuestros ingresos son de origen cuestionable.

—Por los viejos tiempos —murmuro.

—Ya... En fin, no voy a decirte por enésima vez que te estás comportando como un insensato.

—Pues no te cansas de hacerlo.

—A ver si te entra la sensatez y el sentido común.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa.

—¿Algo más? —digo cansado de la conversación.

—Sí, quería comentarte los últimos datos de ingresos —comenta, y me muestra un excel en su tableta.

—¿Han sido más altos que el mes pasado?

—Un doce por ciento más. Ya hemos amortizado la inversión de los cuatro primeros locales. Y si continuamos así, antes de final de año recuperaremos lo invertido en otros dos —me informa adoptando un tono profesional, cosa que agradezco, porque a veces su actitud de hermano mayor echándome el sermón me saca de quicio.

—¿Crees, como Jenica, que deberíamos solicitar licencia para algún local más?

—Sí, estoy con ella, de hecho ya hemos echado un vistazo a algunos sitios. La idea es abrir cerca de urbanizaciones de verano, gente de vacaciones y tiempo libre.

—Estupendo.

—Y esta vez no creo que sea necesario invitar a funcionarios al club para obtener las licencias.

—Joder, Aniol, le quitas toda la gracia al asunto. Esto de que todo sea legal es aburrido.

Jodida burocracia.

—Todavía mantienes a algunas putas aquí, no te quejes tanto —me recuerda—. En fin, te dejo con tus cosas.

—Te mueres de ganas por meterte en líos como antes, ¿me equivoco?

—No negaré que a veces echo de menos aquellos días en los que todo eran riesgos, pero como comprenderás, hay que evolucionar.

—Sí, vale, que te has vuelto un tipo serio y formal —mascullo—. Así que, venga, ve corriendo a jugar a las casitas y déjame con mi vida de peligro.

Aniol se ríe y se larga. Mejor, hoy tengo menos paciencia que nunca. Miro el reloj: hasta dentro de dos horas estoy libre, así que antes de subir a mi apartamento para comer llamaré a una de las chicas, una profesional; para desfogarme en condiciones, porque el amago de mamada, además de cabrearme, me ha dejado insatisfecho.

Cojo el teléfono y doy las instrucciones precisas para que en diez minutos haya una chica dispuesta en el sótano.

17.30, HORA ESPAÑOLA
LUNES, 3 DE FEBRERO DE 2020
OFICINA DE EZRA
3.ª PLANTA DEL ICE STAR CLUB
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

La satisfacción tras follarme a una de las chicas, Ludmila creo que se llama, no se va a quedar el suficiente tiempo en el club como para que me aprenda su nombre, se me está evaporando poco a poco mientras escucho al detective que desde hace casi tres años intenta encontrar a Milena.

—¡¿Cómo es posible?! —estallo, y doy un golpe en la mesa.

Entiendo que el hombre mantenga un tono sosegado, pero estoy hasta los cojones de escuchar semana tras semana la misma cantinela.

—La última pista ha sido un callejón sin salida, señor Wozniak, lo siento.

—Nadie se esfuma como por arte de magia, joder —protesto, y en vez de permanecer sentado tras el escritorio, me pongo de pie y me

dirijo hacia las ventanas.

—No, desde luego; sin embargo, hay muchos métodos para esconder un rastro —explica justificándose.

Es la quinta agencia de detectives que contrato. Al principio, cuando ven el dinero que ofrezco, todo son buenas palabras. No obstante, pasan los meses y, además de no traer resultados, excusan su fracaso con tópicos, lo que me cabrea más si cabe.

—Hoy en día, con la puta mierda de internet hay rastros que seguir. A no ser que se haya escondido en un país tercermundista sin acceso a la red, es imposible no encontrar algo.

—Quizá esa sea una razón —aduce, y ganas de estamparlo contra la pared y romperle la nariz no me faltan.

Una estupidez más y acabará en el sótano para que le rompan el culo.

—Dudo mucho que una mujer con un niño pequeño a su cargo haya escogido un país tercermundista.

No añadiré que, además, Milena es odiosamente feminista, de ahí que desde un primer momento descartáramos países musulmanes. Aunque estoy empezando a replantearme la cuestión.

—Si me permite un consejo... —dice el detective, y me doy la vuelta para advertirle con la mirada que se está jugando mucho—, yo en su lugar no gastaría más recursos en buscar a esa mujer.

Sin molestarme siquiera en replicarle, me abalanzo sobre él y lo agarro de la pechera para obligarlo a ponerse de pie y, como lo pillo por sorpresa, le estampo la cara contra la mesa de mi escritorio.

—Rata de cloaca, ahora mismo vas a llamar a tu oficina y en menos de diez minutos quiero que me hagáis una transferencia. —Hago una pausa para golpearlo de nuevo—. Quiero que me devolváis cada puto euro que os he pagado durante estos cuatro meses, y con un veinte por ciento extra por hacerme perder el tiempo, ¿entendido?

—Pero... Pero...

Otro golpe, tan brusco como los anteriores. Creo que le he roto la nariz. En el vidrio de mi mesa hay manchas de sangre. El tipo intenta contener la hemorragia con la corbata, pero yo se lo impido.

—¿Entendido?

—Sí, sí, ahora mismo llamo a mi secretaria.

Lo suelto y observo impasible cómo llama a su oficina. Le tiembla la voz y debe de haberle respondido algún idiota, porque le tiene que

repetir hasta tres veces la orden. El detective me mira acojonado.

—Ya está, enseguida recibirá su dinero.

Al cabo de un momento entra un mensaje en el móvil y compruebo que, en efecto, me han transferido el dinero.

A este imbécil me gustaría darle su merecido, pero igual que con los anteriores detectives, tendré que conformarme con romperle algo, ya que si me deshiciera de ellos sus compañeros enseguida me denunciarían.

—¿Puedo irme ya?

—Largo y procura no estafar a nadie más.

El tipo se ha meado en los pantalones, así que el servicio de mantenimiento tendrá que limpiar la silla. Joder, qué asco, la gente cada día aguanta menos.

De nuevo he de enfrentarme a la frustración que supone seguir sin tener noticias de Milena. Por si acaso miro en las redes sociales, algo que me horroriza, pero me he creado perfiles en todas por si apareciera cualquier conexión. Nada, no aparece nada.

Me doy cuenta de que contratar una nueva agencia de detectives serán otros cuatro o seis meses tirados a la basura. No es cuestión de dinero, con gusto pagaría el doble o incluso el triple de los honorarios del detective más caro del planeta con tal de encontrarla; no obstante, sé que el tiempo juega en mi contra. Más de tres putos años. Ha podido cambiar de identidad o incluso vivir en un radio de cien kilómetros sin que yo lo sepa. Algo que, conociendo a Milena, sería posible. Desde luego, si su intención era atormentarme, lo está consiguiendo, porque la incertidumbre es lo que jode. Hasta he llegado a pensar, durante más de una de esas noches de insomnio, que si estuviese muerta habría sido más sencillo.

—¿Se puede saber qué has hecho? —me pregunta Jenica entrando en mi despacho.

—Ajustar cuentas.

—Maldita sea, Ezra. ¡No puedes comportarte como un vulgar matón barriobajero! —me regaña.

—Tú eres lesbiana, que es peor —replico.

—Pueden denunciarte por agresión, querido hermano. ¿Es lo que buscas, volver a prisión?

—Déjame en paz, Jenica, no estoy de humor.

—Pues te aseguro que hay un comisario por ahí suelto que estaría

encantado de volver a trincarte. No le des munición al enemigo.

La sola mención del exmarido de Milena me crispa incluso más que los sacacuartos de los detectives.

Han ido pasando los meses y he ido posponiendo mi venganza, porque he estado ocupado en sanear los negocios y buscándola. Pero creo que voy a retomar mi plan de ir a por él, al menos me resultará gratificante. Además, el comisario ya habrá bajado la guardia.

—No me denunciará. Sabe que no le conviene.

—Ya —murmura ella con sequedad—. Aunque, por si acaso, compórtate.

—Deja de inmiscuirte en mis asuntos privados.

—Tú no dejas de inmiscuirte en los míos —me recuerda, y me encojo de hombros.

Por mucho que insista siempre la protegeré, y me da igual el resto.

—Yo tolero a tu novia, así que déjame tranquilo, ¿de acuerdo?

—No me da la gana, Ezra. Estoy harta de ver cómo cada vez haces más estupideces.

—Que lo dejes...

—¡Ella no va a volver! Y mientras tú te empeñas en buscarla, lo único que consigues es encabronarte y cometer errores, como pegar a un detective.

—Ahórrate el sermón, Jenica —le advierto.

—¿Sabes?, estoy por ir yo misma a ver al comisario Saravia y contárselo todo, a ver si toma cartas en el asunto.

—¿Qué has dicho? —mascullo cabreado.

—Te quiero, Ezra, y por eso me duele verte así, desesperado, destrozándote la vida...

—Déjame solo —ordeno con voz severa, hastiado de que todos quieran decirme qué debo hacer.

Me dejo caer en mi silla, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. No los abro hasta que el sonido de los zapatos de tacón de Jenica se desvanece.

Veo sobre mi mesa la sangre de ese inepto, uno más de tantos que no han sabido hacer su trabajo. Sí, me la estoy jugando. Sí, en cualquier momento un imbécil de estos irá a contárselo a la policía y sí, el exmarido de Milena se frotará las manos al tener la oportunidad de joderme de nuevo...

Entonces se me pasa por la cabeza la idea más absurda y desesperada. Pero la situación lo es.

10.15, HORA ESPAÑOLA
JUEVES, 3 DE FEBRERO DE 2020
CERCANÍAS EMBALSE GUADALMIRA
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

Apago el contacto del Range Rover y me bajo. El comisario ya está aquí, apoyado en un viejo Dacia Duster gris. Supongo que no quiere llamar la atención.

No voy a negar que me sorprende que haya aceptado reunirse conmigo. Me costó decidirme porque la idea resultaba tan alocada y peligrosa que el sentido común me empujaba a olvidarme de todo; sin embargo, acabé por contactar con él.

Cuando lo llamé se quedó confundido y no era para menos.

Le propuse reunirnos y le dije que tenía algo muy importante que comunicarle. No entré en detalles y supongo que la curiosidad por saber de qué quería hablarle ha hecho posible este encuentro.

Yo sugerí que nos viésemos en mi club, no obstante el comisario se opuso (no lo culpo, sabe que allí estaría en campo contrario) y sugirió este sitio. No ha sido una elección casual, lo sé, lo ha hecho por joderme. Aunque si cree que al estar aquí voy a venirme abajo, lo lleva crudo. Me afecta, sí, y de hecho he pasado por aquí en más de una ocasión. Incluso he caminado por el sendero que Milena recorrió para huir.

—Doy por supuesto que me has citado para revelarme el nombre de tus socios, con los que llevas a cabo todo tipo de negocios ilegales.

—Te sorprendería saber con quiénes hago negocios —replico, y me quito las gafas de sol.

Al instante veo que lleva el colgante de Milena. Qué cabrón, no pierde la oportunidad de buscar la forma de hacerme sentir mal.

—Entonces es que por fin quieres confesar que mataste a Cristina.

—Milena está viva.

El comisario entrecierra los ojos. Una mirada de advertencia.

—Vete a tomar por el culo —me espeta, y abre de malas maneras la puerta de su coche, dispuesto a largarse.

Su reacción es completamente lógica.

—Yo la salvé —añado, y a pesar de que me da la espalda noto que inspira hondo.

—Eres cruel y retorcido... Al final conseguiré que pagues por su muerte.

—Reconozco que te esforzaste por meterme entre rejas, y sin pruebas. Joder, comisario, cuando te pasas al lado ilegal eres casi tan cabrón como yo —comento con un deje de diversión.

—Yo no...

—Sí, ya, ahora me contarás la milonga de que necesitabais un cabeza de turco y que yo tenía todas las papeletas. Ahórrate las disculpas, no te he llamado por eso.

—Si me has llamado para echar sal a la herida, cabrón, te parto la cara aquí mismo. Al menos ten la decencia de no ensuciar su recuerdo.

—Lo orquesté todo para que Milena pudiera salir del país —le explico sin perder la calma—. El cadáver que encontrasteis era el de una fulana que... bueno, eso ahora ya da igual.

—Las pruebas de ADN...

—Ya te he dicho que hago negocios con gente importante, y hoy en día se puede cambiar un archivo informático sin mayor problema. Son cosas que están por encima de tu unidad y de tus recursos de poli bueno.

—No me lo creo, ¿por qué ibas a salvarla? —pregunta conteniendo la emoción, lo que hace que empiece a sentir celos.

Responder a esa pregunta implica admitir mis sentimientos, algo que no pienso hacer delante del comisario.

—Eso ahora no importa —respondo de forma evasiva.

—Sigo sin creerte —masculla, y cierra de un portazo para encararse conmigo.

Yo no retrocedo y confío en que se contenga, porque no quiero acabar rompiéndole la cara. Y eso que me supondría una gratificación extra.

Pero el exmarido de Milena se pasa de la raya, saca su arma y me apunta con ella.

—Cabrón..., ¿cómo puedes inventarte algo así? —suelta, y

amartilla la pistola—. Voy a solucionar esto de una vez por todas.

—¿Vas a dispararme con tu arma reglamentaria? —lo provoco sin dar un solo paso atrás y mirándolo desafiante—. ¿Para que hasta el forense de la policía más inútil sepa de dónde ha salido la bala?

—Tranquilo, yo también tengo amigos dispuestos a cubrirme —explica justificándose.

—Ya, no lo dudo. Amañando pruebas eres realmente bueno —replico sin inmutarme, pese a que sigue apuntándome con la pistola—. Aunque no lo suficiente.

—Creo que mucha gente agradecerá que te deje aquí, justo donde apareció su cuerpo sin vida. Sería justicia poética, ¿no te parece?

El tono es tan de policía vengador que me reiría si no fuera por la importancia de la situación.

—Si disparas, además de ponerte a mi nivel, te quedarías con las ganas de encontrar a Milena, porque te repito que está viva.

—Mientes —dice entre dientes.

Arriesgándome a que me pegue un tiro, saco mi teléfono móvil y le muestro una foto, una de las últimas que le hice.

En ella se la ve recostada en una tumbona, relajada, mientras disfruta del atardecer desde la terraza de la casa. Aún llevaba el pelo corto teñido de un tono castaño.

—La instalé en Porto Santo, Portugal.

—No puede ser...

Le muestro otra en la que sostiene al niño y la mira atónito.

—Y allí dio a luz.

—¿Cómo? —masculla perplejo, porque si la noticia de que está viva es complicada de asumir, la otra parte lo ha descolocado todavía más.

—Ahora mismo mi hijo tiene casi cuatro años, nació en junio de dos mil dieciséis.

—¿La dejaste embarazada, cabrón? —pregunta a punto de estallar.

—Créeme, me lo ocultó. Lo descubrí cuando ya era demasiado tarde para obligarla a abortar.

Él baja el arma, da media vuelta y se aleja unos pasos. Es evidente que necesita asimilar la noticia. Yo me limito a mirar a mi alrededor, la zona tiene su encanto, aunque siempre me traerá malos recuerdos.

—Si lo que dices es cierto... ¿dónde está ahora?

Para que lo entienda le hago un resumen, empezando por mi estancia en Porto Santo. Por supuesto, omito que mi intención era regresar con ella en cuanto organizara mis negocios. Para que se confíe, también le hablo de cómo organizamos su huida. Ni loco le cuento que Milena se cortó las venas en un intento de escapar y que ese fue el detonante para que yo reaccionara.

A favor del comisario he de decir que, pese mostrar su odio hacia mí en cada una de sus miradas, me escucha atento y cuando termino de hablar es evidente que me cree.

—¿Y por qué me has llamado?

—Yo tengo mis recursos y tú los tuyos, si los combinamos podemos encontrarla.

Me escuece mucho tener que recurrir a él. Ambos nos miramos de manera amenazadora. Sé que se está controlando para no pegarme un tiro y yo igual. Aunque, si sigue así de agresivo, quizá termine por sacar mi semiautomática y a ver quién la tiene más grande.

—¿Y qué harás si la localizamos? —me pregunta con un deje de burla.

—Eso no es asunto tuyo —replico sin mostrar la tensión que siento.

—¿Arrebatarle a su hijo y deshacerte de ella?

—También es mi hijo —afirmo para justificarme.

—No cuentes conmigo. No voy a ayudarte.

—Pero no te quedarás cruzado de brazos, ¿me equivoco?

—Haré lo que tenga que hacer —sentencia.

—Sin la información de la que yo dispongo será casi imposible que puedas llevar a cabo ninguna pesquisa.

—De todas formas, lo intentaré —insiste obstinado.

—No tendrás ni puta idea de por dónde empezar.

—Quizá, pero si la encuentro antes que tú, podré ayudarla y evitar que te acerques a ella —dice, muy seguro de ser capaz de convencer a Milena.

Algo que podría suceder, una posibilidad que trastocaría mis planes; ahora bien, debido a las circunstancias lo he de asumir.

—¿Y qué pensará de ello tu mujer? —pregunto con sarcasmo, y su expresión varía ligeramente—. Sí, comisario, he hecho los deberes. ¿Crees que celebrarás tu primer aniversario si ella sabe que te dedicas

a buscar a una ex a la que todos dan por muerta?

—Cabrón.

—Ese es mi segundo nombre —contesto encogiéndome de hombros, indiferente ante su reiterado insulto—. Entonces ¿dejamos a un lado el pasado y colaboramos?

20.50, HORA ESPAÑOLA
VIERNES, 7 DE FEBRERO DE 2020
GARAJE
PLANTA BAJA DEL ICE STAR CLUB
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

—¿Esto es todo lo que tienes? —pregunta el comisario.

—Sí. Son todos los informes que me han ido entregando las agencias de detectives que he contratado —respondo mientras él echa un vistazo a la documentación que le he entregado.

Documentación impresa, nada de archivos informáticos que se puedan rastrear, a la vieja usanza. Papel, que siempre se destruye con más facilidad.

Antes de enseñársela la he revisado minuciosamente por si algún dato podía comprometerme, pues si bien recurrir al ex de Milena es el último recurso que me queda, tampoco quiero echarme la soga al cuello y que el comisario encuentre algo que me perjudique en el futuro.

La escasa confianza que nos demostramos mutuamente puede saltar por los aires en cualquier momento.

—Un trabajo bastante chapucero, si me permites el comentario.

Oculto la sonrisa porque ha dado en el clavo.

—De ahí que haya recurrido a ti —admito.

—¿Eres consciente de que con toda probabilidad utilizaré métodos poco ortodoxos, canales cuestionables, y que no dudaré en citarte si es necesario?

—Respecto a tus métodos, me dan igual. Ya sé que cuando te conviene te saltas los cauces legales. —Él sonríe de medio lado, pues sabe a qué me refiero—. Incluso te animo a ello.

—¿Algo más?

—Si necesitas dinero para untar a alguien, dímelo. —Arquea una ceja—. Ya sé cómo funciona tu mundo, que, dicho sea de paso, no es tan diferente del mío.

—No pienso ganar un céntimo con esto. ¿Queda claro?

—Conmigo ahórrate las demostraciones de honradez, me dan igual. Yo solo espero resultados —afirmo, y soy consciente de que no le ha gustado la insinuación, pese a que ambos sabemos que el dinero abre más puertas que las llaves.

—Sabes que puedo traicionarte en cualquier momento —dice para provocarme, aunque es algo con lo que ya cuento—. No entiendo por qué confías en mí.

—¿Y por qué te arriesgarías a joderme?

—Ya lo hice una vez —asevera con orgullo por haberme metido en la cárcel.

—Y yo de momento no he tomado represalias —le recuerdo.

—¿Es una amenaza?

Niego con la cabeza.

—Es un regalo. Si me ayudas con esto, me olvidaré de todo.

—No quiero nada tuyo —responde con la típica dignidad de quien sabe que, tanto si quiere como si no, los acontecimientos se pueden volver en su contra.

Le tiendo la mano en señal de buena voluntad y él, sin abandonar su mirada desafiante, tarda los segundos precisos en aceptar mi ofrecimiento para dejar clara su postura. Me odia, pero por encima de ese odio está el deseo de volver a ver a Milena.

Y esa es precisamente la baza a mi favor.

—Te mantendré informado —dice con sequedad.

—Confío en ello.

—Aunque preferiría que nos encontráramos en otro sitio —añade mirando a su alrededor y señalando las cámaras de seguridad.

—De acuerdo.

Nos estrechamos la mano como lo hacen dos contrincantes antes de empezar la pelea. Es un acuerdo que se basa en la desconfianza mutua, las miradas de ambos no dejan lugar a dudas. El comisario es el primero en apartarse.

—Te acompañaré a la salida —le digo con un gesto.

—No, gracias. Conozco el camino —replica seco.

—Como quieras —accedo encogiéndome de hombros.

Se encamina a la salida trasera.

Por alguna extraña razón sé que cumplirá su parte. Quizá porque la noticia de que Milena está viva lo ha descolocado lo suficiente como para aparcar su odio hacia mí, o puede que quiera demostrarme que es mucho mejor que yo.

Me da igual el motivo con tal de que actúe.

Doy media vuelta para dirigirme al ascensor privado y me encuentro con la sonrisa burlona de Aniol. Lleva la corbata floja, algo bastante habitual en él de un tiempo a esta parte. No me molesta, solo me sorprende, porque mi amigo siempre ha sido muy pulcro.

Yo también y el motivo es sencillo: durante algunos años ambos tuvimos que usar ropa barata, arrugada y que, aunque nos esforzábamos, nunca estaba lo bastante limpia.

—A ver, ¿me vas a regañar ahora o durante la cena?

—¿Desde cuándo haces tratos con un comisario?

—Siempre hay que llevarse bien con la policía —replico.

—Lo sé, pero ya tenemos amigos en la policía. No necesitamos ampliar nuestras amistades —aduce.

—Venga, déjate de rodeos y dime qué se te pasa por la cabeza.

Nos metemos en el ascensor y él sonríe de medio lado. No le ha hecho falta escuchar la conversación con el comisario para imaginar de qué ha tratado.

—Que estás perdiendo el norte es un hecho desde hace tiempo, sin embargo, quienes nos preocupamos por ti creíamos que en algún momento te centrarías.

—Ya empezamos con el sermón de los cojones...

Llegamos a mi apartamento, Aniol me sigue y sé que no me dejará tranquilo hasta que haya dicho todo lo que tiene que decir.

Una vez dentro me dirijo a la cocina. Los del servicio de restaurante ya han subido la cena y, tras lavarme las manos, me siento en un taburete y Aniol, para tocarme las narices, se queda de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Hoy no vas a casa corriendo a cenar con Jana? —le pregunto con recochineo mientras examino la comida. Ensalada de algas, pollo a la plancha y macedonia de frutas.

—Sí, ahora mismo me voy, pero antes espero escuchar una explicación que me permita dormir tranquilo —dice Aniol.

—No te esfuerces en fingir, joder —protesto.

—En algún momento te darás cuenta de que todo este desperdicio de tiempo y dinero no va a ninguna parte. Por una sencilla razón: ella no va a volver.

—Gracias por tu apoyo —mascullo.

—Y la entiendo, maldita sea.

No me ha gustado nada semejante comentario y lo miro a la espera de que lo corrija o bien lo argumente.

—Eres insufrible —añade, y desde luego no parece que vaya a arreglarlo con estas palabras—. Tú le impusiste una nueva vida y ella ha cumplido su parte. ¿Por qué cojones cambiaste las reglas?

—Porque no cumplió su parte. ¡Se quedó embarazada!

—¿Y…?

—¿Cómo que «y…»? Joder, Aniol, tengo un hijo que está a punto de cumplir cuatro años ¿y pretendes que me quede tan pancho? ¿Que me olvide sin más?

—A lo mejor tienes más hijos por ahí, porque no has sido precisamente muy precavido.

—Eso ha sido un golpe bajo —contesto, y me pongo en pie porque se me están quitando las ganas de cenar.

—Me da igual, Ezra, porque todos, incluido yo, estamos hasta los cojones de ver cómo vas a la deriva. Tus desmanes en el sótano son preocupantes.

—Siempre me he divertido con las putas —me defiendo.

—Pero no hasta el punto de ahora, joder. Tras la fiestecita de la semana pasada una chica acabó en urgencias. Hostias, Ezra, que es diabética.

—Algo que debería haber mencionado antes de pedir trabajo y fui bastante benevolente, porque no acabó en un contenedor.

—¡Así no hay manera! —exclama lamentándose—. O cambias tu forma de proceder o te quedas aquí solo.

—¿Es una amenaza? —gruño mirándolo sin dar crédito.

—No, es simplemente un aviso para que pares ya. Esa chica necesita dinero y gracias a eso les mintió a los médicos. El problema es que aparecerá una que no lo haga y entonces, con tus antecedentes…

—Todas necesitan dinero —digo resoplando—. Ninguna se mete a puta porque sí.

—Nos hemos esforzado por limpiar todos los negocios y tú sigues echando mierda.

—Las salas del sótano siempre han sido rentables —le recuerdo.

—Ya lo sé; no obstante, ahora no necesitamos ese dinero. Nos va muy bien con las salas de juego, el club y lo demás. Maldita sea, fóllate a quien quieras, pero hazlo de forma discreta y deja que sean los pervertidos quienes usen las salas, no tú, Ezra.

En el fondo tiene razón, maldita sea; sin embargo, es tanta la desazón, la frustración que siento en algunas ocasiones, que me comporto de manera más cruel de lo habitual. No he tenido un puto día de paz desde que conocí a Milena.

—Y ya, para rematar la jugada, entablas relación con un policía, un comisario, y encima ex de la mujer a la que tú hiciste desaparecer. ¿Te fías de él?

—No me queda otra —admito entre dientes.

—Pues entonces estamos bien jodidos —sentencia.

—Dudo mucho que se atreva a joderme.

—No le hace falta —arguye.

Frunzo el cejo, esa frase ha sonado a advertencia y no me gusta.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tipo, además de ser el ex de Milena es comisario. Dejando a un lado que te metió entre rejas, ¿crees que no aprovechará estar por aquí para husmear?

—No seas tan desconfiado.

—Yo lo haría —afirma tan pancho—. Una cosa lleva a la otra; empezáis a confraternizar, que si ya no te odio tanto, que si compartimos una copa...

—Joder, Aniol, parece que me lo vaya a follar —me quejo.

—Pues a lo mejor el que te folla es él a ti —me espeta, y antes de que pueda replicar da media vuelta y abandona mi apartamento.

Por una parte me siento mal, ya que discutir con Aniol es siempre un contratiempo. Y en este caso no se trata de una simple disparidad de opiniones sobre negocios u otros asuntos, que, vistos ahora con perspectiva, son estupideces. Ya me gustaría estar discutiendo con él si deberíamos abrir los siete días de la semana o cerrar uno, como hacemos actualmente.

Se está abriendo una brecha entre nosotros que quizá (ojalá me equivoque) puede ser insalvable. Yo entiendo a Aniol, su reticencia,

sus consejos; sin embargo, él las pasó putas con el asunto de Jana, joder, y en ningún momento desistió. Y aunque yo siempre le decía que era una pérdida de tiempo, no abandonó. ¿Por qué entonces quiere que yo lo haga?

22.50, HORA ESPAÑOLA
LUNES, 10 DE FEBRERO DE 2020
ADOSADO QUE OCUPÓ MILENA DURANTE LA MISIÓN
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

—¿Esto es una forma descarada de decirme algo? —le pregunto al comisario, ya que primero nos citamos cerca del pantano y hoy me ha pedido que nos reunamos aquí.

—Sé que intentaste comprar esta casa y que no lo lograste. También que provocaste una avería de tres pares de cojones para entrar aquí —dice con aplomo, y me señala las marcas del destrozo que causó el agua.

Al final la pareja de maricas, hartos de tantas averías, decidieron mudarse.

—Tengo entendido que estas cosas las cubre el seguro del hogar —respondo sonriendo de medio lado y esquivando, por supuesto, su acusación.

—¿Qué buscabas? —insiste.

—Nada —contesto—. Y ahora te toca explicar por qué me has llamado tan pronto.

—He hecho mi trabajo —dice, y se encoge de hombros.

—Vaya, para ser un tipo que se ha casado no hace mucho, me extraña que los fines de semana los dediques a investigar en vez de estar con tu mujer. ¿Qué opina ella de esto?

—¿Quieres saber qué he averiguado o no? —me espeta en tono seco.

Espero que el comisario aprenda la lección. Si me toca los cojones, yo se la devuelvo. A esto de lanzar dardos podemos jugar los dos.

—Te escucho.

—Para empezar... —saca su tableta y me muestra un mapa de Madeira—, he considerado las formas posibles de salir de la isla, teniendo en cuenta los medios de transporte disponibles.

—Algo que ya comprobé yo —le recuerdo, porque está reflejado en los informes.

—Supongo que elegiste Porto Santo como destierro pensando que le sería más difícil escapar —reflexiona—. Con Napoleón hicieron lo mismo enviándolo a Elba.

—Muy gracioso —mascullo, y él sonríe de medio lado.

—Se nota que conoces más bien poco a Cris.

Me jode que se refiera a ella con esa familiaridad, pues me recuerda que estuvieron casados, y si bien sé que Milena no era virgen cuando me la follé por primera vez, prefiero no pensar en los hombres que han pasado por su vida. Es más, hasta quiero pensar que se encuentra en algún lugar del planeta, dedicándose en exclusiva al cuidado de mi hijo.

—Nunca hace lo que se espera de ella —añade.

—Sí, he escuchado sus teorías feministas —murmuro, y por primera vez noto en el comisario un atisbo de solidaridad masculina.

—Pues, al igual que Napoleón, Cris se te ha escapado. El asunto es averiguar adónde.

—Ahórrate el sarcasmo —le espeto.

Él me plantea diferentes escenarios, pero según su opinión Milena consiguió salir sin dejar rastro, por lo que queda descartado que utilizara medios de transporte como el avión, donde queda registrado cada pasajero.

Otra dificultad es que dispone de nacionalidad portuguesa, por lo que recurrir a las embajadas resulta complicado. Así pues, establecemos la teoría de que contrató un barco privado y que las dos rutas más lógicas eran volver a la península vía Portugal o bien ir a las Canarias.

Según el comisario, cobra más fuerza la primera hipótesis, pues a través de esa ruta, una vez en tierra firme, podría haber cogido cualquier tren o autobús para moverse, ya que en estos medios no se suele identificar a los viajeros.

—También podría haber alquilado un coche y así moverse a su antojo —apunto, y él niega con la cabeza.

—Cris nunca fue una policía brillante; sin embargo, algo

aprendió en la academia y después escuchando a sus compañeros, y sabe muy bien que debe evitar todo lo que implique mostrar documentación, cosa que al alquilar un vehículo es imprescindible —explica él.

Hay asuntos que aún me provocan ardor de estómago y ganas de golpear a alguien, y el pasado de Milena es uno de ellos.

—Por lo que solo me ha quedado un hilo del que tirar... los hoteles. Es improbable que hiciera un trayecto desde, supongamos, Lisboa, hasta la frontera con Francia con un niño a cuestas sin parar en ningún sitio. Así que he revisado los registros que obligatoriamente han de presentar todos los establecimientos. Lo he hecho por intervalos de fechas y...

—Dime que tienes algo —gruño.

—Sí, en efecto. Se registró con su documentación portuguesa en un hotel de Vitoria. Estuvo allí tres días y pagó en efectivo.

—Joder...

—Y no solo eso, también fue al aeropuerto. He conseguido las imágenes de seguridad.

Me muestra un vídeo en el que se la ve empujando un carrito infantil. Frunzo el cejo al advertir que es rosa. Ella lleva gafas, pero no de sol, como si quisiera camuflarse, y además viste como si tuviera veinte años más.

—A mí también me costó reconocerla —admite el comisario ante mi expresión.

—¿Y qué avión cogió?

—Ninguno, creo que fue una maniobra de despiste. Y desde este punto no he logrado seguirle el rastro.

—De esto hace más de tres años.

—Sí, así es —reconoce con pesar—. He cursado una petición a Interpol para que...

—Perdona, y no te lo tomes como una ofensa personal, pero esa gente se toca mucho los huevos y siempre recelan unos de otros por el tema de las nacionalidades y quién se lleva después la medalla —lo interrumpo, y veo que no le ha gustado nada el comentario.

—Es la única baza que nos queda.

—Yo ya tiré de contactos, por si te sirve de algo.

—Tu dinero no siempre llega a todos los departamentos, en algunos aún se mantiene la honradez.

Resoplo, cuánta ingenuidad.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —pregunto con desánimo.

—Esperar a que me remitan un informe y mientras tanto revisar las redes sociales.

Me pellizco el puente de la nariz para intentar no darle un puñetazo por su ingenuidad.

—Por cierto, ¿de cuánto dinero dispone?

—Según mis cálculos, de más de dos millones de euros.

—Entonces habrá que revisar también los bancos. Puede que cambiara una parte por dólares o libras.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Revisé la casa de arriba abajo y encontré dinero en efectivo. Ya se había encargado ella de eso —afirmo con una mueca, y él sonríe con cierto orgullo.

—Chica lista.

—Lo cual nos complica las cosas.

—Cierto —dice, y apaga la tableta.

Es evidente que la entrevista ha acabado, sin embargo, por un malsano sentimiento le pregunto:

—¿Podría quedarme aquí un rato más?

—Sea lo que sea lo que estás buscando, no lo encontrarás.

—Joder, comisario, que se trata de un tema sentimental.

Él arquea una ceja, pues era lo último que esperaba.

—No me vengas con esas, tú ni sientes ni padeces, Wozniak.

—Te sorprendería...

—Está bien, si es lo que quieres... allá tú con tus emociones —se burla antes de largarse.

Espero junto a la ventana a que se monte en su coche y se largue, antes de dirigirme al dormitorio principal. Es imposible pasar por alto, pese al lamentable estado de las paredes, la tarima y la luz amarillenta, los sentimientos que experimento. Los hay buenos, aunque también malos, y estos últimos hacen que dé un puñetazo a la pared, lastimándome los nudillos.

—¿Dónde estás, hija de puta? —mascullo.

Nota de la autora

Seguís insistiendo para que esta historia tenga ese ansiado final feliz que tanto os emociona y lo único que estáis consiguiendo es empujarme a liar mucho más la madeja.

Ezra se está desesperando, no es un hombre paciente ni acostumbrado a quedarse sentado a la espera de que se solucionen los problemas.

Por vuestra culpa e insistencia se va a meter en más problemas legales y también de convivencia con su entorno.

Y encima ha recurrido al ex de Cristina. ¿Veis cómo está perdiendo el rumbo?

¿Dónde está ella?

Haced vuestras apuestas, ¿en qué lugar del mundo pensáis que ha decidido establecerse?

O, siendo algo más precavida, ¿ha optado por ser nómada?

Podéis leer las siguientes páginas y de nuevo dejo constancia de la advertencia.

No hay solución, ergo, la historia de Ezra y Cris está condenada al fracaso.

11.50, hora de Nueva Zelanda
Martes, 11 de febrero de 2020
01.50, hora de España
Escuela primaria
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

Soy la madre más pesada del mundo, pienso con media sonrisilla, mientras espío a Ezra a través del cristal de la puerta de su clase.

Acaba de empezar el colegio y, en vez de regresar a mi puesto, no dejo de observarlo.

Trabajo como conserje en la escuela primaria desde hace un año, y si bien nunca imaginé que acabaría aquí debo decir que, a pesar del profundo cambio cultural, me encuentro bien y casi segura.

Llegar hasta Nueva Zelanda fue pura casualidad. Tras un periplo europeo, en uno de los hoteles en los que me alojé encontré el típico folleto publicitario que animaba a quien quisiera a venirse a este país. Las condiciones no eran muy exigentes, empezando por el conocimiento del idioma. Yo, al haber cambiado de identidad, no constaba que dispusiera de estudios superiores, pero aun así hice la entrevista y aceptaron mi solicitud.

Ellos se encargaron de todo el papeleo, tanto del mío como del de mi hijo, y llegué aquí, a Wanaka, donde hasta me buscaron alojamiento. Y, sinceramente, agradecí poderme establecer en alguna parte.

Disponemos de una casita baja, prefabricada, con dos habitaciones y un pequeño jardín. No es la zona más elegante, pero al menos he podido asentarme y dejar de ser una nómada con niño a cuestas.

Viajar puede ser excitante, sin embargo con un niño de corta edad es una pesadilla. Y eso que debido a lo pequeño que era mi hijo

fue sencillo ir de aquí para allá intentando no dejar ningún rastro. Era consciente de que llegaría el momento en que Ezra empezaría a cansarse de subir a un tren, viajar durante dos días, dormir en hoteles discretos y poco más. Sin olvidar la constante angustia de sospechar de todo el mundo. Cuando alguien en una estación me miraba más segundos de la cuenta, huía y perdía el tren en el que tenía pensado desplazarme. Esperaba en otro hotel unos días y compraba otros billetes, pagando siempre en efectivo.

En la maleta, además de la ropa y cosas del niño, llevaba todo el dinero que había reunido antes de huir de Porto Santo, junto con nuestros pasaportes. Supuso todo un desafío custodiar la maleta. Yo apenas tenía ropa, la iba comprando en cada ciudad en la que hacía una parada, pues la idea era ir ligera de equipaje.

Cuando salí de Porto Santo (adonde me gustaría volver algún día), pasé por muchas etapas. La primera, el miedo al atravesar la península y que alguien me reconociera. Intenté vestir de la forma más anodina posible para no llamar la atención y a Ezra, al ser tan pequeño, lo llevaba vestido de niña. Hasta compré un cochecito rosa.

Otra etapa fue la del arrepentimiento. Había llegado a Varsovia en un estúpido arrebato, pues fueron muchos los momentos de debilidad y, sí, también de nostalgia, porque lo echaba (lo echo) de menos y visitando su país natal me imaginé que me aclararía las ideas.

Fue una estupidez y lloré más de lo que habría deseado.

Así que me fui de allí y acabé en Budapest, donde pasé a la fase de culpabilidad. Yo era la responsable de todo. Mi estupidez, mi orgullo y mis ideales me habían conducido a una vida errante.

Pero estaba siendo una mala madre, pues transcurría el tiempo y mi hijo iba creciendo, hasta que en enero de 2019 me detuve en Tesalónica y entré en la fase (menos mal) de responsabilidad. Allí leí el folleto y el resto es historia.

Mi historia.

—Dime qué puedo hacer para alegrarte el día —dice una voz a mi espalda.

Se me borra inmediatamente el cejo fruncido, porque aquí nadie sabe de dónde vengo, solo conocen la historia que les conté a los entrevistadores neozelandeses y que he ido repitiendo. Soy una viuda nacida en España, de nacionalidad portuguesa, que estuvo casada con un español y que siempre había querido viajar a Nueva Zelanda.

De culebrón, ¿eh?

Me doy la vuelta para encontrarme con la sonrisa de niño bueno, buen hijo y perfecto caballero de Jeremiah, el profesor de gimnasia y de ajedrez.

Es el típico anglosajón, pelo claro sin llegar a ser rubio, mirada cálida, atento, un poco chapado a la antigua. Ojos azules y amables. Va a los servicios religiosos junto con sus padres todos los domingos.

Vivir aquí es como entrar en uno de esos telefilmes en los que todo es idílico. Bueno, no me extraña, aquí el paisaje es precioso. La de paseos que doy junto con Ezra para disfrutarlo.

—Nada, tu sola presencia es suficiente —le respondo, y él, en uno de esos alardes de caballero, me tiende un café y un donuts de fresa.

—¡Jeremiah! —exclamo poniendo mala cara—. Mi culo no necesita eso.

—No seas tonta —me anima.

En el aspecto alimenticio también son muy anglosajones. Un día les preparé una tortilla de patata, y eso que me sale de pena (tuve que mirar la receta por internet), y casi se mueren de gusto.

Al final caigo en la tentación, eso sí, a medias, porque me como la mitad y la otra se la doy. Claro, él luego se machaca en el gimnasio.

Jeremiah (tiene nombre de predicador, ¿a que sí?) es un soltero muy cotizado. Mi compañera Uka y yo tenemos fichadas a tres que le tiran los tejos, pero él nada, sonríe, les dice buenas palabras y poco más. Ah, no es gay, porque según me han chivado, estuvo a punto de casarse, pero su novia (la del instituto, ya os digo, todo muy anglosajón) murió en un accidente de coche. De eso hace cinco años y Jeremiah sale con una o con otra, aunque no cuaja ninguna relación.

—¿Y a qué se debe este detalle?

—Hoy hace un año que llegaste, eso se merece una celebración.

Me echo a reír, qué peliculero es.

—A ver, soy la conserje —replico sonriendo.

—Has sido un soplo de aire fresco, Cris —dice, ahora en un tono distinto, ya no es de colegueo.

Tonta no soy y he oído rumores. La otra conserje de vez en cuando me suelta una indirecta sobre Jeremiah. Que si me mira mucho, que si pregunta por mis gustos, que si está pendiente... Y, no sé, yo lo interpreto como educación, nada más, gestos caballerosos.

—Eres un adulador —bromeo, y por su cara veo que no capta el

tono.

—Yo no quería ofenderte —recula.

—¡No me molesta! —me apresuro a decir, y le acaricio la mejilla. Jeremiah se queda algo confuso, pero acepta el cumplido y se relaja—. Anda, vete, que enseguida empiezas la siguiente clase.

—Antes quería... —Titubea y, cuando parece que va a arrancar, aparece mi compañera de fatigas, Uka, una neozelandesa auténtica, como dice ella, porque los rubios de piel blanca son colonos, se pongan como se pongan.

—Hola, Cris —me saluda cantarina, y después ensancha la sonrisa—: Hola, profesor.

Uka está casada, sin embargo se divierte coqueteando y haciendo de casamentera. Con ella me lo paso genial y me ayudó una barbaridad cuando empecé aquí. Porque las rutinas de trabajo no tienen nada que ver con las europeas a las que yo estaba acostumbrada. Somos amigas de las buenas, no obstante, mantengo mi pasado oculto y le he contado lo mismo que a los demás, la versión oficial.

—Creo que debería irme ya —murmura Jeremiah dando un paso atrás.

—Profesor, este fin de semana podrías llevar a Cris al pícnic que organizamos en mi barrio para recaudar fondos... —dice con tono inocente, aunque sé que no lo es nada en absoluto.

Lo de recaudar fondos es otro rasgo anglosajón y el pícnic, para qué os voy a contar. El primero al que fui el año pasado era tan de peli que no me lo creía. Ahora bien, terminas divirtiéndote, porque está pensado para que los niños no paren en todo el día y los padres y madres se relacionen entre sí.

—Se te ve el plumero, Celestina —comento, y ambos me miran sin entender, así que les tengo que explicar qué es una Celestina, de dónde viene y también lo del plumero.

A veces me desespero, porque sus expresiones son diferentes a las mías y pierden su gracia al explicarlas tras traducirlas.

—Os dejo solos —susurra Uka con una sonrisa picarona y cómplice.

—Me gustaría mucho que fuéramos juntos. —Jeremiah se lanza —. Con Ezra, por supuesto.

—De acuerdo —accedo, y él parece aliviado.

Se despide con una sonrisa. Aquí eso de dar besos en las mejillas no se estila, mantienen más las distancias.

Ya tengo plan para el fin de semana. Uno que no es excitante ni sensual ni atrevido, pero al menos me ayuda a integrarme con esta gente y a cultivar amistades.

Desde que me marché de Porto Santo no he estado con ningún hombre. No por falta de ganas ni de oportunidades, sino por miedo y responsabilidad. Miedo a que me descubrieran y responsabilidad, porque con un niño pequeño resulta bastante difícil.

Y no he tenido el valor de llevarme un hombre a la habitación del hotel de turno sabiendo que mi hijo dormía al lado. Por eso me he contentado con los recuerdos, mi imaginación, mis manos y un amplio surtido de juguetes.

20.15, hora de Nueva Zelanda
Sábado, 15 de febrero de 2020
10.15, hora de España
Hollyhock Lane
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

Como ya he mencionado, Jeremiah es un caballero.

Durante todo el día, en el pícnic, ha estado ocupado atendiendo mesas, charlando con los padres (algunos son muy plastas), aguantando coqueteos, organizando juegos para los críos y pendiente de mí.

Uka, a la que parece que le vaya la vida en ello, no ha dejado de mencionarme lo mucho que me mira y lo guapo que es (para ser un colono blancucho y rubio), y yo he sonreído sin entrar al trapo.

Y Jeremiah, cuando por fin se ha sentado a comer, lo ha hecho a mi lado, tras asegurarse de que Ezra y yo teníamos todo lo necesario para comer y beber hasta reventar.

Mi hijo se lleva muy bien con él y eso, lejos de asustarme, me gusta, porque quiero que se sienta bien, integrado con la gente de Wanaka, ya que tengo pensado pasar aquí mucho tiempo. Todo el que me sea posible, claro. Si a eso le sumamos que a Jeremiah le encantan

los niños, todo es estupendo.

Y no solo ha estado atento durante el pícnic, sino también después, ya que se ha ofrecido a traernos hasta mi casa en su coche, que curiosamente dispone de una sillita adecuada para niños. Cuando le he preguntado por ello ha respondido que al tener dos sobrinos y uno en camino, ejerce de tío responsable.

Nada más apagar el motor se apea corriendo para abrir la puerta del copiloto, claro que yo, para nada acostumbrada a esto, ya estoy bajando del vehículo, pues siempre he considerado ese gesto un pelín irritante. Imaginad que soy yo la que conduce y que al llevar a un hombre a casa me baje a abrirle la puerta. ¿A que sería ridículo?

Claro que aquí mis teorías feministas las tengo oxidadas, pues no quiero llamar la atención. Me jode bastante morderme la lengua.

Y si encima conducen por el otro lado...

—Se ha dormido —murmuro al abrir la portezuela trasera.

—Le llevo yo en brazos —sugiere Jeremiah y, bueno, no le voy a chafar todos sus gestos caballerosos.

Me sigue con mi hijo en brazos y yo abro la puerta de casa y enciendo la luz hasta llegar al dormitorio de Ezra. Jeremiah lo deposita con cuidado sobre la cama y yo lo desvisto para ponerle su pijama de La Sirenita.

—Mejor no preguntes —musito al ver su cara.

Le compré este pijama porque me gustó, es verde, imita la cola de sirena y en la parte superior está la cara de Ariel.

—Es que La Sirenita para un chico... —observa él en voz baja, y yo arqueo una ceja.

Una vez que el niño está en su cama, acostado y dormido como un bendito, algo lógico, porque la verdad es que no ha parado en todo el día, acompaño a Jeremiah a la cocina y le pregunto si quiere tomar algo.

Un gesto de cortesía de lo más normal, sin embargo él niega con la cabeza y explica:

—Es tarde, se podría malinterpretar.

—¿Perdón? —replico confundida.

¿Desde cuándo tomar algo se malinterpreta?

—Ya sabes, los vecinos verán mi coche ahí fuera y no quiero que saquen conclusiones erróneas —dice, y mi perplejidad va en aumento.

—¿Conclusiones erróneas?

—A ver, no somos pareja y a lo mejor piensan que tú eres un poco...

—Ligerita de cascos —propongo.

—No sé lo que es eso de «ligerita de cascos» —dice.

Se lo explico y Jeremiah termina asintiendo.

—No me jodas... —digo entre dientes, y él se dirige hacia la puerta.

—Dañar tu reputación es lo último que deseo.

—¡Si ni siquiera me has besado, por el amor de Dios! —exclamo, controlándome para no reírme.

—No es por falta de ganas —admite en voz baja, sujetando el pomo de la puerta principal.

—Los dos somos adultos; aunque pasemos la noche juntos, Jeremiah, nadie tiene por qué decir ni pío.

—¿Pío?

Resoplo; esto de explicar cada frase hecha me agota.

Me acerco a él, no porque me atraiga especialmente, sino para que deje de ser tan encorsetado. Si tanto desea besarme, solo ha de inclinarse y hacerlo. Más fácil imposible.

—¿Vas a besarme o no? —lo provoco.

Jeremiah inspira hondo, esto lo confunde. En su escala de valores una mujer no toma la iniciativa, y yo, que me muerdo muy a menudo la lengua en estos lares, hoy he encontrado una válvula de escape.

Sí, lo admito, estoy siendo mala con él, y la razón es que estoy tan harta... Y bueno, lo admito, también la posibilidad de ser acariciada, tocada, besada, en definitiva, de sentir el contacto de un hombre está haciendo el resto. Y si bien llama, lo que se dice llama o atracción entre Jeremiah y yo no hay (al menos por mi parte), sí podría decirse que ahora siento una pequeña chispita.

Se inclina despacio hacia mí al tiempo que me coge el rostro. Él cierra primero los ojos, así que yo también y siento su respiración. Está más alterado que yo. Y por fin me besa, bueno, más bien me roza los labios con los suyos. Un contacto tan suave que parece imaginario.

—Cris... —susurra, y yo separo los labios, facilitándole el asunto para que pase a mayores.

Siento un ligero escalofrío, aunque tan débil que no puede denominarse excitación. Jeremiah es muy prudente y lento, por eso, cuando por fin se torna una pizca más atrevido, musito:

—Bésame... —hago una pausa, porque mi subconsciente está a punto de traicionarme y hacerme mencionar otro nombre—, Jeremiah...

Besa bien, todo hay que decirlo, un tanto cauteloso, sin rastro de agresividad, pero bien. Y yo, que hace tanto que no siento este tipo de contacto, me vengo arriba y cuando él suelta mi rostro y me rodea la cintura con el brazo para atraerme hacia él, me pego a su cuerpo y gimo bajito.

—Cris... —repite mi nombre como si no se lo creyera.

Se aparta un instante y abro los ojos despacio. Me encuentro con que él me está mirando fijamente y de repente frunce el cejo y da un paso atrás.

—¿Qué ocurre?

—Esto no está bien.

Parpadeo. Vale, no hay una pasión arrolladora entre nosotros que nos empuje a arrancarnos la ropa a zarpazos, sin embargo creo que íbamos por buen camino.

—No te entiendo...

—Tu hijo duerme a pocos metros y yo no quiero que pienses que al estar sola intento aprovecharme de ti.

Me cubro la boca con la mano para evitar reírme.

—Así que será mejor que me vaya...

Y dicho esto, abre la puerta y se marcha.

Desde luego, con tipos así es imposible echarse a perder en Wanaka.

Cierro la puerta y echo la llave.

Resoplo mientras me dirijo al dormitorio infantil. Ezra sigue frito, igual que cuando lo hemos acostado. Es innecesario, pero reviso que esté bien.

Después me tiro en el sofá y enciendo la tele. Casi siempre veo el canal internacional de Televisión Española. Morriña pura y dura. Y cuando me da aún más el bajón, tengo una lista de reproducción en Spotify que me deja por los suelos. Una de las primeras canciones que incluí, estando ya en Porto Santo, fue *En el punto de partida*. Con ella revivo lo mejor y lo peor. La he cantado mientras me caían lagrimones por la cara, casi en susurros. Otras veces soy más atrevida e incluso termino bailando, o intentándolo, como hacía con las chicas del Ice Star con *Chicas malas*.

Y entonces, tras bailar de pena, porque nunca será lo mismo, lloro más fuerte y acabo sentada en el suelo, cantando (desafinando) entre hipidos y procurando no gritar mucho. Para no acabar más loca de lo que a veces pienso que estoy.

Estiro las piernas, cruzo los brazos sobre el pecho y cierro los ojos. Maldita sea, encima, con la tontería del beso, me he excitado. La chispita ha prendido y me he encendido. Así que, con la tele de fondo, deslizo una mano hacia abajo y la meto por dentro del pantalón. Me acaricio por encima de las bragas, unas sencillas a más no poder. Hace mucho que no uso lencería elegante. Al fin y al cabo, nadie va a verla y yo tampoco estoy de ánimo para ponérmela.

Pero ahora mejor me olvido del encaje y los sujetadores *push-up* y me centro en lo que importa. Jeremiah me ha besado, me ha gustado, lo hace bien, aunque... ni me ha mordido el labio, ni me ha soltado una grosería, pero ha tocado el interruptor. Con tibieza, pero lo ha hecho.

¿Tan necesitada de sexo estoy?

¿Demasiado patético a mi edad?

Por lo visto sí, pues reprimo el primer gemido cuando me rozo el clítoris con la yema del dedo. Mi intención es ir despacio, pero fracaso y presiono y describo círculos con rapidez.

Estoy húmeda, mucho, y por eso sé que apenas deberé esforzarme. Me muerdo el labio, no quiero gemir fuerte. No es vergüenza, es que estando mi hijo tan cerca siento que he de hacerlo de forma discreta. He aprendido a satisfacerme en voz baja.

Qué triste...

Soy consciente de que esto es igual que la comida rápida o una borrachera, parece que te llena, que te hace olvidar, pero los efectos son efímeros y la resaca es muy larga, maldita sea. Sin embargo, de alguna manera he de soportar momentos como este, en los que mi cuerpo pide, mejor dicho, exige, un poco de alegría, porque si bien la soledad nunca fue un problema para mí, parece que ahora sí lo es.

Le echo de menos. Joder, lo echo de menos. Sus ojos fríos y prepotentes. Sus comentarios machistas. Sus amenazas y sus perversiones. Y es denigrante admitir que, si bien otro hombre ha encendido la chispa, es a él a quien recurro en mi cabeza.

Aprieto los muslos y muevo con más rapidez una mano sobre mi sexo, mientras con la otra me estrujo un pezón hasta hacerme daño.

Un recuerdo, una palabra, una puta orden que mi cabeza repite y entonces exploto. Lanzo un jadeo lastimero y termino llorando, acurrucada en el sofá.

09.35, hora de Nueva Zelanda
Lunes, 17 de febrero de 2020
23.35, hora de España
Domingo, 16 de febrero de 2020
Escuela primaria
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

—No pasó nada —repito por cuarta vez ante el acoso de Uka, que, nada más verme, ha empezado a preguntar qué pasó entre Jeremiah y yo el sábado después del pícnic—. Y déjame, que me están esperando en la sala de dibujo.

—Ya he cambiado yo los protectores de las mesas —dice sonriente—. Así que tenemos un rato para hablar sobre el profesor y tú.

—Ay, por favor —me quejo—. Solo me llevó a casa. ¿Qué quieres que ocurra?

—Teniendo en cuenta que estuvo todo el pícnic pendiente de ti... Qué miradas, te comía con los ojos.

—¡Eres una exagerada! —exclamo negando con la cabeza—. Es atento conmigo y con todas.

—¿Te besó o no? —insiste.

—Sí, me besó —admito, y se pone a dar palmas—. ¡Solo fue un beso, por el amor de Dios!

—Créeme, eso significa mucho —dice Uka, y yo pongo los ojos en blanco.

—No me deshonró ni nada por el estilo —comento con sorna.

—Mira, Cris, aquí todos nos conocemos. Es cierto, Jeremiah siempre se porta como un caballero, pero contigo es diferente. Lo he notado yo y lo han notado los demás.

—Lo que tú digas... —murmuro, y como no quiero seguir con esta conversación, salgo del cuarto donde tenemos nuestras cosas y

descansamos, para hacer algo, lo que sea.

Aprovecho y me acerco a la clase de Ezra, al que miro a hurtadillas, ahí tan guapo y tan bien sentado con sus compañeros. Se parece tanto a él... La diferencia es que mi hijo, a pesar de tener los ojos tan azules como su padre, mira con cariño e inocencia.

Y es inevitable pensar qué le hicieron en ese orfanato para convertirlo en un cabrón despiadado. No lo justifico, eso jamás; sin embargo, eso explica muchas cosas. Menos mal que yo me encargaré de que mi hijo no se vea obligado a buscarse la vida y elegir el camino ilegal. Aunque ¿qué le diré cuando me pregunte por su padre? Oficialmente soy viuda, eso me deja cierto margen de maniobra, desde luego; lo que no tendrá explicación es que no conserve recuerdos, fotografías de él. El colgante de la Virgen de Czestochowa sigue en mi poder. Y mira que estuve tentada de remitírselo por correo, pero hacerlo significaba darle pistas de mi paradero, así que lo guardé junto con el maletín de dinero y los pasaportes. Todo listo y escondido.

Uka me sigue, claro, es demasiado chismosa como para dejarlo estar.

—Mira, Cris, yo te he cogido mucho cariño. Al principio desconfiaba de ti, claro, eres europea y allí sois un poco raros.

Pongo los ojos en blanco.

—Nos pagan por trabajar, no por cotillear —canturreo, y me detengo junto al armario de suministros para contar los rollos de papel higiénico, las toallas y lo que tenga a mano. Cualquier cosa con tal de estar ocupada y que Uka me deje tranquila.

—Vale, sois muy raros —añade con una sonrisa—. Pero a él le gustas, eso es evidente.

—¿Otra vez con ese cuento? —Resoplo.

—Y Jeremiah es muy tímido. No dará un paso a no ser que se lo pongas fácil. ¿Me sigues?

Resoplo de nuevo.

—Tenemos toallitas húmedas para al menos dos meses —comento, sabiendo que es un intento estúpido de cambiar de tema.

—Y tú estás sola y con un hijo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Cris, siempre es bueno que haya un hombre en casa.

—¿Me estás vacilando?

—Jeremiah seguro que es un buen padre —continúa, pasando por alto mi sarcasmo—. No hay más que verlo con los niños.

—¡Ezra ya tiene un padre! —exclamo indignada, y me doy cuenta de que he metido la pata—. Bueno, ya me entiendes. Yo me basto sola para cuidar de mi hijo.

No voy a explicarle que, a estas alturas, lo de la figura paterna obligatoria ha quedado un poco desfasado. Claro que me gustaría estar con el padre de mi hijo, joder, creo que yo lo necesito incluso más que Ezra. Un pensamiento egoísta por los cuatro costados, pero así son los pensamientos, libres e incoherentes.

—Ya lo sé, tonta —dice Uka, y me da un apretón en el brazo de lo más cariñoso—. Sin embargo, piénsalo, ¿vale? Muéstrate receptiva.

—¿Receptiva? —repito, temiéndome lo peor.

—Los hombres son algo tontos en estas cosas, les cuesta arrancar. Para los asuntos del corazón mejor darles un empujoncito.

«Hay hombres que no necesitan ningún empujón», pienso.

—¿Y qué propones? —pregunto solo por seguirle la corriente y por curiosidad.

Luego dicen que los europeos somos raros. A ver con qué me sale.

—Muéstrate débil, como si necesitaras ayuda para cualquier cosa —me recomienda, y yo, perpleja, me aguanto la risa—. Que él se sienta útil. Aunque sea con cosas ridículas.

—A ver, Uka, eso muy absurdo, ¿no? —replico, y me muerdo la lengua, porque lo que me parece es antiguo y machista.

—Hazme caso, dale una oportunidad, pero que parezca que es él quien lleva la iniciativa —afirma convencida con una sonrisa.

—¿Y qué hago, me desmayo y espero a que me recoja? —sugiero con ironía.

—No tanto —se ríe—, pídele que te lleve a casa, que te ayude con Ezra, o a pintar una habitación...

—Mi casa no necesita reformas —le contesto.

—Finge que quieres cambiar la decoración, tonta. A los chicos les encanta usar las herramientas...

—Joder, qué chiste tan malo —me quejo—. Y mi hijo no necesita ayuda, Uka.

—Da igual el motivo, la cuestión es tener una excusa para que esté contigo.

—Y digo yo, ¿por qué no lo invito a cenar y listo? Así me ahorro

todas esas tonterías —propongo con toda lógica.

Uka niega con la cabeza.

—Ay, Cris, cómo se nota que no conoces a los hombres.

—Estuve casada —le recuerdo—. Tan tonta no soy.

Aunque me siento una imbécil por seguir con la conversación cuando la idea de perseguir a un hombre haciendo el gilipollas me produce ardor de estómago. Si se me ocurre mencionar cómo empezó mi aventura con Jaime, a lo mejor tengo que llevarla a urgencias. Y ya del padre de mi hijo ni hablemos.

—Me refiero a los hombres de aquí. Los europeos son raros.

—Somos —puntualizo con cierto orgullo.

Por suerte le suena el teléfono y yo aprovecho para escapar, bueno, para echarle un vistazo más a Ezra antes de volver a la sala para tomarme un café y pensar en todas las tonterías que Uka me ha soltado para no hacer ninguna estupidez.

Que me conozco y en los momentos más extraños llevo a cabo las acciones más tontas. No quiero acabar en un almacén de bricolaje.

17.55, hora de Nueva Zelanda
Viernes, 21 de febrero de 2020
07.55, hora de España
Casa de Cris
Hollyhock Lane
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

Al final no fui a la tienda de bricolaje. Tampoco me desmayé cual damisela en apuros. Ni mucho menos fingí que necesitaba a un hombre con vehículo propio para que me llevara a casa.

Uka se encargó de amañarlo todo. Y sin un ápice de diplomacia. ¿El empujoncito que necesitaba Jeremiah? Pues bien, mi compañera le dio uno bien fuerte obligándolo a invitarme a cenar.

Y sí, por aquí se cena pronto. Pensaba que me acostumbraría, sin embargo me es imposible. Aquí estoy, un viernes, arreglándome para salir. Uka se ha llevado a Ezra a su casa, para que yo tenga «vía libre» y, bueno, la idea de tener una cita no me desagrada. La cuestión es

que me la imagino bastante tradicional, dudo que Jeremiah acabe haciéndome proposiciones deshonestas.

Y la verdad, ya no tengo edad para perder el tiempo ni para hacer manitas. Esta semana me he masturbado más que nunca. Sin ir más lejos, esta mañana en la ducha, antes de ir a trabajar.

¿Y por qué he aceptado salir con Jeremiah a cenar?

Pues porque el pobre se esforzó y no quería dejarlo en evidencia, que Uka es muy puñetera.

Ha quedado en recogerme a las seis y media. Y más vale que merezca la pena esta cita. Incluso me conformaría con acabar como buenos amigos, porque me jodería bastante que por una cita forzada finalizara nuestra buena relación laboral.

Y si llegado el momento surge «algo», y cuando digo «algo» me refiero a un posible entendimiento, pues ojalá. Quizá estoy siendo conformista, no obstante sé muy bien que buscar a alguien que pueda parecerse a él remotamente es perder tiempo, de ahí mi conformismo.

Llegar a esto...

A estas alturas de mi vida...

Una mierda como una catedral, lo admito.

19.10, HORA DE NUEVA ZELANDA
VIERNES, 21 DE FEBRERO DE 2020
09.10, HORA DE ESPAÑA
RESTAURANTE MEXICANO
WANAKA (NUEVA ZELANDA)

Cris

—¿No te gusta? —me pregunta Jeremiah tras sentarnos a la mesa.

—Si te soy sincera, esperaba otra cosa —comento con una sonrisa para que no se ofenda.

—A ver, como has vivido en España...

Esta gente tiene un problema muy serio de geolocalización, pero no voy a estropear la cita corrigiéndolo.

—Es un detalle, gracias —murmuro, y me pimplo el primer margarita, que, por cierto, tiene que ser el último, que me sientan fatal.

En su próximo cumpleaños le regalaré un mapamundi en el que le marcaré dónde está cada país. O no, da igual, estamos en otro hemisferio.

La carta no es muy variada y con la comida mexicana hay que tener cuidado, sobre todo si después se pretende pasar una noche en agradable compañía. Todos sabemos que el estómago, ante determinados condimentos, reacciona de forma muy traicionera.

Para evitar contratiempos pido algo sencillo, ensalada y unos tacos de pollo, sin picante. Para beber, como no tienen Coronita ni Sol (vaya mexicano), pues otro margarita.

Palabra, será el último.

Jeremiah pide lo mismo, creo que no frecuenta habitualmente restaurantes como este y si me ha traído es por su confusión. Bueno, es un detalle. Nadie es perfecto.

Mientras esperamos a que nos sirvan charlamos de cosas previsibles, el colegio, los niños y en especial mi hijo. Salta a la vista que para él ser profesor no es solo una forma de ganarse la vida, es su pasión. Habla de sus alumnos con cariño y los conoce a todos.

Tiene madera de padre, se le nota a la legua.

10.30, HORA DE NUEVA ZELANDA
SÁBADO, 21 DE MARZO DE 2020
00.30, HORA DE ESPAÑA
VIERNES, 20 DE MARZO DE 2020
CASA DE CRIS
HOLLYHOCK LANE
WANAKA (NUEVA ZELANDA)

Cris

Quince citas en un mes.

Somos oficialmente novios.

Y aún no me he acostado con Jeremiah.

Sí, nos hemos besado, tocado aquí y allá... vamos, como dos adolescentes sin mucha experiencia. Lo que me ha obligado a recurrir a mis fantasías nocturnas para relajarme y dormir, pues a mi edad una no está acostumbrada a sofocar los calentones con resignación.

Tendría que haberme comprado un vibrador recargable.

No entiendo a Jeremiah, de verdad que no. Pase que en la primera cita no me llevara a la cama, ni en la segunda, sin embargo, cualquier otro en la tercera iría con condones suficientes para una noche movidita. Y que conste que yo le he dado motivos más que suficientes como para que quede claro que estoy receptiva.

A ver, después de quince citas a un hombre como Jeremiah no se le puede susurrar «fóllame», porque se sentiría molesto y desubicado. Y lo curioso es que él se excita, que no es inmune. Ahora bien, busca excusas como que quiere ir despacio, que me respeta, que mejor evitar habladurías..., como en un telefilme, pero de los años cincuenta.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Tras la primera cita en el mexicano me trajo a casa, me abrió la puerta del coche (y mira que intenté ser rápida y apearme antes de que él lo hiciera), me acompañó a la puerta, me sonrió, me acarició la cara y nos besamos. Después me susurró que lo había pasado muy bien conmigo y que quería repetir.

Yo lo invité a entrar y él negó con la cabeza, antes de darme otro beso, muy tierno, y desearme buenas noches.

Recurrí a mis fantasías, mis recuerdos y a mi vibrador.

Y así comenzó mi periplo de citas, en las que también ha estado incluido mi hijo. El primer día que Jeremiah sugirió que nos acompañase me encantó el detalle. Hay hombres que consideran a los hijos un lastre, en cambio él no. Así que disfrutamos de un fabuloso día de excursión los tres. Y ver a Ezra corretear por el campo perseguido por Jeremiah, riéndose hasta acabar agotado, es maravilloso. Mientras yo los observaba sentada en una manta.

Sin embargo, esas estampas tan bucólicas me han hecho pensar... Partiendo de la base de que sí, en efecto, se agradece que quieran a tu hijo y lo traten como a un rey, también se agradecería una atención más personalizada, es decir, que intentara seducirme, leñe.

Y hoy... hoy nos han invitado, a Ezra y a mí, a casa de los padres de Jeremiah. Así, como lo cuento. Estará su hermana, embarazada a punto de dar a luz, y sus dos retoños (la parejita, claro) con los que mi hijo puede jugar.

Es inevitable ponerse un tanto nerviosa, aunque he aceptado ante la insistencia de Jeremiah.

Por supuesto, me he informado. Uka conoce a todo el mundo y,

según ella, los Travis son la familia perfecta. El padre, Jeremiah senior, trabajaba como corredor de seguros y la madre, Nancy, como bibliotecaria. Ambos ya jubilados. La hermana se llama igual que su progenitora, pero se dirigen a ella cariñosamente como Cy, supongo que para distinguirla de la madre (como si no hubiera más nombres disponibles). Una familia anglosajona tradicional por los cuatro costados.

Y yo que provengo de una familia nada convencional y poco o nada anglosajona, pues a lo mejor meto la pata.

—¿Ha llegado ya Jeremiah? —me pregunta Ezra impaciente, tras mirar por la ventana dos veces.

Mi hijo está emocionado, porque además de ser su profesor de gimnasia y de ajedrez (esto último me dejó a cuadros porque nunca pensé que a Ezra le interesara el ajedrez siendo tan pequeño), es su amigo mayor. Y presume de ello. Y es que Jeremiah lo trata como a un hijo.

—Tiene que estar al caer —murmuro, y me acerco para peinarlo con los dedos. Un gesto cariñoso. Tonterías de mamá gallina, lo que nunca pensé que me ocurriría, ya que yo no tuve lo que se dice un ejemplo de madre amantísima.

Y aunque mi carrera como psicóloga se fue al traste y no podré ejercer de nuevo, y bien que lo siento, porque en la escuela podría atender a los niños desde otra perspectiva, a veces analizo las situaciones como si de un paciente se tratase, a ver si de este modo consigo entender mi vida y asumirla.

—¡Ya está aquí! —grita Ezra, y va corriendo a la puerta.

Sonrío y cojo la pequeña mochila con las cosas de mi hijo. Observo que nada más entrar salta a sus brazos y Jeremiah lo aúpa.

—¿Lo tienes todo a punto, Ezra? —le pregunta, y él asiente rápidamente.

Otra estampa de telenovela pastelosa. Yo no estoy acostumbrada a esto.

Con Ezra en brazos se acerca hasta mí, sonríe y se inclina para darme un beso, un piquito más bien, y me pregunta si estoy lista para pasar un día genial.

Quien contesta gritando es mi hijo, que no se baja de sus brazos.

Y como si de una familia de anuncio de seguros se tratase, nos dirigimos al Jeep de Jeremiah.

Y yo me pregunto si no me estoy dejando llevar hacia un estilo de vida demasiado fácil, complaciente y seguro.

No he ido a la tienda de bricolaje, pero poco me falta.

16.20, hora de Nueva Zelanda
Sábado, 21 de marzo de 2020
06.20, hora de España
Casa de los Travis
Aubrey Road
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

—¿Todo bien? —pregunta Jeremiah sentándose a mi lado.

Otra estampa de teleserie anglosajona.

Nos encontramos en la parte trasera de la casa, tras una comida no menos típica, sentados en sillones de mimbre. Los niños corriendo por el jardín, Cy echándose una siesta sola porque su marido, que es policía, está de servicio, aunque dudo que se atrevieran a mancillar la habitación de invitados de los Travis echando un polvo.

Yo sí lo haría.

—Sí, todo bien —miento a medias—. Gracias.

Durante la comida su madre, con bastante sutileza, todo hay que decirlo, me ha estado interrogando sobre mis orígenes. Yo no sé qué idea tiene esta gente de la península Ibérica, pero he detectado cierto tufillo xenófobo cuando ha comentado algo parecido a:

—Pensaba que por esos lares no había rubios.

A ver, aunque todos fuéramos de color, o morenos o lo que sea, el comentario ha estado fuera de lugar y me he tensado un poco.

Sin embargo he debido de aprobar el examen de nuera y me da la sensación de que Ezra tiene mucho que ver. A los padres de Jeremiah se les cae la baba con mi hijo, tan rubio y de ojos azules como ellos.

Si supieran la verdadera identidad del padre... se les cortaría la digestión.

Jeremiah me pasa un brazo por encima de los hombros, un gesto cariñoso, y a su madre no se le borra la sonrisa de la cara. Yo finjo estar encantada, aunque la realidad es que si pudiera elegir preferiría

mi sofá, un libro y mi lista de Spotify para la nostalgia. Ayer, por ejemplo, mientras escuchaba *Seguiré sin ti* me desahogué, aunque derramando menos lágrimas que otras veces. Me sentí valiente durante unos minutos, pero con *Coisas pequenas* me derrumbé.

Estuve hasta tentada de borrar esa canción de Madredeus, pero al final la dejé, porque llegará el día en que la escucharé sin llorar.

Cy se nos une y, tras supervisar a sus niños y al mío, se acomoda y sonríe a su hermano. Yo los miro a todos. Nunca he sido una policía de primera, pero aun así sé reconocer que algo traman y más aún cuando Ezra, en vez de corretear por el jardín y gritar que también quiere una casa en un árbol como la que tienen los Travis para sus nietos, viene hasta nosotros y le guiña un ojo a Jeremiah.

Mi hijo no disimula nada bien y pienso que, si el ADN sirve de algo, aprenderá. A lo mejor que tenga una pizca de malicia del padre no es tan malo.

—¿Qué ocurre? —pregunto cuando todos se ponen en pie.

Jeremiah padre coge de la mano a su mujer, Cy me mira y Jeremiah hijo se arrodilla. Y Ezra sonríe.

—Joder —se me escapa, por suerte en castellano, así que no pillan nada.

—Cris, ya sé que llevamos saliendo poco tiempo, pero para mí es más que suficiente...

Trago saliva. Una puta encerrona es lo que me han preparado los Travis.

Me coge la mano y, sonriendo como un chico de anuncio, porque puede, eso está claro, me pide que nos casemos y saca, oh, mierda, un anillo de compromiso.

Miro al resto. Nancy está a punto de llorar, yo también, aunque por diferente motivo.

Mi hijo sonríe encantado.

—... por eso quiero pedirte que...

No, joder, ¿cómo salgo yo de esto?

¿Gritar «¡estás loco, si ni siquiera hemos follado!» serviría para escapar?

—... te cases conmigo —dice, y espera con el anillo en la mano a que yo grite de emoción, diga que sí y salte a sus brazos.

19.20, hora de España
Sábado, 21 de marzo de 2020
05.20, hora de Nueva Zelanda
Domingo, 22 de marzo de 2020
Oficinas. 3.ª planta del Ice Star Club
Término Municipal de Benahavís

Ezra

Oigo el chasquido de la cerradura, seguido de unos pasos a mi espalda, y ni me molesto en mirar por encima del hombro, no me van a joder el polvo del sábado. Aniol o mi hermana son los únicos que se atreven a interrumpir.

Y últimamente les gusta demasiado aparecer en el momento más inoportuno. Creo que han pirateado las cámaras de vigilancia de mi despacho, las que solo se activan cuando yo me marcho, para saber cuándo tocar las narices.

—Esperad fuera, coño, que aún no he terminado —gruño no solamente por el cabreo de ser interrumpido, sino también por el esfuerzo.

Hoy me está costando más concentrarme para correrme y eso que el culo de Ludmila es un recurso seguro.

Ella se tensa mientras continúo metiéndosela y le doy un azote que le deja una buena marca y hace que se tense aún más para apretar mi polla.

—Hay alguien en el despacho...

—Cállate —ordeno—. Eres puta, te han visto follar unas cuantas veces.

—¿Interrumpo? —pregunta una voz con aire burlón, y por desgracia sé quién es.

No es que me moleste follar sobre el escritorio, pero no sé por qué me ha dado por tirármela en el cuarto de baño, contra el mármol. ¿Importa?

—Ahora salgo, comisario.

No sé quién cojones lo ha dejado pasar... Bueno, sí lo sé, Aniol, que con tal de tocarme la moral deja pasar al zorro dentro del gallinero y eso que el ex de Milena insistió que nos viéramos fuera del club.

—¡No tengo todo el puto día para tus jodiendas! —me grita con guasa.

—Si quieres, puedes unirte. Ludmila la chupa de puta madre cuando se la follan por el culo —replico, dándole un par de empellones bruscos antes de retirarme de mala gana, y le hago un gesto para que se quede tal como está.

—¿Eso quiere decir que esta noche no trabajo? —me pregunta ella mirándome por encima del hombro.

La fulmino con la mirada. Otra que se viene arriba porque me la follo. No sé por qué se está haciendo ilusiones. Dentro de un mes se va del club, ya he apalabrado su traspaso. Me abrocho los pantalones, me peino con los dedos y salgo del cuarto de baño.

Examinando mi escritorio, en el que por supuesto no va a hallar nada incriminatorio, salvo que fuera inspector de Hacienda y aun así le costaría, me encuentro al comisario.

—Qué sorpresa. ¿Qué quieres tomar?

—Nada. Solo he venido porque es urgente.

Me tenso de arriba abajo. Desde que me puse en contacto con el comisario Saravia para encontrar a Milena apenas ha habido progresos. Todo especulaciones, es decir, lo mismo que ya había averiguado a través de los detectives privados.

Quizá no debería haber sido tan exigente con ellos.

La única diferencia es que el comisario es, de momento, más barato.

—¿Y bien? —pregunto controlando mi impaciencia.

Me acomodo tras el escritorio y le hago un gesto a él para que se siente enfrente.

—Me ha llegado esto... —Saca de su chaqueta un sobre, aunque no me lo entrega—. Es confidencial y he tenido que pedir favores...

—Sí, vale, les has lamido el culo a los superiores —lo interrumpo —. Dámelo y dime cuánto te ha costado.

El muy cabrón tiene el descaro de reírse.

—Guarda tus mañas de mafioso para otro, a mí no me acojonas.

—Mira, comisario, tengo a una puta esperándome en el cuarto de baño, cachonda y con el culo bien lubricado. A no ser que traigas algo relevante, que te jodan —le espeto, y añado con malicia—. Invita la casa.

—Es de la embajada portuguesa en Varsovia —dice, y me quedo

igual que si hubieran tirado una bomba explosiva en medio del club.

Cuando consigo reaccionar, grito:

—¡Ludmila!

A los dos segundos aparece desnuda y se queda de pie frente a nosotros.

El comisario, menudo gilipollas, se levanta rápidamente y la cubre con su chaqueta.

—Gracias —murmura ella, que no esperaba un gesto tan galante. Hasta lo mira con ojos tiernos.

He de reconocerlo, es buena engatusando. Espero que su sustituta sea igual de rentable.

Pero yo sé que solo lo hace para molestarme. Es puta y recurre a cualquier truco. Su vestido está tirado en el cuarto de baño. Si ha salido desnuda es para tocarme los cojones.

—Largo de aquí —le ordeno, y antes de que se vaya me levanto rápidamente para quitarle la chaqueta y devolvérsela a su dueño.

—No hagas demostraciones de poli bueno, joder —le digo con aire condescendiente.

—Pues trata a la chica con respeto.

—Que vale, bien, lo que tú digas. Al grano.

Me pasa la documentación. Según leo, Milena se acercó a la embajada portuguesa en Varsovia para actualizar su pasaporte. Me resulta inquietante y una jodida broma que eligiera mi país natal para ello.

¿Qué se proponía?

—Sabemos que estuvo unos días en Polonia y luego de nuevo se le perdió la pista —dice mirándome a la espera de que estalle.

—Traducido, hay que untar a las autoridades portuguesas. Está utilizando el pasaporte que le conseguí.

—Ya había llegado a esa conclusión. El problema es que son datos de hace mucho, no es cuestión de dinero, joder. Y otro asunto que me preocupa es que...

—Haya salido de Europa —mascullo.

—Y no solo eso, sino que se haya casado en un país en el que las mujeres cambian de apellido.

Entrecierro los ojos.

—Milena es demasiado terca como para permitir eso.

Conociéndola me imagino al pobre desgraciado que lo intente,

aunque me jode mucho más la idea de que esté con otro.

—Si se siente acorralada, como cualquier persona en una situación límite recurrirá al método que sea para escapar —sentencia.

—Es demasiado feminazi para eso.

El comisario se marcha, dejándome cabreado y frustrado. Me da la sensación de que disfruta trayéndome malas noticias. Hace su trabajo, aunque algo me dice que no al cien por cien. ¿Se guarda información? Probablemente. Yo lo haría y dosificarla también, para tener la sartén por el mango.

Podría al menos haber aparecido quince minutos más tarde, para no joderme el polvo y pillarme desfogado.

Da igual, tengo un club, chicas y varias salas donde divertirme hasta olvidarme de una hija de puta que, si bien me ha jodido a base de bien, no me va a hundir. Tarde o temprano cometerá un error.

Así que con la idea de olvidarme de esa traidora durante al menos un par de horas, voy decidido hasta el ascensor privado. A estas horas en el segundo sótano hay actividad suficiente como para pasar un buen rato, y si bien lo de mezclar negocios con placer resulta contraproducente, esta noche haré una excepción.

Me detengo un instante en la planta baja para hablar con el tipo encargado de la seguridad y saber quién ha autorizado al comisario a llegar hasta mi despacho un sábado por la tarde.

El tipo primero se muestra evasivo, aunque al final termina confesando que ha sido cosa de mi hermana. Le entiendo, debe de ser jodido chivarte al jefe sobre lo que hace la familia de este. No obstante, yo di instrucciones claras, el comisario solo debía acceder al garaje, por lo que le digo al de seguridad que, en caso de repetirse una situación similar acabará en la calle y no necesariamente respirando.

Mi idea era ir al segundo sótano, sin embargo lo aplazo hasta dar con el jefe de seguridad. Andrey aparece en menos de cinco minutos.

—Busca a gente competente o el próximo en irse a tomar por el culo serás tú —le espeto.

—Señor Wozniak, lo lamento. No volverá a ocurrir —dice muy serio, y sé que tomará medidas.

Andrey es uno de esos tipos a los que no les gusta hablar. Ha trabajado en otros clubes, de ahí que lo llamara para venir al Ice Star; no obstante, a pesar de su experiencia, no termino de sentirme cómodo con él. Es excesivamente reservado y no se interesa por

ninguna de las chicas.

Esto último me preocupa y, si bien hay una política de no confraternización, envié a una de las bailarinas a que se lo follara y no hubo forma, la rechazó sin contemplaciones. Si estuviera casado quizá lo comprendería, pero no se le conoce ninguna amante. Y tampoco me llegan rumores de que vaya a otros locales en busca de sexo.

Su aspecto es el típico de quien se machaca en el gimnasio y se alimenta a base de proteínas y mierdas de esas en polvo; quizá la leyenda de que se te quitan las ganas de follar sea cierta.

—¿Sabes dónde está Jenica?

—En el restaurante, con su amiga.

Entrecierro los ojos, su tono seco no me engaña. Todos en el club conocen el pasado de Leire y no desaprovechan la ocasión para hacer chistes.

Yo admito que al principio tenía mis dudas sobre ella/él, aunque ha demostrado que es de fiar.

Me despido de Andrey y me dirijo al restaurante. Encuentro a mi hermana en uno de los reservados. No he tenido que preguntarle al *maître* ni a los camareros, ni estos se han atrevido a cortarme el paso.

Al entrar en el reservado sin llamar, salta a la vista que las he sorprendido en un momento íntimo. Mi hermana me fulmina con la mirada y Leire sonríe de medio lado.

—¿Podrías dejarnos a solas cinco minutos? —le pido a esta.

—Aprovecharé para retocarme el maquillaje —murmura, y para atormentarme, ¿por qué si no?, se besan.

—Nunca has sido partidaria de las demostraciones de afecto en público —le espeto a mi hermana y cierro la puerta, quedándome apoyado en ella para que nadie nos interrumpa.

Jenica saca una barra de labios de su bolso y se retoca.

—¿A qué has venido? Además de a molestar, claro —replica altiva.

Nuestra relación, antaño tan buena, hace tiempo que se resquebrajó. Sé que no me traicionará ni me hará daño, algo recíproco, sin embargo ya no hay buena sintonía. Trabajamos juntos y lo poco que sé de su vida es porque Aniol o la propia Leire me lo cuentan.

—¿Por qué has autorizado a los de seguridad a que dejaran pasar al comisario?

—¿No sois ahora amiguitos íntimos? —se burla.

—Ya sabes que se trata de un asunto personal. No te inmiscuyas, joder.

—Dejó de ser personal cuando esa zorra te traicionó y, por mucho que te empeñes en fingir, te sigue jodiendo la vida.

—Jenica...

—Eres el único idiota que no lo ve. Y no pienso dejar que esto afecte a los negocios.

A veces pienso que darle más poder a mi hermana ha sido un error. No porque sus decisiones sean malas, sino por sus ínfulas.

—Puedo hacer que mañana mismo recibas una cariñosa carta en la que Leire te dice que te deja y te desea lo mejor porque se va con otra —la amenazo.

—Ya... y al cabo de un mes leeré en la prensa que ha muerto desangrada en un callejón, porque cuatro hijos de puta, convenientemente aleccionados, la han molido a palos y todos pensarán que se trata de un crimen homófobo.

—Pues no te metas en mi vida y yo no lo haré en la tuya.

Jenica se levanta para encararse conmigo, se acerca y me apunta con el dedo en el centro del pecho.

—Ezra, si de mí dependiera, te traía a esa psicóloga de los pelos, no sin antes haberle dicho lo que pienso —afirma desafiándome con la mirada.

—Si sabes algo y te lo estás callando... —mascullo apartando su dedo.

—No, ni me molesto en averiguarlo, pero ¿sabes qué? Creo que es peor el remedio que la enfermedad.

—¿Qué coño dices?

—No me gusta verte sufrir, ni que pierdas los papeles cuando bajas al sótano, pero estoy convencida de que tarde o temprano entrarás en razón y volverás a ser el de antes.

—¿Pretendes que olvide a mi hijo?

—Acéptalo, ella te lo ha quitado —dice destilando crueldad y sinceridad—. Tú le salvaste la vida y mira cómo te ha pagado. Eso es lo que realmente deberías considerar.

Echando sal a la herida Jenica no tiene rival.

—No te metas en mis asuntos...

Mi hermana niega con la cabeza y vuelve a sentarse.

—... o atente a las consecuencias.

—Buenas noches, Ezra —me despide.

22.25, hora de España
Sábado, 21 de marzo de 2020
08.25, hora de Nueva Zelanda
Domingo, 22 de marzo de 2020
Sala asiática. 2.º sótano del Ice Star Club
Término Municipal de Benahavís

Ezra

No se me han pasado por alto las miradas curiosas y especulativas de la gente cuando, tras echar un vistazo a las diferentes salas del segundo sótano, he decidido entrar en una.

Hay que joderse, millonarios con sus fulanas y putos pagando una cantidad insultante de dinero por llevar a la práctica sus perversiones más sucias, y se ponen a chismorrear como porteras.

En más de una ocasión me he paseado por aquí, aunque sin participar activamente, porque es inevitable al acercarte a alguna escena, y ante la invitación explícita del tipo, acariciar, pellizcar o azotar a la fulana de turno. Pero nada más, un par de minutos y listo.

Sin embargo, mi intención esta noche es encontrar a una mujer (no quiero putas, fingen demasiado) que me la chupe el tiempo suficiente como para que pueda olvidar las malas noticias y la discusión con mi hermana.

¿Por qué no ir a lo seguro con alguna de las chicas del club?

Porque quiero algo más real. Que el intercambio de dinero no sea la razón fundamental por la que se dejan follar. Y eso se consigue con alguna de las clientas que visitan el Ice Star.

Otro de los requisitos es que no me la haya tirado antes. Quiero novedad, y eso supone cierto riesgo, pues hay mucha ricachona viciosa que no sabe más que abrirse de piernas.

Y parece ser que ya la he encontrado. Me ha dicho su nombre, aunque me importa una mierda. En su ficha pone que es directora de *marketing* en una empresa de carburantes. Ha cumplido ya los cuarenta y cinco y, a juzgar por la foto, se ha retocado para aparentar

treinta y pocos. Esto último no me gusta, sin embargo no hay más donde elegir.

Ahora mismo está de pie, observando la sala. He optado por la de temática oriental.

—Supongo que tendré que pagar un extra al ser atendida por el jefe en persona —dice mientras da pequeños sorbos a su cóctel azul.

Sonrío de medio lado, va de dura. Ya veremos lo que aguanta.

—¿Prefieres chupármela antes o después de que te la meta por el culo?

Jadea y casi se le cae la copa ante la brutal sinceridad de la pregunta.

—Antes tendrás que...

—¿Seducirte? —sugiero con ironía, y me acerco a la puerta dispuesto a largarme—. Mira, aquí no se viene a jugar al rollo de darse palmaditas en el culo y ponerse una bola de goma en la boca, ¿entendido? Para eso te buscas un gilipollas y te abres de piernas. Con suerte te comerá un poco el coño y listo.

—¿Y qué propones? —pregunta con un hilo de voz, confirmando mis sospechas.

Como tantas ejecutivas hoy en día, ha oído que puede disfrutar de sexo «poco convencional» como si fuera el menú gourmet de un restaurante, eligiendo qué se quiere y qué no. Pues bien, eso conmigo no es posible.

—¿Estás casada?

—Divorciada —contesta de mala gana.

—¿Cuánto hace que no follas?

—¿Importa?

—No.

—¿Y para qué lo preguntas?

—Por darte conversación —respondo, aunque más bien la idea era comprobar su reacción.

Ha intentado disimular, pero es evidente que lleva un tiempo de sequía.

—No he venido a conversar —dice alzando la barbilla desafiante, una pose muy estudiada, ni pizca de credibilidad.

Joder, ¿por qué me lo ponen tan fácil?

—Dame tus medias —ordeno, y tras mostrarse algo dubitativa obedece, porque ha llegado a la conclusión de que eso no supone

ningún riesgo.

—¿No quieres las bragas también? —pregunta, y niego con la cabeza.

Se suelta las ligas levantándose la falda para que vea bien lo cara que es su ropa interior y que va completamente rasurada. Vaya novedad, hoy en día lo raro es ver un coño con todo su vello púbico. Y tenía su grado morboso rasurárselo a la mujer en cuestión antes de follársela.

Yo no me muevo, es ella quien camina contoneándose sobre sus tacones, pero al llegar a mi altura, en vez de darme las medias las deja caer a mis pies. Otra muestra de altivez.

—Date la vuelta —indico, y ella lo hace con una media sonrisa.

Nada más tenerla de espaldas la agarro del pelo y tiro hasta hacerle el daño suficiente para que se dé cuenta de que conmigo no se juega.

—Si vuelves a desafiarme, te amordazo con tus propias bragas y llamo a un par de sádicos que te reventarán el culo y encima me pagarán por ello, ¿entendido?

Asiente, y cuando la suelto inmediatamente se agacha para recoger sus medias, pero antes de que me las entregue le impido incorporarse apoyando una mano en sus hombros.

—Quieta ahí —susurro amenazante.

No se mueve, ha aprendido la lección.

Compruebo la elasticidad de sus medias y le pido que se quite la blusa y el sujetador. Le tiemblan un poco las manos al hacerlo. Cuando está desnuda de cintura para arriba le indico que debe permanecer de rodillas y quieta.

Paso la yema del dedo por sus hombros de izquierda a derecha. Una caricia suave, solo para que se confíe.

Después le cubro los ojos con una media, hago un nudo por detrás y con las dos partes que cuelgan le rodeo el cuello. No aprieto del todo, aún dejo un pequeño margen y, en función de cómo se comporte, veré qué hago.

Con la otra media le ato las manos a la espalda y cuando ya la tengo a mi merced le manoseo las tetas con brusquedad. Ella jadea, le gusta, así que le susurro:

—¿Ya estás lo suficientemente cachonda como para chupármela?

—Sí —musita quizá avergonzada.

Sin soltar un extremo de la media, que sostengo a modo de correa, me coloco delante y me desabrocho los pantalones. Me agarro la polla y se la acerco a los labios. Ella los separa y se la meto de golpe.

Se atraganta, claro, pero no le sirve de nada, porque no me aparto. Es más, tiro ligeramente de la media, apretando el nudo que rodea su cuello.

Ella comprende en el acto de qué va esto y empieza a chupármela con bastante interés y una técnica deplorable. Para animarla un poco le pellizco los pezones y eso parece funcionar.

Aprieto un poco más el nudo hasta que inspira hondo por la nariz, mientras yo me follo su boca sin contemplaciones. Aprieto un poco más y ella emite un gemido de protesta.

—Si quieres, puedes correrte con mi polla en la boca —le digo a modo de incentivo, aunque sé que esto le desagrada, no es lo que había imaginado.

Intenta soltarse las muñecas y mueve los hombros para aliviar la tensión, sin embargo yo no aflojo y, para que comprenda de una puta vez que aquí ella no tiene ni voz ni voto, coloco una mano en su nuca y se la meto aún más en la boca.

Ser desagradable me excita y me hace recordar otros tiempos. Pero no olvidarla me enfurece, así que adelanto las caderas, embisto con rabia y tiro del extremo de la media. La mujer intenta apartarse, pero no se lo permito.

Cuando por fin siento el cosquilleo en las pelotas me quedo quieto y me corro en su boca, obligándola a tragárselo todo. Después de eyacular permanezco unos segundos observando cómo se esfuerza por respirar por la nariz.

No me la voy a follar, sería decepcionante, así que doy un paso atrás y me abrocho los pantalones.

Ella gira la cabeza, aun con los ojos cubiertos, la media alrededor del cuello y las manos atadas.

—¿Te marchas? —pregunta al oír el chasquido de la cerradura al abrirse.

—Sí —contesto indiferente—. Ahora me encargo de que venga alguien a follarte. Tranquila, invita la casa.

23.50, hora de España
viernes, 24 de abril de 2020
09.50, hora de Nueva Zelanda
Sábado, 25 de abril de 2020
Ático del Ice Star Club
Término Municipal de Benahavís

Ezra

Hacía mucho que no bebía.

Hacerlo a solas es deprimente. Por eso me parapeto aquí, de noche, donde sé que nadie se atreverá a tocarme los cojones. A estas horas el club bulle de actividad y yo podría bajar a dar una vuelta, en cambio he preferido quedarme solo y meneármela mientras el alcohol va adormeciéndome.

O eso pensaba, pues, tras correrme, me he quedado tumbado en la cama balinesa sin ganas de bajar al apartamento, pero despierto. Como tantas otras noches en las que ni follando ni maldiciendo ni golpeando un saco de boxeo consigo que mi cerebro desconecte.

En teoría los negocios me mantienen ocupado, pero me aburren tanto que ayer cogí el coche y, como en los viejos tiempos, me fui con mercancía ilegal en el maletero. Si me hubieran pillado... Joder, he sido un inconsciente.

Una estupidez, pero que funcionó, pues regresé al club más animado, y es que sentarse tras un escritorio a leer informes financieros y que un gilipollas te cuente cómo ahorrar impuestos me sobrepasa. Ya sé que se asemeja mucho a blanquear dinero, aunque por desgracia escaquear impuestos no es lo suficientemente ilegal como para que resulte divertido.

Por hacer la gracia llamé al comisario Saravia y le vacilé diciéndole que podía detenerme, porque en el maletero llevaba una bolsa de deporte comprometedora, pero él no se lo creyó, arruinándome así la diversión.

Nos reunimos para mirarnos de nuevo a la cara y comprender que va a ser imposible encontrarla. Los días pasan y su rastro se perdió hace mucho. No ha cometido ningún error.

Aniol, en uno de sus alardes de tocar los huevos, me dijo que tal vez estuviese muerta. Una mujer sola por el mundo y con un crío tan

pequeño puede ser presa de organizaciones que yo conozco bien.

He contactado con gente de esas organizaciones por si hubieran visto algo; una maniobra arriesgada por mi parte, pues en teoría Milena ha muerto. La respuesta ha sido deprimente. Si bien es cierto que algunas mujeres podrían cuadrar con la descripción, no eran ella.

Jenica tiene razón, maldita sea.

No obstante, me resisto a darlo todo por perdido. Solo el comisario está de mi lado, lo cual no deja de ser una puta paradoja.

11.50, HORA DE NUEVA ZELANDA
SÁBADO, 25 DE ABRIL DE 2020
01.50, HORA DE ESPAÑA
AYUNTAMIENTO DE WANAKA (NUEVA ZELANDA)

Cris

Fuerzo una sonrisa.

Me acabo de casar. O, dicho de otro modo, acabo de cometer una estupidez de las grandes. Y mira que en los últimos años he hecho idioteces.

Mi hijo está encantado siendo el protagonista. Y se lo agradezco.

He hecho algo deplorable, que va en contra de mis principios, y es casarme para cambiar de apellido. Oficialmente soy Cristina Travis.

Una razón egoísta y que me produce ardor de estómago. Sin embargo, me pareció una gran idea, pues al llevar ya más de un año aquí, en Wanaka, podría ser que Ezra me encontrara porque yo sé que me estará buscando.

Jeremiah me da un beso en la mejilla mientras esperamos a que los invitados nos den la enhorabuena.

Pedí expresamente que fuera una boda discreta, pero mis suegros han invitado a quien les ha dado la gana. Yo no quería discutir después de enfadarme con ellos porque me negué a tener padrino.

Nancy pensó que, al estar yo tan lejos de mi tierra y por ende separada de mi familia, me daría apuro ir al altar, así que me ofreció a su marido.

A ver, el gesto estaba bien, sin embargo yo decliné la oferta, y cuando me preguntó por qué le repliqué:

—Nancy, ¿no te parece machista que un hombre entregue una mujer a otro hombre?

—¡Es la tradición! —exclamó confusa y alarmada.

—Ya, una tradición obsoleta. Además, la boda será en el ayuntamiento. No hay pasillo que recorrer ni nada.

Jeremiah intentó convencerme, claro, porque él, tan tradicional en todo, no quería desilusionar a sus padres. Yo me mantuve en mis trece: boda discreta, por lo civil, y un banquete modesto.

Veo a invitados hacer fotos con el móvil y, claro, me pongo nerviosa. El motivo no es que vaya pintada como una puerta, casi disfrazada con un traje chaqueta rosa palo, el pelo recogido en un moño tenso cual mujer de político y un tocado, sí, un tocado como para ir a las carreras de caballos, que he permitido porque me tapa parcialmente el rostro. En resumen, como si fuera carnaval.

Si he accedido a vestirme de esta forma tan cursi ha sido por las fotos. He pedido que no las cuelguen en redes por el tema de mi hijo y de otros menores de edad, y confío en que la recomendación no se la pasen por el forro.

Quizá no ha sido buena idea...

Sigo sonriendo, recibiendo felicitaciones. Jeremiah está mucho más feliz que yo, se nota que no finge, que su sonrisa de chico bueno es genuina.

Cuando más sonríe él y menos lo hago yo es cuando nos dicen lo típico de «Qué hijos tan guapos vais a tener». No pongo en duda la genética de Jeremiah, pero sí mis ganas de pasar por otro embarazo. Me acerco a los cuarenta, ya no estoy para muchos trotes relacionados con la maternidad.

Es el turno de Uka de felicitarnos. Presume delante de todo el mundo de que esta boda ha tenido lugar gracias a ella. Y yo no la he desmentido.

Por fin se acaba esta estupidez y abandonamos el ayuntamiento. Nancy, la madre de Jeremiah, ha contratado un autobús para llevar a los invitados hasta la casa familiar, donde han instalado una carpa en su precioso jardín trasero. Una carpa que, por supuesto, han decorado de la forma más cursi posible. Globos rosa en forma de corazón con cintas doradas y mantelería a juego. Yo, cada vez que me preguntaba mi opinión al respecto, resoplaba y le decía que no era necesario tanto gasto, pero Nancy siempre replicaba:

—Mi hijo solo se casa una vez en la vida —como si yo solo fuera una figurante con frase—, así que quiero que salga perfecto.

Por si no ha quedado claro, cien por cien mundo anglosajón.

A nosotros nos espera un vehículo debidamente engalanado. De mi hijo se encarga Cy.

—Por fin solos —bromeo cuando arranca el coche.

Jeremiah me coge la mano y se la acerca a los labios para besármela. Uno de sus muchos gestos caballerosos, los tiene a patadas; ahora bien, gestos seductores..., eso ya es otro cantar.

Sé que tuvo una novia y que por tanto virgen no es, pero su contención es alucinante e inexplicable. Guapo sí lo es, mucho. Él lo sabe, tan tonto no es. Quizá por eso está acostumbrado a que las mujeres le sonrían y punto. No sé, estoy divagando, presa de la tensión.

Tras aceptar su proposición de matrimonio, por razones poco o nada románticas, creí que acabaríamos teniendo sexo. Pues no, Jeremiah me llevó a casa, me besó en la puerta, me deseó buenas noches y me dijo que era mejor que esperásemos a nuestra noche de bodas, que así todo sería más especial.

Imaginad mi cara de perplejidad.

Jeremiah es un hombre atento, caballeroso, simpático, padrazo, es decir, la parte visible es perfecta, tanto que a veces puede resultar sospechosa... Pero no, porque cuando no hay público se comporta igual. Con su familia, por ejemplo, es igual de cariñoso. Sin embargo, antes de la boda yo esperaba ver un poquito de su lado malote. En muchas ocasiones se ha excitado, así que digo yo que ganas de echar un polvo tendrá.

Pero no ha habido manera, siempre se ha excusado, se ha retirado con elegancia y me ha dejado con ganas de más. Cierto que no me ha puesto cachonda como alguien que prefiero no nombrar, y menos el día de mi boda, pero Jeremiah sí me ha despertado el deseo, no solo sexual, sino también de recibir caricias, besos, algo que mi fiel vibrador no me da.

Llegamos a la propiedad de los Travis y no, no tienen junto a la valla un letrero de rancho americano, sino una discreta placa de latón que da la bienvenida

Cuando nos bajamos del coche los invitados nos aplauden. Más fotos; yo, con disimulo, escondo la cara en el cuello de mi marido, lo

que él interpreta como un gesto de cariño. Ezra viene corriendo hacia nosotros, se sitúa entre ambos y Jeremiah lo coge de la mano. De esa forma entramos en la carpa.

Qué largo se me va a hacer el día.

00.10, hora de Nueva Zelanda
Domingo, 26 de abril de 2020
14.10, hora de España
Sábado, 25 de abril de 2020
Minaret Station Alpine Lodge
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

De nuevo mis suegros se han pasado por el arco de triunfo lo de la boda discreta. Tenían reservada una última sorpresa que, lejos de hacerme sentir una reina, ha conseguido que me sienta como la cenicienta del cuento. Es decir, la chica de recursos limitados que, gracias a un hombre, va a disfrutar del lujo.

Mierda, vaya forma de comenzar mi matrimonio.

Cuando Nancy me comentó que su regalo de bodas sería la luna de miel, imaginé un viaje apañadito por Nueva Zelanda, una semana para visitar el país. Pues no, han echado la casa por la ventana y nos han reservado una cabaña en un paraje exclusivo y remoto, al que no se puede llegar por carretera, solo con helicóptero. Mi perplejidad ha sido mayúscula cuando el conductor del coche nos ha llevado hasta un helipuerto.

Es evidente que Jeremiah estaba al corriente y, cuando he puesto mala cara, mi marido (me suena raro) ha pensado que es que me daba miedo volar. Y yo me he agarrado a esa mentira para no montar una escena.

Cada vez mis engaños y mentiras son mayores. He entrado en una espiral que al final me va a pasar factura.

—¿Cris? —me llama Jeremiah, porque nada más llegar a la cabaña me he encerrado en el cuarto de baño.

Ojo, las llaman «cabañas», pero son chalets de lujo con vistas a la montaña. Madera tratada, decoración rústica pero elegante. Chimenea

de diseño. Ventanales enormes. Cama *king size*. Jacuzzi para diez personas mínimo. Servicio veinticuatro horas. Desde luego, es el lugar ideal para desaparecer.

—Ahora salgo.

—De acuerdo, cariño —replica con tono seductor.

Bueno, al parecer ha llegado la hora de tener sexo. Si a Jeremiah le digo «follar» igual le da algo.

Y me resulta tan extraño...

No es que mi currículo de hombres ocupe varias páginas, no por falta de ganas sino de tiempo, sin embargo en mi primera noche de bodas fue diferente. Jaime y yo habíamos follado de lo lindo, por lo que misterio no hubo. Y antes de él los chicos de la universidad con los que me acosté, aunque no fueron reseñables.

El quid de la cuestión vino después de Jaime...

Pero pensar en Ezra es sin duda el mejor camino para amargarme.

Así que me quito el disfraz de boda, ropa, accesorios y maquillaje, para ponerme un camisón corto azul y salir del baño.

Jeremiah aún está vestido, solo se ha quitado la chaqueta y la corbata. Debo decir que su mirada es diferente, más intensa, pero no hace que me humedezca y apriete los muslos.

Tengo ganas de echar un polvo, quizá para comprobar si debajo de su fachada de chico bueno hay un pervertido, pero es más curiosidad que otra cosa.

—Toma, brindemos.

De nuevo despliega sus dotes caballerosas entregándome una copa de champán.

Bebo solo un sorbo y dejo la copa sobre la mesilla. Me acerco a él, le quito su copa y comienzo a jugar con los botones de su camisa.

—Quiero que sea especial —musita mientras me coge el rostro y me da un beso lento y suave.

Me recuerda un poco a los besos de despedida que se dan en los aeropuertos, nada que ver con el que se presupone en un tipo que se va a acostar con una mujer a la que desea y con la que además se acaba de casar. Bueno, esto último es una estupidez, porque anda que no hay matrimonios aburridos. Dejémoslo en deseo puro y duro, que es efímero pero más intenso.

—Lo será —digo en voz baja para no desanimarlo, y me mira

sonriendo de manera tierna.

Espero que deje a un lado su formalidad ya, cuanto antes.

Me besa de la forma a la que me tiene acostumbrada. Despacio, sin avasallar. Me peina con los dedos. Todo tan suave, tan lento...

Empiezo a desabotonarle la camisa. Reconozco que estoy impaciente, pero sigo su ritmo y le voy quitando la ropa poco a poco.

—Ahora me toca a mí —dice, y me baja los tirantes del camisón mirándome a los ojos y rozándome con las yemas de los dedos—. Eres increíble...

Sonrío, Jeremiah siempre tiene una palabra dulce y halagadora.

—Lo mismo digo —murmuro, y estiro una mano para tocar su erección.

Él sisea y, con delicadeza, vuelve a besarme mientras nos dirigimos a la cama.

Presiento que va a ser suave y tierno...

Y me gusta, joder, claro que sí, pero también quiero un toque de vulgaridad.

Me acuesto en el centro de la cama y enseguida él se une a mí, colocándose encima. Más besos, más murmullos sobre lo mucho que me desea y lo increíble que soy...

Yo me froto contra su torso. Jeremiah no es muy peludo y siento cierto cosquilleo. La sensación es agradable, aunque no todo lo intensa que me gustaría. Separo bien las piernas mientras él no deja de recorrer con los labios mi cuello, mis hombros y la parte superior del pecho.

Va muy despacio, así que para animarlo un poco meto una mano entre nuestros cuerpos y comienzo a masturbarlo. Él levanta un instante la mirada y me sonríe, algo que no me convence nada, pues a continuación dice:

—No tengas prisa, cariño.

—Jeremiah... —suspiro—, a este paso nos van a dar las uvas.

Frunce el cejo.

—¿Las uvas?

Y en mi noche de bodas, desnuda y medio excitada, procedo a explicarle el significado de la expresión.

—Cris —responde él—, te deseo y quiero que todo sea especial, memorable. No soy de esos hombres que se acuestan con una mujer y solo piensan en sí mismos.

Le acaricio la mejilla. Lo ha dicho con tanta ternura que, a pesar de mis necesidades, decido ser comprensiva.

—De acuerdo, pero yo también quiero tocarte, no es justo que me quede aquí tumbada.

—No tienes por qué hacer nada, Cris.

Quizá no sea el mejor momento para decirlo, no obstante esta última frase me ha descolocado.

—Jeremiah, no soy una mujer pasiva —explico con cautela.

—¿Has estado con muchos?

—¿Importa? —replico, y espero atenta su respuesta.

—No mucho.

Es una contestación ambigua y no me gusta. Así que paso al ataque.

—Voy a tocarte, Jeremiah, a disfrutar de tu cuerpo, y no vas a impedírmelo —asevero, y le agarro la polla con más fuerza; a tomar por el culo la sutileza.

—Bueno —accede—, pero antes déjame complacerte...

Al parecer mi declaración de intenciones ha surtido efecto y Jeremiah se muestra más proclive a que esto sea cosa de dos. Lo que, por supuesto, mejora el resultado.

Sé que esta noche no será de sexo ardiente, pero cada caricia que recibo, cada beso y, por supuesto, que me vaya penetrando al tiempo que me mira a los ojos suman un buen momento. Yo jadeo e inspiro hondo. Hoy mis gemidos no escandalizarán a nadie, no obstante, mientras él se mueve encima de mí y yo recorro su espalda arañándolo ligeramente, me siento mejor, más viva.

Aunque no todo lo excitada que puedo llegar a estar. Y eso que Jeremiah es bastante competente. Se mueve bien, gira las caderas para que la penetración no sea mecánica. Me besa, me acaricia los pezones...

—Cris... —gime—. Cris...

Cierro los ojos. En mi cabeza se reproducen las palabras sucias y mágicas que me llevarán al orgasmo; palabras que Jeremiah jamás pronunciaría.

Y cuando me corro es la voz de otro hombre la que resuena en mi mente, y tanta rabia me da que acabo llorando.

—Te quiero —dice Jeremiah limpiándome las lágrimas—. Ha sido increíble...

—Sí... —miento.

—Ha merecido la pena esperar —añade, y me besa.

Yo, como la mentirosa número uno en la que me he convertido, lo abrazo con fuerza para que no vea mi cara.

12.10, hora de España
Sábado, 25 de abril de 2020
22.10, hora de Nueva Zelanda
Apartamento de Ezra
4.ª planta del Ice Star Club
Término municipal de Benahavís

Ezra

—¡¿Tenías que encargarte tú en persona?! —me grita Jenica histérica.

Aniol permanece de pie, cruzado de brazos y con mirada reprobatoria, mientras me quito la camisa salpicada de sangre.

Hago una bola con ella y la tiro al suelo.

—Voy a darme una ducha, cuando salga os quiero fuera de mi apartamento —gruño, y me toco el abdomen; ese gilipollas me ha dado un buen golpe.

—Estás fuera de control —masculla mi amigo—. Explícame por qué narices te has metido en una pelea en un bar de carretera.

—Me aburría y esos niñatos ya no respetan nada —arguyo, y me dirijo al cuarto de baño.

Una vez desnudo, me meto bajo el chorro frío de agua, consciente de que hoy he cometido la enésima estupidez.

Hace ya tiempo que mis negocios son legales y, paradójicamente, ahora los ingresos son más elevados, pero me aburro. A la última asesora fiscal me la follé en el garaje y he tenido que prescindir de ella. Y mira que hacía su trabajo de puta madre.

Eso sí, follando dejaba mucho que desear.

Cuando termino de ducharme salgo del cuarto de baño y sé que Aniol y Jenica estarán esperándome en la sala, así que me visto con lo primero que pillo en el dormitorio y me preparo para la discusión. Los conozco, no se van a quedar impasibles.

—Estoy hasta los cojones de que hagáis frente común en mi

contra —les espeto cuando regreso con ellos.

—Y yo de tus estupideces —replica Jenica furiosa—. Te has librado por los pelos, Ezra. Había cámaras, joder, y tú amenazando con un arma a dos veinteañeros.

—Han empezado ellos —explico para justificarme mientras voy al frigorífico por agua fresca. Aún tengo el sabor de la mierda de desayuno que he tomado en ese antro.

—Son dos muertos de hambre que trapichean con los turistas —apunta Aniol—. ¿Por qué iban a meterse contigo?

—¿Cómo es que estás tan bien informado? —quiero saber, y no hace falta que me responda, sé que Andrey se lo ha contado.

Ha sido mi jefe de seguridad quien ha ido a buscarme porque esos dos niñatos me han pinchado las ruedas del coche. Un motivo más para acabar con ellos.

—Menos mal que el dueño del club es conocido y prefiere meterse una buena indemnización en el bolsillo antes que llamar a la policía —apunta Jenica.

—Aún no has dicho por qué has ido allí —insiste Aniol.

La verdad es que ni yo lo sé. Esta mañana, tras una mala noche (otra de tantas), me he levantado temprano y, a pesar de nadar en la piscina, no he conseguido controlar la desazón que sentía. Así que he cogido el Mustang y me he largado por ahí. Si he parado era porque necesitaba mear y echar combustible. La casualidad ha hecho que lo hiciera en un área de servicio en donde además de una gasolinera hay un club.

Y si bien mi idea no era poner un pie dentro, tenía hambre y he entrado. Un ambiente deprimente y dos gilipollas puestos hasta las cejas, después de haberse gastado lo poco que han ganado vendiendo coca (bueno, yeso de pared) a turistas.

—Necesitaba distraerme —me excuso.

Estoy cansado, me froto las sienes y quiero estar solo, pero sé que no será posible a corto plazo.

—Ya, claro —dice Jenica con aire burlón.

—Déjame en paz, joder —protesto dejándome caer en el sofá.

Ambos están dispuestos a dar por el culo, y con sus recriminaciones me están jorobando el poco ánimo que había recuperado tras la pelea con los niñatos. Disparar un arma ha sido... un chute de adrenalina, aunque no tanto como esperaba.

—Todos sufrimos pérdidas, Ezra —dice mi hermana en voz baja mirando de reojo a Aniol, que se ha acercado a la ventana y nos da la espalda.

—Ya lo sé —mascullo—. Pero no todos reaccionamos con la misma pachorra.

Estoy siendo un cabrón insensible. No quiero o no sé evitarlo. Mi mejor amigo está pasando por un mal momento personal, pues Jana ha perdido el crío que esperaban y encima eso ha afectado a su relación.

Por lo poco que Aniol explica, ella se siente culpable. Una estupidez porque, como yo le dije, lo que hay que hacer ahora es sobreponerse y follar todo lo posible para que se quede preñada de nuevo.

El comentario molestó a Jana (no entiendo el motivo, pues es la forma más fácil de quedarse en estado) y Aniol me fulminó con la mirada. El caso es que ella prefiere estar sola y mi amigo se ha instalado provisionalmente aquí en el club.

—Tienes que parar —ordena Jenica, y yo hago una mueca. Ahora en frío me duele la zona donde he recibido el puñetazo—. O me veré obligada a...

Jenica se calla porque suena el teléfono.

De mala gana me levanto a buscar mi móvil. Lo he dejado tirado junto con la ropa en el baño. Al cogerlo veo que tengo una llamada perdida del comisario.

—Genial —murmuro, y aunque sé que me llama para darme malas noticias le devuelvo la llamada y en cuanto responde le suelto —: No estoy de humor para chorradas.

—Ya me lo han contado, señor Wozniak —replica con humor—. Joder, ¿a tu edad en un club de carretera? Pensaba que tenías mejor gusto. Supongo que la cabra siempre tira al monte.

Por lo menos no menciona que he disparado a dos gilipollas, que a lo mejor no han logrado ni llegar a urgencias y la han palmado por el camino. Cuando me he largado de allí ni siquiera habían llamado a una ambulancia.

—¿Me has mandado seguir? —pregunto.

—Siempre sé dónde estás —responde, y su arrogancia empieza a divertirme.

No lo sacaré de su error.

—Bien, tras este bonito intercambio de pareceres, ¿qué se le ofrece, señor comisario? —me burlo.

—Tengo noticias.

Inspiro hondo, su tono ha sido muy formal y eso me inquieta.

—¿Dónde?

—En un club de carretera no, mejor ven a mi casa.

—¿Me invitas a tu casa?

—Sí, eso he dicho.

—Joder, comisario, qué puto honor. ¿Llevo vino y pasteles para la merienda?

—Deja de tocarme los cojones —gruñe—. Te mando la ubicación.

—Ya sé dónde vives. ¿A tu mujer le va a gustar mi visita? —lo provoco solo por el placer de hacerlo.

—Estará fuera todo el fin de semana.

—Vaya..., planazo de chicos —me guaseo—. Entonces nada de vino. Iré con dos fulanas y champán francés, así lo pruebas, que con la mierda de sueldo que cobráis los policías no creo que os lo podáis permitir. Y también podrás follar gratis.

—Vete a la mierda.

Cuelgo el teléfono y, a pesar de mi inquietud, sonrío. Las conversaciones con el comisario Saravia cada vez son más entretenidas. No sé cómo acabará todo esto, pero este tipo me va cayendo mejor.

—¿Vas a salir? —pregunta Jenica al verme pasar por el salón en dirección a mi dormitorio.

—Sí, tengo cosas que hacer.

—¿Pegar tiros en un club de mala muerte o trapichear con cinco gramos?

—Un asunto privado —respondo cerrándole la puerta en las narices.

Que mi hermana o Aniol me vean en pelotas me trae sin cuidado, lo que no quiero es seguir aguantando sus discursos y sus miradas reprobatorias.

21.15, HORA DE NUEVA ZELANDA
SÁBADO, 2 DE MAYO DE 2020

11.15, hora de España
Hollyhock Lane
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

Ezra quiere soltarse tras llevar más de tres minutos siendo achuchado por su madre, o sea, yo. Lo he abrazado y besuqueado como si llevara un año sin verlo. Y eso que solo han sido unos días, pero era la primera vez que estaba lejos de mi hijo.

Acabamos de regresar de nuestra luna de miel y Cy, que ha cuidado de Ezra, lo ha traído a casa. De momento nos vamos a instalar aquí, pese a que no hay mucho espacio. Y digo «de momento» porque Jeremiah se está construyendo una casa en la parcela anexa a la de sus padres y yo, francamente, muy ilusionada no estoy con tener a los suegros a menos de cinco minutos.

No sé cómo funcionarán aquí los oficios, ojalá no sea como en esos programas de reformas de la tele que te construyen desde cero una casa nueva en seis meses.

Cy se despide de nosotros y yo suelto a Ezra, que va corriendo al lado de Jeremiah y le dice:

—Ahora ya tengo papá.

Su ingenuidad y su ilusión de momento deben permanecer inalterables, pero dentro de unos años doy por hecho que deberé decirle la verdad.

Mi marido (sigue sonando extraño) lo abraza y lo traslada en volandas hasta su dormitorio. Yo llevo las maletas hacia mi habitación. Ahora tendré que compartir espacio con Jeremiah. Entonces recuerdo que en la mesilla de noche están mis juguetes, por lo que los escondo con rapidez en el armario.

—¿Mañana voy a ir a la iglesia? —oigo preguntar a Ezra, y casi me da un pumba.

Dejo las maletas a medio deshacer y me acerco a su cuarto.

—¿A la iglesia? —le pregunto frunciendo el cejo.

—Sí, con los padres de Jeremiah, como el domingo pasado.

—¿Has ido a la iglesia? —insisto, porque a lo mejor he oído mal.

—Mamá, ellos me han dicho que van a ser mis abuelos, ¿es cierto?

No me jodas...

—Ya hablaremos —murmuro entonces, y observo cómo Jeremiah le pone el pijama y lo acuesta.

Los dejo a solas para que le lea un cuento y lo duerma.

Espero en la habitación a que Jeremiah entre y nada más verlo le espeto:

—¿Han llevado a Ezra a la iglesia?

—Van todos los domingos —responde encogiéndose de hombros, como si no tuviera la mayor importancia.

—Yo no practico ninguna religión, es más, soy agnóstica y quiero que Ezra lo sea también —digo muy seria, pero él, lejos de molestarse, replica con aire condescendiente:

—Mujer, en la iglesia se lo pasa bien.

—Allí adoctrinan a la gente, Jeremiah. No me jodas.

—No hace falta usar esas palabras, Cris —me regaña.

—Dejé bien claro que nada de misas ni religiones ni nada de eso, maldita sea. Y tus padres se han pasado por el forro mis indicaciones.

—¿Por el forro?

Que en medio de una discusión, la primera, tenga que explicarle una frase hecha me joroba bastante.

—No quiero que Ezra vaya a la iglesia, ¿estamos? —sentencio.

—Está bien, hablaré con ellos —murmura, y se acerca para abrazarme desde atrás y hacerme mimos.

—Por cierto, ¿aquí de qué secta sois? ¿Católicos, metodistas, anglicanos, protestantes?

—¿Secta? —repite extrañado.

—Pues sí, para el caso todo es lo mismo —digo muy seria, y añado en el mismo tono—: Así que nada de servicios religiosos.

Me besa detrás de la oreja y coloca las manos entrelazadas sobre mi vientre.

Así es imposible mantenerse firme.

—Aún estamos de luna de miel —musita, y me levanta la camiseta.

No voy a negar que durante estos días hemos congeniado bastante. Jeremiah tiene un lado pícaro, aunque no tanto como me gustaría. Le pone voluntad, de eso no cabe duda, pero... no es suficiente. Aunque por el momento tendré que conformarme.

—Eso parece —ronroneo, y me doy la vuelta despacio.

Me besa, siempre lo hace con mucha ternura, y poco a poco me lleva a la cama. Me hace recostar despacio, mirándome a los ojos, y comienza a desnudarme. Siempre se ocupa primero de mí. A veces me pregunto cómo aguanta tanto. No es una queja, sino una observación.

Una vez desnuda, me quedo tumbada, deleitándome la vista a medida que se desprende de su ropa. Por algo es profesor de gimnasia.

—Me encanta cuando me miras así —susurra acostándose encima de mí.

Es su postura favorita. De todas las veces que hemos follado desde que nos casamos, salvo una vez, en la cabaña de lujo, en que lo sorprendí a primera hora de la mañana subiéndome a horcajadas, no hay variaciones.

Y es inevitable recordar...

—¿Por qué frunces el cejo? —me pregunta besándome en la frente.

—Por nada, tonto —respondo, y me esfuerzo por sonreír—. Es que se acaban estos días y debemos volver al trabajo.

—Bueno, si quieres deja de trabajar. Yo puedo manteneros a los dos.

Me detengo indignada. ¿Qué mujer no lo haría al escuchar tal majadería?

—Ni hablar.

—Como quieras —concede, y vuelve a besarme, al tiempo que me acaricia los costados y desde mi boca comienza un sendero descendente hasta mis pechos.

Me gustaría pedirle, exigirle incluso, que fuera más atrevido, pero sé que no pasará del ombligo.

—Cris... te quiero tanto...

Jeremiah es así de expresivo con sus sentimientos y yo me siento fuera de lugar, porque espera que le responda algo similar. Lo intento, aunque me es difícil, por lo que emito un murmullo (exagerado) de placer, como si me sintiera la mujer más enamorada del mundo. Y para no venirme abajo cierro los ojos, evitando así su mirada y que se dé cuenta.

También lo distraigo con caricias. Sé que no le gusta que le acaricie entre las nalgas, por eso opto por clavarle las uñas en el hombro. Más tradicional.

Jeremiah termina su ritual lento y concienzudo de besos y

caricias y se sitúa entre mis piernas. Nunca me penetra de golpe, cree que hacerlo despacio da mayor placer y sí, a veces es lo que te pide el cuerpo; en cambio hoy no, hoy preferiría algo de brusquedad.

Mantengo los ojos cerrados mientras él embiste, envites profundos, acompasados. Soy mala al pensar que se comporta igual que si estuviera haciendo una tabla de ejercicios. Su respiración se altera, aunque la controla. Yo jadeo, porque follar con él no es desagradable y, sí, pese a que me gustaría otro ritmo, hay que ponerle matrícula de honor, porque es cariñoso, te abraza y te susurra que se siente feliz y satisfecho, y sus palabras van acompañadas de caricias.

No se puede tenerlo todo.

21.45, hora de España
Sábado, 25 de abril de 2020
07.45, hora de Nueva Zelanda
Domingo, 26 de abril de 2020
Apartamento del comisario Saravia
Término municipal de Benahavís

Ezra

El apartamento donde viven el comisario y su mujer es más pequeño que mi dormitorio. Algo que le he hecho saber nada más entrar y, para joderlo un poco más, me he ofrecido a pagarle el alquiler de una casa más grande.

Lo que me pregunto es cómo, pudiendo elegir otro destino, sigue por estos lares. Algo me dice que se debe a razones sentimentales, pero de momento no voy a hablar de sentimientos con él. No somos amigos, sino enemigos «íntimos» que, por una circunstancia especial, están colaborando.

Porque, lo admito, me divierte la pelea verbal y ofenderlo.

Tal como le he prometido por teléfono, me he presentado con dos botellas de cava, la cena y dos putas. Esto último, como era previsible, le ha sentado mal y yo me he reído como hacía mucho que no lo hacía, porque las chicas tenían instrucciones precisas de insinuarse y engatusarlo.

Como imaginaba, el comisario ha sido correcto con ellas y hasta

se ha ofrecido a pagarles un taxi, pero yo, sin dejar de reírme, he señalado el coche en el que un conductor las esperaba para llevarlas a un servicio especial. Un coche que después tiene órdenes de venir a recogerme. No quiero dejar ninguno de mis vehículos aparcado frente a la casa del comisario.

Y aquí estamos, sentados a una mesa barata, con la cena que yo he traído y hablando sobre las últimas noticias que él ha obtenido.

—Enero de dos mil diecinueve... —susurro leyendo los papeles.

—Y se marchó de Porto Santo en agosto de 2017 —me recuerda el comisario, e inevitablemente nos miramos, creo que ambos pensamos lo mismo.

Hago las cuentas y me enfurezco, año y medio de aquí para allá con mi hijo pequeño a cuestas.

—Una puta inconsciente —gruño, y él asiente antes de darme más papeles.

Ninguno de los dos nos fiamos de los dispositivos digitales. Yo aprendí muy bien la lección y ni loco me arriesgo a que alguien pueda volver a acceder a asuntos tan delicados.

—He averiguado que llegó a Tesalónica y allí hizo consultas en el consulado.

—¿Consultas?

—Nada relevante, creo que solo pretendía confundir. De hecho, mira...

Me tiende copias de billetes de avión, al menos una docena con diferentes destinos y de distintas fechas. La muy hija de puta sigue jugando al despiste. Si no fuera porque me está jodiendo la vida, me sentiría orgulloso de ella y de su paranoia.

—He empezado a rastrear cada pasaje, a ver si finalmente decidió viajar a algún sitio.

—Joder, ¿crees que va a ser tan estúpida como para montarse en un avión?

—El gilipollas eres tú por darle acceso a tanto dinero —replica, y sé que en parte tiene toda la puta razón.

—Cuando dispuse para ella esos fondos no pensé que huiría. La idea era que se estableciera y viviera con comodidad —admito entre dientes.

—Pues deberías haberlo pensado mejor, mira las consecuencias de tu «excelente» plan —me provoca.

Inspiro hondo, darle de hostias calmaría por un tiempo la quemazón que me aprieta las pelotas y me impulsa a cometer estupideces. Controlo a duras penas las ganas de pelea y le muestro mi expresión más sardónica, como si no me afectara.

Pero ni loco me voy a morder la lengua.

—¿Hubieras preferido encontrar su cadáver en un contenedor?

—Ya encontré uno en el pantano. Y, por cierto, en algún momento deberemos averiguar la identidad de esa mujer.

—¿Importa acaso? —suelto resoplando.

—Hay que hacer las cosas bien, Wozniak. Aunque estés acostumbrado a ir a tu bola, hay que respetar ciertos asuntos. Hay una familia que seguramente está buscando...

—Corta el rollo —lo interrumpo—. Era una puta sin nombre. ¿Qué importa?

—Joder..., ¿es que no tienes ni un mínimo de decencia? —me sermonea.

—No. Cuando te has criado como yo, *decencia* es una palabra que no conoces. Vamos a lo que importa.

—Pues vas a aprender a usarla —sentencia.

—¿Qué coño dices?

—O te comportas con un mínimo de decencia o esto se acaba aquí —me amenaza.

—Al final te partiré la cara, ya lo verás —replico poniéndome en pie, dispuesto a pasar de las palabras a los hechos.

—¿No pensarías que todo esto iba a ser gratis?

—Ya te he ofrecido apoyo financiero —le recuerdo y él, con actitud arrogante, niega con la cabeza.

—No es suficiente, Wozniak. No quiero tu puto dinero.

—Pues a juzgar por cómo vives, te vendría bien.

Entorna los ojos, la provocación surte efecto. Me encanta.

—No todos nos vendemos por dinero y menos cuando proviene de algo sucio como tu jodido club.

—Tengo más fuentes de ingresos, comisario —replico esbozando una sonrisa desdeñosa—. Pero seguro que ya lo sabes.

—Que ahora finjas ser un empresario legal no significa que lo seas.

—Yo no finjo, soy un empresario —me guaseo.

—No hago esto por dinero —alega, y sé que se está conteniendo

para no atacar primero, porque cree que es ponerse a mi nivel, así que perfecto, solo hay que presionar un poco más.

—¿La idea de encontrarla es suficiente satisfacción? —lo provoco para ver su reacción.

Me interesa, me preocupa que ahora, sabiendo que está viva, la encuentre para retomar lo que tuvieron.

—Yo ya la lloré y la di por perdida. Eras tú, cabrón, el que jugaba con ventaja. —Me ataca sin piedad y no entiendo este repentino cambio de actitud.

Lo que sí entiendo es por qué me ha traído a su casa.

Miro a mi alrededor, es capaz de haber grabado toda la reunión. Da igual, pasado mañana alguien entrará en este apartamento cochambroso y lo revisará. Ah, e instalará cámaras. Por gilipollas desconfiado.

—Voy a mear —digo, y me dirijo al aseo.

Por supuesto, al hacerlo observo atentamente cada rincón, cada puta grieta de la pared. Una vez en el baño saco el teléfono y llamo a Aniol.

Mi amigo refunfuña, pero como está temporalmente separado de Jana es más efectivo y enseguida se pone en marcha. Me recomienda que, ya puestos, conecte la grabadora del móvil. Joder, es que soy imbécil. Mi amigo y Jenica tienen razón: no hay que fiarse de un puto comisario.

Termino de mear, me lavo las manos y vuelvo con el ex de Milena.

—¿Y qué quieres? —le pregunto de mala gana.

—¿Qué voy a querer, hombre?

Lo he mandado a la mierda. Sin contemplaciones. Ha sido una reacción lógica, joder. ¿Pretende que sea un puto chivato? En fin, desde luego que es listo, más de lo que pensaba. Un ligero revés.

Admito que no contaba con esto; no obstante, he de reponerme o bien aprovecharme.

—No me gusta nada esa cara —murmura Aniol a mi lado mientras conduce.

Ha venido en persona a recogerme. A punto he estado de decirle cuánto me alegro de su cese temporal de la convivencia, pero me he mordido la lengua.

—Vámonos por ahí, como en los viejos tiempos —le propongo, y

él hace una mueca.

—Primero dime qué estás pensando.

—Es ilegal —susurro, y me río sin ganas.

—No esperaba otra cosa —comenta.

—Oye, ya sé que estás jodido y que no he estado a la altura de las circunstancias —digo cuando se detiene en un semáforo—, por eso necesitamos distraernos. Nos lo merecemos, maldita sea.

—Lo sé, joder. Llevamos una racha...

Aniol, sorprendiéndome agradablemente, pisa a fondo el acelerador hasta hacer chillar las ruedas y salimos disparados, saltándonos el semáforo en rojo.

Como si volviéramos a tener veinte años, con un coche de gama alta robado, llevando mercancía peligrosa en el maletero. Aunque el coche esté a nombre de una de las empresas y dudo que haya nada ilegal en el maletero.

Abro la guantera y compruebo con satisfacción que vamos armados. No le preguntó por qué, me la suda. Tampoco adónde vamos.

Bajo la ventanilla y dejo que el aire nocturno me ayude a refrescar las ideas. Aniol conduce como si nos persiguiera la policía y me gusta. Joder, qué adrenalina...

Esto es casi mejor que un buen polvo.

Casi.

06.55, HORA DE ESPAÑA
DOMINGO 26 DE ABRIL DE 2020
16.55, HORA DE NUEVA ZELANDA
CERCANÍAS DEL PANTANO DE GUADALMIRA
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

Me despierto sintiendo un dolor general por todo el cuerpo. Consecuencia lógica de haber dormido borracho en el asiento del copiloto. Miro hacia la izquierda, Aniol no está mucho mejor que yo. Hay que joderse, un coche de este calibre y los asientos apenas se reclinan. Una mierda. Pienso deshacerme del Mustang y comprar algo

más...

Bah, da igual. No voy a volver a irme de borrachera para acabar así. La próxima vez me despertaré en una suite de lujo. Y aunque la compañía no me desagrada, hubiera preferido otra más suave y sumisa.

—¿Qué mierda compraste anoche de beber? —gruño cuando Aniol abre los ojos.

—Yo qué sé —masculla estirándose como puede.

Ayer, tras circular por la autovía superando ampliamente los límites de velocidad, decidimos pasar la noche por ahí sin preocuparnos de nada, y, claro, necesitábamos alcohol. Nunca he sido partidario de beber hasta perder el sentido, no solo por cuestiones de salud, sino también porque te arriesgas a que cualquiera se aproveche de la debilidad que supone ir borracho. No obstante, anoche era diferente. Aniol y yo, nadie más.

Fuimos a un club de carretera y, como conocíamos al dueño, no tuvimos mayor problema para llevarnos un par de botellas. Ya suponíamos que era alcohol de pésima calidad, pero no hasta ese punto, joder.

También nos ofrecieron compañía femenina, sin embargo Aniol la rechazó. Jodido tipo fiel.

Y si acabamos aquí, junto al puto pantano, es porque yo se lo pedí. Una estupidez.

—Me voy a mear —digo. Salgo del coche y doy unos pasos para desentumecer los músculos.

Enseguida oigo crujir la grava y veo que Aniol va a hacer lo mismo que yo.

—¿Hay toallitas o algo para limpiarse las manos? —pregunto al abrocharme la cremallera.

—Creo que sí, en la guantera.

Como no las hay, suelto un par de juramentos y decido usar lo que queda de alcohol de una de las botellas para limpiarme las manos.

Volvemos a entrar en el coche y entonces Aniol murmura con pesar:

—¿Qué hemos hecho mal?

Frunzo el cejo.

—¿A qué te refieres?

—He llegado a pensar que nuestra mala suerte con las mujeres se

debe a una especie de puto karma. Por lo que hicimos durante años... —reflexiona.

Durante años hicimos lo que era necesario para sobrevivir y salir adelante. Transportamos droga y a mujeres engañadas, disparamos a quien se nos ordenaba, y todo sin cuestionarlo.

—No me jodas...

—¿Y qué explicación hay?

—A ver, estamos jodidos, de acuerdo, pero no es la primera vez.

—Para mí sí, hostias. Lo he hecho todo por ella, todo, joder. Y al primer revés me dice que quiere estar sola, que en esto no puedo ayudarla —se lamenta Aniol, y da un golpe al volante.

—Dale tiempo, al menos tienes la ventaja de saber dónde está. Jana no ha huido de ti —le digo en voz baja.

—¿Y si decide largarse?

—Maldita sea, no puedo pensar con el estómago vacío.

07.25, hora de España
Domingo, 26 de abril de 2020
17.25, hora de Nueva Zelanda
McDonald's
Término municipal de San Pedro de Alcántara

Ezra

—¿Un McDonald's? ¿En serio?

Aniol pasa de mí tras parar el motor y se baja decidido en busca de comida.

Yo me quedo recostado en el asiento del copiloto, lamentando no tener unas gafas de sol para protegerme los ojos.

La relativa tranquilidad se ve alterada cuando un coche aparca a mi derecha con la música a todo volumen. Y vaya música, un auténtico dolor para mis oídos. Espero que los niñatos del Golf tuneado de la forma más cutre imaginable se larguen pronto, porque además de la música insufrible, tengo que soportar sus voces.

Me remuevo en el asiento; joder con Aniol, encima de traerme a un puto McDonald's tarda más de la cuenta.

—¿Qué, esperando a tu novio marica para chuparle la polla? —

pregunta uno de los críos, y ni me molesto en abrir los ojos, me importa una mierda con quién hablan—. Eh, guiri, que te he hecho una pregunta.

Golpean la carrocería del Mustang, lo que me pone alerta. No estoy de humor para estupideces y me duele la cabeza, así que ignoro al chaval, pero él insiste:

—A ver, guiri marica, ¿dónde está tu novio rico?

—Joder... —murmuro, y me pellizco el puente de la nariz—. Lárgate, gilipollas.

Pero en vez de obedecer, me raya toda la puerta con la punta de la llave.

—Vamos, marica —sigue provocándome con voz guasona—, seguro que te han dejado el culo bien servido para poder usar un coche como este.

Mi idea de desayunar se va a la mierda. Sonrío de medio lado, cojo de la guantera una de las semiautomáticas y abro la puerta con parsimonia.

—¡Mira, el marica quiere marcha!

Vuelvo a sonreír. Cuánto imbécil a primera hora de la mañana.

Sin duda sorprendiéndolo, lo agarro de la camiseta y le pongo el arma en la sien.

—A ver, puto imbécil, ¿vas a dejar de tocarme los huevos ya o tengo que enseñarte un par de nociones de educación?

—Joder, tío, yo... —balbucea, y aprieto más el arma para que le quede marca en la piel.

—Yo solo quiero tomarme un puto café, aunque sea una mierda como la que sirven aquí, ¿estamos? —le digo en tono calmado, que acojona más.

—Vale, vale...

—Y ahora te vas a quitar la ropa.

—¿Qué?

—Ya me has oído —susurro amenazante, y amartillo el arma—. Y me vas a limpiar el coche con la puta camiseta, ¿entendido?

El chaval asiente y se aclara la garganta. Doy un paso atrás y con el arma le señalo el parabrisas, para que empiece por ahí.

Miro a mi alrededor. Estamos llamando la atención y la gente tiene la jodida costumbre de sacar el móvil y grabarlo todo, así que escondo la pistola.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Aniol deteniéndose junto al Mustang con cara de extrañeza y una bolsa de papel en la mano.

—Limpiando el coche, que lo tenemos hecho una mierda.

—Joder, Ezra —se queja—. No te puedo dejar solo.

—Te presento a mi novio —le indico al chaval.

—¿Qué coño dices?

—Aquí, el idiota este me ha llamado «marica» y cree que te chupo la polla para que me lleves en el Mustang.

Aniol deja la bolsa del McDonald's sobre el capó delantero y le dice al niñato:

—El que me va a chupar la polla eres tú.

Hasta yo me sorprendo de esas palabras.

Y no solo eso, sino que se acerca a él y le suelta un bofetón que hasta me duele a mí. Joder, no sonrío porque estropearía la escena, pero me alegra que mi amigo vuelva a echarle un par de huevos.

—Un poco de respeto por los maricas, imbécil —añade de mala hostia—. Y limpia bien, joder, que mira cómo está el cristal.

Me cruzo de brazos satisfecho y miro a Aniol.

Como en los viejos tiempos.

—También me ha rayado la puerta de coche —digo, y mi amigo le espeta al chaval:

—¿Cuánto llevas en la cartera?

—Vein... veinte euros —responde él acojonado.

—Pues al final me vas a tener que chupar la polla para pagar los desperfectos —dice Aniol.

Joder, mira que odio los McDonald's, pero hoy me lo estoy pasando de puta madre.

Tenemos al chico diez minutos más limpiando el Mustang con la camiseta y cuando por fin nos aburrimos, Aniol le da otro sopapo y le advierte de nuevo que aprenda modales y respete la identidad sexual de las personas.

Entonces nos subimos al coche y él arranca. Ya hemos llamado bastante la atención. Nos dirigimos a Benahavís. Ambos con la adrenalina a tope después del incidente, así que nos detenemos a las puertas del club de golf y nos echamos a reír como dos gilipollas.

—Joder, lo necesitaba —admite Aniol.

—Y yo. Esto de ser buena persona es aburrido de cojones.

Saca los vasos de café de la bolsa y me pasa uno. Está frío, lo que

hace que el brebaje sea aún más asqueroso. También me pasa una especie de bizcocho con aspecto gomoso y olor a petróleo.

—De verdad, no entiendo el éxito de estos establecimientos —murmuro tras probar el pseudocafé.

—Ni yo —admite él con una mueca, y ambos tiramos el líquido por la ventanilla.

—Prométeme que no volveremos a uno —le pido, y Aniol asiente.

En otros tiempos un desayuno así era un lujo.

Nos comemos el bizcocho o lo que cojones sea y por poco me atraganto cuando mi amigo dice:

—Entonces, que no me ha quedado claro, ¿vas a ser un soplón o no?

—Joder, con la mierda de desayuno que me has traído, al menos ten la decencia de no provocarme más ardor de estómago —me quejo.

No debería haberle contado nada sobre la propuesta del comisario, porque ahora me dará por el culo con el asunto. Pero ¿para qué si no tiene uno amigos de confianza?

—Pues explícame a qué puto trato has llegado con él.

—Todavía a ninguno —respondo de mal humor—. No he tenido tiempo de reflexionar sobre la cuestión.

—Ya. Eso quiere decir que vas a pensarlo, cuando deberías haberlo mandado a la mierda, joder —dice enfadado.

—A ver, no voy a ser un chivato, aunque podría...

—No te atrevas ni siquiera a insinuarlo —me interrumpe.

—Si somos un poco espabilados, podemos matar dos pájaros de un tiro.

—Joder...

—Escucha, no seas obtuso.

—Estás cada vez más hundido, Ezra.

—No tengo por qué darle toda la información, solo la que me ayude a librarme de cierta gente.

—Ya, claro, como que la policía es tonta. —Aniol se burla—. Y ya lo más alucinante es que pienses que la gente a la que delates no sabrá sumar dos y dos y tú te irás de rositas.

—Eres único dando ánimos —murmuro.

—Soy sensato, nada más —responde, y respira hondo—. Escucha, te entiendo, joder, te entiendo. Durante mucho tiempo deseé que una mujer te hiciera comprender lo que yo sentía...

—No te pases, si quiero encontrarla es por mi hijo —lo corto, pues no quiero entrar en detalles sobre mis sentimientos.

—Da igual el motivo, el caso es que estás dispuesto a cualquier cosa. Yo hice lo mismo, así que no te juzgo. Y te aseguro que volvería a hacerlo.

—No te sigo. Frase motivadora y acto seguido un cubo de agua helada. Joder, Aniol, aclárate.

—Solo te digo que, llegado el caso, es mejor recurrir a métodos ilegales que enredarse con la policía.

11.20, HORA DE NUEVA ZELANDA
VIERNES, 5 DE JUNIO DE 2020
21.20, HORA DE ESPAÑA
JUEVES, 4 DE JUNIO DE 2020
WANAKA (NUEVA ZELANDA)

Cris

Estoy de un humor de perros. ¿El motivo? Muy simple, mi marido Don Perfecto.

No discuto nunca con él o, mejor dicho, es imposible hacerlo, ya que cuando algo no me convence y se lo hago saber, siempre me responde:

—Tranquila, Cris, lo vamos viendo.

O me sonríe con su expresión de chico comprensivo, aunque solo es una forma de calmar los ánimos (los míos) y seguir como si nada.

Le comuniqué mi postura tajante sobre llevar a Ezra a la iglesia los domingos; pues bien, se la ha pasado por el forro. Y sé que mis suegros tienen mucho que ver. No dejan de opinar sobre todos los asuntos de nuestro matrimonio. Cualquier día me encontraré a Nancy eligiendo mi ropa.

Porque sugerencias sobre dónde comprármela ya me hace, incluso se ha ofrecido a acompañarme en lo que ella denomina un «día de chicas». Ya, claro, con mi suegra y mi cuñada de compras. Planazo.

Otro asunto: la reforma de la casa. Me estoy haciendo la tonta con los encargados y la diseñadora, fingiendo ser una clienta gilipollas

de esas que dudan de todo y se pasan dos horas decidiendo si es mejor un blanco neutro o uno roto. Sí, seguro que conocéis a alguien así, que se eterniza con los acabados y mira veinte muestrarios. Pedantería y dar por el culo, es la única razón. Yo nunca he sido de ese tipo, tengo claros mis gustos en temas de decoración, pero no voy a montar un *show* si la pared es más o menos gris.

¿Por qué lo hago? Pues la respuesta es muy sencilla: no quiero vivir en una casa que ha pagado íntegramente Jeremiah con ayuda financiera de sus padres y en la misma parcela donde estos tienen su vivienda.

Que fuera una idea que tuvo con su novia del instituto es un factor secundario, lo podría asumir siempre y cuando no se mostrara tan típicamente protector, como si yo no fuera capaz de ganarme las alubias por mí misma.

Así que cualquier excusa para retrasar las obras es buena. También he pensado en ir a escondidas y causar una avería de las gordas. De momento he descartado la idea, porque es muy ruin y porque mis suegros me pillarían fijo.

Mi marido, siempre conciliador, me aseguró que sus padres no son los típicos que interfieren en la vida de sus hijos, pero yo me he dado cuenta de que sí lo hacen. En especial Nancy. Así que una bonita valla con celosía y plantas ornamentales que separe las dos construcciones no va a ser impedimento para tener a los suegros merodeando.

Le sugerí a Jeremiah que mandásemos construir un muro, bien alto, y se lo tomó a broma.

Otro frente abierto: mi trabajo. Ya sé que mi sueldo es más bajo que el de él y que podría quedarme en casa, pero me niego rotundamente. Según Jeremiah, que trabajemos en el mismo colegio puede estropear nuestra relación conyugal. En respuesta, lo amenacé con pedir un puesto en el supermercado como cajera. Él se rio y después me susurró con voz melosa:

—Qué ocurrencias tienes, cariño. Tú de cajera.

Me sonó elitista, como si fuera una especie de deshonra ganarse así el jornal. Si no he ido ya a entregar una solicitud es por el horario. Eso sí, no descarto la posibilidad de cambiar de trabajo, de ahí que mire con regularidad las ofertas laborales por si encuentro algo adecuado.

Y ya el tema estrella que peor llevo son las muestras de afecto en público. Comienzo diciendo que no me molesta que me dé un beso delante de la gente, o me coja de la mano, sin embargo, lo de estar todo el día demostrando a quienquiera que nos observe lo bien que nos va todo me agobia. Mucho.

Para Jeremiah, por lo visto, la frase «A donde va el asa va el caldero» hay que aplicarla a rajatabla. No, no le mencioné la expresión para ahorrarme explicaciones.

A mi marido le encanta que todo el mundo sepa lo felices que somos y la familia tan perfecta que formamos. Todos nos dan la enhorabuena y nos preguntan (aun sabiendo que Ezra no es hijo biológico de Jeremiah) para cuándo la parejita.

Yo me limito a sonreír y poner cara de boba y él a decir que estamos en ello. Mi hijo, por supuesto, está encantado con toda la atención que recibe y no duda en llamarlo «papá». A Jeremiah se le cae la baba.

Respecto a nuestra vida en general, dejando al margen estos conflictos, es bastante buena. Ezra está realmente feliz con su «padre» y el sentimiento es recíproco. En ese aspecto Jeremiah ha obtenido desde el primer día matrícula de honor. Y lo mismo puede decirse de mis suegros, que lo tratan como al resto de sus nietos.

La convivencia también es agradable y sí, a veces monótona, aunque soy consciente de que no se puede vivir al límite todo el tiempo. Mi marido se ocupa de las tareas domésticas y, otro rasgo anglosajón peliculero: me trae el desayuno a la cama con una flor. No me estoy quejando, claro que no, pero a veces me siento fuera de lugar o incluso desconfío, tanta amabilidad tiene que esconder algo. No me culpéis por pensar de esta manera.

Y no nos olvidemos de las relaciones sexuales... Hay quien opina que no son lo fundamental en una pareja, que hay más cosas: amistad, cariño, confianza, buenos momentos..., bla, bla, bla y más bla.

Para empezar, claro que la amistad es importante, pero yo no quiero un amigo, quiero un amante que me seduzca, me excite y me lleve al límite. ¿Es mucho pedir?

Y viceversa, obviamente.

Quiero volver loco a un hombre, que me desee, provocarlo, tentarlo y follármelo hasta quedar exhausta. Incluso la idea de sentir frustración (leve, eso sí) porque se me resiste lo suficiente como para

darle al juego un cariz más morboso, me parece imprescindible.

De ahí que en mi matrimonio haya un aspecto más que me desespere...

A veces, cada vez más, finjo en la cama. Sí, en la cama, porque es el único sitio donde tenemos relaciones. Entiendo que con un niño pequeño no te vas a poner a follar en la encimera de la cocina a media tarde, pero ¿por qué no en el sofá a última hora de la noche, cuando estamos solos y Ezra duerme? ¿Y qué me decís de la ducha? ¿Y en el asiento trasero del coche?

En el matrimonio hay un componente que lo jode todo: la falta de espontaneidad, eso lo tengo asumido; de ahí que de vez en cuando haya que hacer locuras, dejarse llevar o echarle mucha imaginación. Pero con Jeremiah todo es sota, caballo y rey.

Si a esto le sumas que entre semana nada de nada, pues yo termino masturbándome más veces de las que imaginaba y siempre, para mi desgracia, con el recuerdo de Ezra padre. Rememorar una de sus vulgaridades, de sus miradas o gestos hace que me revolucione de manera incontenible.

Y después, maldita sea, me siento culpable. Y no por el hecho de que piense en otro y no en mi marido para correrme, sino porque el padre de mi hijo tenga, tanto tiempo después, esa influencia sobre mí.

Y eso solo puede tener una lectura: no lo he olvidado ni creo que lo haga.

Por eso me someto yo misma a terapia, analizo mi comportamiento y llego a la conclusión de que desear lo imposible hace que se intensifique todo y al mismo tiempo sea incapaz de apreciar lo que tengo a mi lado. Un buen hombre y un hijo maravilloso.

Veo de refilón a Uka acercándose. Y sí, la aprecio y me divierto con ella, pero su visión idealizada del matrimonio me tiene harta. Lo mismo que la del resto de los profesores y empleados de la escuela. No se cansan de decirme lo afortunada que soy, lo mucho que me quiere Jeremiah, lo felices que vamos a ser y la preciosidad de hijos que tendremos.

Como si yo fuera una pordiosera y gracias a él hubiese salido a flote. Es que aquí, no sé por qué, tienen muy interiorizado el concepto «príncipe azul». Y me da por el saco, la verdad.

No necesito a nadie que me salve el culo, que soy mayorcita.

Luego están las solteras que tenían puestas sus esperanzas en cazar a Jeremiah, que me sonríen fingiendo que se alegran, aunque seguro que hacen vudú con una muñeca a la que le han puesto mi cara. Nadie se lleva al huerto al soltero de oro de Wanaka sin pagar el peaje.

Y, claro, eso hace que todos crean que soy aún más afortunada porque me ha elegido a mí.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —me pregunta Uka, y me daría de tortas por no haber sido más rápida esquivándola.

—Lo normal, ¿por qué?

—He oído que tus suegros van a dar una fiesta.

Yo también lo he oído y por eso creo que me va a doler algo, lo que sea, para quedarme en casa.

—Sí, es el cumpleaños de Nancy —digo, y menos mal que Jeremiah está en todo y ya se ha ocupado del regalo. Yo solo he tenido que firmar la tarjeta de felicitación.

—Va a ser estupenda —afirma, y doy por hecho que lo dice con conocimiento de causa.

—Claro que sí, ya sabes lo mucho que cuida cada detalle —añado, y procuro no sonar sarcástica.

Nancy roza la estupidez y la obsesión con los detalles más ridículos. Lo comprobé en mi boda. Ella dice que es perfeccionista, pero yo creo que, como muchas personas, disfraza la gilipollez de perfeccionismo. Y todo porque son incapaces de hacer algo bien a la primera, o también porque se aburren y así pasan el tiempo.

—¿Y ya sabes qué vas a ponerte?

—Sí —miento, porque es una fiesta de tarde y Nancy quiere que sea en plan recepción, recibiendo invitados en su casa, con música de ascensor de fondo.

Muy anglosajón todo.

Medio en broma, el otro día le dije a Jeremiah que aquí deberían ponerse títulos nobiliarios, para dar más relumbrón al asunto, aunque, como siempre, se limitó a sonreír y decirme:

—¡Qué cosas tienes, cariño!

Ah, y me dio un beso en la mejilla.

Evidentemente no pilló el sarcasmo.

Y yo, que estaba un poco picajosa, le dije:

—¿Dónde puedo comprar unos Ferrero Rocher?

Me miró frunciendo el cejo y busqué en YouTube el vídeo del anuncio para que lo entendiera y, bueno, luego se lo contó a su madre (se lo cuenta todo) y a Nancy la idea le pareció maravillosa y hasta me agradeció la contribución a su fiesta.

Ironías del destino, sin duda alguna.

18.45, hora de Nueva Zelanda
Sábado, 6 de junio de 2020
08.45, hora de España
Salón principal de los Travis
Aubrey Road
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

El traje de mi boda, que pensé que no usaría de nuevo, me ha servido para la fiesta de cumpleaños de mi suegra. De nuevo con el disfraz a cuestas, sin el tocado en el pelo, que eso ya es pasarse, y con la sonrisa pegada en la cara. Por lo visto, emparentar con los Travis te da cierto estatus. Y a mí me da rabia que por un simple papelito llamado «certificado de matrimonio» te miren con otros ojos.

Como si antes de casarme no estuviera a su altura. Aquí no hay títulos nobiliarios, pero tienen una especie de sistema de castas un pelín irritante, todo sea dicho.

—¿Qué tal todo? —murmura Jeremiah acercándose hasta poder besarme en la mejilla y rodearme la cintura con un brazo.

—Pse...

—¿Te aburres?

—Un poco —respondo y él, como siempre, busca la diplomacia —. Hay demasiada gente, yo también pensaba que sería algo más íntimo.

Otro beso, que me molesta, la verdad. Mucha gente nos mira y me da la sensación de que Jeremiah representa el papel de marido atento.

—Estoy algo cansada, me gustaría irme a casa.

—¿Lo ves? Si ya hubieras decidido los acabados tendríamos nuestra casa a solo dos minutos.

Inspiro. Joder, es que bajo su fachada de amabilidad siempre intenta colarme un gol por la escuadra. Cada vez estoy más convencida de ello.

—Anda, ve por ahí a..., bueno, a lo que sea que se haga en estas fiestas —digo sonriendo. Al final de la noche voy a acabar con dolor de mandíbula.

—Tengo una idea mejor... —musita en tono sugerente, cosa que me sorprende porque Jeremiah es siempre muy correcto. Sus gestos cariñosos son para todos los públicos.

—¿Ah sí? —pregunto, y me doy cuenta de que Nancy nos está mirando, bueno, en realidad controlando.

No se le escapa nada. Nos sonríe porque piensa que estamos en plan parejita mimosa.

—Quiero hacer algo malo...

No pongo los ojos en blanco porque quedaría feo, aunque escuchar cómo mi marido dice que quiere ser malo es muy... muy... extraño y sobre todo ridículo. Jeremiah no podría ser malo ni ensayando para ello.

—Algo malo —repito con escepticismo.

—Sí —dice pícaro—. Quiero llevarte a mi dormitorio y... ya sabes...

—¿En plena fiesta de cumpleaños de tu madre? —pregunto perpleja.

—Sí, cariño. Así será más morboso.

El término *morboso* en su boca pierde bastante, le falta el toque vulgar y peligroso, pero oye, me gusta su propuesta.

—¿Y cómo escapamos al control de tu madre?

—Ve al baño de la planta de arriba, al fin y al cabo eres de la familia. Yo subiré en diez minutos. ¿De acuerdo?

Suena igual que un chaval de instituto, un pelín infantil; ahora bien, la idea de echar un polvo con él en plena fiesta es jodidamente atractiva. Y la posibilidad de que nos pille mi suegra es un extra.

Me da un beso en la mejilla y se va tan contento a charlar con un invitado. Ahora es mi turno de fingir que soy una buena chica. Camino hasta la escalera dando un rodeo. Me aseguro de que Ezra está bien y, en efecto, se lo está pasando genial en el parque infantil que han montado para los críos.

Como bien ha dicho Jeremiah, a nadie le sorprende que suba la

escalera...

19.20, hora de Nueva Zelanda
Sábado, 6 de junio de 2020
09.20, hora de España
Dormitorio de Jeremiah
Aubrey Road
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

La cara de pillo de Jeremiah tras cerrar la puerta de su antiguo dormitorio es un poco antierótica. Y la decoración típica ya ni digamos.

—El primero de la clase en todo, ¿eh? —digo señalando las medallas y diplomas que hay en las paredes.

—Me esforzaba, sí —admite, y se acerca despacio.

Yo permanezco junto a la cama a la espera. A él le gusta llevar la iniciativa y cuando soy yo quien empieza se descoloca un poco.

—Me encanta esa cara de malote que has puesto —musito, y me subo la falda para mostrarle los muslos e incitarlo lo justo.

Jeremiah, que jamás será un malote, me rodea la cintura con un brazo al tiempo que busca mi boca. Me besa con algo más de fuerza de lo habitual. Me encanta, a ver si al final sí lleva un chico malo dentro y solo he de sacarlo. Yo bajo la mano hasta acariciarlo por encima de la bragueta.

—Cris... —susurra cuando aprieto un poco.

No voy a conformarme con esto, así que le desabrocho el pantalón y él me empuja hasta que caemos sobre su cama. Ambos sabemos que va a ser algo rápido, para que no nos echen de menos. Y también silencioso, por si a mis suegros les da por buscarnos. Y, por supuesto, sin despeinarnos ni arrugar la ropa y evitar que nuestro aspecto nos delate. Aunque, sinceramente, bajar de nuevo a la fiesta con pinta de recién follada tiene su morbo.

—Siempre he querido hacer esto —dice mientras me besa el cuello.

Yo me subo más la falda y me quito las bragas. Luego me encargo

de sus pantalones, que le bajo hasta debajo del culo, y Jeremiah enseguida me penetra.

No han sido necesarios los pasos intermedios, pues ya he mencionado que me ha gustado su sugerencia. A ver si se le ocurren más a menudo, que yo encantada.

Jeremiah se apoya en los brazos y me mira al tiempo que comienza a balancearse sobre mí. Lo hace con precisión.

Yo jadeo y alzo las caderas. Jeremiah sonríe y de nuevo vislumbro en él una pizca de chico malo. Me gusta que sea así. Quizá, después de todo, esta fiesta no va a ser tan mala.

Acelera el ritmo, ya no son embestidas lentas, sino rápidas, profundas. Me gusta, aunque necesito algo más para correrme. Así que comienzo a masturbarme y él frunce el cejo. Para distraerlo me muerdo el labio y lo miro a los ojos. Al hacerlo me doy cuenta de que, pese a ser azules, no son tan fríos como los de quien no debería aparecer en mi cabeza cada vez que follo con mi marido.

Pero es inevitable.

—Cris... —gime Jeremiah—. Cris...

Es bastante considerado a la hora del sexo, le gusta comprobar que yo me corro antes de hacerlo él, no obstante, le cuesta entender que solo con la penetración es complicado y que aunque tuviera una polla descomunal y se tirase tres cuartos de hora dale que te pego, yo difícilmente alcanzaría el clímax. Por eso tengo dos opciones, fingir o masturbarme.

Lo primero me frustra y lo segundo no le gusta a Jeremiah. Aun así, sigo con la segunda opción y cuando siento que estoy a punto de correrme, se me escapa un gemido lastimero y un poco desvergonzado. Enseguida noto los labios de mi marido acallando cualquier posible escándalo.

Luego Jeremiah se agita sobre mí y alcanza su propio orgasmo antes de rodar a un lado y decir:

—Qué ganas tenía de hacer esto.

Me sorprende, porque no es la primera vez que lo menciona, así que decido indagar.

—A saber a cuántas chicas te has traído aquí, ¿eh, pájaro?

Él frunce el cejo, porque no pilla lo de «pájaro», así que me toca dar una breve explicación. Cuando termino Jeremiah replica:

—Nunca traje aquí a ninguna chica.

Arqueo una ceja y lo miro de reojo. Ya se está arreglando la ropa y, tras hacerlo, se queda de pie, apoya la cadera contra su antiguo escritorio y añade:

—No era mi estilo.

—Por favor, Jeremiah, nadie ve mal que un adolescente aproveche cuando sus padres se van un fin de semana para llevarse a una amiga a la habitación con el pretexto de estudiar. Todos hemos sido jóvenes con las hormonas revolucionadas.

Él niega con la cabeza.

—Yo no hacía eso —insiste.

Me incorporo para ponerme las bragas y arreglarme la ropa.

—¿Por qué?

—Tenía novia.

—Más a mi favor —replico sin entender, y él desvía la mirada.

—Ella y yo... pues...

Presiento una historia de peli de instituto anglosajona.

—Si lo que te preocupa es que sienta celos, te adelanto que no. Es lógico que tuvieses vida sexual antes de conocerme, Jeremiah —le digo para que no se sienta mal.

—Ella y yo prometimos esperar hasta casarnos.

—¡¿Lo dices en serio?! —exclamo, y mis sospechas sobre el guion estudiantil se confirman.

—Ya sé que te puede parecer anticuado —explica justificándose —, pero ambos íbamos a la iglesia y nos educaron de esa forma.

—¿Ves como no es bueno ir a la iglesia? —replico con un deje de humor y por su cara deduzco que no le gusta el comentario. Así que me acerco a él, le doy un beso en la mejilla y añado—: ¿Quieres hablarme de ella?

—¿No te molesta? —Niego con la cabeza—. Lo teníamos todo planeado, ¿sabes? Estudiar, conseguir un buen empleo y casarnos para formar una familia. Sin embargo, nuestros sueños se fueron al traste cuando ella murió...

No me hace falta preguntar, deduzco que Jeremiah seguía virgen cuando falleció su novia. No es ningún crimen, aunque raro de narices, y más teniendo en cuenta su aspecto. Y de eso hace ya cinco años, según las fiables fuentes de información que me rodean.

—Por eso, tras perderla, hice auténticas barbaridades —prosigue, y se lo nota azorado, ante lo cual reacciono abrazándolo.

Es un poco extraño que, después de echar un polvo en la fiesta de cumpleaños de la suegra, nos pongamos a recordar momentos digamos sensibles.

—¿Por ejemplo?

—Ir con muchas mujeres, demasiadas —confiesa—. Y dejarme llevar.

—Eso no es malo, siempre y cuando fuera consentido.

—Me aproveché de ellas, Cris —susurra avergonzado.

—¿En qué sentido? —inquiero sin sacar todavía mis propias conclusiones.

—Sabía perfectamente que solo quería sexo, que no iba a ofrecerles nada más, y aun así me acosté con ellas.

Inspiro. Tema complicado porque sus creencias le están torpedeando la realidad.

—A ver, Jeremiah. Quizá algunas de esas mujeres solo buscaban lo mismo que tú. Buenos momentos y nada más.

—Eso no es posible —arguye.

Me separo de él y digo:

—Yo me he acostado con hombres solo porque me apetecía. Y mi intención era no volverlos a ver.

—Yo no soy así —asegura justificándose.

—¿Te parece mal? —pregunto y me alejo, porque como se le ocurra darme un sermón... acabaremos la fiesta con un cisma.

—Yo no soy así —repite, y está claro que después de su periplo mujeriego se arrepintió de sus pecados.

Nos miramos. Es evidente que nuestra forma de pensar en esto, como en otros asuntos, parece insalvable, sin embargo es preferible no seguir ahondando.

—Será mejor que volvamos a la fiesta —propongo, porque me da la sensación de que a Jeremiah, como a mucha gente, le cuesta admitir que sus deseos no son tan malos como le han contado, pero por algún motivo, tras caer en la tentación se siente culpable.

—Tú nunca hablas del padre de Ezra, Cris —dice justo cuando voy a abrir la puerta.

Le doy la espalda, una suerte, porque así no ve mi reacción.

—Prefiero no hacerlo —musito.

—¿No has superado aún su pérdida?

«Nunca la superaré.»

—Jeremiah, ¿estás ahí? —lo llaman golpeando la puerta.

—Mi padre... —susurra él con cara de adolescente pillado con el culo al aire—. Sí, papá.

—¿Puedo entrar? —añade mi suegro.

—Sí, cómo no —digo yo, que estoy junto a la puerta.

Jeremiah padre entra y nos mira. Ya estamos arreglados, pero con la conversación se nos ha olvidado estirar la colcha de la cama, así que es evidente qué hemos hecho. A mi suegro no le pasa desapercibido el detalle, aunque tiene la elegancia de no mencionarlo y sonreír quizá cómplice.

—Le estaba enseñando a Cris todos los premios y diplomas —explica mi marido.

Algo innecesario y que suena ridículo, sobre todo porque Nancy ya lo hizo uno de los primeros días que vine de visita y, tras hacerme un tour por la propiedad, se dedicó a cantar las alabanzas de su hijo.

—Me parece bien —dice su padre—. Pero os echamos de menos abajo. Tu madre va a cortar la tarta.

Y a dar un discurso de agradecimiento. Lo sé porque he oído que se lo ha preparado cual primera dama.

23.15, hora de España
Lunes, 15 de junio de 2020
09.15, hora de Nueva Zelanda
Martes, 16 de junio de 2020
Apartamento del comisario Saravia
Término municipal de Benahavís

Ezra

—Te agradezco que hoy hayas venido solo —dice a modo de saludo el comisario cuando me abre la puerta de su apartamento.

Al otro lado de la calle está Aniol con cara de pocos amigos, registrando cada puta palabra que digamos. Hace ya una semana que me ocupé de que colocaran cámaras ocultas en este apartamento, incluido el dormitorio. Y no porque sienta curiosidad a la hora de saber cómo folla el comisario con su mujer, sino porque en más de una ocasión las confidencias más interesantes se hacen después de

echar un polvo y quiero saber si la esposa está al tanto de todo esto. Por si un día hay que apretarle las tuercas a alguien.

Sobra decir que, para ser un comisario, las medidas de seguridad de su casa son una mierda. ¿Tanto le cuesta por ejemplo invertir en una puerta reforzada decente que no se pueda abrir en dos minutos con papel de aluminio?

—Ya sé que eres un aburrido hombre casado y que rechazas cualquier diversión —comento siguiéndolo hasta la barra de la cocina —; no obstante, insisto, si quieres hago una llamada. —Le muestro mi móvil con una sonrisa arrogante—. En menos de diez minutos tendríamos aquí a dos putas, y de las caras, nada de aficionadas que se atragantan en cuanto les metes la polla en la boca.

—No, gracias. Voy bien servido en cuanto a mamadas.

—Pues no lo parece.

—Gracias, pero no.

—Uno no sabe lo que es una mamada hasta que tiene dos lenguas sobre la polla —insisto.

El comisario disimula su curiosidad y se peina con los dedos, un gesto que lo delata ya que, como muchos hombres, ni sueña con practicar sexo de forma tan atrevida.

Aniol debe de estar inquietándose en el asiento del coche mientras escucha esto. O descojonándose, no lo sé, porque sigue en plan hombre abandonado que quiere dar algo de pena, aunque después le va la marcha Y no, que yo sepa no ha follado con ninguna chica del club, pese a que yo haya insistido en ello.

Quiere serle fiel a Jana. ¿Por qué, si ella es quien ha marcado las distancias?

El comisario me ofrece una cerveza y veo que quiere impresionarme, porque es de importación. No la rechazo, pese a que prefiero no beber alcohol mientras trabajo. La probaré y listo.

—Bien, vayamos al grano —dice, y deja al alcance de mi vista unos informes a modo de reclamo, para que pique el anzuelo.

—¿A quién quieres que delate primero? —pregunto altanero, antes de pincharlo un poco más—. ¿A algún matón de tres al cuarto para que lo cacéis y te pongan una medalla o a algún policía corrupto que hace la vista gorda?

—Me da igual. Tú dame información, ya veré qué hago.

Niego con la cabeza.

—Esto no funciona así, señor comisario. Si voy a pringar para que tú medres en la puta policía, al menos ten el cuajo de hacerlo bien —sentencio, y doy un trago, muy corto, a la cerveza—. Y de no tocarme los cojones.

Nos miramos. Esto es un duelo. Pero en vez de comprobar quién desenfunda primero el arma y dispara, se trata de ver quién es el primero en ceder y apartar la mirada. Ya adelanto que no seré yo.

Y, en efecto, el comisario no tiene un pelo de tonto y me acerca el expediente. Antes de abrirlo, digo:

—Si me permites un consejo, yo iría a por las manzanas podridas. Y, créeme, hay muchas en la policía y en organismos oficiales.

Mi idea es delatar a un hijo de la gran puta santurrón al que le tengo ganas desde hace tiempo. Me follé a su mujer hace años porque ella me lo rogó, y la muy desagradecida, cuando pasé de ella, le fue al marido con el cuento de que la había violado. Y claro, el cornudo la creyó a ella e intentó que me paralizasen las obras de un local.

Me costó bastante dinero y encima tuve que aumentar los gastos para untar a quien hiciera falta. Menos mal que un amigo común le explicó al santurrón las consecuencias de tocarme los cojones y por agachar la cabeza lo colocaron de asesor de no sé qué mierda en un ministerio, donde se toca las narices y cobra un buen sueldo. Además de seguir con sus chanchullos, obviamente.

Si voy a delatarlo es porque, aparte de vengarme de forma sutil, dudo que sea capaz de averiguar de dónde viene el chivatazo, ya no me sirve de nada. Su poder es cada vez menor y leer su caída en desgracia en los periódicos me alegrará el día.

—Soy todos oídos —dice con sorna el comisario.

—Primero veamos qué ofreces...

Me hace un gesto para que lea. El documento está en portugués y, bueno, no es un idioma que maneje bien, pero puedo entender algunas cosas. Y de todo lo que voy leyendo hay una que me llama la atención: Nova Zelanda.

—No me jodas ¿Nueva Zelanda?

—Es un documento del consulado portugués en Wellington —explica Saravia—. En él consta la entrada en el país de una mujer llamada Cristina Perestrelo y de un menor, Ezra Perestrelo.

—Joder... —gruño, y aunque no quería beber le doy un buen trago a la cerveza.

Me levanto y camino por el reducido salón intentando asimilar la noticia.

—Quizá solo sea otra escala en lo que parece un viaje interminable.

—¿Cómo has conseguido esto? —pregunto mientras hago memoria de si alguno de mis contactos puede tener acceso a las autoridades portuguesas y obtener más información por mi cuenta.

—Cauces no oficiales, te lo garantizo —dice.

—Bienvenido al lado oscuro, comisario —me burlo.

—No me siento orgulloso de ello, Wozniak.

—Pues deberías. Y, si me permites la observación, te garantizo que, una vez que pisas el lado oscuro, quieres quedarte en él —afirmo convencido de ello—. Eso sí, hay que echarle huevos.

—¿Me estás haciendo algún tipo de proposición ilegal?

—¿Yo? —replico sonriendo de medio lado—. Ni hablar, serías un puto coñazo como colega. ¡Si ni siquiera te quieres tirar a un par de putas bien dispuestas!

—No me atrae tu mundo —se excusa.

—Eso dicen todos, no obstante, la curiosidad os vence —sentencio.

—¿Otra cerveza? —pregunta eludiendo la cuestión, y se acaba la suya de un trago.

Yo niego con la cabeza, quiero estar despejado para leer con suma atención el documento.

—Ahora supongo que ha llegado el momento de cambiar cromos —digo.

—Es el trato, sí —contesta—. Aunque siento cierta curiosidad. ¿Cómo es que además de hablar bien mi idioma conoces sus expresiones más populares?

Me encojo de hombros.

—Tengo facilidad para los idiomas y llevo aquí el tiempo suficiente como para haber aprendido las expresiones más curiosas —respondo sin entrar en detalles.

Lo cierto es que nada más aterrizar aquí mi mentor, Bogdanov, nos obligó a dar clases porque no quería que llamáramos la atención o que nos tomasen el pelo.

—Enhorabuena —dice levantando su botellín de cerveza en un brindis que resulta sospechosamente burlón.

—También soy bueno para calar a la gente y esta noche, no sé, algo me dice que estás más irritable de lo normal. Y parece que quieres emborracharte con un colega.

—No somos colegas —rezonga.

—Exacto.

El comisario tuerce el gesto y desvía la mirada.

—Mis problemas son mis putos problemas —añade de mal humor.

—Dado que no quieres quitarte las penas con una mujer bien dispuesta y prefieres joderte el hígado, adelante —le hago un gesto con la mano—, te escucho.

—No me fastidies, Wozniak...

Me importan una mierda los problemas del comisario, pero sé que si le hago soltar la lengua, para empezar, desviaré la charla, es decir, me ahorraré darle información. Y, segundo, los problemas de la parte contraria siempre pueden ser un punto débil, una herida a la que echar sal y sacar tajada.

—Como quieras, pero... —miro el reloj—, no tengo nada que hacer esta noche.

—¿No tienes a dos de tus putas esperándote?

—Ya he aliviado tensiones antes de venir a nuestra bonita reunión, comisario —replico, y es cierto.

Me he follado a Yanira, y a conciencia, en mi despacho antes de salir del club. La chica apunta maneras, aunque no es ni de lejos tan espabilada como Ludmila; lástima que me haya tenido que deshacer de ella. Empezaba a no ser obediente y a crear problemas entre sus compañeras, ya que creía estar por encima de ellas.

—No entiendo por qué necesitas encontrarla si no la quieres —dice negando con la cabeza.

Me muerdo la lengua porque no tiene ni puta idea de lo que siento. Yo tampoco lo tengo claro, pues hay días en los que el odio y el resentimiento predominan cuando pienso en ella. En otras ocasiones, en cambio, es el recuerdo de las vibraciones que deseo volver a experimentar y que no siento con ninguna otra.

—Te pasas el puto día pavoneándote de lo mucho que follas. Claro que no tiene mérito, son tus empleadas y las obligas. —El comisario contraataca.

—O no. Más de una se muestra encantada de hacer horas extra

con el jefe. Y respecto a Milena...

—Cristina, joder —me interrumpe.

—Respecto a ella, pues... me da igual lo que pienses, sobre todo porque además de follármela a base de bien, la dejé preñada.

—Cabrón arrogante.

Se lanza a por mí. Me agarra de la pechera de la camisa, arrugándomela al intentar zarandearme. Se me escapa una carcajada; porque sí, lo admito, me apetece darme de hostias y como ha empezado él...

Le doy un cabezazo y retrocede, aunque no me suelta. Responde con un movimiento ágil que me sorprende, para intentar acorralarme contra la barra de la cocina, pero yo no me machaco en el gimnasio para nada y el kickboxing es un excelente entrenamiento, así que se lleva el primer rodillazo.

Aniol debe de estar flipando en el coche. Espero que sea paciente y no interrumpa, porque pelearme con el ex de Milena me gusta casi tanto como follar con ella.

Él se defiende bastante bien y también ataca, intentando darme en la cara, aunque me la protejo. En un descuido me asesta un golpe en las costillas que me hace doblar de dolor y a punto está de rematarme con otro derechazo; sin embargo, me revuelvo y consigo darle de lleno en la rodilla, haciéndolo caer.

Jadea y hace una mueca de dolor. Si esto fuera una pelea callejera solo tendría que levantar la pierna y romperle la boca con el pie para dejarlo medio inconsciente, pero le tiendo la mano en señal de paz.

El comisario la rechaza de malos modos y se incorpora con dificultad.

—¿Una antigua lesión? —pregunto intuyendo el motivo.

—Sí —admite con un gruñido.

—Es bueno saberlo —murmuro almacenando el dato.

Tengo la camisa por fuera de los pantalones debido a la pelea y si bien odio ir desaliñado, en esta ocasión no me importa tanto.

—Bien, ahora que nos hemos zurrado por ella, algo que sin duda la cabrearía, ¿vas a decirme o no lo que sabes?

Me imagino la reacción de Milena si nos viese pelear. Nos llamaría a ambos «cavernícolas», «machistas» e «inmaduros». No me cabe duda. Y el comisario piensa lo mismo que yo.

—Apunta, anda, que si os dejan solos no pilláis ni a un colegial robando caramelos.

00.55, hora de España
Martes, 16 de junio de 2020
10.55, hora de Nueva Zelanda
Calle aledaña al apartamento del comisario Saravia
Término municipal de Benahavís

Ezra

—¿Qué hace ella aquí? —refunfuño al montarme en el coche y ver a Jenica en el asiento trasero.

—Ser testigo de cómo haces el imbécil —replica ella—. Una vez más, en todo caso. Y ya van ¿cuántas?

—Hubiera preferido que me dijeras que has recuperado el sentido común e intentabas follarte a Aniol en el coche.

Me abrocho el cinturón de seguridad con ganas de llegar al club. El golpe que me ha dado el comisario en las costillas me duele.

—No te pases, Ezra —me regaña mi amigo.

—La esperanza de que eso ocurra no la pierdo, no me critiquéis por ello —añado, y le hago un gesto para que arranque.

Para no tener que discutir con ambos o bien soportar el sermón de Jenica, apoyado por Aniol, enciendo la radio. Y a punto estoy de reventar el equipo de audio cuando oigo que suena *Y no me importa nada*. Esa puta canción.

Cuando Milena bailó por última vez en el club yo solo vi las imágenes a través de las cámaras de seguridad, sin sonido. Cuando poco después fingí delante de los empleados que indagaba sobre cómo coño ella había logrado escapar, pregunté a todo el mundo y cualquier detalle, porque cualquier cosa era vital. Una de las chicas me dijo qué canción había elegido.

Luego, a solas, la escuché con atención. Se me clavó cada jodida palabra. Milena había llevado a cabo una representación y lo hizo perfectamente. La cuestión es que ahora se me revuelve el estómago cuando suena la canción y más aún si Jenica, para tocarme los cojones, la va tarareando.

Mi hermana sabe muy bien el efecto que me produce escucharla, pero sé que si protesto o hago algún movimiento como apagar la radio, le daré munición para tocarme las pelotas. Así que aguanto el tirón hasta que llegamos al Ice Star.

Mi intención es subir al apartamento y encerrarme allí, solo, hasta mañana, para leer con atención cada maldito párrafo del documento que me ha dado el comisario. Sin embargo, y a pesar de la hora, Jenica decide alargar la velada y Aniol joderme los planes.

—Lo de pegarle a un comisario ha tenido su gracia, no te lo discuto —comienza mi amigo.

—Yo me lo he pasado bomba —lo secunda Jenica.

—Supongo que te ha traído recuerdos —apostilla Aniol.

—¿Os podéis ir a tomar viento?

Aún estamos en el garaje, me duele el costado y estos dos deciden dar por el culo. Estoy por ir a hablar con Jana para que se reconcilien y Aniol me deje tranquilo.

Los fulmino a ambos con la mirada.

—Mira que os gusta el drama.

—Y a ti hacer el tonto —replica ella—. Déjalo de una maldita vez, Ezra. Cada día te estás hundiendo más en la mierda y a este paso nos vas a arrastrar a todos contigo.

—Ya vale, ¿de acuerdo? —les espeto cabreado.

—Ahora además no solo te relacionas con un policía, sino que también vas a hacer de soplón. ¿Es que has pedido el puto juicio?

—¿Por qué se lo has contado? —le pregunto a Aniol de mala leche.

—No lo ha hecho, lo he deducido yo sola de lo que he oído —se defiende mi hermana—. Y ya estoy un poco harta de que me dejéis al margen.

—Pues entonces no toques la moral —mascullo.

—Ojalá la encuentres pronto, Ezra, para que tú mismo te des cuenta de que esa mujer no vale nada. ¡Nada! —me grita Jenica, y se larga.

Me froto las sienes.

—¿Tan difícil es que me deis el beneficio de la duda, joder? —pregunto de forma retórica.

—Escucha, yo estoy de tu parte —dice Aniol.

Arqueo una ceja y lo miro con incredulidad, porque semejante

afirmación es bastante dudosa.

—Oh, sí, ¿cómo no me había dado cuenta?

—El problema es el método autodestructivo que estás siguiendo.

—¿Y cuál sugieres?

—El comisario, que no es tonto, te va a sacar todo lo que pueda y después te dejará con el culo al aire. Si presentó pruebas falsas para incriminarte, piensa, ¿va ahora a desperdiciar la oportunidad de meterte entre rejas con algo mucho más sólido?

—Me jode que me tomes por imbécil —arguyo, y me dirijo al ascensor con él pisándome los talones, y no solo porque ahora esté viviendo en el club, sino también porque a buen seguro quiere hacerme recapacitar.

—Déjame a mí hablar con el comisario —sugiere, y lo miro sin entender.

—¿Por qué?

—Porque sabe cuál es tu punto débil —explica.

Mi punto débil tiene nombre de mujer.

—Joder...

—Y va a utilizarlo en tu contra. ¿No lo ves? Al principio se mostró proclive a ayudarte, te lanzó el cebo y poco a poco, consciente de que estás obsesionado, va a ir pidiéndote más y más.

—Le ofrecí dinero —mascullo, y por fin llegamos al apartamento.

—Ya, pero es listo. A ti la pasta no te supone ningún esfuerzo y a él podría complicarle la vida, en cambio la información te debilita y a él le hará ganar puntos.

—Con eso ya contaba, de ahí que hoy lo hayamos grabado todo y además le haya mencionado el nombre de un imbécil que me quiero quitar de en medio.

—¿Y cuánto crees que tardará el comisario en saber que ese imbécil es irrelevante para ti? O, peor, ¿y si el imbécil al que has delatado habla más de la cuenta para salvar el culo? —razona Aniol, y sí, maldita sea, lo que dice tiene mucha lógica.

Así que solo me queda un camino a seguir. Para que mi amigo no albergue dudas de qué voy a hacer, me acerco a uno de los muebles donde guardo un arma, la saco y compruebo el cargador antes de decir:

—Pues tendremos que ocuparnos del imbécil antes de que hable...

22.45, hora de España
Martes, 30 de junio de 2020
08.45, hora de Nueva Zelanda
Miércoles, 1 de julio de 2020
Aparcamiento junto al polideportivo
Término municipal de Benahavís

Ezra

—Esto de las citas nocturnas empieza a ser sospechoso, comisario —le digo a modo de saludo.

Él aguarda apoyado en su mierda de coche y sonríe de medio lado.

—¿No te estarás enamorando de mí? —añado con aire burlón.

—De momento no, gracias. Sé cómo acaban las personas que se acercan a ti, y no me apetece.

El primer ataque de la noche, nada que me sorprenda.

—Joder, comisario, es imposible tentarte con nada.

—Estoy casado.

—La mayoría de los clientes de mi club también, y se follan a todo lo que su dinero les permite pagar.

Lo observo, se lo ve cansado. O en el trabajo tiene problemas o bien son domésticos. No sé por qué, pero me inclino por estos últimos.

—Vayamos al meollo de la cuestión.

—¿Noticias esperanzadoras? —pregunto con sorna.

—Antes me gustaría saber si tienes algo que ver con el suicidio de cierto asesor al que casualmente estábamos investigando.

Reprimo una sonrisa. El gilipollas al final me ha ahorrado el trabajo sucio. Una pena, porque me hubiera encantado apretar yo mismo el gatillo, pero Aniol insistió en mandarle unas fotos muy entretenidas sobre sus actividades con menores de edad, en las que no jugaba al parchís precisamente.

—Yo me he enterado por la prensa —replico tan pancho.

—Y tampoco sabes nada de las fotos que se han filtrado sobre sus actividades extraconyugales.

—No era ningún secreto que le gustaban las niñas, tarde o

temprano lo iban a pillar —alego sin inmutarme.

Sobre todo porque el informático que tengo en nómina accedió a su ordenador y cargó en él un sinfín de pornografía infantil. Estas modernidades son eficaces aunque aburridas; que un tipo a cientos de kilómetros pueda arruinarle la vida a otro es desesperante. A veces una extorsión en toda regla te alegra el día.

—Ya, claro. Qué puta casualidad —murmura, porque se le ha chafado el caso.

—Escucha, seguid tirando del hilo, ese cabrón y su mujer han ganado mucho dinero de forma irregular. Id a por ella.

Le entrego unos extractos bancarios que mi informático ha *hackeado* y que no me vinculan al asesor de ninguna manera, me he encargado de examinarlos a conciencia antes de venir. En el pasado sí hice tratos con el difunto, no muchos, porque además de corrupto era marrullero y las dos cosas traen problemas.

Cada vez quedan menos cargos públicos sobornables y leales que se conforman con su pellizco. Los tiempos cambian.

—De acuerdo —accede no muy convencido.

—Y ahora las buenas noticias —lo insto, pero él no me entrega nada, solo me dice:

—No estamos cien por cien seguros, pero todo apunta a que no ha salido de Nueva Zelanda.

—Eso no me sirve, joder —protesto, pues es una información de lo más imprecisa.

—No consta en ningún registro que haya vuelto a usar su pasaporte portugués; ahora bien, cabe la posibilidad de que haya conseguido otros documentos u otra nacionalidad.

—¿Una boda de conveniencia? —pregunto controlando la ira.

—Exacto, casándose por ejemplo con un neozelandés.

—¿Y tus recursos llegan hasta ahí?

Niega con la cabeza.

—Por desgracia no —admite y le noto cierta frustración.

Es evidente que también desea encontrarla.

—¿Y no se puede cursar una orden internacional o cualquier mierda de esas que usáis los polis para perseguir a los malos? —insisto.

—Primero, oficialmente es una ciudadana portuguesa, ergo, la policía española no tiene jurisdicción. Segundo, intentar convencer sin

pruebas a otro país de que busquen a una de sus ciudadanas así por las buenas es noventa y nueve por ciento imposible. Y tercero, entra en juego un tercer país, Nueva Zelanda, en otro hemisferio; ya me dirás qué motivos alegamos.

—Con dinero todo es posible.

—Si conoces a mafiosos en aquel país, no dudes en contactar con ellos —sugiere con ironía.

No, no tengo contacto con personas de Nueva Zelanda; sin embargo, podría tantear el terreno. Aunque es un puto riesgo.

—Haré lo que sea preciso...

—Eso, dicho por alguien como tú, Wozniak, suena a ilegal.

—La duda ofende.

—Por cierto, aún no me has dado los datos de la chica que hundiste en el pantano junto con el coche de Cristina.

—Te los haré llegar, pero ¿cómo vas a explicar que de repente hubo un error en la identificación del cadáver?

—Déjame a mí.

—Ya, vas a dejar a tus compañeros de la científica con el culo al aire por lo que veo —lo provoco, y él se encoge de hombros.

—Un error es habitual, la cuestión es ser discretos.

—Lo que tú digas. Aunque deberías saber que hay chivatos en todos los departamentos, ten cuidado.

—Ya lo sé —gruñe ofendido por mi consejo.

Estoy tentado de mencionarle un par de nombres, pese a que sería contraproducente. Necesito a esa gente ahí dentro.

—Bueno, ahora que hemos aclarado algunos asuntos y no nos hemos dado de hostias..., ¿te apetece venir al club?

El comisario sonríe ladino.

—¿Para que grabes un bonito vídeo de mi estancia en él y después puedas usarlo en mi contra?

—No hay nada de malo en tomarse una copa y disfrutar de las vistas —contesto pasando por alto su réplica, porque sí, en efecto, si se presentara la oportunidad, lo haría sin dudarlo.

—Ya. Y dime, ¿cuánto tardaría alguna de tus chicas en acercarse para intentar seducirme?

—Son putas, no seducen, directamente te follan o se dejan hacer lo que tú quieras —lo corrijo—. Lo-que-tú-quieras.

Entiende de sobra qué quiero decir. El comisario sin duda tendrá

alguna que otra fantasía de la que se avergüenza y que jamás llevaría a cabo con su mujer. Sin embargo, con una puta, como hacen todos, no mostraría tantos reparos.

—Paso, prefiero estar solo que mal acompañado.

—¿Tu mujer te ha abandonado? —pregunto sacando conclusiones de su respuesta.

—No te metas en mi vida privada —dice a la defensiva.

Tarea para mañana, investigar a la mujer del comisario y saber por qué tienen problemas domésticos.

—Estaremos en contacto, comisario —le digo con chulería a modo de despedida, y me dirijo a mi coche.

10.25, hora de España
Jueves, 9 de julio de 2020
20.25, hora de Nueva Zelanda
Oficina de Ezra
3.ª planta del Ice Star Club
Término municipal de Benahavís

Ezra

—Aquí tienes, el informe que me pediste —dice Leire dejando sobre mi mesa su tableta.

—Gracias.

—¿Por qué me has pedido a mí que investigue a la mujer del comisario Saravia?

—Para que Jenica no me dé por el culo y Aniol siga dedicándose a recuperar a su mujer y me deje tranquilo.

Hoy ha quedado con Jana para hablar. Una estupidez, no tiene que hablar con ella, sino follársela y dejarla preñada otra vez, para que consiga su objetivo de ser madre y él pare de dar vueltas por el club como un perro abandonado.

Aunque a veces viene bien tener un amigo al lado. Y para divertirnos, más de una noche hemos vuelto a las andadas. Aniol, por mucho que lo niegue, echa de menos la acción, la adrenalina que supone hacer algo ilegal, correr riesgos, porque, ambos lo hemos reconocido, ahora estamos aburguesados.

—Quiero a tu hermana, no me gusta ocultarle cosas —dice, y sí, bueno, seguro que es sincera.

De hecho se las ve bien, pese a que me joda asumir que Jenica no va a casarse con un buen hombre.

—Tolero vuestra relación, es algo que deberías agradecerme, Leire —le recuerdo.

—¿Es una amenaza? —pregunta sabiendo la respuesta.

Se sienta frente a mí y controla su cabreo. Es buena, todo hay que decirlo. No pierde los papeles con facilidad. Por eso me gusta tenerla en el club. Y hace el trabajo sucio cuando es preciso sin tocar demasiado los cojones.

—Por supuesto.

—¿Y te arriesgarías a hacerle daño a tu hermana jodiéndome a mí?

—Por supuesto.

—Es bueno saberlo.

—Por cierto, ¿no se te ocurrió congelar esperma antes de cortarte el rabo? —pregunto sin un ápice de vergüenza mientras me reclino en el sillón.

Estoy impaciente por leer el informe de la mujer del comisario, sin embargo prefiero que no se note.

—No, no lo hice —responde—. Y bien que lo siento.

—¿Y has pensado en tener hijos?

—Es una decisión que solo nos incumbe a Jenica y a mí, Ezra.

—Depende de cómo se mire —murmuro enigmático.

Siempre he pensado que los hijos de mi hermana ocuparían nuestro lugar. La nueva generación. Incluso si Aniol deja finalmente preñada a Jana y esta da a luz, también serían buenos candidatos. Pero una psicóloga decidió por su cuenta trastocar mis planes. Bueno, en realidad trastocar toda mi puta vida, y eso hace que me toque replantear muchos temas.

—¿Vas a controlar también el ciclo reproductivo de Jenica?

—Si de mí dependiera, ahora mismo estaría casada y con un par de críos —respondo, porque ese ha sido mi deseo desde hace mucho.

—¿Y arriesgarte a tener un cuñado entrometido?

—Aniol era el candidato perfecto.

Leire se echa a reír.

—Qué poco conoces a tu hermana —me dice en un intento de

mosquearme, a lo cual yo respondo con una sonrisa ladeada.

—El informe, por favor —le pido, y ella empuja la tableta hacia mí, pero en el último segundo, cuando voy a cogerla, pone la mano encima impidiéndomelo.

—¿Y tú has congelado tu semen por si encuentras a una insensata que quiera tener un hijo tuyo y ya estás tan viejo que no puedes ni empalmarte?

La muy cabrona sabe replicar. Me gusta eso de ella. Está al tanto de las circunstancias, porque Jenica se lo cuenta todo, incluido lo de que Milena se fue embarazada. En el club nadie más lo sabe, porque como llegue a oídos de camareros, limpiadoras o bailarinas, yo me encargaré de que rueden cabezas.

Abandono mi postura descuidada para apoyar los codos en la mesa y bajo la voz para decir:

—Yo no me he cortado el rabo.

—Más de una se presentaría voluntaria para hacerlo. Y yo pagaría por verlo, Ezra.

—Muy graciosa —mascullo—. Supongo que también proporcionarías el arma adecuada.

Me mira fijamente. Esta conversación es un desafío y también, qué coño, un entretenimiento.

—Por supuesto. El cuchillo más desafilado y oxidado que encontrase, para que la chica en cuestión lo disfrutase más...

Deja implícito que de ese modo yo sufriría mucho más.

—¿Me das ya el informe o seguimos hablando de mis pelotas?

—Todo tuyo —susurra.

—¿Algo reseñable? —pregunto mientras leo por encima datos que me parecen irrelevantes, como la fecha de nacimiento de la señora Saravia o su dirección actual.

Me llama la atención que sea de color, no por nada, sino porque al comisario no lo veía yo tan multirracial. Yo no tengo nada en contra de las mujeres negras, es más, he disfrutado de lo lindo con ellas.

—Pues sí... —responde Leire con aire divertido, y eso me joroba.

—Sorpréndeme.

—Trabajó aquí, en el club.

—¡¿Cómo?!

—Al principio yo tampoco me lo creía. Accedí a su vida laboral

por simple curiosidad. Por saber si vive de su marido o se gana el sueldo por sí misma. La idea era crear un perfil.

—¿Y...? —la insto, porque me jode mucho que me cuenten las cosas por etapas.

—Es policía, en concreto, subinspectora.

Me pongo de pie y me acerco hasta la ventana. Aquí hay algo raro...

—¿Cómo es posible? —murmuro.

—Mira las fechas —me indica, y a regañadientes obedezco.

Entonces, de golpe todo cuadra.

—¡Joder! —estallo dando un puñetazo en la mesa.

Van a rodar cabezas por esto. Una policía trabajó en club infiltrada. Alguien se pasó por el forro las órdenes de revisar a cada candidato con lupa. Pero lo peor es que fue mi empleada mientras Milena estuvo aquí.

—Hasta el más tonto adivinaría que la subinspectora Matallana y tu psicóloga trabajaron en equipo para el comisario —dice Leire.

—¿Con quién más has hablado de esto?

—Solo contigo. —Pongo cara de incredulidad, por lo que se ve obligada a añadir—: De momento.

—Y así ha de ser —sentencio.

—Me temo que es mejor que tanto Aniol como Jenica lo sepan, para actuar en consecuencia.

Me acerco hasta ella y la fulmino con la mirada.

—Si te digo que esto no salga de aquí, obedeces y punto —le advierto con voz peligrosa—. Y respecto a actuar, ya me encargo yo.

—Como quieras —accede.

—Ahora, largo, tengo cosas que hacer.

Leire se marcha. Confío en que mantenga la puta boca cerrada, como mínimo el tiempo suficiente como para que yo actúe. Y no voy a perder ni un minuto. Levanto el teléfono y llamo al jefe de personal, que es el mismo desde que abrimos el club. Le pido que venga a mi despacho a la voz de ya.

Mientras llega dejo a mano, pero no a la vista, la semiautomática. En apenas cuatro minutos se presenta el tipo.

—Sandro López, ¿verdad?

—Sí, señor Wozniak.

Le hago un gesto para que se siente y él, algo cauteloso, lo hace.

Rara vez me reúno con él, Jenica es quien suele llevar la mayor parte de los asuntos administrativos.

—¿Tiene familia? —le pregunto, y me quedo de pie tras mi sillón, mirándolo fijamente.

Él asiente y me da detalles, Mujer, dos hijas. Qué pena por ellas.

Le pregunto también por banalidades, para que se vaya relajando, para que crea que esto es algo rutinario. Me explica cómo trabaja, lo contento que está en este puesto y un sinfín de majaderías. Cuando se queda sin cuerda para hacerme la pelota, le pido que me hable sobre las normas a la hora de contratar personal. Me las recita como un loro.

Y ya, como me aburre, voy directo al grano, mencionándole la contratación de una mujer llamada Olga Matallana. Por supuesto no sabe quién es, pero se queda pálido cuando le digo que es policía.

Entonces intenta excusarse, echarles la culpa a sus subordinados y mil cosas más, porque sabe que es el responsable.

—Señor Wozniak... —titubea—, quizá ese día yo no estaba en mi puesto...

—¿Y dónde cojones estaba?

—Pues...

—¡¿Dónde?! —repito, a punto de perder los papeles.

—A veces... —Se detiene, desvía la mirada, está buscando las palabras que a lo mejor me calman, aunque dudo que las encuentre.

—¿A veces qué, señor López? —lo insto inclinándome sobre él amenazante.

—Algunos empleados pues... —sigue titubeando.

Me da la sensación de que va a admitir un fallo para intentar tapar el más grave.

—¡Habla, joder!

—Visitamos las salas del sótano.

No doy un respingo porque ya nada me sorprende en esta vida, sin embargo la curiosidad hace que pierda unos minutos más.

—Las salas del sótano, a las que los empleados, salvo excepciones, tienen el acceso restringido —digo y él asiente.

—Ha sido un error imperdonable, señor Wozniak, no volverá a ocurrir.

«Por supuesto que no», pienso.

—Y mientras usted y otros... —ya averiguaré quiénes son— se

saltan las normas..., ¿quién supervisa el trabajo?

—Algunos de los nuevos —responde en voz baja, y traga saliva.

—Acompáñeme, por favor.

Le hago un gesto para que vaya delante y, antes de abandonar el despacho, cojo la semiautomática. No me gusta utilizar el ascensor común, de ahí que dé un rodeo hasta el mío privado, siempre tras el señor López.

Una vez dentro del ascensor, tecleo el código para bajar al segundo sótano. De nuevo le indico que vaya delante. A estas horas no hay clientes, solo personal de limpieza seleccionado, de máxima confianza.

—¿Alguna sala en particular? —pregunto cuando estamos junto a la que reproduce un consultorio médico.

El señor López niega con la cabeza y baja la mirada. Está avergonzado y preocupado. Lógico.

Abro la puerta de la sala y enciendo la luz. Él me sigue y cuando estamos dentro cierro de un portazo y saco el arma que he llevado oculta. Quito el seguro.

—No volverá a ocurrir —dice suplicante.

Yo le apunto directamente al centro de la frente y veo con desagrado que se mea encima. Joder, la gente no tiene ni un mínimo de decencia.

—Qué asco —murmuro poniendo la cara correspondiente.

—Señor Wozniak...

—Hay unas normas y se las ha pasado por el forro de los cojones. No hay excusas.

—Por favor...

—Podría hacer una excepción si me da el nombre de los compañeros que vienen aquí sin permiso y de las chicas que los acompañan —digo para obtener información.

—Por supuesto...

Me recita unos cuantos nombres, no se lo ha pensado mucho. Es evidente que demasiados empleados se saltan las normas y que encima chantajean a las chicas haciéndoles creer que, si no acceden, serán despedidas en el caso de las empleadas comunes, o bien traspasadas a otro club si son bailarinas.

Y aquí, en el Ice Star, solo yo decido quién se queda y quién se va. Joder, cuánto cabrón suelto.

—¿Tiene su móvil a mano? —pregunto, porque no me interesa saber ningún nombre más.

Haré una purga en todos los departamentos administrativos. Y quizá también en el resto, por si acaso.

—Sí... ¿por... por qué?

—Escriba el siguiente mensaje...

Le dicto el texto y, antes de que lo envíe, lo reviso. Es un WhatsApp de despedida porque se ha encoñado de una bailarina y juntos quieren comenzar una nueva vida. También admite que se lleva cuarenta y cinco mil euros del club.

La tecnología siempre es útil.

Nada más pulsar Enviar, se entera de su sentencia.

Disparo. El hijo de puta cae al suelo y se queda en una postura desagradable. Estoy desentrenado, debería haberlo hecho desde otro ángulo para no ensuciarme con las salpicaduras.

17.55, hora de España
Jueves, 9 de julio de 2020
03.55, hora de Nueva Zelanda
Viernes, 10 de julio de 2020
Carretera A7175 dirección autopista A7
Término municipal de Benahavís

Ezra

—¿De verdad era necesaria esta mierda? —se queja Aniol por enésima vez.

Hoy él había quedado a la hora de comer de nuevo con Jana, en teoría con la idea de resolver sus diferencias, pero ha vuelto al club más desanimado que nunca porque su mujer le pide más tiempo para estar sola.

Y encima se ha encontrado con lo que he montado en la sala del segundo sótano. Así que tiene un cabreo de tres pares de cojones, aunque ha accedido a acompañarme.

Conduzco yo para que él no haga ninguna gilipollez al volante. En el maletero va el señor López debidamente envuelto. Acabará en un pozo ilegal que las autoridades sellaron no hace mucho y que para

estos casos viene estupendamente.

—Sí. Y deja de darme la murga. En el fondo me agradeces que te saque de tu rutina de autocompasión.

—Ezra, deja de hacer el imbécil. ¿Por qué no te has limitado a despedir al señor López y al resto que han infringido las normas?

—Porque no me da la puta gana de que un gilipollas se folle a las chicas del club y encima haga mal su trabajo.

Le he puesto al corriente de las averiguaciones hechas por Leire y por supuesto se ha cabreado, pues sabe tan bien como yo que dejar entrar a una poli infiltrada no fue un simple error, sino una temeridad.

Claro que yo me follé a una policía, la dejé preñada y también me la jugó. Pero, hostias, yo soy el que manda aquí.

—Ya te advierto que esto no es divertido. Una cosa es vacilarles a niñatos y darles dos sopapos y otra muy distinta algo así. Ah, y no pienso cavar ningún agujero.

Sonrío y estoy tentado de decirle que llevo palas en el maletero para tal fin, pero contesto:

—Tranquilo, ya he encontrado el sitio perfecto para el eterno descanso del señor López.

Pongo el intermitente y abandono la carretera para acceder a una pista forestal. Apenas tres kilómetros de baches después, detengo el Range Rover junto a una finca. Aniol se apea del coche y mira a su alrededor. Los dos desentonamos bastante, la verdad es que no vamos vestidos como hombres de campo precisamente.

Según el localizador del móvil el pozo está a unos veinte metros del camino, así que toca arrastrar al señor López ese tramo y le pido a Aniol que me ayude. Refunfuña, por supuesto, pero agarra el bulto y me ayuda a sacarlo del maletero. Por suerte, no se ha manchado nada. También cojo una pequeña bolsa de deporte y me la cuelgo al hombro.

—Deberías haberme advertido de adónde veníamos, joder —se queja Aniol—. Voy a destrozarme los zapatos de piel con tanto terruño.

—Tienes razón —convengo, y hago una mueca porque yo tampoco me he vestido para la ocasión.

El pozo está oculto tras unos hierbajos y, sin miramientos, dejamos caer al señor López al suelo mientras saco unos alicates de la bolsa y rompo el precinto. Nunca entenderé por qué las autoridades

ponen esta mierda de sellos, se rompen con una facilidad pasmosa.

Después entre Aniol y yo movemos la pesada tapa de hormigón hasta dejar el suficiente hueco como para echar por ahí el bulto.

—Joder, no parece haber mucha agua —murmura Aniol, que ha tirado primero una piedra.

—¿Y eso que importa?

—Pues que con el calor va a soltar un buen tufo.

—Ya lo sé, pero mira a tu alrededor. Aquí hace ya un año que no cultivan nada y dudo que lo hagan a corto plazo.

—Tienes razón. Venga, vamos a acabar con esto cuanto antes —propone, y agarramos el cadáver para levantarlo y después dejarlo caer dentro del pozo.

Nos miramos, esto ya lo hemos hecho antes. Aunque lo cierto es que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos ensuciamos las manos. Tanto en sentido literal como figurado.

Antes de colocar la tapa del pozo en su sitio, saco un cartucho de adhesivo de montaje y aplico una generosa cantidad por el borde para que quede bien sellado.

—Estás hecho un profesional del bricolaje —se guasea Aniol cuando luego me ve sacar de la mochila un rollo de alambre.

—Cállate, gilipollas —mascullo.

Con el alambre, uno el tirador de la tapa a unos enganches laterales, a modo de cierre. Retuerzo bien el alambre con los alicates y al finalizar pongo un candado reforzado. Yo no soy tan cutre como las autoridades y he gastado un poco más. Finalmente utilizo el adhesivo de montaje para taponar la entrada de la llave.

Recojo todas las herramientas y antes de marcharnos saco de la bolsa un espray multiusos con el que inundo de lubricante todas las superficies que Aniol y yo hemos tocado, y después paso un paño, borrando así cualquier huella.

Por último cojo las toallitas desinfectantes, le entrego una a él y nos limpiamos las manos.

Aniol hace amago de dejar caer la toallita usada, aunque al final me la entrega para guardarla.

Regresamos al Range Rover y le digo:

—¿Te apetece ir a darles sopapos a niñatos?

—¿Cómo vas a explicar la desaparición del señor López? La policía irá al club y preguntará cuándo lo vieron por última vez.

Arranco el coche y maniobro, al tiempo que le explico lo del mensaje. Pero no lo veo muy convencido. Y sí, joder, la policía puede tocarme los cojones. Sin embargo, les costaría relacionarme con la desaparición. Todo serían especulaciones, no habría nada en firme.

—Venga, vamos mejor a un lugar refinado, a comer y beber como putos marqueses. Olvídate de los niñatos.

—Así me gusta, con actitud —lo animo, y acelero al llegar al asfalto.

—Pero antes pasa por el club. Quiero darme una ducha, quitarme el polvo y cambiarme de ropa.

—Por un momento he creído entender que querías echar un polvo —bromeo, y Aniol me levanta el dedo corazón.

Yo me echo a reír.

18.10, hora de Nueva Zelanda
Lunes, 10 de agosto de 2020
08.10, hora de España
Hollyhock Lane
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

Sola en casa.

Jeremiah se ha llevado a Ezra a las clases de ajedrez. Según mi marido, el niño tiene potencial y yo estoy de acuerdo en que cuanto antes empiece mejor. Ahora bien, le he advertido que nada de convertírmelo en un niño repelente de esos que luego van a un programa de la tele para jóvenes talentos y se frustran cuando la realidad se impone.

Si Ezra disfruta con el ajedrez, si tiene aptitudes para ello, genial, que las desarrolle; eso sí, sin obsesionarse.

Voy a aprovechar para darme uno de esos baños relajantes que hace tiempo que no disfruto. Entre los regalos de boda había un baúl cursi lleno de productos para el baño, así que hoy voy a probarlos.

Primero he aprovechado para recoger la casa. Tampoco me he tenido que esforzar mucho, porque es pequeña y Jeremiah muy apañado. Pero siempre es bueno hacer una limpieza general.

Una vez terminadas las tareas domésticas, me dirijo al baño con una copa de vino. Solo una, porque en estos lares una botella de algo decente cuesta un ojo de la cara y tampoco hay variedad.

Cojo del baúl una de esas bombas de baño y es como echar una aspirina efervescente a un vaso de agua. Inmediatamente percibo el olor a rosas. Pongo mi lista de reproducción de música relajante y mientras Madredeus canta *Alfama* me voy sumergiendo en el agua caliente y perfumada.

Mi baño no es ni de lejos tan lujoso ni espacioso como el de una suite de un hotel de cinco estrellas. Si agachara la cabeza y claudicase ante las prisas de Jeremiah por acabar su casa, dispondría de una bañera de hidromasaje con tropecientos chorritos y demás polladas, pero, oye, yo disfruto con mi bañera cutre, aunque tenga que doblar un poco las rodillas.

Tarareo la letra y me es inevitable sentir ese aguijonazo de nostalgia o morriña, como lo llaman algunos. Joder, qué cierto es. Aquí he rehecho mi vida, me han dado trabajo, mi hijo puede crecer bien atendido y rodeado de amigos y familia, y en cambio yo pienso en lo que dejé atrás. Pienso en él.

Cierro los ojos. Suspiro y mi mano se desliza hacia abajo. Siento la excitación, el calor, y si bien un ramalazo de miedo me atraviesa por lo que hice en aquella bañera para escapar de Ezra, consigo controlar los sentimientos negativos e ir sustituyéndolos por otros más placenteros, aunque en el fondo masturbarme pensando en él siga siendo mi talón de Aquiles.

Y es que cada vez recurro más a su recuerdo, a sus ojos fríos y peligrosos, a sus órdenes retrógradas..., en definitiva, a él. Y aunque soy consciente del daño que eso me causa, yo recaigo igual que una yonqui.

Ahora suena *Medo* y la voz de Mariza hace que se me forme un nudo en la garganta. Joder, es que no aprendo. Sé que cada nota que escucho me pone sentimental y me hace llorar pensando en lo imposible, en lo que no puedo tener. Y aun así, dale que te pego. Debería crear una nueva lista de reproducción con canciones chorras, letras insulsas que me hicieran evadirme, pero no soy capaz.

Jeremiah a veces me pregunta qué me gusta escuchar, se sienta junto a mí y dice, sin entender un carajo de portugués, que suena triste. Si él supiera...

Y con toda esta melancolía y sabiendo que por muchos años que pasen ya no volveré a ser Cristina Líster, me consuelo a mi manera. Llorando, pero acariciándome entre las piernas. Como si un orgasmo fuera la medicina para seguir adelante.

No me siento culpable. Le soy infiel a mi marido de pensamiento, aunque no de hecho.

Mi cuerpo se va tensando, preparando para el clímax. Muevo más rápido la mano, me froto con más fuerza el clítoris. No sé por qué hoy me cuesta tanto. Sin embargo, no me rindo, con la otra mano me pellizco el pezón hasta hacerme daño, el suficiente para acercarme un paso más.

Otra canción triste, *Amar pelos dois* y sí, definitivamente voy a crear una lista más chorra de canciones. Algo con chunda-chunda o trá-trá de esos, porque los lagrimones que me caen por las mejillas son alucinantes.

Un anticlímax. Pues no porque, como siempre, recordar cada una de sus sucias palabras es definitivo para correrme. Aprieto los muslos, como si quisiera alargar la sensación.

El perfume de las rosas, el vino barato y el agua tibia serán mis compañeros un rato más.

—¿Estás bien? —me sorprende la voz de Jeremiah.

Abro los ojos de golpe. Lo miro confundida.

—¿Qué haces aquí? —le espeto, producto del asombro.

—Cris, ¿qué te pasa? ¿Te he asustado? —pregunta, y se acerca para darme un beso en los labios. Mira mi cuerpo desnudo, pero sin duda lo que más le debe de llamar la atención es mi cara.

—Nada, solo recordaba —musito, y es cierto.

Jeremiah baja la tapa del inodoro y se sienta, apoyando los antebrazos sobre los muslos e inclinándose hacia delante.

—Llevas unos días muy rara, cariño. Dime en qué puedo ayudarte.

Me limpio la cara con las manos y suspiro.

—Echo de menos mi tierra —contesto con una sonrisa triste.

Una verdad a medias.

—Lo entiendo, Cris. Y he pensado en ello. Quizá este año no sea posible, con los gastos de la reforma, pero en un par de años podríamos ir a Europa.

Siempre tan atento, tan caballeroso.

—No importa —digo, y me pongo en pie.

Él inmediatamente abre una toalla y la extiende para que me cubra con ella. Son gestos como este los que me desarman. Yo pensando en otro para correrme y Jeremiah siempre tan atento.

Apago el móvil para no escuchar ni una canción más y me suelto el pelo, que me peino con los dedos. Jeremiah se coloca tras de mí para masajearme el cuero cabelludo.

—Sí importa, Cris. Mira, hablaré con mis padres, ellos pueden hacerme un préstamo.

Debería haber buscado otra excusa.

—No, mejor no —digo, y él se queda observándome con una expresión un tanto desconcertada a través del espejo.

Y hay una explicación para ello. En el mundo de Jeremiah es una especie de deber atender y sufragar los gastos de una chica. Lo que se ve siempre en las pelis, que el galán de turno saca la cartera a pasear en cuanto la damisela tiene un apuro. De ahí que a mi marido le cueste entender que no quiera dinero de él.

—Por cierto, ¿dónde está Ezra?

—En casa de Cy. Pasará allí la noche, con sus primos. Mañana mi hermana lo llevará al colegio —responde.

—Ah, vale.

—Así que he pensado que, a pesar de que sea entre semana, podría tener una cita especial con mi mujer...

Pues yo no estoy para citas, pienso.

No obstante, al salir del cuarto de baño me doy cuenta de que Jeremiah tenía otros planes y que llevarse a Ezra a ajedrez ha sido una excusa, porque me encuentro la mesa puesta en el pequeño salón, con dos velas y las típicas tapas de acero inoxidable que cubren los platos.

—¿Y esto? —pregunto en voz baja.

Él se encoge de hombros.

—Solo quiero sorprenderte.

Se me encoge el estómago. Mientras yo me estaba masturbando en la bañera él preparaba una cena romántica. Joder.

Se detiene a mi espalda y me abraza desde atrás. Siento el calor de su cuerpo y también que no me gusta tanto como debería. En estos momentos preferiría estar sola; de hecho, había planeado dedicar toda la tarde a mí misma, porque hace demasiado tiempo que no disfruto ni de un minuto a solas.

¿Suena egoísta? Seguramente; a veces hay que serlo.

—¿Cris? —dice ante mi silencio.

—No esperaba algo como esto —susurro.

—De eso se trata, cariño, de sorprenderte. Porque te mereces todo esto y mucho más —afirma con su tono más sensible.

Y yo me siento una mierda, tanto que se me escapan unas lágrimas.

—Déjame unos minutos, quiero arreglarme —le pido en voz queda, y me escabullo para ir a encerrarme en el dormitorio.

No quiero que Jeremiah me vea así, se preocuparía y empezaría a hacer preguntas. Toca ponerse un disfraz, fingir que estoy encantada con la sorpresa y sonreír.

Él sabe que habitualmente no me arreglo demasiado, suelo optar por la comodidad. Y en cuanto al maquillaje, hace mucho que renuncié a su tiranía. Con la excepción de mi boda y por obligación, he preferido ir natural.

Pero puesto que Jeremiah ha montado todo el escenario, me esforzaré. No tengo mucho donde elegir en el armario, tampoco dispongo de lencería sugerente y lo que para cualquier mujer sería un drama, para mí es casi un alivio, pues sé que después de la cena él querrá el postre.

Elijo un vestido sencillo, azul. Es de las pocas prendas que conservo de antes de llegar a Nueva Zelanda. Lo compré en un mercadillo de Tesalónica y por algún motivo inexplicable lo conservé. Es sobrio, por encima de la rodilla, escote redondo y la manga solo cubre la parte superior del brazo. Para sustituir la lencería, me pongo unas bragas negras de algodón con un sujetador a juego.

Un poco de crema hidratante, brillo de labios y perfume en las zonas estratégicas.

Cuando salgo del dormitorio, ataviada para la actuación, incluida la sonrisa postiza, Jeremiah me espera con una expresión amable y una copa de vino. Ya sabemos que será un vino cutre, aunque la intención es la que cuenta.

—Estás preciosa —me alaba, y se inclina para darme un beso profundo, muy revelador, antes de entregarme la copa.

—Tú también estás muy guapo —respondo. Y es verdad.

Jeremiah es clásico vistiendo. Camisa azul claro y pantalón chino camel que, por cierto, le sienta divinamente, le hace un culo

espectacular; no me extraña que algunas mamis del cole se lo coman con los ojos. Y si lo vieran desnudo, con ese abdomen plano que se gasta, babearían más que un saco de caracoles en ayunas.

Doy un sorbo a la copa y me acerco a la mesa, él me aparta la silla y, una vez que estoy acomodada, se sienta enfrente. Destapa el primer plato, comida mexicana. Yo sonrío. Está recreando nuestra primera cita.

—Escucha —me pide, y toquetea su teléfono móvil.

Enseguida suenan las primeras notas de una canción lenta y cuando Luis Miguel empieza a cantar *Te extraño* se me hace un nudo en la garganta que me cuesta mucho disimular.

—Es un cantante español, ¿no? —pregunta Jeremiah.

—Mexicano —digo con un hilo de voz.

A ver, me he visto la serie de Luis Miguel en Netflix y sé que no nació en México, pero tampoco voy a darle una lección a Jeremiah sobre el cantante.

—Ah, lo siento, solo quería que te sintieras como en casa.

El cacao que tiene este hombre con los países es alucinante.

—¿Sabes lo que dice la letra?

—No, pero me pareció bonita para amenizar la velada.

Sé que lo ha hecho con la mejor intención del mundo, por eso respondo:

—Es un bolero y lo más normal es que me saques a bailar.

—De acuerdo —acepta con una cariñosa sonrisa.

Nos levantamos y él me tiende una mano. Enseguida me rodea con los brazos. Yo escondo la cara en su cuello y contengo las lágrimas.

Te extraño como se extrañan las noches sin estrellas...

21.40, hora de Nueva Zelanda
Lunes, 10 de agosto de 2020
11.40, hora de España
Hollyhock Lane
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

Jeremiah duerme. A pesar de llevar tiempo aquí, aún me resulta extraño esto de cenar pronto y acostarme temprano. Por eso estoy tumbada en la cama sin dormir, en penumbra. Hemos tenido relaciones sexuales. Bueno, a él le gusta llamarlo «hacer el amor». Y, como siempre, Jeremiah ha sido tierno, atento, suave y previsible.

Lo miro de reojo, aquí a mi lado, acostado boca arriba, luciendo abdominales, porque Jeremiah se cuida. No me extraña que algunas le hagan ojitos. Bromeo con eso y él, además de fruncir el cejo, se sorprende de que yo no tenga celos.

¿Cabría la posibilidad de que me fuese infiel? Pues sí, nada es imposible, pero conociendo a Jeremiah y su escala de valores, no apostaría por ello.

No es un ligón, no mira a otras mujeres con deseo ni tampoco esconde porno en su ordenador ni en el móvil.

Alguien podría pensar que si mi marido me pone los cuernos yo no me disgustaría o que hasta me aliviaría. Pues... no lo sé, sinceramente no lo sé.

Cambio de postura y me acerco, porque me esfuerzo por quererlo, por enamorarme de él, y, como se dice, el roce hace el cariño. Y sí, quiero a Jeremiah, le deseo lo mejor, sin embargo sé que nunca será nada intenso ni autodestructivo. Será, es, sereno, monótono.

Me acurruco junto a él, que en cuanto nota mi contacto me rodea con el brazo y musita algo. No llego a entenderlo; seguramente es una palabra cariñosa.

No tendré una relación pasional, eso lo asumo, pero al menos me siento querida...

11.40, hora de España
Lunes, 10 de agosto de 2020
21.40, hora de Nueva Zelanda
Segundo sótano del Ice Star club
Término municipal de Benahavís

Ezra

—¿Esto es una visita oficial o al final te has decidido a caer en la tentación?

El comisario sigue con la vista fija en una de las salas. Está dejando volar su imaginación, en la que deben de aparecer sus fantasías más reprimidas. A todo el mundo le pasa.

Yo también me quedé con la boca abierta cuando vi por primera vez lo que era realmente el sexo. Nada que ver con metérsela a una mujer, dar cuatro empujones y correrse. La diferencia con la mayoría de la gente es que yo apenas tenía veinte años y desde entonces no solo he imaginado las posibilidades, sino que además las he llevado a cabo; y, como no me hace falta pecar de modestia, diré que me es posible seguir disfrutando y experimentando.

—Es oficial —afirma, y por fin se digna mirarme.

—Pues entonces he elegido el lugar perfecto —digo, y sonrío con arrogancia.

Cuando me han informado de su presencia estaba en el despacho, ocupándome de los asuntos habituales. Rutinas aburridas que cada vez soporto menos, sobre todo desde que los negocios no bordean la ilegalidad.

Recibirlo en el despacho habría sido lo más lógico, sin embargo he optado por bajar al segundo sótano. Ahora no hay clientes y provocar la incomodidad del comisario es uno de mis divertimentos.

—¿Y bien? —lo insto.

Él adopta una pose estudiada que pretende ser intimidatoria. Ya os adelanto que no funciona.

—El caso de tu empleado desaparecido se ha cerrado.

Algo que me produce satisfacción, aunque no debo manifestarla.

—¿No os cansáis nunca de ser incompetentes? Ese cabrón se ha llevado cuarenta y cinco mil euros del club.

—En sus cuentas no hay ni un ingreso sospechoso y nadie va con

cuarenta y cinco mil euros en el bolsillo.

—Joder que no —digo riéndome.

—Su esposa dice que sus rutinas no cambiaron, que era el de siempre.

—Pues se follaba a alguna compañera en el club —aseguro, igual que hice durante la declaración original.

—Pues, sintiéndolo mucho, se cierra el caso.

—¿Y has venido en persona para darme las malas noticias? —pregunto, y le hago un gesto para que me siga.

—Ya deberías conocerme, soy muy puntilloso.

Con el comisario tengo la deferencia de usar el ascensor privado y subimos hasta mi apartamento. Si él me cita en determinados lugares para tocarme los cojones, yo hago lo mismo. Sabe, porque yo se lo mencioné, que Milena estuvo aquí conmigo. Y no hace falta ser muy espabilado para deducir que ella y yo follamos en todas las superficies disponibles.

Le pregunto si desea tomar algo y saco dos botellines de agua. Yo miro el móvil como si revisara los correos, cuando en realidad he encendido la grabadora.

—¿No hay un par de prostitutas escondidas en el dormitorio dispuestas a comprometerme?

—No.

—Me decepcionas, Wozniak —se burla.

—Para empezar, nunca me follo a las putas en mi apartamento —declaro muy serio, y él entiende muy bien a qué me refiero—. Y segundo, como siempre rechazas el ofrecimiento, pues ni me he molestado. Ahora bien, si quieres, en menos de diez minutos tienes a dos en una de las salas Vip del club.

Se ríe y levanta el botellín de agua en un brindis burlón.

—La decoración es un tanto recargada —comenta, para cambiar de tema, supongo.

—¿A qué has venido, comisario?

—A darte malas noticias.

—Me da la sensación de que disfrutas con mis desgracias.

—Nunca he fingido lo contrario, puedes estar seguro.

—¿Y bien?

Cada vez que nos reunimos, siempre tenemos esta especie de combate verbal y, aunque jamás lo admitiré en voz alta, empiezo a

sentir cierto aprecio por él.

—Seguí tus consejos y tenías razón. Llevaban años con sus chanchullos —dice, refiriéndose al primer gilipollas que he delatado en mi vida.

De hecho, me han llegado rumores de que gente afín al matrimonio y que, por supuesto, conocía y participaba en sus chanchullos, se está poniendo nerviosa.

—¿Vais a denunciarla? —El comisario niega con la cabeza—. Ha accedido a colaborar con nosotros a cambio de...

—No os creáis ni una puta palabra de lo que os cuente. Él era un marrullero de cuidado y ella una trepa vengativa. Mentirá para salvar el pellejo.

—Todo el mundo miente cuando se ve acorralado.

—Cierto —murmuro.

—¿Tienes miedo de que salga tu nombre a relucir?

—No. Pero por si te corroe la curiosidad, en el pasado tuve negocios con ellos. Y sí, también me la follé. Y todos sabemos lo rencorosas que son algunas cuando no les das lo que quieren.

—¿Y qué quería esta? —inquiere con un deje burla.

—Teniendo en cuenta que su marido tenía predilección por las niñas, imagínatelo, comisario... —respondo con retintín.

—Ya. Deduzco que era una asidua de clubes como este.

—Muy asidua —puntualizo—. Era famosa por sus exageraciones.

—Y deduzco también que tienes pruebas de ello.

—La duda ofende.

—Joder, Wozniak, el día que caigas va a ser memorable.

—Lo intentaste, comisario, y casi lo consigues. Pero te advierto que no tendrás una nueva ocasión —afirmo en tono de advertencia.

Todo está dicho, o al menos en lo que a asuntos oficiales se refiere, por eso intuyo que quiere decirme algo más. Sabe cuál es el punto más sensible y lo que más deseo, y no duda en jugar con ello.

—¿Tienes algo más que contarme?

—Por supuesto, Wozniak.

—Creo que ya hay suficiente confianza como para que me llames Ezra —replico, y él niega con la cabeza.

—De momento, no. Bien, un contacto me ha hablado de un intermediario...

—¿Cuánto? —lo interrumpo.

No soy imbécil, se lo que significa un contacto. En el mundo legal lo mismo que en el ilegal.

—Cien mil —dice.

—¿Está incluida tu comisión? —pregunto, y a punto estoy de recibir una buena hostia.

—Vuelve a insinuar siquiera que quiero un puto céntimo y se acabó todo. ¿Entendido?

—Conmigo no son necesarios los arranques de integridad, comisario —digo tan tranquilo—. Mañana tendrás el dinero. Y no hace falta que me lo digas, en efectivo.

Él asiente.

—No me gustan estos tratos...

—Acostúmbrate. Es la única forma de conseguir información, es algo que a tu edad ya deberías saber.

—Por desgracia, tienes razón —admite, y se peina con los dedos.

Me importa una mierda cómo le va a la gente, sin embargo termino preguntándole:

—¿Todo va bien?

No hace falta que responda, su cara lo dice todo.

—Podría ir mejor, joder —se lamenta—. Este puto trabajo lo estropea todo...

—Entiendo que te refieres a asuntos domésticos. —Él asiente—. Pásate al lado oscuro —le sugiero con total seriedad—. Tampoco tendrás una relación estable, pero ganarás más dinero y podrás quitarte las penas con otras sin sentirte culpable.

—No todos somos tan cabrones como tú —me acusa.

—No todos tenéis los huevos de admitirlo, comisario —replico mirándolo fijamente.

—Esa no es la cuestión, joder —rezonga.

—Tu mujer se ha enterado de que la primera no está muerta y se ha puesto en plan celoso, y si encima dedicas tiempo a su búsqueda...

—Te equivocas, Olga no sabe nada. No he querido mencionarle a nadie que Cristina está viva.

—¿Entonces...? —indago, porque me interesan sus problemas, pueden ser mis aliados.

—Quiere tener hijos y yo no —confiesa.

Yo tampoco, estoy a punto de decir en voz alta. Es lo que he mantenido durante toda mi puta vida. Escuchar al comisario hace que

entienda un poco más la decisión de Milena. Y, bueno, quizá sea mi lado egocéntrico, pero no se quedó preñada del que era su marido, sino de mí, y además llegó hasta el final.

—¿Por su color de piel?

—Cabrón...

—¿Tan malo sería tener hijos color café con leche? —añado con aire burlón para provocarlo, y por su expresión sé que se está conteniendo para no soltarme una buena hostia.

—Nunca he querido ser padre —repite tenso.

Silencio. De los malos, de los que cualquier palabra puede hacer que estalle todo. El comisario lo sabe, yo también. Es evidente que el color de piel de su mujer le trae sin cuidado, a mí también, por eso llego a la conclusión de que es algo más personal.

—Mal asunto —digo con cautela.

—Y que lo digas. ¿Tan difícil es hacérselo entender? —masculla.

—Por desgracia las mujeres en estos asuntos van por libre.

—¿Y tú qué harías?

—Yo siempre les dejo claro que, en caso de embarazo, están obligadas a abortar. No hay espacio para medias tintas.

—Cristina no lo hizo —dice, y contiene una sonrisa porque sabe que me está devolviendo la pelota.

—Porque se me escapó —asevero.

—O tal vez porque fue más lista —replica.

Cualquier motivo es bueno para tocarme los cojones.

—Tal vez.

—En fin, creo que esta conversación ha durado bastante —dice a modo de despedida.

Si su objetivo era joderme la mañana, lo ha conseguido. Sabe echar sal a la herida. Tengo que controlarme, solo porque necesito que siga colaborando, después me encargaré de él.

Aniol tiene razón, el comisario conoce mi punto débil y lo presiona sin dudar. Yo hago lo mismo, obviamente. Aunque debo admitir que es listo, más de lo que me gustaría, y que, salvando las distancias, hasta podría considerarlo un colega.

Ahora, de momento, he de preparar un maletín con cien mil euros. Algo sencillo a primera vista, aunque el comisario va listo si piensa que voy a soltar esa pasta así sin más. Si se trata de una trampa, y desde luego tiene toda la pinta de serlo, me voy a cubrir las

espaldas.

Bajo a la oficina y voy directo a la caja fuerte. Hay dinero de sobra, así que cojo la cantidad necesaria y la guardo en el cajón de mi escritorio. Después llamo al informático y le indico que prepare un maletín en el que ha de haber dos rastreadores: uno burdamente instalado, para que enseguida lo detecten, y otro bien escondido.

Una vez dadas las instrucciones, me dispongo a hacer otra llamada para que una de las chicas, qué carajo, mejor dos, me esperen en el segundo sótano. Sin embargo, siempre hay alguien que decide tocarme un poco más los cojones.

—Buenos días, Ezra —me saluda Jenica entrando en la oficina.

—Buenos días —murmuro—. ¿Es importante? Tengo asuntos que atender.

—Sí, lo sé, enredarte con comisarios. Lo he visto salir hace un rato. Yo solo necesito unos minutos para que me firmes unas autorizaciones.

—Jenica, tienes plenos poderes para eso —le recuerdo, aunque le hago un gesto para que me muestre los papeles.

—Esto es diferente... Es la compra de unos terrenos de cultivo a tu nombre.

—Ah, sí, trae.

—¿Te vas a poner a cultivar tomates, Ezra?

—Quizá. Ahora que les he cogido el gusto a los negocios legales, ¿quién sabe? —contesto mientras examino por encima los documentos antes de estampar mi firma.

Las fincas son una ganga, y de esa forma evito que algún gilipollas curiosee cerca de donde nos deshicimos del señor López. No tengo intención de cultivar nada, solo hago la compra por precaución. Y tampoco he llevado a la práctica la purga que tengo pensada dentro del club. La he aplazado por dos razones: la primera, no levantar sospechas entre los empleados, y la segunda, que no llegue a oídos de la policía. Algo me dice que el comisario me ha informado en persona sobre el cierre del caso para que me confíe.

—Esos terrenos tienen posibilidades —comenta mi hermana.

Firmo todos los papeles y se los devuelvo. Me reclino en el sillón. Jenica ha mencionado algo que me parece interesante.

—¿A qué te refieres?

—Desconozco la rentabilidad de cultivar tomates, sin embargo sí

sé que construir en esas parcelas es una posibilidad de negocio.

Mi hermana es jodidamente lista.

—¿Has hecho ya un estudio?

—Sí —admite con una sonrisa.

Jenica me explica las posibilidades, los costes de inversión y los beneficios. Disponemos de suficiente dinero legal para que nada resulte sospechoso.

—Joder... —murmuro y me pellizco el puente de la nariz—. Esto de ganar dinero sin hacer nada turbio me tiene desconcertado.

—Y a mí —confiesa ella—. No obstante, he de reconocer que me gusta.

—A mí no, la verdad. En fin, si como siempre tus cálculos son buenos, lo comentaré con Aniol y nos pondremos a ello.

—Pues acostúmbrate a ser legal, Ezra —replica con cierta sorna.

—Supongo que me dejarás sobornar a alguien y obtener las licencias antes de tiempo —digo, y ella se ríe y yo también.

—Faltaría más, así no olvidas tus conocimientos de extorsión —argumenta, y asiento.

—¿Algo más?

—He pensado en otro asunto...

—No empieces... —le advierto, intuyendo por dónde va.

—He perdido la esperanza de que recuperes el sentido común respecto a Milena, así que me centraré en los negocios. De momento no estás haciendo ninguna estupidez y es de agradecer.

—Sabia decisión.

—He pensado que ahora, al entrar tanto dinero legal, debemos cambiar algunas cosas —propone.

—¿Por ejemplo?

—Estoy trazando un nuevo plan para el tema fiscal.

—Interesante.

Sonrío y recuerdo la conversación que tuve con Milena, en la que ella me sugirió convertirme en un empresario legal de esos que explotan a sus trabajadores y defraudan impuestos. Joder, si me viera ahora...

—¿Por qué sonríes?

—Cosas mías —respondo, porque ni loco se lo voy a mencionar a mi gemela—. Haz lo que consideres, Jenica.

—Te dejo con tus «cosas» —dice, y se marcha.

Me quedo solo en el despacho y resoplo. En el sótano hay dos chicas esperándome y yo, en vez de ir cuanto antes, me desabrocho los pantalones y comienzo a meneármela, pensando en esa hija de puta traidora.

19.30, hora de Nueva Zelanda
Viernes, 4 de septiembre de 2020
09.30, hora de España
Finca propiedad de los Travis
Aubrey Road
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

—¿Qué te parece? —me pregunta Jeremiah mientras me coge de la mano, emocionado porque vamos a entrar en el que será nuestro hogar.

La palabra *nuestro* me irrita, sobre todo cuando él la repite a la menor oportunidad, cuando la menciona delante de los conocidos o cuando habla con sus padres. Me da la sensación de que le gusta presumir.

He hecho todo lo posible por retrasar este momento. Y cuando digo «todo», es cualquier estupidez que se me ocurriera, incluso boicotear la obra.

Un día, con la excusa de ver los avances, estropeé varios paneles de pladur. Solo conseguí tres días de retraso porque aquí son jodidamente eficientes. Cómo echo de menos a esos obreros que te vacilan y se inventan pretextos sobre el retraso de las obras, como la archiconocida mentira de que tiene que venir una pieza de Alemania. Aquí no, maldita sea.

—Muy bonito —murmuro sin la emoción que se esperaría de alguien cuando le muestran un casoplón como este.

Y eso que el jardín ha quedado precioso. Jeremiah ha encargado, sin que yo lo supiera, una casa de madera para que Ezra juegue.

—Y mira —me señala una celosía de madera blanca—, para tener intimidad.

«Como si a tus padres los fuera a detener una valla de madera

blanca», pienso.

—Lo ideal sería mudarnos unos días antes de Navidad, ¿no crees?

«¿De qué año?»

—Jeremiah...

—¿Sí?

—Me siento fuera de lugar —digo, y en ese momento él me coge en brazos para entrar en la casa.

—¿Qué haces?

—Es la tradición, cariño.

—Una tradición machista, ¿no te parece? —replico, y se ríe.

Cada vez que le hago notar que sus comentarios son bastante desafortunados, por muy tradicionales y peliculeros que sean, Jeremiah ha aprendido a no entrar al trapo y sonreír.

—Venga, Cris, dame el gusto.

Resignada, dejo que me entre así en la casa y en cuanto puedo hago que me baje. Le doy un beso en la mejilla para que no se enfurruñe.

Estamos en el recibidor. Es impresionante. Y con «impresionante» me quedo corta.

—Ahora solo falta que lo decores a tu gusto —sugiere Jeremiah —. Puedes contar con mi madre, le encantará ayudarte.

No lo dudo.

—Jeremiah, estás gastando mucho dinero y yo...

—Todo lo mío es tuyo —me interrumpe, y me coge de la mano.

—¿Y no crees que eso es ofensivo?

—¿Por qué? —replica frunciendo el cejo.

—Porque aquí vamos a vivir tres personas y yo no he puesto un duro.

—¿Un duro?

Siseo de frustración y con paciencia le explico qué es un duro.

—¡Eso no importa! Estamos casados, para mí es un deber ocuparme de ti y de Ezra.

Esta discusión la hemos tenido varias veces y él siempre sale con lo mismo.

—Si tú has pagado las obras, yo pagaré los muebles —afirmo muy seria.

Mi cuenta bancaria es limitada y no puedo tocar ni un céntimo del dinero que me traje escondido, porque hacerlo me delataría.

—Cris, no quiero ser desagradable, pero tu sueldo no da para mucho...

—Ahorraré —digo.

No solo lo he dicho para mantener mi dignidad en niveles aceptables, sino también porque tardaré al menos dos años en poder pagar unos muebles y así evitaré que nos mudemos aquí.

Sé que Ezra se lo pasaría estupendamente en este jardín, sin embargo, me desagrada que todo lo pague Jeremiah.

—Cris...

—No me vas a hacer cambiar de opinión.

Recorremos la casa en silencio, observando cómo ha quedado todo, y no puedo negar que es alucinante. Cuatro dormitorios amplios. El principal es enorme, con una pared acristalada que da al jardín trasero, y vestidor y baño propios. Otra habitación para Ezra, donde, además de la cama, dispondrá de mucho espacio para jugar.

—Estos dos, de momento, serían para invitados —explica Jeremiah señalando las dos habitaciones más pequeñas.

No lo corrijo sobre lo de los invitados, aunque siempre me ha parecido una estupidez tener dormitorios por si viene alguien.

—Y aquí está el salón...

Doy una vuelta de trescientos sesenta grados para verlo por completo. Es una pasada de salón. Cuando vi los planos no me hacía totalmente a la idea.

Y, cómo no, con chimenea al fondo.

Jeremiah se sitúa a mi espalda y me abraza.

Entro en contradicción; por un lado, agradezco su idea de satisfacerme, de ofrecerme lo mejor, y por el otro me molesta ese comportamiento anacrónico, en el que el hombre es quien dispone de medios económicos y los gasta para complacer a su pareja.

Me doy la vuelta en sus brazos y le acaricio la mejilla.

—¿Te gusta?

—Es increíble —susurro en respuesta.

—Aquí vamos a ser muy felices, Cris —dice, y se inclina para besarme.

Cada vez estoy más convencida de que Jeremiah elude el enfrentamiento. Sus armas son la paciencia y los mimos.

Y me jode bastante, porque poco a poco va consiguiendo lo que quiere.

Por eso decido sacarlo de su zona de confort.

Bajo la mano hasta su entrepierna. No se ha empalmado todavía, así que presiono y lo rozo hasta que poco a poco reacciona, mientras seguimos besándonos.

—Cris...

—Vamos a estrenar la casa ahora mismo.

—¿Estás loca? —replica.

Yo asiento con vehemencia.

—Es una tradición de mi país —miento.

Frunce el cejo.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Le desabrocho los pantalones, hoy lleva unos chinos color caqui y camisa blanca. Como siempre, un ejemplo de elegancia y clasicismo. Meto la mano dentro de sus bóxers y él intenta detenerme.

—No hay ni siquiera un mueble donde...

Lo beso, le muerdo el labio, lo provoco. Jeremiah es de reacción lenta, jamás me empujaría contra la pared y me diría que va a follarme hasta que no pueda caminar. En cambio, se las ingenia para moverme despacio, besándome, acariciándome por encima de la ropa, hasta que me lleva a una ventana, justo la del lado opuesto a la casa de sus padres.

—Va a ser difícil, Cris —se queja.

Yo meto las manos por debajo de mi falda y me quito las bragas. Jeremiah sonríe, aunque sé que para él esto es desconcertante. Debe de tener un lado sucio y perverso en alguna parte, no sé por qué se empeña tanto en ser siempre un caballero.

—Está bien —accede, y se baja los pantalones por debajo del culo —. Voy a hacerte mía.

Y así, de un plumazo, mi libido desciende a la altura de mis zapatos. Cuando me penetra, intento volver a concentrarme y me cuesta horrores, porque Jeremiah, mientras empuja, susurra:

—Deberíamos ir a casa...

—No —protesto con un jadeo bastante pobre.

—Quiero poseerte como es debido y no así, de forma rápida.

Cierro los ojos, otra vez toca recurrir a mi imaginación.

Jeremiah me sujeta con los brazos, lo que para él no supone ningún esfuerzo extra porque está cachas. Si además de su fuerza

pusiera un poco más de empeño, todo sería fantástico.

—Te quiero, Cris... —dice una y otra vez.

Yo mantengo los ojos cerrados, enredo las manos en su pelo. Está siendo un polvo bastante cutre. Para animarlo y conseguir correrme, porque a este paso va a ser imposible, alzo más las dos piernas, para que él pueda embestir mejor. Y sí, la cosa mejora, pero no lo suficiente.

Jeremiah empuja y empuja, yo gimo exagerando y enseguida se queda quieto y se corre. Cuando lo hace busca mi boca, me besa y me recuerda entre murmullos que me quiere y que soy la mujer de su vida.

Yo no respondo.

No sé por qué, pero tengo la sensación de que él no es totalmente sincero conmigo.

Claro que reprochárselo es ridículo.

Nos arreglamos la ropa en silencio, Jeremiah no me mira. Yo me pongo las bragas y entonces le digo que ya estoy lista.

Nada más salir al jardín nos encontramos con mi suegro.

—Hola, pareja —nos saluda, y mi marido hasta se sonroja.

Yo no. Joder, somos mayorcitos para echar un polvo donde nos venga en gana.

—Hola, papá. ¿Todo bien?

—Claro que sí, solo me he acercado porque he visto algo a través de las ventanas y quería asegurarme de que no fueran ladrones.

—Podrían ser obreros retocando la obra —apunto yo con sarcasmo.

Y Jeremiah padre sonríe para disimular que estaba husmeando. Lo que confirma mis sospechas: vivir en la misma finca va a suponer un conflicto, porque tanto Nancy como su marido van a meter las narices en cuanto nos mudemos.

Estoy segura de que al día siguiente de mudarnos mi suegra aparecerá con una cesta de frutas o un pastel de bienvenida.

—Nos vamos, papá, aún tenemos que recoger a Ezra.

—Ah, bueno, tranquilos, ha llamado Cy, Ezra se quedará a dormir allí —nos informa.

Mi marido me observa de reojo. Los Travis tienen la manía de decidir por los demás sin consultar antes y eso me jode bastante. Se creen que solo su forma de ver las cosas es la acertada.

Saco el teléfono del bolso y llamo a Cy. Me da igual.

—Cris, no seas tonta, ya lo recogerás mañana —sugiere mi cuñada.

—He dicho que no —insisto con obstinación, controlando el cabreo—. Y espero que no le hayas comido de nuevo la cabeza al niño con las actividades de la iglesia.

Padre e hijo me miran porque lo de comer la cabeza no lo entienden. Cy tampoco, pero no se lo voy a explicar.

—Cris, mira, Ezra se divierte con otros niños de su edad. Hay juegos, meriendan juntos.

—Que no, joder, que mi hijo no va a la iglesia. Punto —sentencio.

Miro de reojo a Jeremiah; la vamos a tener en cuanto lleguemos a casa, lo presiento. Y seguramente sus padres le den la turra en cuanto yo no esté presente, sobre lo que está bien o no según sus reglas.

Me despido de mi suegro y camino deprisa hasta el Jeep de Jeremiah. Él conversa un minuto más con su padre y enseguida se sienta al volante.

—Cy solo quiere lo mejor para Ezra —asegura para justificar a su hermana.

—Yo soy su madre y he tomado una decisión. Nada de iglesia, nada de religión.

—Pensaba que yo también tendría algo que decir. No soy su padre biológico, pero...

—Jeremiah, no tiene nada que ver una cosa con la otra —murmuro, y suspiro. Si mis suegros se quedaran quietecitos, todo iría mucho mejor—. Cuando sugeriste que lo apuntara a clases de ajedrez, me pareció una gran idea. Cuando me dices que vais juntos al cine, no me opongo.

—Está bien —accede, aunque no lo veo muy convencido.

De hecho, durante el resto del trayecto ni me habla.

23.05, HORA DE ESPAÑA
SÁBADO, 12 DE SEPTIEMBRE DE 2020
09.05, HORA DE NUEVA ZELANDA
DOMINGO, 13 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Sala Vip
2.ª planta del Ice Star Club
Término municipal de Benahavís

Ezra

La bailarina nueva que en estos momentos se está restregando contra la barra lo hace realmente bien. Ahora mis negocios son legales, sin embargo hay cosas que no cambian y agasajar a un concejal para obtener licencias de obra está muy visto, así que he ido directamente a la parte alta de la pirámide. Al secretario de su partido, y es él quien ahora babea, mientras la bailarina actúa para nosotros.

—Lo que dicen de este club es bien cierto —dice excitado, no ve el momento de bajarse los pantalones y follarse a la chica—. Aquí trabajan las mejoras putas.

No obstante, va a tener que esperar porque la chica lleva poco menos de quince días en el club. De momento solo ha bailado y, como es lógico, yo me la voy a follar primero. Si lo he invitado a esta sala es para que se ponga cachondo y se obsesione. Lanzar el cebo y esperar a que pique, y son tan idiotas que lo hacen.

—¿Cómo se llama la canción que has bailado? —le pregunta el muy memo, haciéndole un gesto para que se acerque y así sobarla.

Ella tiene instrucciones de provocar cuanto haga falta, empezando por su aspecto; lleva la piel brillante del gel que, además de absorber la transpiración, hace que las luces de la sala resalten sus curvas. Entre sus cometidos para esta noche, aparte de bailar y enseñarlo todo, se incluye que le toquen las tetas como mucho, de ahí que se haya quedado solo con un tanga cubierto de plumas.

—*Fuego* —responde Virgilia marcando bien cada sílaba con su acento italiano.

—Mmmm... —murmura el tipo, tras tocarle a conciencia las tetas.

Pero cuando intenta meter la mano dentro del tanga, ella le da un golpecito en la muñeca en plan juguetón y se aleja.

Una chica obediente.

Me pongo en pie y digo:

—Vamos a tomar una copa. Invita la casa.

El hombre no parece muy contento, aunque accede porque es consciente de que llevarme la contraria puede causarle problemas. Le

hago un gesto a Virgilia haciéndole saber que todo ha salido según mis planes y que puede pasear por la sala luciendo palmito, pero nada más. Los de seguridad están al tanto y si alguien intenta cualquier cosa, lo echarán a patadas y con una paliza de propina.

Acompaño al imbécil del político hasta la barra y le digo al camarero que le sirva cuanto quiera, a ver si se emborracha pronto y se larga. Pierdo unos minutos junto a este lerdo para que se crea que es importante, y en cuanto babea con una de las camareras me largo. Le hago un gesto a Virgilia para que me siga.

—Me estaba enfriando —dice ella cuando cierro la puerta de la sala privada.

El de esta chica es un caso curioso: se presentó voluntaria desde su Siracusa natal para dedicarse a esto. Me la recomendó un tipo con el que en su momento hice negocios. Por supuesto, me garantizó que era de fiar, con voluntad y ganas de ganarse la vida. Como ya no me fío de nadie, mandé que la investigaran y sí, todo cuadraba, así que le di una oportunidad en el club.

Cuando le pregunté por qué quería dedicarse a esto, y no me refería a bailar desnuda, sino a follarse a babosos con tripa y peludos, me dijo que mejor hacerlo por dinero que gratis y acabar con un gilipollas.

Nada que objetar.

Le hago un gesto para que se acerque. Virgilia cumple los requisitos para follármela. Bueno, solo exijo uno: que nada en ella me recuerde a la psicóloga. Cualquier pequeño rasgo o gesto que se asemeje hace que la rechace.

Virgilia se queda de pie expectante. Cree, y no la culpo, que atender al jefe le dará puntos extra.

—Date la vuelta e inclínate. Apoya las manos en la mesa.

Ella me mira extrañada. Traga saliva.

—No te entiendo.

Le señalo la mesa baja, donde las bailarinas se suben para contonearse y provocar al cliente.

—Si pensabas que esto era abrirse de piernas y jadear como una perra, ya te adelanto que vas descaminada.

Me mira durante un par de segundos con aire desafiante, pero enseguida se da cuenta de que si sigue con esa actitud acabará chupándosela a un gordo. Seguro que las otras chicas ya le habrán

explicado cómo funciona esto.

—Y separa las piernas.

Se coloca tal como le he pedido. Debido a su flexibilidad hasta puede sujetarse agarrándose a los tobillos.

Lo primero que hago es romperle el tanga. Su trasero queda a mi disposición y le pregunto:

—¿Alguna vez has tenido novio?

—Solo uno. ¿Por qué?

—¿Te follaba el culo?

—No.

—¿Y los demás tipos con los que has estado?

No responde inmediatamente. Quizá sea una estrategia para llamar la atención. Si ha trabajado en otros clubes, seguro que la han enculado. Es una de las peticiones más demandadas.

—Contesta —exijo, y la agarro del moño.

—Sí —dice con un hilo de voz.

—Perfecto, así ganarás más.

Doy unos pasos hacia atrás y me dejo caer en el enorme sofá. La observo. Virgilia aguanta la postura. Es primordial que obedezcan sin cuestionar. Los clientes quieren satisfacer sus fantasías, no dialogar.

—Incorpórate despacio —la instruyo—. Suéltate el pelo y ven aquí.

Hace todo tal como le he pedido.

Cuando la tengo a tiro, la sujeto de las caderas y hago que se vuelva para no verle la cara. Inmediatamente la obligo a sentarse sobre mí.

—¿Sabes qué marca la diferencia entre una puta cara y una barata?

—¿El precio? —responde.

—No. La puta de primera disfruta follando, apenas finge, salvo en casos excepcionales. Ahora mismo, dime, ¿estás excitada?

Sé que no, sus pezones no están erectos, así que dudo que tenga el coño mojado.

—Sí.

—¿De verdad?

—Quiero ser de las buenas.

—Demuéstramelo —digo, y le doy un azote en el culo para que se aparte.

Virgilia mira mi entrepierna. Yo tampoco estoy muy animado.

—Hace falta mucho más que un cuerpo espectacular y un tanga de plumas para ponérmela dura.

—Puedo arrodillarme y...

—Si quisiera una mamada, ya te la habría pedido.

—No sé lo que quiere, señor Wozniak —admite, y me pone morritos, además de acercarme las tetas a la cara.

—Que te excites, joder. Que quieras follar no porque te pago, o porque sea el jefe y te veas obligada a ello, sino porque te apetece.

—Ah, vale.

Me peino con los dedos. Virgilia está bien buena, y va a ser muy rentable en el club; los babosos pichacorta se la van a rifar, de eso no me cabe duda.

Se sube a horcajadas sobre mí para frotarse contra mi polla. Yo reacciono, no soy de piedra, aunque no la toco. Necesito que me estimule algo más que la parte física.

—Mastúrbate —mascullo, y la agarro de la muñeca para que deje de tocarme a mí y meta la mano entre sus piernas.

Obedece, aunque no con el entusiasmo que busco. Está trabajando, como el resto de las bailarinas a las que me tiro. Cero pasión, todo coreografía, algo que funciona con el noventa y nueve por ciento de los hombres. Así que, una vez comprobada la mercancía, le pido que se ponga a cuatro patas en el sofá, le doy dos buenos azotes y me desabrocho el pantalón.

Se la meto y, bueno, algo mojada está, pero tampoco me importa ya. Voy a correrme lo antes posible para desahogarme y listos.

La agarro del pelo y tiro con fuerza. Jadea y sé que no es de placer. Está mentalizada para aguantar lo que venga con tal de ganar dinero.

—Elige —murmuro toqueteándole el ano—, ¿dónde quieres que me corra?

—Da igual.

Le meto el dedo por detrás, esa no era la respuesta que buscaba, maldita sea. ¿Tan difícil es replicarme? ¿Darle un poco de emoción al asunto? Si le pregunto a una mujer dónde quiere que me corra es para que elija y yo llevarle la contraria. Algo muy sencillo.

Como Virgilia no va a poner impedimentos, se la saco del coño y la penetro por detrás. Con rabia y brusquedad. Ella aguanta porque

cree que debe hacerlo, no porque lo disfrute o busque sensaciones nuevas.

Una pena, porque si se esforzara un poco ambos disfrutaríamos bastante. En fin, al sentir más presión sobre mi polla, y con ganas de volver a mis negocios, le doy tres empellones más antes de correrme.

Cuando lo hago me aparto con rapidez y busco las toallitas que siempre hay a disposición de los clientes, disimuladas en un zapato de tacón situado junto al sofá. Una vez que me he limpiado, me abrocho el pantalón y Virgilia recoge sus plumas del suelo. Me mira esperando que la felicite o algo por haberse sometido a los caprichos del jefe. Algo sí tengo que decirle.

—Sirves para puta, no para amante —sentencio.

Ella se encoge de hombros, es obvio que la trae sin cuidado.

—¿Puedo irme ya? —pregunta en voz baja.

—Ve a lavarte, cámbiate y vuelve a la sala. Esta noche trabajas.

Disimula su sorpresa, otra que pensaba librarse de sus obligaciones por follar con el jefe. Y mira que lo dejo bien claro cuando las entrevisto. Habrá que insistir en ese punto.

10.45, hora de Nueva Zelanda
Miércoles, 30 de septiembre de 2020
00.45, hora de España
Escuela primaria
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

Soy una maestra consumada del engaño, la manipulación y la ocultación.

Los he engañado a todos, empezando por Jeremiah, al que no he sido capaz de contarle la verdad sobre mi identidad pese a llevar tiempo casados y demostrarme que se puede confiar en él. No solo por su actitud comprensiva, sino también por su paciencia.

Reconozco que lo estoy manipulando. Él quiere aumentar la familia, hemos hablado de ello, sin embargo sigo tomando anticonceptivos a escondidas. Y no sé si es lo peor, porque además oculto mis verdaderos sentimientos, y es que cada día lo soporto

menos.

Sus padres tienen bastante que ver. Les he lanzado indirectas sobre nuestra privacidad, sobre mi forma de ver las cosas, pero ellos como si oyeran llover. Les dices que no quieres organizar una fiesta para inaugurar la nueva casa y por un oído les entra y por otro les sale. Nancy ya está preparando invitaciones porque, según ella:

—Sería precioso pasar las Navidades aquí, con nuestros amigos, como una gran familia.

Y yo que nunca he tenido una familia extensa ni espíritu navideño, lo interpreto como una encerrona. Porque cuanto más me empeño en marcar distancias, más intensiva se vuelve su campaña de sonrisas y buenas palabras para salirse con la suya.

Y eso le pasa factura a nuestro matrimonio, porque Jeremiah no entiende que prefiera hacer las cosas sin contar con su madre.

—Para eso está, Cris —me recuerda cuando me quejo sobre ello.

Al final, con el asunto de los muebles, también han actuado todos los Travis a mis espaldas. La casa estará amueblada para antes de las fiestas y yo no habré pagado nada, lo cual me repatea.

—¿Qué pasa si nos divorciamos? —le pregunté a mi marido delante de sus padres, que casi se van corriendo a la iglesia a rezar—. Todo es tuyo, yo no tengo nada.

—¿Y por qué nos íbamos a divorciar, Cris? —replicó, tan seguro de sí mismo que esa noche fingí que estaba mala y no dejé ni que me tocara.

Son estas pequeñas piedras en el camino las que están mellando mi matrimonio. La injerencia de su familia, que Jeremiah ponga siempre buena cara cuando quiere salirse con la suya, fingir que algo no ocurre cuando estoy cabreada...

—Hola, Cris. —Uka interrumpe mis divagaciones mientras removía el brebaje al que llaman «café».

—¿Qué tal, Uka?

—Genial. Te buscaba porque necesito ayuda para empezar a montar los decorados de la función de final de curso.

—Ah, perfecto. Enseguida voy. —Señalo mi taza.

—Te veo un poco alicaída. ¿Estás bien?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué lo preguntas? —replico, fingiendo una sonrisa que lo más seguro es que me haga parecer estúpida.

—No sé, últimamente te veo muy distraída, ensimismada en tus

cosas.

—Tienes razón —convengo, y busco una excusa para que no insista—. Es por el tema de la decoración, tengo muchas cosas en la cabeza.

—Pero Nancy te ayuda, ¿verdad?

«Por desgracia.»

—Sí, es un amor —contesto con ironía disimulada.

—Qué suerte tienes con tu suegra, Cris. La mía, si me descuido, me roba hasta las toallas —bromea—. Es muy ahorradora.

Quiero estar sola y me parece una grosería mandarla a paseo. Uka es amable y me ayudó mucho cuando llegué aquí, aunque ya no quiero seguir fingiendo y perdiendo el tiempo con una conversación estúpida, así que me disculpo diciendo que tengo que ir al cuarto de baño. De todas formas, con este café voy a tener que ir sí o sí.

Encerrada en el cubículo y por fin a solas, sigo dándole vueltas a lo que me quita el sueño desde hace ya unas semanas.

Jeremiah no hace nada especial para que mantenga las distancias, todo lo contrario. Es fácil convivir con él, se ocupa de las tareas domésticas sin que tenga que indicarle nada, una novedad a la que yo no estoy acostumbrada, todo hay que decirlo. Cuida y atiende a Ezra con un cariño y dedicación que me deja sin palabras. Y, claro, mi hijo lo llama «papá». Le entiendo, aunque siento un leve remordimiento. ¿Qué ocurrirá el día de mañana, cuando le hable de su verdadero padre?

Y mira que me esfuerzo por no pensar en él. Un día escribí su nombre en el buscador de Google, pero antes de pulsar Intro tuve un mal presentimiento y me eché para atrás. Cualquier cosa se puede rastrear y me dio miedo.

Cada día que pasa sin que haya noticias de él es buena señal, ahora bien, no he de confiarme ni bajar la guardia. De ahí que mantenga mi fachada de viuda portuguesa que viajó a Nueva Zelanda para cambiar de aires y empezar de cero.

Todo muy anglosajón.

Cada vez que Jeremiah me pregunta por cosas de mi pasado, escurro el bulto. Mi frase recurrente es: «Prefiero dejarlo atrás».

Y él tan comprensivo, sonríe y me da un beso, aunque cuando surge otra nueva oportunidad, insiste.

Dentro de poco cumpliremos seis meses de casados y yo algunas

noches, cada vez más, me invento excusas para acostarme más tarde y así no hablar. Y el sábado por la noche evito las relaciones sexuales, porque se han vuelto tan rutinarias que me desesperan.

Si bien al principio existía un poco de chispa, de picardía, Jeremiah se ha vuelto tan conservador que el otro día se enfadó cuando metí un dedo entre sus nalgas y le acaricié el ano.

Parto de la base de que a pocos hombres les gusta eso, pero al menos podría negarse de otra forma y no diciéndome que es pecado.

El sexo oral es casi inexistente. Me besa de arriba abajo, sí, pero literalmente. Recorre mi cuerpo, acariciándome con los labios, sin embargo no profundiza. No niego que es una sensación increíble, que disfruto el roce de piel con piel, los besos suaves y cariñosos, pero necesito más acción.

Así que son cada vez más los días que me masturbo a escondidas en la bañera, o en la cama los sábados por la mañana, cuando Jeremiah se va con Ezra al parque.

Me vida se resumen en actuar. Como la obra de fin de curso que debo ayudar a preparar. Se me hace raro acabar las clases a principio de diciembre, pero así es el año escolar aquí.

22.15, HORA DE NUEVA ZELANDA
MARTES, 6 DE OCTUBRE DE 2020
12.15, HORA DE ESPAÑA
HOLLYHOCK LANE
WANAKA (NUEVA ZELANDA)

Cris

—¿Estás enfadada por mi madre? —me pregunta Jeremiah en voz baja acercándose a mí.

Estamos en la cama y, como todos los días laborables, él se acuesta pronto. Se me hace raro estar juntos; sin embargo, hoy me ha pillado aburrida y, en vez de quedarme hasta más tarde leyendo, también me he ido a la cama.

—No, solo estoy cansada —miento a medias.

Ya hemos apagado la luz. No sé por qué esta noche Jeremiah se acerca tanto. Él normalmente usa pijama, yo no, de ahí que me

sorprenda aún más ver que está desnudo. Y excitado.

Me acaricia la espalda y el trasero, quiere sexo.

A mí no me apetece. Hoy he tenido una buena bronca con Nancy. ¿La razón? La de siempre. Ella, con una sonrisa y buenas palabras, se cree que puede decidir por los demás y ha apuntado a Ezra a un campamento que organiza la iglesia. Yo, además de oponerme, he ido en persona a hablar con la secretaria para decirle que nanay, que mi hijo no va a ir. La susodicha se me ha puesto borde diciendo que no me devolverían el dinero. Y, con un cabreo de mil demonios, yo le he soltado que se meta el dinero por el culo.

La palabra *culo* en una iglesia da problemas, así que la secretaria ha llamado a Nancy, esta a su hijo y Jeremiah ha intentado que dé mi brazo a torcer.

Ha sido la cena más tensa de mi matrimonio, tanto como el bautizo de un gremlin, y encima le han metido pájaros en la cabeza a Ezra, que, desde su ingenuidad, estaba ilusionado con el campamento. Se ha ido a la cama lloroso, sin entender por qué yo no lo dejaba ir. Sí, mi suegra le ha dicho que yo no lo dejaba ir.

Cisma familiar de tres pares de cojones.

Y ahora Jeremiah arrimando cebolleta.

—Estoy hecha polvo —murmuro intentando que me deje en paz.

Además del cabreo por la enésima intromisión de Nancy (empiezo a creer que no lo hace con buena intención) hay otro motivo, y es que antes de acostarme me he duchado y, claro, he aprovechado para masturbarme.

—Últimamente siempre lo estás —dice, y detecto un aire de mosqueo, algo muy inusual en él.

—Buenas noches —susurro, y bostezo.

—Te he visto —dice.

No sé a qué se refiere y por eso pregunto:

—¿Qué dices?

—Antes, en la ducha, tocándote.

Acabáramos, por eso se ha puesto palote un día entre semana.

—¿Me espías?

—No.

La respuesta no me ha convencido.

—Entonces ¿por qué lo mencionas?

—Porque es raro, Cris.

Pongo los ojos en blanco, pese a que no puede ver mi expresión.

—¿Raro?

—Sí, estamos casados, ¿qué sentido tiene que hagas «eso»?

Empiezo a ver por dónde va y no quiero entrar en una conversación a todas luces estéril. De ahí que opte por zanjarla de raíz.

—Jeremiah, no voy a darte explicaciones de lo que hago en la ducha. Punto. Buenas noches.

—¡Me tienes a mí para obtener placer! —insiste, y de nuevo me acaricia. Inspiro hondo—. Si estuvieras sola... podría entenderlo, pero soy tu marido, si tienes necesidades soy yo quien debe satisfacerlas.

Joder, que vamos de cabeza a un terreno muy peligroso.

—Escúchame, no tiene nada que ver contigo. Me gusta y lo hago. Nada más.

—¿Por eso llevas tiempo evitándome? —pregunta, y yo, de verdad, no tengo cuerpo para esto.

Estiro el brazo, enciendo la luz y me doy la vuelta en la cama para hablar cara a cara.

—Las personas se masturban, no hay que darle más vueltas, Jeremiah.

—Yo no lo hago.

—Pues tú te lo pierdes.

—Está feo cuando tienes pareja. Hacer el amor es lo más íntimo y bonito de una relación. No quiero que destruyas eso.

—¡Por Dios, Jeremiah! —protesto—. No exageres.

—Algo te ocurre y deberíamos buscar ayuda especializada.

Resoplo. Qué paciencia hay que tener.

Lo miro fijamente. Sospecho, su expresión es extraña.

—No se te habrá ocurrido hablar de esto con alguien, ¿verdad? —No responde—. ¿Jeremiah?

—Maldita sea, Cris, ¿qué quieres que haga? —se defiende—. Veo cómo cada día te alejas más de mí. Buscas cualquier excusa para encerrarte en ti misma. Y encima te tocas...

—Me masturbo —puntualizo a punto de perder la paciencia—. Algo que he hecho siempre, por si lo quieres saber. Una práctica muy sana. Te la recomiendo.

—¡No bromees con esto! —se queja—. Mis padres se han dado cuenta y...

—¡Acabáramos!

—Cuando estamos en público disimulas, pero se nota que no te gustan las muestras de cariño —contraataca.

—Porque no soy de ese tipo de mujeres empalagosas, nunca lo he sido, Jeremiah. ¿Qué sentido tiene reunirnos con amigos para que tú y yo estemos todo el tiempo besuqueándonos? ¡Para eso me quedo en casa! —arguyo, porque la conversación no deja de ser un mal diálogo de peli romanticona pastelosa de sobremesa.

—Me gusta que todos sepan que eres mía, que te quiero, que te protejo...

—Por favor, no digas que soy tuya, eso me joroba.

—¡Eres mía y yo soy tuyo! —insiste—. ¿Qué hay de malo en eso?

Me froto las sienes para aliviar la tensión.

—Para empezar, no recurras a cursiladas de otros tiempos.

—¿Declarar mi amor por ti es una cursilada? —pregunta, y yo asiento.

—Lo es, porque me da la sensación de que solo buscas la aprobación de los demás —afirmo, y pone la misma cara que si le hubiera dado una patada en los huevos.

—No te entiendo, Cris —se lamenta en voz baja mientras se pasa una mano por el pelo—. Todo lo que hago es por ti, la casa, los detalles...

—Algo que no te he pedido.

—... siempre que hacemos el amor pienso primero en ti —prosigue con su letanía—. Busco primero tu placer, me desvivo por hacerte feliz, y después... me dices esto...

—Dejémoslo aquí, ¿de acuerdo?

Apago la luz y cierro los ojos. Tarde o temprano tenían que salir a la luz nuestras diferencias. Lo que más me jode, o una de las cosas que más me joden, es que su visión de pareja sea la única que considere.

Cuando vamos a algún sitio público a Jeremiah le encanta cogerme de la mano, abrazarme, darme piquitos y proclamar a los cuatro vientos lo felices que somos y lo enamorados que estamos. Al principio aguantaba el chaparrón, pero cada vez me irrita más tanto pasteleo.

Y es que me he convertido en una amargada. O quizá es que yo nunca he sido así. Lo cierto es que no me crie en un ambiente donde

las muestras de cariño fueran la tónica habitual, lo cual explicaría bastante mi comportamiento.

—Quiero que mi matrimonio funcione —dice muy serio a mi espalda—. El fracaso no es una opción.

—La gente se divorcia todos los días y no se acaba el mundo, Jeremiah —murmuro.

—En mi familia no.

Vale, no es ningún secreto que para él el único referente es el matrimonio de sus padres. El problema es que yo me parezco a Nancy lo mismo que un huevo a una castaña.

No le voy a contar que mi padre nos abandonó, tras muchas perrerías, porque prefiero no mencionar hechos de mi vida pasada. He de buscar alguna manera de hacerle entender que quizá no todo es perfecto.

—Tú, yo y Ezra somos una familia, Cris —sentencia—. Y no voy a consentir que me arrebaten eso.

—Nadie te está arrebatando nada —susurro en plan conciliador.

Jeremiah me abraza y me da un beso en el hombro. Ya no está excitado. Y ya no tiene pinta de querer discutir más. Aunque algo me dice que sus padres tienen que ver con esto. De hecho, mi suegra me comentó hace poco que sería estupendo ampliar la familia, darle un hermanito a Ezra.

Un comentario al que no hice mayor caso y que ahora cobra importancia. De ahí el comportamiento de Jeremiah.

La injerencia de sus padres no tiene límites...

09.55, hora de Nueva Zelanda
Sábado, 17 de octubre de 2020
23.55, hora de España
Viernes, 16 de octubre de 2020
Hollyhock Lane
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

Es imposible holgazanear en la cama un sábado por la mañana, como sería mi intención. A pesar de que anoche no me dormí hasta las

tantas, porque de nuevo tuve una complicada conversación con Jeremiah.

Su madre está relativamente tranquila, él ha debido de darle un toque para que se olvide de todo durante un tiempo antes de volver a la carga, aunque dudo que haya entendido el mensaje y se meta solo en sus asuntos. Pero mi marido sigue en sus trece con lo de que a nuestro matrimonio le ocurre algo. Descaminado no va, la cuestión es que sus motivos no son los mismos que los míos.

He llegado a la conclusión de que, tras toda su amabilidad, preocupación y demás gestos, esconde un objetivo, y es que yo termine siendo como su madre, la mujer «perfecta», según sus trasnochados estándares, obviamente. De ahí que si también dejo el trabajo, mejor. Y a ser posible embarazada. Aunque para esto se tienen que cumplir al menos dos requisitos: primero, mantener relaciones sexuales y segundo, que yo deje de tomar anticonceptivos. Desde luego, si me quedo preñada sería un milagro, porque no se cumple ninguno de los dos.

Me levanto con ganas de sexo, no lo niego, por eso miro de reojo la puerta. Está entreabierta. Un riesgo, sí, y mucha más excitación. Seguro que Jeremiah está con sus cosas de dominguero, como lavar su Jeep.

Así que cierro los ojos y meto la mano dentro de mis bragas. Respiro y me muerdo el labio; lo que agradecería ahora que me comieran el coño... Y es que hace tanto que no siento la boca de un chico malo entre mis muslos...

Por mucho que lo intente, no consigo imaginar a Jeremiah haciéndomelo. Y mira que le gusta besar, pero como ya he dicho, siempre de forma superficial. Y ya no puedo más.

Estoy empapada, y como almaceno suficientes recuerdos calientes y morbosos, sé que voy a tardar poco en correrme. Por eso, en vez de frotarme el clítoris con rapidez, procuro ir más despacio. Doblo las rodillas, clavo los talones en la cama y me balanceo mientras pienso en él. Sí, en él. Como siempre, sus recuerdos (los buenos y los malos) hacen que mi cuerpo entre en ebullición.

Respiro hondo, quiero que dure un poco más. Me meto un par de dedos y los dejo ahí unos segundos. Estoy tan mojada que cuando vuelvo a rozarme el clítoris me resbalan.

—¿Cris? —me llama Jeremiah.

—Joder... —farfullo, y me quedo inmóvil, sin sacar la mano de mis bragas y con ganas de abofetear a alguien.

Puedo fingir que estoy dormida, pero sé que entonces Jeremiah vendrá al dormitorio.

—¿Sí? —pregunto.

—¿Puedes venir al salón?

—Ahora voy...

Qué puto dilema. ¿Qué querrá ahora? Yo, por si acaso, retomo lo mío. Ya no hay margen para perder un segundo, así que meto la directa. Con dos dedos fricciono con brusquedad, contengo los jadeos, aprieto los dientes y arqueo todo el cuerpo hasta llegar al clímax.

Uno que por cierto es igual que la comida rápida, te conformas porque no hay otra cosa.

Estiro las piernas y respiro profundamente para relajarme. Cuando más o menos me veo capaz, me levanto de la cama y antes paso por el aseo. No sé qué tripa se le habrá roto a Jeremiah, pero más vale que sea importante.

Elijo unos *leggins* azules y una camiseta rosa. El pelo recogido con una pinza, cara lavada y de pocos amigos.

Voy al salón y me encuentro a mi marido acompañado de una señora que así, a ojo, parece de la edad de su madre.

—Buenos días, cariño —me saluda, y se acerca para darme un beso en la mejilla—. Te presento a Chantal.

Le estrecho la mano por educación.

—Encantada, Cris.

Miro a Jeremiah a la espera de una explicación sobre el motivo de que esta mujer esté en la casa un sábado por la mañana.

—Chantal es terapeuta familiar —dice él.

—¿Y por qué necesitamos una terapeuta familiar? —pregunto controlando mi cabreo.

—Para arreglar nuestros problemas, cariño.

—¿Dónde está Ezra?

—Con mi hermana, lo he llevado a primera hora.

Mejor me callo al respecto.

Yo sé mejor que muchos, aunque no pueda decirlo, que la gente se muestra bastante reacia a hablar con un extraño de su vida. Durante mucho tiempo me enfrenté a personas incapaces de hacerlo, por eso sé muy bien que Chantal, que no deja de observarme, va a

catalogar mi reacción como hostilidad; sin embargo, me la trae al pairo.

—Nuestros «problemas» se arreglan con facilidad. Primero, un cambio de mentalidad por tu parte y segundo, que tus padres dejen de meter el hocico en nuestra vida —afirmo.

Tal como intuía, Chantal niega con la cabeza, desaprobando mis palabras.

—Estoy aquí para ayudaros —dice en tono conciliador.

—Gracias, pero no es necesario. Jeremiah, ¿podemos hablar un minuto a solas?

—Cris, por favor. Haz un esfuerzo —me pide, quizá abochornado por mi reacción.

No obstante, ha de entenderla, porque me ha preparado una encerrona trayéndome a esta buena señora sin avisar.

—¿Por qué no nos sentamos y charlamos un rato? —propone ella.

—No voy a hablar con usted de mi matrimonio.

—Es una experta, trabaja con familias en el centro parroquial y ha ayudado a muchas parejas a superar sus diferencias —apunta Jeremiah.

«Joder —pienso, frotándome las sienes—, encima de la parroquia. Genial, simplemente genial, una terapeuta de familia religiosa.»

—¿Y qué problemas tenemos, Jeremiah? —pregunto con retintín.

Él se da cuenta de mi tono, aunque lo pasa por alto.

—Desde hace ya un tiempo tú... —Se detiene porque suena a acusación—. Esto no funciona.

Chantal, a la que él ha debido de poner al corriente, empieza a contarnos no sé qué película sobre matrimonios. La importancia de ser comprensivos, tolerantes, que al principio cuesta encajar dos formas de vivir y estereotipos variados que poco aportan.

Yo, como no he desayunado, me disculpo un segundo para ir a prepararme un café. Soy incapaz de soportar esto en ayunas. Y me doy cuenta de que a veces los psicólogos, yo incluida, tendemos a ser unos plastas al querer aplicar nuestras enseñanzas sin más.

Desde luego, si algún día vuelvo a ejercer, que lo dudo mucho, cambiaré radicalmente mi forma de proceder.

Regreso junto a Chantal y mi marido, que, por cómo se tratan, es evidente que se conocen desde hace tiempo, y sospecho que mi suegra

también forma parte del círculo de amistades de la terapeuta.

—Yo amo a Cris con locura —está diciendo Jeremiah—, aunque ella... es poco afectuosa. Al menos conmigo.

¿Está celoso de mi hijo?

Vale, soy la madre más pesada del planeta. Achucho al niño a la menor oportunidad, tanto en público como en privado. Me lo como a besos y a veces, de noche, cuando le cuesta dormir, voy a su cuarto y me siento en el suelo a hacerle compañía.

—¿Y cuál crees que es la razón?

—Su infancia —responde él sin dudar.

—No tienes ni idea de cómo fue —intervengo, advirtiéndole que no voy a hablar de ese asunto.

—¿Y por qué no le cuentas a tu marido cómo fue tu niñez?

—Porque no me da la gana, señora —le espeto. Jeremiah se lleva las manos a la cabeza y yo añado—: No todos los problemas pasan por una infancia complicada.

—Bueno, es una época que marca nuestras vidas —alega ella.

—Cris, por favor —me ruega él.

—No quiero seguir con esto, Jeremiah —afirmo muy seria.

—¿Y qué pasa con nuestros problemas sexuales?

Acabáramos...

—Yo no tengo ninguno —digo, y Chantal mira a mi marido a la espera de que dé más información.

Lo que me faltaba, que una terapeuta amiga de la familia se entere de nuestras intimidades.

—Sí los tienes —me contradice él, y ha sonado igual que un niño enfurruñado.

—Estoy hasta la peineta —mascullo, y ambos me miran sin entender la expresión.

No se la voy a explicar.

—¿Y cuál es el problema, Jeremiah? —inquiere la mujer.

Resoplo, no me lo puedo creer.

—Pues... Ella... se... toca —dice avergonzado.

—¿Se toca?

—A la mierda con todo. Maldita sea, Jeremiah —me quejo alzando la voz—. Es mi vida, mi cuerpo, mi placer, y hago lo que me apetece.

—Estáis casados, Cris —me recuerda Chantal con el mismo tono

sereno y modulado que mantiene desde el principio y que empieza a ser irritante—. Y un matrimonio debe compartirlo todo.

—¿Perdón?

—Cris, relájate.

—A nadie le importa, Chantal, si me masturbo quince veces al mes o una, ¿entendido? —Siento ser tan desagradable, pero no voy a consentir que se metan en mi privacidad.

—A tu marido sí le importa y le preocupa —apunta ella.

—Yo no le cuestiono si se la menea dos veces al día o ninguna. Me parece estupendo que se masturbe.

—¡Eso no está bien! —exclama él—. Y yo no hago esas cosas.

—Pues deberías —apostillo.

—Cris, ¿por qué no compartes tu sexualidad con él?

—Y por lo visto con todo el barrio —digo con ironía—. Porque es algo íntimo, personal. No tiene nada que ver con él.

—Jeremiah se siente molesto.

—Pues lo siento mucho, no voy a cambiar.

—¿No te sientes satisfecha sexualmente? —insiste Chantal poniéndome en el disparadero.

—Lo uno no excluye lo otro, señora.

—Así no hay manera, Cris —se lamenta él.

—¿No quieres resolver los problemas de tu matrimonio? —inquiere la mujer.

—Ésa es una pregunta capciosa y, como profesional que presume ser, no debería hacerla. A Jeremiah le cuesta aceptar una práctica tan natural y recomendable como la masturbación, no sé por qué. Así que quien debería hacérselo mirar es él.

—No obstante, tú eres su esposa, hay que tratar estos asuntos en común —insiste Chantal.

—Discrepo.

—Cariño, yo no puedo seguir así —dice él—. Acepta que te ocurre algo.

—¡Y dale perico al torno! —exclamo, y de nuevo miradas de no saber qué he dicho; pues que se queden con las ganas.

No voy a seguir escuchando memeces, así que me despido de la terapeuta con un sucinto «hasta luego» y regreso al dormitorio. Voy a cambiarme para salir porque a lo mejor han llevado de nuevo a mi hijo a la iglesia.

Y estoy harta.

A veces pienso, mientras me abrocho el sujetador, que, llegado el caso, hasta sería preferible que Ezra nos encontrara. De esa forma, al menos tendría la posibilidad de salir de este mundo chachi piruli mojigato en el que estoy inmersa.

La cuestión es que yo sola, con mis decisiones, me he metido aquí y de momento no tengo una alternativa viable.

23.55, HORA DE ESPAÑA
VIERNES, 16 DE OCTUBRE DE 2020
13.55, HORA DE NUEVA ZELANDA
SÁBADO, 17 DE OCTUBRE DE 2020
APARCAMIENTO POLIDEPORTIVO
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

—¿Me estás diciendo que te he soltado cien mil putos euros para nada?

—No, solo te he dicho que de momento hay que esperar —responde el comisario tenso.

Él ha propuesto este encuentro, porque lo he llamado varias veces, al no tener noticias, para informarme de cómo va la investigación.

No me sorprende que lo hayan timado, ya contaba con ello. Como digo siempre, los funcionarios de ahora son unos marrulleros.

—La paciencia no es mi fuerte.

—Pues no hay otra —murmura, y saca del maletero un par de cervezas frías.

Acepto el botellín, pero no sus palabras.

—Lo que ocurre es que a la gente como vosotros os la suda hacer bien las cosas —replico señalándolo con la cerveza—. Sois putos funcionarios. Cuando la cagáis nadie es responsable, y como cobráis a fin de mes, pues no movéis el culo.

—No es así —se defiende de mala gana.

—Mira, comisario, en mi mundo, cuando se da la palabra, se cumple. De no ser así, se pagan las consecuencias —le digo muy serio.

—Lo que te estoy diciendo, Wozniak, es que hay cauces que van lentos. Implicar al Ministerio de Exteriores no es sencillo. Hay reglas y sobre todo una jerarquía.

—Gilipollas con despacho propio, claro —comento, y él asiente —. De los que con una mano aceptan el soborno y con la otra se la menean.

—Más o menos. No te voy a negar que hay mucho soplapollas. Pero no nos queda otra que pasar por el aro.

—¿Cuánto más? —pregunto, porque sé muy bien cómo funciona esto.

—Otros cien mil.

—Me lo suponía —señalo, y vacío el botellín en el suelo.

—No sé de qué te sorprendes.

—¿Y por qué no me das los nombres y yo me encargo?

—No puedes tratar con ellos directamente —masculla.

—Te aseguro que con una visita al Ice Star, supervisada, por supuesto, los resultados serán inmediatos.

—A esa gente no se la extorsiona, por mucho que te divierta hacerlo —suelta, y me río sin ganas.

—Te caerías de culo si te diera la lista de los clientes más selectos del club. Escoria con dinero y posición.

—Estaría encantado de anotar esos nombres —dice, y sonríe—. Ya sabes que soy todo oídos.

—¿Y también quieres vídeos? Porque tengo una colección increíble —apunto divertido.

—De momento me conformo si cumples nuestro trato, es decir, si me das información. Además, esos vídeos tan increíbles no servirían como prueba.

—Ya, pero os lo ibais a pasar de puta madre investigando. Y algunos sí servirían de prueba, pues hay menores implicados —añado, y el comisario pone cara de asco.

Yo no, estoy curado de espanto.

—Joder...

—No te escandalices tanto —digo, y me apoyo en su coche adoptando una pose tranquila—. Cada vez que conseguís pruebas de este tipo se filtran a la prensa. A mí eso me preocuparía —añado, porque sé lo mucho que le jode que le diga cómo hacer su trabajo.

—Dame nombres —insiste.

Bien, ya lo tenía previsto, así que le hablo de una funcionaria de prisiones que, además de ejercer su trabajo en el economato, tiene un negocio paralelo de suministros. Por supuesto, no se trata de productos de primera necesidad, sino de otros más lucrativos y menos legales.

—¿Tienes pruebas?

—El chalet de lujo con piscina a nombre de sus padres es suficiente prueba. Ah, y que sus dos hijos estudian en una universidad privada no apta para el sueldo de una funcionaria —le explico, y él toma nota de todo.

—¿En qué te beneficia a ti delatar a esta tiparraca?

Me encojo de hombros.

—En nada —digo, y es cierto.

Esa mujer va a ser solo un peón. Conozco sus trapicheos porque en ciertos ambientes todo se sabe. Lo cierto es que va a salir perjudicada si el comisario hace su trabajo, y se le va a joder la jubilación, pero, oye, haber sido honesta.

—Necesito algo más importante. Ya sabemos que ciertos funcionarios no están limpios.

—Quieres un pez gordo, ¿eh?

El comisario asiente.

Y como nada es casualidad, relaciono a la funcionaria con cierto traficante que, si bien fue muy importante, ahora le han quitado terreno y subsiste con operaciones de bajo calado.

—Es un viejo conocido —murmura el ex de Milena.

—Seguro que le tenéis ganas.

—No te lo voy a negar. Se ha ido librando por defectos de forma y chorradas de esas.

—Y porque aún le quedan amigos dentro de la policía.

Esta última afirmación hace que se ponga en guardia.

—Veo que sabes jugar tus cartas. Primero me das un nombre irrelevante y poco a poco vas subiendo la apuesta —dice en tono acusatorio.

—La duda ofende, comisario —replico sonriendo—. No soy tan idiota.

—En fin, creo que por esta noche está todo dicho —apunta mirando el reloj.

—Solo una cosa más.

—¿Sí?

—Vigila tu entorno —le advierto.

Me importa un pimiento si acaba sellando pasaportes en la frontera o en otro destino de mierda dentro de la policía, pero de momento lo necesito en su puesto actual. Después ya me encargaré de hacer llegar unos audios muy interesantes (debidamente retocados) para que caiga en desgracia.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes perfectamente.

No hacen falta más explicaciones, por lo que me subo al Mustang y salgo chillando ruedas del aparcamiento. Llego al Ice Star y, justo cuando se está levantando la puerta del garaje, veo al jefe de seguridad discutiendo con una de las chicas. La está zarandeando y gritándole.

Aparco sin molestarme en hacerlo bien y me acerco para enterarme de lo que ocurre. Andrey, al verme, dice:

—Esta cabrona ha rechazado a uno de nuestros mejores clientes.

Miro a la aludida. Tiene los ojos enrojecidos, va en bata, con el maquillaje corrido y un aspecto en general bastante cuestionable.

—¿Y eso? —pregunto solo por saberlo, pues el castigo será el de siempre.

—Ese tío quería que le lamiera el culo y olía fatal —se adelanta ella.

Pongo cara de «No me vengas con chorradas».

—¿Y...?

—Por favor, me han dado arcadas.

—Repito, ¿y...?

—Ya le he mandado a otra para que lo atienda —dice Andrey.

—¿A quién?

—A Virgilia, no hace ascos a nada.

Lo sé y no solo eso, también que es más espabilada. Si se encuentra con un cliente poco aseado (por desgracia es algo habitual), se las ingenia, como cualquier puta experimentada, para llevárselo a la ducha, al jacuzzi o a otro lugar donde pueda lavarlo y después le acaricia el ano con la lengua, tal como ha solicitado él.

—Muy bien, ya sabes qué hacer con ella.

—¡No, por favor! —grita la chica revolviéndose, aunque el jefe de seguridad la tiene bien sujeta.

—Si no quieres que te parta la nariz de una hostia, cállate —la amenaza levantando el brazo en un amago de golpearla.

Sé que no lo hará, pues tienen orden de no tocarlas; nadie paga por una puta con el rostro marcado, o al menos nadie que esté en su sano juicio, porque algún perturbado hay.

Me dirijo al ascensor privado.

Andrey la obligará a arreglarse para volver al club, pero a la zona de libre acceso, no la Vip, y tendrá que atender al cliente más asqueroso que haya en la sala, y encima sin cobrar su parte. Por idiota.

Una vez en el ático, me quito toda la ropa y me lanzo de cabeza a la piscina. Tras hacer un poco de ejercicio me quedo recostado en el borde, mirando el cielo nocturno.

11.15, hora de España
Martes, 3 de noviembre de 2020
21.15, hora de Nueva Zelanda
Oficina de Ezra
3.ª planta del Ice Star Club
Término municipal de Benahavís

Ezra

Un gilipollas dijo que la falta de noticias es una buena noticia. ¡Los cojones!

Tamborileo con los dedos sobre la mesa porque la paciencia se me está acabando. No es cuestión de dinero, doscientos mil es una cantidad irrisoria si con ella consigo lo que busco, pero me doy cuenta de que además he perdido tiempo.

Los funcionarios nunca son de fiar, eso lo aprendí hace mucho. Se preocupan primero de asegurar su puesto y después de sacarse un sobresueldo, pero jamás se esfuerzan si no se los presiona como es debido. Y por hacerle caso al comisario hemos llegado a este punto.

Y el ex de Milena es tan ingenuo que ha confiado en esa gente. Joder, estoy por reclamarle el dinero, como a los detectives. Aunque también me puede servir de argumento y echárselo en cara a la menor oportunidad.

El informático ha rastreado los transmisores de ambos maletines y, como ya preveía, se deshicieron de ellos nada más tener el dinero. Eso significa que son bastante espabilados, que ocupan puestos relevantes (nada de chupatintas) y que habitualmente reciben sobornos. Lástima que el comisario Saravia sea tan gilipollas y no me dé los nombres, porque seguro que con un poco de persuasión no solo devolverían el dinero, sino que cantarían hasta una ópera.

Justo ahora llaman a la puerta y mira que he dicho que no estoy para nadie.

—¿Desde cuándo llamas antes de entrar? —le espeto a Aniol, que tampoco tiene muy buena cara.

Su separación de Jana le está pasando factura. Voy a tener que involucrarme o esto va a acabar con mi mejor amigo. Y es que es bien cierto que una mujer es capaz de cambiarte la vida, aunque el término exacto sea *joderte* la vida.

—Desde que me da la puta gana —me espeta, y se deja caer en uno de los sillones que hay en mi despacho.

Va, como siempre, impecable. Al menos no se descuida y no va por ahí como un zarrapastroso; ahora bien, su cara es otro tema. Quien no lo conozca difícilmente se dará cuenta, pero yo sé muy bien qué está pasando.

La diferencia entre Aniol y yo es que, además de no quedarme cruzado de brazos, no pongo cara de pena ni rechazo al resto de la población femenina. Mi amigo se tiene que estar matando a pajas.

—Si has venido a llorar en mi hombro, ya te adelanto que no estoy de humor —digo, y él esboza una media sonrisa.

Hace mucho que no veo esa expresión en su cara, así que algo ocurre.

—Tengo algo mucho mejor... —afirma, y mete la mano dentro de su chaqueta para sacar el móvil.

—¿Porno a tu edad? —pregunto con guasa mientras él trastea.

—Mucho mejor, mira esto.

Me acerco hasta él y cojo su teléfono.

En la pantalla veo una noticia que se ha publicado en un periódico local esta mañana.

Empiezo a leer:

> ... El comisario Jaime Saravia ha sido apartado de sus funciones y suspendido de empleo y sueldo a raíz de una investigación interna que ha sacado a la luz

sus conexiones con el empresario Ezra Wozniak...

—¡Joder! ¿Qué mierda es esta? —mascullo, porque se ve una foto en la que estamos los dos y yo le entrego un maletín. La imagen no es de gran calidad, aunque sí la suficiente para distinguir el rostro de ambos.

—¿A que es mejor que el porno? —pregunta Aniol con recochineo, y añade en el mismo tono—: Nocturnidad y alevosía.

—Veo que te divierte —murmuro de mala hostia.

—Me ayuda bastante a olvidar mi propia mierda —comenta.

Cabreado, me dirijo al escritorio y descuelgo en teléfono. Necesito confirmar la noticia, no vaya a ser que un periodista curioso se meta donde no lo llamen y de algo insignificante se haga una bola imparable.

Aniol escucha la conversación. Sé que tengo su apoyo y más cuando mascullo unas cuantas obscenidades, porque sí, en efecto, al comisario lo han apartado de sus funciones. Y no solo eso, quieren ir a por él.

—Mira que se lo advertí —gruño al finalizar la conversación.

—¿Ahora, además de dar chivatazos, también ayudamos a polis?

—Es por mero interés, no te montes una película.

Joder, por un lado me alegro de que el comisario caiga en desgracia, al fin y al cabo, yo le he deseado todos los males, sin embargo alguien se me ha adelantado.

—¿Y qué vas a hacer? Porque te conozco, Ezra, no te quedas cruzado de brazos, aunque te vaya la vida en ello —observa Aniol mientras abre el mueble bar y sirve dos zumos.

—Hablar con el gilipollas del comisario, en primer lugar.

—Cojonudo, dales más carnaza a los periodistas para que escriban y más motivos a la policía para que lo jodan vivo —apunta mi amigo con marcada ironía.

Bebo un buen trago del zumo y frunzo el cejo.

—Manda a alguien que me lo traiga aquí —digo, y Aniol pone los ojos en blanco.

—¿Lo vas a esconder en tu guarida?

—No seas cabrón —replico—. Y haz lo que te digo.

—De acuerdo. ¿Para cuándo lo quieres? ¿Para una cenita romántica, quizá?

—No me toques los cojones. Y eres tú el que deberías organizar una cena romántica, antes de que Jana se vaya con otro que la consuele mejor.

—Cómo te gusta echar sal en la herida.

—Es que me tienes harto con tu pasividad. ¡Hostias, ya, Aniol! Hiciste lo impensable para estar juntos, hasta el ridículo, y ahora, a las primeras de cambio, te rindes.

—No se pueden forzar las cosas —contesta.

—Putas mierdas —digo muy serio—. Ve a por ella, engáñala, drógala, lo que sea preciso para que vuelva contigo y vea que eres lo mejor que le ha pasado en la vida. Que no va a encontrar a otro imbécil que aguante sus chorradas como tú.

—No sabía que fueras tan romántico —replica sarcástico.

—Hago lo que puedo —respondo—. Y ahora ve a encargarte del comisario mientras yo hago unas cuantas llamadas.

Aniol me deja a solas. Tengo algunos hilos de los que tirar; la cuestión es: ¿quiero salvarle el culo al comisario para después darme el placer no solo de restregárselo por la cara, sino además acabar con él?

Joder, por supuesto.

Entro en mi archivo personal de vídeos clasificados. Tengo un par muy interesantes sobre el hermano de un alto cargo de la policía. Un maricón reprimido al que le gusta que le metan por el culo de todo, no solo pollas extragrandes. Este servirá para que de momento al comisario no lo investiguen más.

12.30, hora de Nueva Zelanda
Jueves, 26 de noviembre de 2020
02.30, hora de España
Escuela primaria
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

—Cómo se nota que estamos al final del curso —comenta Uka a mi lado mientras ayudamos con los preparativos de la función.

Mi hijo participa con su clase, van a cantar una canción típica y

está algo nervioso. En casa, Jeremiah y yo hemos ensayado con él. Está muy ilusionado, no en vano es su primera vez en un escenario.

—A mí se me hace raro, la verdad —contesto, y le explico las diferencias entre el curso neozelandés y el español.

Ya sé que es una conversación estúpida, pero prefiero hablar de cosas sin importancia antes que de mi vida personal. Porque ya hay rumores entre mis compañeros de que mi matrimonio está pasando por un bache.

Yo lo llamaría «socavón».

Según me ha contado Uka, un noventa y nueve por ciento de los conocidos piensan que la culpa es mía, porque soy rara y europea, lo que para esta gente es lo mismo. Así, con un par, yo soy la rara. No conciben que Jeremiah, el chico perfecto de sonrisa de anuncio, atento, cariñoso, caballeroso, que me ha construido una casa de ensueño, que ha aceptado al hijo de otro hombre, sea responsable de nuestro mal momento.

Delante de Ezra, en casa, ambos fingimos estar de fábula, pero una vez que mi hijo se acuesta la hostilidad se adueña del ambiente. Y sí, lo admito, sobre todo por mi parte, porque Jeremiah intenta que hablemos.

Pero es que no puedo más.

Estamos a punto de mudarnos, tal como predijo Nancy, para pasar las fiestas en la casa nueva, y eso quiere decir que todos se pasaron por el forro mis deseos. A escondidas han seguido llevando a Ezra a la iglesia, así que no me ha quedado más remedio que organizar actividades con el niño los domingos por la mañana y no permitir que vaya a dormir a casa de Cy, lo que ha desembocado en el mosqueo de Jeremiah y la desconfianza de mi cuñada, que no entiende mi postura. Yo le espeté:

—¿Te gustaría que tus hijos fueran ateos?

Y ella replicó con una sonrisa y tono amable:

—En la iglesia no se hace daño a nadie.

Como siempre, evadiendo la cuestión.

Ezra está enfurruñado porque le gusta ir a jugar con sus primos y participar en las actividades de la iglesia. Es imposible hacerle comprender a un niño de cinco años estas cuestiones y por eso no le perdono a Jeremiah que se haya inmiscuido.

Menos mal que en el colegio todo le va genial. Su primer año y es

un crac del ajedrez. Me encanta observarlo mientras Jeremiah practica con él. En ese aspecto le estoy muy agradecida, porque desarrolla sus capacidades intelectuales.

Y yo, ¿qué pasa conmigo?

Pues que cada vez me encierro un poco más en mí misma. Si alguna vez estuve tentada de hablarle sobre mi pasado, ya lo he descartado por completo. Esas circunstancias que hacen que soporte a duras penas momentos de bajonazo. Que me encierre a llorar en el baño. Y aunque sé que no sirve de nada, al menos me desahogo para aguantar un poco más.

Y encima ahora las Navidades están a la vuelta de la esquina. No me apetece celebrarlas, y menos con la familia de Jeremiah; no obstante, haré un esfuerzo por mi hijo. Él está muy ilusionado porque cada año se entera un poco más de qué va todo y, claro, no me puedo cargar de un plumazo esa ilusión solo porque mi situación personal sea una mierda.

21.35, HORA DE NUEVA ZELANDA
LUNES, 30 DE NOVIEMBRE DE 2020
11.35, HORA DE ESPAÑA
HOLLYHOCK LANE
WANAKA (NUEVA ZELANDA)

Cris

—Estoy harto de que me rechaces. Soy tu marido, Cris —protesta Jeremiah, porque es la enésima vez que se acerca y la enésima que lo rechazo.

—No estoy de humor para follar —murmuro enfatizando la palabra *follar*, porque sé que la detesta.

—Yo quiero hacer el amor —puntualiza.

—Pues lo lamento, yo no —respondo obstinada.

Lo oigo resoplar a mi espalda. Ya ni me molesto en buscar excusas, le digo que no y punto. Sobre todo desde que hace unos días descubrió uno de mis vibradores en el armario. Si ya me fastidia bastante que registre mi ropa, aún más que encima se enfade porque tengo un juguete sexual.

Menos mal que no ha encontrado el maletín con el dinero y el colgante de la Virgen de Czestochowa. El colgante tendría una explicación, como que era del padre, pero el dinero, y encima en diferentes monedas, ya es otro cantar.

Está oculto en un hueco en la pared de la habitación de Ezra. Es lo bueno de que sea de pladur, me costó muy poco montar el escondite. Y si bien el bricolaje no es lo mío, conseguí disimularlo con pasta alisadora y después puse la cama delante.

El problema es que en breve nos vamos a la casa nueva y tendré que encontrar la forma de hacer otro agujero sin que se dé cuenta Jeremiah.

—Prefieres seguir tocándote tú sola o usar ese trasto —me acusa —. Y creo saber el motivo.

—Soy una viciosa y no tengo remedio —apunto yo, harta de que me dé explicaciones absurdas basadas en sus creencias.

—No has olvidado a tu marido —dice en voz baja y con tono celoso.

—Nunca lo olvidaré —admito—. Sin embargo, esa no es la razón.

—¿Y cuál es? Porque lo he hecho todo bien, maldita sea. Me he casado contigo, he construido una casa...

—¡Para ya de echármelo en cara! —lo interrumpo alzando la voz más de lo prudente—. Y que lo sepas, nadie es perfecto.

—Dime en qué te he fallado, Cris.

—Ya lo sabes —mascullo, y me levanto de la cama.

—Estamos hablando.

—Estamos perdiendo el tiempo —lo corrijo, y me pongo unos pantalones chándal y una camiseta para irme al sofá.

Él, en vez de dejarme espacio, se levanta también y se sienta junto a mí en el sofá. Su cara de hombre amable ya no surte efecto.

—Quiero arreglar esto.

—Pues primero madura, Jeremiah. Deja a tu familia fuera de nuestro matrimonio. ¡Se pasan el día metiendo las narices y organizándome la vida! —estallo, y procuro no levantar demasiado la voz para no despertar a Ezra. Sería ya el colmo que mi hijo nos viera discutir e hiciera preguntas. Quiero que siga viendo a Jeremiah como un padre y un buen colega.

—Solo quieren ayudar —los defiende, y yo niego con la cabeza.

—Así no hay manera...

—¿Pretendes que elija entre tú y ellos? —inquiere, y sé que la pregunta es capciosa.

—No, Jeremiah, pretendo que marques distancias —respondo, y por la cara que pone sé que o bien no lo entiende o, peor aún, no lo quiere entender—. Y ahora vuelve a la cama, anda.

—¿Solo?

—Sí. Quiero tomarme un rato para pensar —digo, aunque en realidad lo que quiero es relajarme en el sofá, estar sola y no seguir discutiendo.

—Para tocarte, ¿verdad?

—Joder —gruño—. ¿Ya estamos otra vez con eso?

Jeremiah se pone en pie. Así, con el pantalón del pijama, el torso desnudo y su pelo claro revuelto es igual que uno de esos modelos que se ponen de fondo de pantalla en los móviles, y sin embargo yo no siento deseos de arrancarle el pantalón a mordiscos ni de echarle la zarpa.

—Ven a la cama conmigo, por favor —me pide tendiéndome la mano.

—Jeremiah..., no juegues sucio.

—Te lo estoy pidiendo por favor —insiste.

Niego con la cabeza.

Me doy cuenta de que en su mundo, en su mente, no hay espacio para otro punto de vista. Si ahora me acuesto con él, por la mañana pensará que mi enfado solo ha sido una rabieta y que de nuevo pueden mangonearme a su antojo.

Es justo en este momento cuando tomo una decisión de lo más drástica.

—Ezra y yo no nos mudaremos a la nueva casa, continuaremos viviendo aquí. Y tú puedes elegir, eres bienvenido a quedarte.

—¿Cómo?

—Es una decisión firme, Jeremiah.

—Pero ¡yo te quiero, he hecho todo esto por nosotros!

—Quizá tengas que quererme de otro modo —sentencio.

10.15, hora de Nueva Zelanda
Miércoles, 2 de diciembre de 2020

00.15, hora de España
Escuela primaria
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

—¿Estás loca? —pregunta Uka de forma retórica cuando le confirmo que no me voy a trasladar a la nueva casa.

Y es que a pesar de que yo no he dicho ni una sola palabra, todo nuestro entorno lo sabe. Es decir, Jeremiah, en vez de resolver nuestras diferencias de puertas para dentro, lo ha ido pregonando y eso me ha sentado como una patada en la espinilla.

Me da la sensación de que quiere acorralarme, que me sienta presionada y recule. Cree, erróneamente, que me sentiré avergonzada. Pues va listo, porque mi reacción es justo la contraria. Ahora me voy a reafirmar en mi posición.

Su juego sucio le va a salir mal.

—Uka, quizá parezca incomprensible, pero yo no me he casado para que mi marido lo pague todo, sino por la compañía.

Bueno, y por esconderme mejor detrás de su apellido, aunque esto no tiene por qué saberse. Bastante mortificada me siento yo ya por ello.

La primera en intentar que cambie de opinión fue Cy. Si llegan a aparecer mis suegros por casa, armo la de Dios es Cristo y Jeremiah lo sabe, porque tan ingenuo no es. Mi cuñada se presentó con sus niños, incluido el recién nacido, para que Ezra estuviera entretenido y pudiésemos hablar.

Cy piensa igual que el resto de los Travis y para ella es un orgullo que su hombre provea a la familia de todo lo necesario. Lo consideran un halago y no una muestra de machismo, como yo.

Le rebatí su pobre argumento:

—A ver, y si tu marido ganase menos que tú, ¿qué harías?

—Pues ayudarlo a encontrar un empleo mejor remunerado.

«Tócate las narices», pensé.

Conseguí despachar a Cy y cuando Jeremiah volvió a la hora de comer, traía una sonrisa que se le borró a los tres minutos, cuando le dije que seguía en mis trece. Bueno, como no entendía lo de seguir en mis trece, lo cambié por: mantenerme firme en mi decisión.

Y ahora es Uka la encargada de darme la turra.

—¿Tú por qué trabajas? —le pregunto a mi compañera—. ¿Tu marido no gana lo suficiente?

—De momento no, pero en cuanto lo asciendan, me lo pensaré.

—¡No me jodas, Uka!

—Ser conserje no es el sueño de mi vida, Cris —afirma para justificarse.

—El mío tampoco, sin embargo es mejor que estar en casa dependiendo de otra persona. Para eso han luchado muchas mujeres, para que tengamos esta oportunidad.

—Esos son cuentos feministas, no realidades. Lo cierto es que si tienes un hombre que gana mucho, te puedes quedar en casa y darte la vida padre.

Me paso las manos por la cara sin dar crédito a lo que oigo.

—Yo lo siento mucho, pero aunque ser conserje no sea la mejor profesión del mundo, la prefiero a ser ama de casa.

—Eso lo dices porque no sabes cómo es estar tranquila en casita y sin preocupaciones —sentencia.

Como no quiero acabar con dolor de cabeza, la dejo y me voy a los cuartos de baño de las chicas, donde un fontanero está arreglando unos grifos, para ver si necesita algo. Lo prefiero a la conversación de Uka.

A medio camino me suena el móvil y respondo. Se trata del director, que quiere que vaya a su despacho. Así que nada, a ver qué quiere, porque apenas he cruzado palabra con él desde el día en que empecé a trabajar aquí.

Es el clásico cincuentón de pelo pobre y cara de buena persona. Lleva más de diez años en el cargo y, por lo que se cuenta, va a seguir ahí hasta que se jubile.

—Buenos días, señora Travis —me saluda.

Me siento donde me indica y su expresión me da mala espina. Estamos casi a final de curso, no ha habido imprevistos y por tanto esta reunión tiene poco sentido.

—Buenos días, señor Holby —murmuro.

Él se acomoda tras su escritorio y adopta una pose amistosa, incluso me sonríe.

—Verá, hemos estado evaluando a los trabajadores del centro, como cada año. Usted ha sido la última en incorporarse a esta gran

familia...

Escucho lo que a todas luces es un discurso estudiado sobre los logros del colegio, lo mucho que se cuida a los alumnos y patatín y patatán. Lo escucho medias, no me queda más remedio. Ahora bien, cuando menciona a Jeremiah me pongo alerta. Que sea mi marido no significa que deba mencionarlo en una charla supuestamente laboral.

—... Y me preocupa la vida personal de mis compañeros —continúa.

—Es todo un detalle —comento con diplomacia, y espero no acabar poniéndome borde si se le ocurre entrar en detalles.

—A veces, como director, tengo que dar malas noticias, señora Travis. Por eso, con todo pesar, debo comunicarle que no le renovaremos el contrato para el próximo curso —me comunica con cara de pena.

—¿Y el motivo? —pregunto con falsa serenidad, porque ganas de montarle un pollo no me faltan.

—No ha cumplido las expectativas. Entiendo que es su primer año en este país y no es fácil adaptarse, he tenido en cuenta esa circunstancia, no obstante...

—Ahórrese las gilipolleces —lo interrumpo poniéndome en pie—. Tengo dos dedos de frente... —pone cara de no comprender la expresión, pero tampoco se la voy a explicar— y me doy cuenta de qué ocurre aquí.

—Créame, es solo por cuestiones laborales.

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta* —le espeto.

—¿Perdón?

—¿Qué, le sorprende que una conserje sepa latín?

Antes de acabar montando gresca, lo dejo con la palabra en la boca y con un barrido de mano le tiro al suelo lo que pillo. Un gesto poligonero que me hace sonreír.

Camino hacia la habitación donde nos reunimos Uka y yo para descansar y tomar café, y una vez allí me dejo caer en la silla y resoplo. Es evidente que mi marido ha movido ficha.

Pues va listo si piensa que voy a pasar por el aro. Estoy casada con un neozelandés, así que, pese a no tener trabajo, mi situación en el país no es preocupante.

Saco el móvil y busco páginas donde soliciten empleados. Cierto que con mi inexistente currículo (no puedo presentar mi licenciatura

en Psicología ni mis años de experiencia) acceder a un puesto aceptable me resultará complicado.

Pero... ¡un momento! ¿De verdad que el idiota de Holby puede despedirme?

En teoría acepté venir a este país porque me ofrecían un contrato de trabajo y una vivienda, supongo que, a lo mejor, las autoridades tienen algo que decir al respecto.

¿Y si me presento en el consulado y hago una reclamación?

Solo por el placer de ver la cara de Holby merece la pena. El director se cree con derecho a tocarme las narices, y todo por plegarse a las demandas de mi marido. Mira, para jugar sucio hay que tener un lado malote.

Antes de sumergirme en el mercado laboral de Wanaka, voy a consultar otras cosillas...

11.40, HORA DE ESPAÑA
JUEVES, 3 DE DICIEMBRE DE 2020
21.40, HORA DE NUEVA ZELANDA
OFICINA DE EZRA
3.ª PLANTA DEL ICE STAR CLUB
TÉRMINO MUNICIPAL DE BENAHAVÍS

Ezra

—¿Señor Wozniak?

Abro los ojos y miro hacia abajo. Una preciosidad me la está chupando y yo estoy pensando en otros asuntos.

—Tú sigue —murmuro, y le doy un tirón de pelo.

—De acuerdo.

Como-se-llame está arrodillada y esforzándose por hacer una mamada aceptable. He de reconocer que tiene aptitudes, aunque yo las estoy desaprovechando.

Si la he llamado ha sido porque, además de necesitar sus servicios, hace unos días le pedí que estuviera atenta y vigilara al personal de administración. Ya ha pasado suficiente tiempo tras la desaparición del señor López como para empezar con la purga dentro del club.

Ella, mientras, se libra de trabajar con los clientes; solo baila, es decir, está exenta de abrirse de piernas y de prestar otros servicios.

Joder, debo olvidar por un instante esos asuntos y concentrarme en la boca de Como-se-llame. Mueve bien la lengua y no es de las que te sacuden la polla con la mano a ver si te corres antes. Quizá porque es mejor chupármela a mí que a cualquier baboso barrigudo de los que vienen el fin de semana.

Arqueo las caderas para metérsela aún más profundamente. Ella contiene la respiración y, por si está tentada de apartarse, le sujeto bien la cabeza para que se mantenga donde está.

—Cuando me corra tienes que tragártelo.

Murmura algo que interpreto como una aceptación

Le tiro del pelo con fuerza y ella mueve el culo, no sé si molesta o excitada. Me da igual.

—Pero antes quiero que me enseñes la lengua cubierta de mi semen y que no se te escape ni una gota.

Si le pido algo así no es por morbo, me he corrido en cualquier parte del cuerpo femenino que uno pueda desear. Si le ordeno esto es para que aprenda a obedecer.

Una vez que abandona la actitud pasota del principio, la embisto con brusquedad y ella se aplica a fondo. Se agradece no oír cómo tose o que no intente apartarse.

Como-se-llame lleva unos cinco meses en el club y trabaja bien, los clientes la solicitan y eso significa dinero. Como bailarina no es de las mejores, pero se defiende y provoca lo justo para ganarse un extra en las salas privadas.

Sus gemidos, que al principio eran suaves, comienzan a ser más intensos. Quizá no finja y esté cachonda. Eso me excita, así que le digo:

—Mírame a los ojos. —Ella alza la vista sin soltar mi polla, a la espera de que yo hable—. ¿Quieres correrte?

Asiente.

Tiro un poco más de su pelo, gime y hace una mueca, le ha debido de doler.

—Acarícíate entre las piernas.

Obedece y sin perder contacto visual conmigo vuelve a lamer mi polla, al mismo tiempo que se acaricia el coño. El resultado es cojonudo, pues la chupa con más ganas.

Yo respiro hondo, el cosquilleo previo en las pelotas, el cuerpo tenso y, joder, sí, me corro en su boca y le sujeto la cabeza para que no se le escape ni una gota. Me quedo así unos segundos antes de retirarme.

De inmediato Como-se-llame abre la boca y me enseña la lengua.

—Trágatelo.

Lo hace e incluso se relame.

Un truco de puta barata, a ninguna mujer le gusta el sabor del semen.

Le hago un gesto para que se ponga de pie. Ni me molesto en preguntarle si se ha corrido. Me da igual. Me abrocho los pantalones y ella aguarda a que yo hable, con la bata en las manos, sin cubrirse.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Shana.

—¿Es tu nombre real?

—Sí —responde en voz baja.

—Bien, vayamos a lo importante. ¿Qué has averiguado? —Baja la mirada, eso quiere decir que algo ocurre—. Habla.

—Verá, señor Wozniak..., no quiero problemas con mis compañeros...

—Yo soy tu jefe, los problemas los tendrás conmigo si no me cuentas qué sabes.

—Hay dos tipos...

—Nombres, Shana, quiero nombres.

—Uno ha ocupado el puesto del señor López, se llama Antón Fernández, y el otro, su ayudante, todas lo llamamos Jabugo.

—¿Jabugo?

—Es un cerdo —aclara.

—Tomo nota —digo sin sonreír, no se las puede culpar por ponerle mote a un imbécil—. Y ahora, dime, ¿qué hacen con vosotras?

—Nos ofrecen días libres a cambio de sexo..., pero no solo con ellos.

—Explícate.

—Traen amigos a escondidas al club y les cobran. Lo hacen en horas en que no está abierto al público —me cuenta, y como veo que está siendo sincera, le hago un gesto para que se cubra.

Yo me pongo en pie y voy hasta el mueble bar para servirle algo de beber. Shana acepta el botellín de agua.

—¿Os dan parte del dinero?

—No —responde negando con la cabeza—. Se lo quedan todo.

—Doy por hecho que tampoco dejan una parte en el club.

—No puedo asegurarlo.

—O sea, que todo se lo quedan —asevero.

En este momento llaman a la puerta, aunque por ahora, con la información obtenida tengo suficiente.

—Una cosa más.

—Usted dirá, señor Wozniak.

—Hasta nueva orden actúa como si nada, ¿de acuerdo? Y no hables con tus compañeras de esto.

—Así lo haré.

—Puedes irte.

Se encamina hacia la puerta y al abrirla aparece el comisario, justo el que faltaba. Mira a la chica y después a mí con la desaprobación escrita en la cara.

—Siempre tan oportuno, señor comisario —digo con sorna.

—¿No te cansas?

—¿De qué?

—De abusar de mujeres y utilizarlas —dice mientras camina hasta mi escritorio y espera a que yo me siente para hacerlo él.

—Como si tú nunca te hubieras tirado a una y luego pasado de ella.

—No es lo mismo, no eran mis empleadas.

—Bueno, vale, luego iré a confesarme.

—¿Te tirabas a otras cuando estabas con Cristina?

—Sí —miento.

Técnicamente, una vez que empecé a follármela no quise hacerlo con ninguna más, pero ese detalle no se lo voy a mencionar.

Sabe que si continúa con ese asunto vamos a acabar mal, así que con toda prudencia se calla, que rumie cuanto quiera.

—Bueno, y ahora cuéntame, ¿cómo lo has hecho?

—Primero deberías darme las gracias —replico con una media sonrisa indolente—. He conseguido que paren la investigación.

—Quiero los detalles —insiste—. Porque ahora estoy en el limbo, y sigo suspendido de empleo y sueldo.

—¿Quieres trabajo? —pregunto—. No serías el primer policía que trabaja para mí. Y además me debes doscientos mil euros.

—Gracias, pero no; prefiero mantener intactos mis principios —arguye él.

—Ah, sí, las tonterías esas de los principios y otras chorradas —murmuro con desdén—. Os han adoctrinado bien, claro que con eso no se gana mucho.

Su cuenta bancaria es decente y poco más. Nada de caprichos; llega a fin de mes sin estrecheces y punto.

—No todo es cuestión de dinero.

—Lo que tú digas.

—¿Me vas a dar ya los putos detalles?

—Como quieras...

Trasteo con la tableta hasta que encuentro el vídeo que le ha salvado, de momento, el pellejo y se lo muestro. Mientras él lo mira, le cuento de quién se trata y, si bien procura no alterarse, lo cierto es que no está acostumbrado como yo a ver hasta qué punto son capaces de llegar algunos por satisfacer sus deseos más turbios.

—Al final archivarán la denuncia, ¿verdad? —pregunta devolviéndome la tableta.

—Si no quieren un buen escándalo, sí. Lo harán, pero qué te voy a decir que no sepas. A tus colegas les gusta armar ruido, justificar el sueldo, aunque no sirva para nada la investigación.

—Supongo que también estás al corriente de cómo me descubrieron.

—¿De verdad quieres saberlo?

No le va a gustar conocer de dónde vino el chivatazo, así que mejor omito ese dato.

—Como ya he expresado en otras ocasiones, de los funcionarios no te puedes fiar, se creen intocables.

—Funcionarios corruptos —puntualiza.

—Como quieras llamarlos. El caso es que, como ya sospechaba, esa cantidad era irrisoria, porque con ella no untarías prácticamente a nadie, así que te tendieron una trampa.

No estoy cien por cien seguro, ya que quizá solo lo vieron como un pardillo al que sacarle dinero, mi dinero. Pero hacerle creer que es un idiota me hace disfrutar. Cualquier excusa es buena para tocarle las narices al comisario.

—Joder...

—Así de simple, comisario —añado sin un ápice de diplomacia.

Se levanta y comienza a caminar por mi despacho. Es evidente que su cabeza hierve intentando atar cabos, descubrir quién, de su círculo de confianza, ha dado el chivatazo.

—Solo me queda un camino —masculla.

—¿Mandar a tomar por el culo a la policía?

—Tentador, pero no. Voy a descubrir quién me ha tendido la trampa.

—Pues mucha suerte, porque la vas a necesitar —afirmo con aire burlón.

—No te descojones, soy capaz de ello —asevera convencido.

—Allá tú con tu ingenuidad, comisario —digo, porque estoy convencido de que no va a conseguir nada.

—¿Tienes algún vídeo interesante más? —pregunta de repente, y me sorprende.

—¿Vas a jugar sucio?

—Si no me queda más remedio... —admite, y sonrío.

—Joder, comisario, ¡esto hay que celebrarlo! —exclamo riéndome—. No, si al final me vas a caer bien y todo.

—Tampoco exageres, Wozniak —replica—. Ahora bien, a lo de celebrarlo me apunto.

19.05, hora de Nueva Zelanda
Viernes, 11 de diciembre de 2020
09.05, hora de España
Hollyhock Lane
Wanaka (Nueva Zelanda)

Cris

—¿Pensabas que echándome de mi trabajo pasaría por el aro?

—¿Por el aro? —repite Jeremiah.

—Acceder a tus pretensiones, querido —replico con sorna—. Pues ya te adelanto que, aunque me quede con una mano delante y otra detrás, no voy a ceder.

—Cris... —murmura con aire de disculpa.

Dejo a Ezra en la cocina terminándose su cena. Está entretenido con la revista escolar y prefiero que siga así mientras hablo con

Jeremiah.

Este, por supuesto, me sigue hasta el salón con actitud serena. No es un hombre que pierda la calma, y lo peor de todo es que sigue sin entender que su tranquilidad no ayuda, más bien todo lo contrario. Me enerva porque intenta que yo olvide el enfado.

—Ha sido una cabronada. Nunca pensé que fueras tan ruin. Nunca —digo en voz baja, aguantándome las lágrimas.

—Escucha, hablaré con Holby, recuperarás tu trabajo. Lo reconozco, fue algo estúpido por mi parte.

—¡Desde luego que lo fue! —mascullo, y como estoy a punto de derrumbarme, me dejo caer en el sofá.

Ya sé que no es muy elegante secarse las lágrimas con los bajos de la camiseta, pero rechazo el pañuelo que me ofrece Jeremiah.

Él permanece de pie, confiando en que unas palabras de disculpa enmendarán este desaguisado. Pues no, no es tan sencillo.

—¿Propones que te perdone sin más?

—Ya te he dicho que ha sido producto de la ofuscación; ahora que he recapacitado, sé que ha sido una chiquillada —contesta como si nada.

—Una chiquillada es estropearme una camiseta con lejía, o esconderme el maquillaje. Lo que has hecho es una putada, y de las gordas. Y no creo que pueda perdonarte —afirmo.

—¿Vas a pedir el divorcio? —pregunta alarmado.

Salta a la vista que es lo único que le preocupa.

—¡Mamá! —chilla Ezra mientras corre hacia mí—. ¡Mira qué chulo!

Tengo los ojos enrojecidos y Jeremiah aparta la mirada; para cualquiera saltaría a la vista que la tensión se puede cortar con un cuchillo. Aunque delante del niño habrá que disimular.

—A ver, cariño, ¿qué tienes?

Me muestra la revista, en concreto la página donde aparece él solo, sonriente, levantando un trofeo. Ha quedado segundo en el torneo de ajedrez.

—¡Ay, mi niño! —exclamo y lo abrazo, lo achucho y me lo como a besos.

—¡Mamáááá! —protesta para que lo suelte, y yo, por supuesto, ni caso.

Jeremiah nos observa en silencio. Ha puesto en peligro nuestra

relación, sin embargo respecto a Ezra su comportamiento ha sido impecable.

—Ay, que te como a besos, qué guapo eres, qué blandito, qué delicioso —murmuro, y le levanto la camiseta para mordisquearle la barriga.

Él se resiste, aunque al final gano yo.

—¡Jeremiah, sálvame! —grita.

Pero mi marido se limita a sonreír.

Cuando me canso de hacerle cosquillas, besuquearlo, achucharlo y lo que se deje, se me escurre y se aparta. Yo me incorporo y recojo la revista. Voy a recortar la foto y enmarcarla.

—Eres el niño más guapo del mundo —comento orgullosa.

—Y voy a ser famoso —dice mi hijo.

En momentos como este me termino de convencer de que lo mejor que he hecho nunca ha sido ser madre. Y que en cualquier decisión que haya tomado o tome en el futuro, siempre lo tendré a él presente y será mi prioridad.

—¿Ah sí?

—Claro, mamá. Esta foto la han mandado al periódico y la han puesto en internet —dice orgulloso.

Se me borra la sonrisa de repente y en mi cabeza se encienden todas las alarmas. Internet es un escaparate.

Miro a Jeremiah, que ahora le sonríe al niño, y frunzo el cejo.

—¿Quién ha autorizado que se publiquen las fotos?

—He sido yo, Cris —responde, y el nudo en el estómago se intensifica—. Ya sé que solo es un periódico local, pero es que este campeón se lo merece, ¿verdad, Ezra?

—¡¿Qué has hecho, insensato?! —grito.

—Cris, ¿qué ocurre?

—¿Quién eres tú para autorizar nada? —lo increpo mientras me paseo por la sala, con una sensación de ahogo difícil de asimilar.

—¿Qué tiene de malo?

—Dime quién es el responsable del periódico, voy a llamarlo ahora mismo —le exijo.

—¿A estas horas? —pregunta extrañado.

—Sí, tienen que quitar la foto de Ezra cuanto antes —digo muy tensa.

—No es posible, el director...

—¡Que me des el puto número de teléfono, joder!

Jeremiah no comprende mi cabreo. Explicárselo supondría decirle la verdad y no, no pienso hacerlo. Él saca su móvil y, sin dejar de fruncir el cejo, hace la llamada.

Cuando le responden, se identifica y antes de que dé más explicaciones le arrebato el teléfono y hablo.

—¿Qué pasa, mamá? —murmura Ezra con cara de pena, como si hubiera hecho algo malo.

Lo peino con los dedos mientras le exijo al encargado del periódico que retire de inmediato la fotografía de mi hijo de la web. Busca excusas para no hacerlo, como que ya es tarde y que no entiende el motivo de que una madre proteste por algo de lo que debería enorgullecerse. También alega que Jeremiah firmó la autorización y yo le recuerdo con firmeza que él no tiene ninguna potestad para ello.

Así que, tras quince minutos de tira y afloja en los que no he cedido a las presiones, y después de insinuarle que se puede meter en un lío si yo, como madre, actúo, accede a retirar la foto de la web.

Ahora bien, me advierte de que la foto seguramente ha sido compartida, por lo que la posibilidad de erradicarla del todo se ha esfumado.

—Joder, joder, joder...

—Cris, por favor, me estás asustando. ¿Qué ocurre para que te pongas así?

Lo fulmino con la mirada.

—¡Estoy hasta la peineta, Jeremiah! —estallo perdiendo los nervios.

Miro a Ezra, que no comprende de qué va todo esto y sin duda se está llevando un disgusto y más si nos ve discutir.

—¿Mamá? —susurra acongojado.

—Ven aquí, cielo.

Cojo a mi hijo en brazos y me voy con él hasta su dormitorio. Para distraerlo empiezo a cantar y bailar. Ya sé que para cantar *Chinita de amol* hay que tener bemoles, pero a Ezra siempre le hace gracia y pone los ojitos y todo.

Respiro y aguanto la tensión que siento, pues me falta muy poco para derrumbarme. Mientras lo ayudo a ponerse el pijama, parece que ya se le ha olvidado que Jeremiah y yo estamos enfadados.

Me quedo en la cama junto a él hasta estar cien por cien segura de que duerme. Dejo la luz de su lamparita de rana encendida y salgo despacio.

Jeremiah continúa en el salón, ha encendido la tele y parece relajado. Como si, tras aguantar el chaparrón, todo se acabara.

Pues a lo mejor tiene razón.

—Me gustaría estar sola —digo muy seria, sin levantar la voz.

—Vale, dormiré esta noche en el sofá, aunque agradecería que me explicaras el motivo de tu enfado.

Qué paciencia hay que tener.

—Cuando digo «sola», me refiero a en la casa. Ahora no eres precisamente alguien a quien desee ver ni en pintura.

—¿Quieres que me vaya de casa?

—Sí, por favor —le confirmo.

—¿Y adónde voy a ir a estas horas?

—Estoy segura de que en villa Travis te recibirán con los brazos abiertos y tramaréis alguna estrategia para seguir tocándome la moral —replico sin medir las palabras.

—No puedes hacerme esto —se queja, y apaga el televisor—. Sin una explicación.

—Te he dicho hasta la saciedad que no debes tomar decisiones que me afecten a mí o a mi hijo sin consultar, y siempre haces de tu capa un sayo.

—¿Capa, sayo?

Gruño y añado:

—Haces lo que te viene en gana, ¿lo entiendes mejor así?

—Yo solo quiero lo mejor para vosotros —asegura justificándose.

—Es que, quizá, lo que tú consideras bueno no lo es, Jeremiah. Así que, por favor, déjame sola. No quiero discutir.

—¡¿Y qué dirá todo el mundo cuando se sepa esto?

—Me la refanfinfla.

—¿Refanflinfa?

—Me da igual —mascullo—. Hasta que aclare mis ideas respecto a ti, a nuestro matrimonio, y tú aclares las tuyas, que buena falta te hace, no quiero verte.

08.12, hora de España
Domingo, 13 de diciembre de 2020
18.12, hora de Nueva Zelanda
Apartamento de Ezra
4.ª planta del Ice Star Club
Término municipal de Benahavís

Ezra

Unos golpes en la puerta del dormitorio hacen que me ponga tenso. No son horas y es domingo. En teoría no tiene por qué ocurrir nada, pero hace mucho que sé una cosa: los problemas no avisan.

—Joder, Ezra, levántate.

—¿Jenica?

Salto de la cama y busco rápidamente algo que ponerme. Mi hermana no se va a asustar por verme en pelotas, aunque por cómo golpea la puerta doy por hecho que lo que pasa es grave y por tanto mejor no aparecer desnudo.

Por si acaso, cojo la semiautomática que guardo en la mesilla antes de abrir.

Me encuentro a mi hermana con ropa deportiva y es raro, pues sé lo tiquismiquis que es con su aspecto.

—Baja el arma, Ezra —me dice resoplando.

—¿Qué haces aquí a estas horas un domingo?

Nos acercamos a la barra de la cocina, dejo el arma en la encimera y me dispongo a preparar el desayuno.

—Creo que la he encontrado —dice.

—¿Qué habías perdido? —pregunto sin volverme, porque estoy sacando fruta y yogur de la nevera.

—¡Ezra! —me grita—. ¡A Milena, la he encontrado! Mira.

Se me cae un bol de fruta al suelo por la rapidez con la que me doy la vuelta. Jenica sostiene su móvil delante de mi cara. Y lo que veo me deja sin aliento.

Lo agarro de malos modos, quitándoselo de la mano para verlo bien y que no sea una ilusión. Es una noticia de un periódico, está redactada en inglés, pero hay dos cosas que llaman la atención. La primera es que se menciona a un niño llamado Ezra Perestrelo y la segunda, que hay una foto del crío.

—Ezra... —murmura mi hermana—, es igual que tú.

—Y que tú —digo con un hilo de voz, no en vano somos gemelos.

Inspiro hondo antes de leer otra vez la noticia. Ahora con más detalle, porque cualquier dato es importante.

—¡Joder, qué hija de puta! —mascullo, y miro a mi hermana, no sin antes enviarme una copia de la noticia a mi móvil—. ¿Por qué te has molestado?

—¿La verdad? —Asiento—. La versión oficial es que soy tu hermana, te quiero y me duele verte así, hecho una mierda por una mujer que no se merece que le dediques ni un minuto y que además te traicionó. Por eso durante este tiempo he rastreado en internet.

—Sin decírmelo.

—Exacto —admite, y se pone de pie para rodear la encimera y darme uno de esos abrazos fraternales que reconfortan—. No quería que te crearas falsas expectativas. Durante estos años periódicamente he ido poniendo en el buscador el nombre de tu hijo y el de ella. Sin resultados. Hasta hace unos minutos, en que me ha salido esto y he venido corriendo a decírtelo.

Doy un puñetazo a la encimera.

—Hija de puta... —rezongo.

—Si me lo pides, yo misma iré a buscarla para traértela de los pelos —dice, y se aparta con cuidado, pues el suelo está hecho un asco.

—Nada te gustaría más, ¿eh?

—Sí, por supuesto. Le tengo muchas ganas a la psicóloga.

—Y yo.

—Vas a ir a buscarla, ¿me equivoco?

—En cuanto encuentre un puto vuelo a Nueva Zelanda.

17.05, HORA DE FRANCIA
MARTES, 15 DE DICIEMBRE DE 2020
SUITE TOWNHOUSE
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Cris

Peino con los dedos a Ezra mientras duerme atravesado en la enorme cama de la suite. Lo que para mí ha sido una locura, las treinta y siete horas de vuelo, con tres escalas, desde que subimos al primer avión en Auckland, para él ha sido como un juego y una novedad. Por suerte no recordaba nada de nuestro anterior periplo.

Al día siguiente de la discusión con Jeremiah saqué el maletín con el dinero, el colgante y los pasaportes, y acto seguido recogí lo imprescindible para largarme. No me molesté en enviarle un mensaje a mi marido, que a estas horas ya habrá descubierto que no estoy

Que piense lo que quiera, no le debo ninguna explicación.

Y ahora estoy en un hotel en el aeropuerto Charles de Gaulle, esperando a la única persona a la que he sido capaz de llamar, de pedirle ayuda.

Tiene que estar a punto de llegar.

Dejo a Ezra descansando, abrazado a su jirafa, y salgo al salón para dejarme caer en una de las butacas junto a la ventana. La tentación de emborracharme y dormir la mona hasta el día siguiente es tan tentadora... En cambio, aquí estoy, asumiendo la realidad a palo seco.

Miro el reloj impaciente.

¿Y si me da plantón?

Cuando lo he llamado por teléfono no se ha sorprendido y eso me ha dado que pensar. Claro que tampoco estoy yo muy fina en lo que a emociones se refiere. No sé, me ha dado la sensación de que estaba esperando que me pusiera en contacto con él.

Por fin llaman a la puerta y respiro hondo. Como una idiota, me miro en el espejo. Parezco una quinqui con estas pintas. Me he duchado, pero no peinado ni arreglado.

Miro por la mirilla y se me escapan las lágrimas. Está aquí.

Abro despacio y me encuentro cara a cara con Jaime, que me mira y parpadea. El nudo que se me ha formado en la garganta me impide hablar.

—Cris...

Me lanzo a sus brazos y enseguida noto que me responde. Con fuerza. Ambos respiramos agitadamente. Yo soy incapaz de contener las lágrimas y él me acaricia la espalda.

No nos movemos del umbral. Permanecemos ahí, unidos.

Ha pasado tanto tiempo...

Tantas cosas que decir...

—Cris... —repite, y percibo su emoción—. Joder, Cris.

Nos separamos despacio. Jaime me coge el rostro mirándome fijamente. Yo me siento un poco avergonzada. Han pasado más de cinco años, en los que él ha creído que estaba muerta.

Esbozo una sonrisa, quizá de disculpa. O no, puede ser de emoción.

Cuando ayer lo llamé por teléfono no le di explicaciones, es algo que haré en breve. Solo le pedí que viniera y no ha tardado ni veinticuatro horas en presentarse.

Por fin pasamos al interior, cierro la puerta y él inquiere en voz baja:

—¿Y tu hijo?

—¿Cómo sabes...? —No termino la pregunta—. Ven.

Le tiendo la mano y entramos en el dormitorio. Ezra sigue dormido en medio de la cama, cubierto con la colcha. Jaime lo observa y yo a él.

Mientras estuvimos casados hablamos pocas veces de tener hijos. Primero porque yo quería asentar mi carrera y segundo, porque él nunca se mostró muy proclive a ser padre. Después vino el divorcio y todo lo demás.

Regresamos a la sala y le pregunto si quiere tomar algo. Esta mañana he hecho un pedido, porque con un niño prefiero no depender del restaurante del hotel. Tampoco sé cuánto me quedaré aquí.

Sirvo una cerveza para él y un refresco para mí y nos sentamos frente a frente.

—Imagino que quieres conocer toda la historia —digo en voz baja, y Jaime asiente—. Pero antes, dime: ¿por qué no te extrañaste cuando te llamé?

—Sabía que estabas viva.

Trago saliva.

—Solo dos personas estaban al corriente —reflexiono.

—Wozniak me llamó pidiéndome ayuda para localizarte.

—¡¿Cómo?! —exclamo asombrada, porque de todas las personas del mundo a las que pedirles ayuda, pensaba que sin duda mi ex sería la última de la lista.

—Yo también me quedé perplejo.

—Hasta donde yo sé, te la tiene jurada por lo que le hiciste —

murmuro.

—Si te refieres a meterlo en la cárcel por criminal, sí, lo hice, y no me arrepiento de ello, Cris. Joder.

—¿Y lo de las pruebas falsas?

—Así que te puso al corriente, ¿eh? —replica haciendo una mueca.

—Por eso no me cuadra, Jaime. Te odia.

—Digamos que no le quedaba más remedio si quería localizarte.

—¿Y lo ayudaste? —inquiero parpadeando, porque sé que Jaime, además de orgullo (en eso es como el noventa y nueve por ciento de la población masculina), tiene sus principios y, bueno, no estamos hablando de quitarle una multa de tráfico a un colega.

Asiente y comienza a contarme toda la historia. De cómo, por necesidad, han aparcado sus diferencias para encontrarme. Me cuesta imaginar a Jaime aceptando las imposiciones de Ezra, su carácter dictatorial. Que un día llegaron a las manos y cómo disfrutó pegándole. No digo nada, pero imagino que el divertimento fue mutuo. Por último, cuando me habla del dinero que le ha complicado su puesto de comisario, me siento tan culpable que me echo a llorar.

Jaime intenta reconfortarme con un abrazo y palabras tranquilizadoras, lo que hace que me dé cuenta de los tumbos que ido dando desde hace tiempo y piense que ahora toca coger al toro por los cuernos.

—Es tu turno —me indica con suavidad.

No me molesta que me toque, se podría decir incluso que agradezco sus caricias. Son tiernas y, en mi situación, cualquier gesto de cariño es bienvenido. Es más, hasta diría que las necesito.

Por lo que me ha dicho, han estado a punto de localizarme, solo les faltaba dar el último paso, que no han dado porque a Jaime le tendieron una trampa.

Le relato mi huida, la infinidad de lugares en los que recalé mientras intentaba poner tierra de por medio, ya que temía, tras todo lo ocurrido durante el operativo y posterior *show* para hacerme desaparecer, que Ezra me controlara y por tanto me pusiera en peligro. No solo a mí, sino también a mi hijo.

La incertidumbre, las noches en vela, la soledad.

—De todo lo que soporté, sin duda lo peor fue el miedo a que secuestraran a mi hijo por orden suya.

—Ya lo conoces, Cris, nada lo detiene.

—Y acabé en Nueva Zelanda por simple casualidad.

Pone cara de perplejidad cuando le cuento que estoy casada y que si he dejado plantado a mi marido ha sido por precaución y porque de nuevo me sentía acorralada por un hombre. Le hablo de Jeremiah, que, si bien nunca ha utilizado la fuerza o la intimidación, también pretendía controlarme.

—Joder, Cris, vaya película —murmura, y se levanta para ir él mismo a por otra cerveza.

—Y ahora estoy de nuevo en el punto de partida —admito con pesar.

—Tarde o temprano tendrás que hablar con él, lo sabes, ¿verdad, Cris?

—¿Le has dicho dónde estoy?

—Aún no. Quería hablar antes contigo y verte.

—Jaime... —me lamento, porque no estoy ahora para recordar viejos tiempos.

—No es lo que piensas, tranquila —dice, y esboza una sonrisa torcida—. Simplemente quiero asegurarme de que estás bien antes de afrontar de una vez tu situación.

—Me da la sensación de que nunca estaré preparada, pero adelante, llámalo y dile dónde estoy —le pido.

—¿Estás segura?

Hago una mueca y Jaime saca su móvil.

Esto es raro de narices.

Deja el teléfono sobre la mesa con el altavoz activado. Tarda bastante en dar señal y cuando lo hace me pongo nerviosa, hasta que salta el mensaje de la operadora indicando que el número marcado no se encuentra disponible en estos momentos.

Jaime corta la llamada y después la repite con idéntico resultado.

—Llamaré al club —dice, y que lo diga con esa tranquilidad es algo que no deja de sonar extraño.

Responde una voz que conozco y la emoción me embarga. Volver a escuchar a Aniol me hace sonreír.

—Comisario, ¿en qué puedo ayudarte?

Noto la ironía en su tono y entonces le hago un gesto a Jaime para que me deje hablar.

—Hola, James Bond. ¿Te acuerdas de mí?

La línea se queda en silencio. Miro a mi ex, que frunce el cejo y comprueba que la llamada no se ha cortado.

—¡Joder! —exclama finalmente Aniol—. ¿Milena?

—La misma —le confirmo, y Jaime resopla.

Supongo que no estaba al tanto de la relación entre Aniol y yo.

—¡Joder! —repite.

—¿Dónde está Wozniak? —interviene mi ex.

—¿Y tú, dónde cojones estás, comisario? —replica.

—Yo he preguntado primero —arguye Jaime.

—Estamos en París —digo yo.

Ocultarlo ya no tiene sentido.

—Me cago en la puta... —masculla James Bond, y sonrío.

Siempre me ha hecho gracia cómo blasfeman en castellano, es cuando más se les nota el acento polaco.

—¿Me vas a decir por qué Wozniak no responde al puto teléfono? —pregunta Jaime.

—Ha salido de viaje —nos informa, y noto bastante sarcasmo.

—¿Adónde ha ido? —insiste Jaime.

—No te lo vas a creer...

07.15, hora de Nueva Zelanda
Jueves, 17 de diciembre de 2020
21.15, hora de Francia
Miércoles, 16 de diciembre de 2020
Hollyhock Lane
Wanaka (Nueva Zelanda)

Ezra

Sigo maravillándome de la capacidad de un informático para acceder a cualquier base de datos, pienso mientras aporreo la puerta de una casa bastante modesta.

Desde luego, cualquier friki podría dominar el mundo sin salir de su cuarto. Y es una pena, porque resulta más divertido hacerlo a la vieja usanza, usando la intimidación. A este paso no van a ser necesarias armas, solo el ordenador más potente.

En fin, yo he obtenido lo que quería, una dirección.

Vuelvo a llamar, me impaciento. Y más aún cuando apenas he dormido unas cuatro horas porque llevo día y medio viajando. No tengo tiempo para *jet lag* ni gilipolleces similares. He venido a por ella y punto.

Por fin oigo pasos y la puerta se abre.

Un tipo con cara de sueño me mira y frunce el cejo. Lo entiendo, mi aspecto no ayuda.

—¿Dónde está Cristina? —le espeto sin presentarme.

Por su expresión deduzco que sabe a quién me refiero.

—¿Quién pregunta por ella?

Le doy un empujón, porque no estoy para bobadas.

—Eh, cuidado, estás en mi propiedad.

Otro empujón más brusco para que espabile.

—¿Dónde está? —repito marcando cada sílaba.

—No está aquí —responde, y hace amago de echarme.

Lo que, por supuesto, unido al cansancio y a la mala hostia que llevo, hace que la poca paciencia de la que dispongo se diluya.

Agarro al tipo de la camiseta y lo zarandeo antes de decir con voz amenazante:

—O me dices ahora mismo dónde cojones está o te rompo la cara, ¿estamos?

Intenta defenderse y admito que tiene bastante fuerza, pero no puede conmigo y menos cuando lo encañono con la semiautomática que he traído. Me ha costado una pequeña fortuna pasar los controles aeroportuarios, sin embargo ha merecido la pena.

—¡Se ha ido! —exclama lloroso.

«No me jodas...»

Lo empujo hacia el interior de la casa. No me trago ni una palabra, así que presiono un poco más el cañón contra su cara y el tipo empieza a contarme no sé qué historia.

Con el rabillo del ojo veo sobre el sofá algunos juguetes, lo que confirma que ella vive aquí.

—Que me digas dónde está, ¡hostias!

El gilipollas se echa a llorar.

—Me ha abandonado —se lamenta—. Y se ha llevado a mi hijo.

Entorno los ojos, se la está jugando.

—¿Tu hijo? —pregunto, y dejo de encañonarlo.

Señala la estantería y veo un portarretratos, lo cojo y miro la

foto. En ella está Milena, ya con su color de pelo natural, con mi hijo en brazos y, al lado, este gilipollas sonriendo.

—¿Tú hijo, cabrón? —repito apuntándolo de nuevo—. Este de la foto no es tu hijo.

—Por favor —suplica—. No sé dónde está.

—De rodillas —ordeno con rabia, y el idiota obedece—. Me vas a contar ahora mismo todo lo que sabes. Y espero que no omitas una puta mierda o empezaré a practicar con tus rodillas.

Entre balbuceos me dice cómo se llama; no me importa mucho ese dato, pero almaceno la información. También me explica dónde trabaja y noto que no miente. No me extraña, sabe lo que se juega.

Y cuando menciona que está casado con ella se lleva el primer culatazo.

—¡He dicho la verdad! —protesta lloriqueando.

—Precisamente por eso. Continúa.

A cada palabra que escucho la rabia alcanza cotas inimaginables. Cuando el muy imbécil dice que la ama y que está dispuesto a adoptar legalmente a su hijo, yo no puedo más, levanto la pierna y le sacudo en toda la cara con fuerza.

—Yo soy el padre, hijo de la gran puta —mascullo escupiéndole.

Le he roto la nariz, eso seguro.

—Cris me dijo que era viuda —tartamudea.

—Pues te mintió —replico.

—¿Y qué quieres de mí?

Esto de que no te planten cara y enseguida se rindan es tan aburrido...

—Para empezar, dime cómo localizarla. Su número de teléfono, por ejemplo.

—Lo... lo tiene apagado —explica gimoteando.

—Dámelo de todos modos.

Saco mi teléfono y lo enciendo. Con la estupidez de los aviones, lo he tenido silenciado, así que al activarlo y conectarse a la operadora del país me saltan un sinfín de notificaciones.

—Espera un puto momento —le ordeno, porque tengo varias llamadas de Aniol y otras tantas del comisario.

No sé con quién hablar primero, seguro que ninguno de los dos tiene buenas noticias que darme. Como conozco a ambos, opto por mi amigo.

—¿Por qué no respondes al teléfono? —me increpa nada más descolgar.

—Buenos días a ti también —suelto.

—En París son más de las nueve de la noche, gilipollas —me corrige.

Tengo que acabar con esto para descansar veinticuatro horas seguidas. Creo que empiezo a sufrir alucinaciones. ¿Ha dicho «París»?

—Vale, perdón, el cambio horario me ha despistado. —Miro de reojo al hombre, que sigue con la cara ensangrentada y de rodillas, y además se ha puesto a rezar—. ¿Dónde has dicho que estás?

—En París.

—Ah, vale, por fin has decidido llevarte a Jana y arreglar lo vuestro.

—¡Qué más quisiera! —responde.

—¿Te has echado una nueva querida?

—¿Te quieres callar, imbécil? —me espeta, y yo, que estoy hecho una mierda pero con ganas de largarme de aquí, le hago un gesto al idiota para que no se mueva y me pongo a inspeccionar la casa mientras hablo con Aniol.

—Venga, alégrame el día.

—Mira, eso a lo mejor sí puedo hacerlo —dice con retintín—. Estoy acompañado, en efecto, de una mujer.

—Ya sabía yo que al final... —Miro el dormitorio infantil, hay algunas fotos pegadas en la pared; las cojo y me las guardo en el bolsillo de la chaqueta.

—Es psicóloga —añade mi amigo y me pongo alerta—. Y tiene un hijo de cinco años.

—Aniol, no tiene puta gracia.

—Claro que no la tiene.

Inspiro con fuerza. No puede ser... Joder y yo en el culo del mundo.

—¿Estás con ella? —me atrevo a preguntar.

—Sí, la he visto, hemos cenado juntos —me confirma.

Regreso al salón, el tipo no se ha movido ni un milímetro. Solo por eso se va a librar de recibir un balazo.

—Haz lo que sea para retenerla, ¿me oyes? Lo que sea. A ella y al niño.

—De acuerdo, aunque no será difícil, quiere hablar contigo.

Cierro los ojos. Quizá esta pesadilla haya llegado a su fin, pero me temo que empieza otra.

—Estaré allí lo antes posible —afirmo, y me peino con los dedos. Joder, qué puta suerte—. Eso sí, primero resuelvo aquí un asuntillo y busco un vuelo.

—¿Un asuntillo? —pregunta suspicaz, y esbozo una sonrisa; qué puñetero es.

—Mejor no preguntes —mascullo mirando cómo el «asuntillo» gimotea de dolor.

—Muy bien, pero no hagas estupideces.

—Ya las he hecho —admito, y cuelgo el teléfono.

Miro al tipo, el golpe le debe de estar doliendo una barbaridad; sin embargo todavía me queda algo que resolver antes de subirme a un puto avión o a saber a cuántos, porque con la suerte que tengo, seguro que el primero disponible hará más escalas que ninguno.

22.20, HORA DE FRANCIA
JUEVES, 17 DE DICIEMBRE DE 2020
SUITE TOWNHOUSE
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Cris

Esta mañana tenía que cumplir una promesa: llevar a Ezra a Eurodisney. Jaime nos ha acompañado, algo que me ha descolocado bastante, pues mi ex nunca ha mostrado mucho interés por los niños.

Y mientras mi hijo se lo ha pasado en grande, Jaime y yo hemos continuado hablando. En *shock* me he quedado cuando he sabido con quién se ha casado y, claro, he aprovechado para preguntarle por todos los que trabajamos en el operativo.

—Los superiores consideraron que había sido un fracaso, y encima con una muerte, la tuya —me ha contado—. Toda la investigación se archivó y, aunque metimos entre rejas a Wozniak, logró salir gracias a un abogado bastante marrullero.

Mejor no menciono de nuevo lo de las pruebas amañadas.

—¿Se disolvió la unidad?

—Sí, con un fracaso tan sonado nadie quiso continuar.

—¿Y qué pasó con la gente?

Sé que a la señorita Galán la ascendieron y ahora está en un departamento que mejor no nombrar.

—¿Inteligencia? —he sugerido, y Jaime ha asentido.

Me siento orgullosa, mi compañera se merece eso y mucho más.

—Julio pidió el traslado a su ciudad y se lo concedieron. En cuanto al novato, no sé decirte, ya que desapareció.

—Y después te casaste con Olga.

—¿Te molesta? —ha preguntado.

Yo he negado con la cabeza y le he dado mi «bendición».

Luego he escuchado estupefacta la relación que ha establecido con Ezra para encontrarme. Y si ya no salía de mi asombro, lo más surrealista ha sido saber que, gracias a las maniobras del padre de mi hijo, Jaime se va a librar de su problema con Asuntos Internos.

Entonces me he acordado del famoso vídeo que le hice a Ezra y del que no tengo copias. Para encontrar una debería localizar a Eugenia, seguro que guarda todo lo que no entregamos. Contactar con ella será arriesgado pero, llegado el caso, si quien yo sé no entra en razón, tendré que jugar esa baza.

Por supuesto, no le he mencionado nada de esto a Jaime.

Luego ha sido mi turno de hablarle con más detalle de mi matrimonio. El motivo de aquella decisión (ahora en retrospectiva tan errónea); que lo hice para cambiar de apellido. Que Jeremiah es un buen tipo, pero no es para mí. Tampoco es plan criticar a un hombre que, si bien no es tan perfecto como parecía, creo que si hiciera balance sería positivo.

Y mientras Ezra correteaba por Eurodisney, haciéndose fotos en cientos de lugares, comprándose no sé cuántas chorradas, Jaime y yo hemos recordado viejos tiempos, y cualquiera que nos haya visto habrá pensado que éramos una pareja más.

He de reconocer que me ha sentado bien pasar el día distraída. Jaime ha resultado ser una buena compañía y, por suerte, no me ha reprochado nada. Me da la sensación de que ya hace bastante tiempo que me dio por perdida.

Ahora estoy sola, pues él se ha marchado a su habitación. He insistido en hacerme cargo de los gastos, pero Jaime se ha mostrado orgulloso y ha rechazado la oferta.

Antes de irse me ha hecho una única recriminación y es que ayer, a última hora, cuando Aniol se presentó en el hotel sin avisar de su llegada, me lancé a sus brazos y él me correspondió devolviéndome el abrazo con mayor ímpetu.

—No sabía que te llevaras tan bien con los mafiosos —ha murmurado con sorna.

Jaime no entiende lo contenta que estaba de volver a ver a Aniol.

No ha cambiado mucho, sigue con la misma apostura, esa aura de matón elegante. Tan moreno y serio como recordaba. Y también cariñoso, porque durante el abrazo me ha susurrado:

—Te he echado de menos.

Y algo así, viniendo de un tipo como él, es todo un detalle.

Después le he presentado a Ezra. Mi hijo, acostumbrado a ver gente nueva a menudo, le ha tendido la mano y Aniol, con una ternura alucinante, se ha acuclillado para quedar a su altura y le ha estrechado la mano, tratándolo como a un adulto y, claro, al crío le ha encantado el gesto.

James Bond no ha hecho preguntas, aunque por su expresión he podido entrever que quería hacerlas. Después me ha contado cómo averiguaron dónde estaba y que el padre de mi hijo no perdió el tiempo y se fue a buscarme a Nueva Zelanda.

Me he puesto en lo peor, porque ya sé lo irascible que es y más aún bajo presión. Aniol me ha asegurado que llegará a París mañana y después me ha pedido que hable con él para arreglar este asunto de una vez por todas.

Curiosamente, Jaime me ha pedido lo mismo.

Yo he aprovechado para preguntarle por su mujer, a la que aún no conozco, algo que me gustaría solventar, y Aniol me ha confesado que no están en su mejor momento. Yo le he ofrecido mi ayuda e incluso lo he instado a que la llamase delante de mí para intentar convencerla.

Jana no se ha mostrado muy proclive a ello, pero al final ha accedido y, mira por dónde, tiene también ganas de conocerme y vendrá a París mañana.

Así que me he ganado el respeto eterno de James Bond.

—Haría cualquier cosa por ti, Aniol —he afirmado sin titubear—. Te debo mucho.

Me ha abrazado y después se ha marchado, supongo que a pensar

en Jana y cómo arreglar su matrimonio. Yo he cruzado los dedos, ojalá todo les vaya genial.

Y ahora aquí estoy, sentada en la cama *king size*, observando cómo duerme Ezra. Sé que yo no conseguiré pegar ojo y menos ahora. La sola idea de imaginar lo que ha podido hacer el padre de la criatura en Wanaka me hace temblar.

Sin olvidar que mañana debo enfrentarme a él. No será sencillo, no me dará margen, pero yo he de establecer mis condiciones y quiero pensar en ellas antes de exponérselas.

08.50, HORA DE FRANCIA
VIERNES, 18 DE DICIEMBRE DE 2020
SUITE TOWNHOUSE
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Cris

Apenas he podido tomar un café con leche, tengo el estómago cerrado. Jaime ha pasado por aquí a las ocho, antes de irse al aeropuerto. En dos horas llega su mujer, Olga. No me creo que vaya a verla.

¿Cómo reaccionará?

Si para Jaime supuso un *shock* saber que yo no había muerto, no me quiero ni imaginar qué pensará ella. Quizá se sienta amenazada. Reconozco que me impactó la noticia de su boda y es evidente que todos han seguido adelante con sus vidas; por eso, en cuanto tenga la oportunidad, le dejaré claro que no tiene que sentirse mal ni yo voy a pedirle explicaciones.

Además, hace mucho que Jaime pasó de ser mi exmarido a un buen amigo. Y me lo está demostrando. De ahí que si él es feliz con Olga, por mí perfecto.

Ezra está jugando con los cereales que le he comprado y que no le entusiasman. Me ha preguntado ya unas cuantas veces por Jeremiah. Le he mentido, obviamente, diciéndole que está malito y que no quiere contagiarnos y por eso no puede vernos. La trola, como mucho, me servirá para dos días más. Y entiendo al niño; al fin y al cabo, ha sido su padre.

Tarde o temprano tendré que hablar con mi marido, explicarle la verdad y pedirle el divorcio. No hay posibilidad de que volvamos a estar juntos. Si antes de marcharme de Wanaka ya albergaba dudas sobre la viabilidad de nuestro matrimonio, ahora ya no existe ninguna, no hay futuro. Eso no quiere decir que debamos romper el contacto. Siempre y cuando él lo entienda, no habrá problema.

Ya sé que para Jeremiah un divorcio es como un historial delictivo, siempre quedan antecedentes, pero tendrá que lidiar con ello. Yo, por mi parte, no le deseo ningún mal.

Me levanto para abrirle la puerta a Aniol. Sé que es él porque ha quedado en pasar un rato conmigo. Él también tiene que ir al aeropuerto, primero a recoger a Jana y después...

—Llega a las siete y media de la tarde —anuncia nada más verme, y sé que no se refiere a su mujer.

—¿Y Jana?

—A las dos cuarenta y cinco.

Me hago a un lado para dejarlo pasar. Hoy no lleva uno de sus trajes oscuros, sino vaqueros grises y camisa blanca.

—No sé por qué te metiste a mafioso, podrías haber ganado un dineral como modelo —le digo, y él me dedica una sonrisa torcida, aunque no responde al piropo.

Se sienta junto a Ezra y habla con él.

Mi hijo le cuenta que este desayuno no le gusta y que prefiere el que todos los días le pone su padre. James Bond arquea una ceja, pero tiene el buen tino de no corregirlo.

—Mamá, ya no quiero más —dice Ezra, y me pone cara de niño bueno.

Si él supiera a quién se parece...

Entonces Aniol, que por lo visto tiene paciencia y madera de padre, le explica con cariño, mientras se sirve otro tazón de cereales para él, por qué el desayuno es la comida más importante del día y por qué hay que comérselo todo.

—Gracias —susurro pasando por su lado.

—¡Voy a lavarme los dientes! —exclama Ezra y sale corriendo hacia el baño.

—El niño tiene razón, estos cereales son una mierda —afirma Aniol, y yo sonrío.

12.35, hora de Francia
Viernes, 18 de diciembre de 2020
Suite Townhouse
Innside Paris Charles De Gaulle Airport
Roissy-en-France

Cris

—Es que aún no me lo creo. Estoy como un banco en época de crisis, ¡no doy crédito! —exclama Olga sin dejar de llorar.

Y me ha contagiado, evidentemente.

Jaime nos mira, lo mismo que mi hijo, como si estuviéramos mal de la cabeza. Pero es imposible reprimir el entusiasmo.

—¿Y este guaperas quién es? —pregunta ella señalando a Ezra.

Y mi hijo, haciendo gala de sus modales, le tiende la mano y se presenta.

—Hola, me llamo Ezra Perestrelo, tengo cinco años, ¿y tú?

—Qué mono... ¡Me lo como!

Olga, en vez de aceptar su mano, se inclina, lo coge en brazos y lo achucha igual que haría yo.

—¡Haces lo mismo que mi mamá! —se queja Ezra, aunque se ríe.

Tras el reencuentro, ambas queremos hablar a solas y Jaime se percata de ello, por lo que distrae al niño. A mi ex nunca se le han dado bien los pequeñajos, pero se sienta con él en el sofá y ponen la tele.

—Tenemos tanto de que hablar... —murmuro yo, y Olga me coge la mano al tiempo que niega con la cabeza.

—Hoy no, tienes que arreglar antes otros asuntos.

—Doy por hecho que Jaime te ha puesto al corriente.

Olga hace una mueca.

Mi ex no pierde ripio y, por la cara de ambos, deduzco que ha mantenido a su mujer al margen. Algo que no entiendo. Un misterio más que deberé resolver.

La vuelta no está resultando sencilla, nadie dijo que lo fuera a ser, sin embargo, a cada paso me encuentro un asunto más.

—Te estarás preguntando cómo es que Jaime y yo...

—A ver, no niego que me quedé patidifusa al saberlo, pero si lo que te preocupa es que yo me haya molestado, la respuesta en no.

Joder, ¿por qué me iba a molestar?

—No sé, éramos amigas y eso...

—Ya, bueno, ¿y...? Él puede estar con quien quiera y si esa eres tú, por mí perfecto, Olga. De verdad, no le des más vueltas.

Ella asiente, aunque no la veo convencida del todo, y es que el insensible de Jaime, además de mirarme cada dos por tres, no ha manejado muy bien el asunto de mi reaparición. En fin, ya le daré un par de collejas en otro momento.

16.10, HORA DE FRANCIA
VIERNES, 18 DE DICIEMBRE DE 2020
VESTÍBULO
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Cris

Estoy nerviosa. Vaya tontería.

Ezra está a mi lado, jugando con el móvil. No me gusta que se enganche a estas cosas, sin embargo hoy no es un día cualquiera, es el día de los reencuentros. Primero con Olga y después... después con él.

Pero en medio voy a conocer a la mujer de Aniol. Y tengo muchas ganas.

Conozco detalles de su vida, de sus dificultades y demás, pero lo importante es tener mi propia opinión. Y mira, si después de todo por lo que ha pasado ha logrado salir adelante, olé sus ovarios, que ya está bien de ser la víctima.

Aniol me ha enviado un mensaje hace ya un buen rato diciéndome que el vuelo llegaba con algo de retraso, nada preocupante.

—Mamá, ¿hoy voy a conocer a más amigos tuyos? —me pregunta Ezra.

Le sonrío y lo peino con los dedos antes de responder.

Para que no se líe al ver aparecer a tantas personas nuevas en nuestra vida, le he dicho que son amigos de cuando yo iba al cole de los mayores. Una mentirijilla piadosa. A mi ex, a Olga y a Aniol les ha parecido bien, no obstante sé quién tirará por tierra la excusa.

—Sí, claro que sí —le respondo.

—Ah, vale —murmura, y vuelve al juego.

Las puertas se abren y veo a James Bond. Qué guapo es. De hecho, la recepcionista se lo come con los ojos y otra mujer que pasa por su lado, también. Lleva de la mano a Jana, que mira a su alrededor como si me estuviera buscando. Se detienen, Aniol me ve y le señala dónde estoy. Entonces ella se encamina hacia mí. No se le nota nada que tiene una pierna ortopédica.

Me pongo en pie para saludarla.

—No hacen falta las presentaciones —le dice a su marido cuando él hace amago de hablar.

—No, no hacen falta —corroboro, y nos damos dos besos.

—La mujer que ha conseguido desbaratar el mundo de Ezra Wozniak merece toda mi admiración.

—Jana... —musita Aniol con cariño.

—Yo no diría tanto... —añado con una sonrisa.

Mi hijo deja a un lado el móvil y de nuevo recurre a su rutina a la hora de presentarse.

—Hola, me llamo Ezra Perestrelo, tengo cinco años, ¿y tú?

Jana se ríe y se agacha para quedar a su altura.

—Yo me llamo Jana. Y mira... —Se sube el pantalón y le muestra la prótesis—. Soy pirata.

—Alaaaaaaa —susurra mi hijo con admiración absoluta—. ¿Puedo tocarla?

—Claro.

Ezra estira la mano y toca la prótesis con cautela, después me mira y dice:

—Mamá, ¡esta amiga es la que más me gusta de todos!

—¿Y eso?

—Porque no me dice lo de que se me come a besos. Ni me estruja como si fuera un peluche —explica muy serio.

A duras penas nos aguantamos la risa.

—Eh, cuidado conmigo, que soy pirata, pero también me como a los niños a besos.

—Bueno, vale, puedes darme unos pocos —acepta Ezra, e inmediatamente Jana lo abraza y lo besuquea.

Miro a Aniol y a punto estoy de preguntarle por qué no tienen hijos, pero sé, por lo poco que dijo, que ese es un escollo en su

relación, y que Jana no ha conseguido llevar a buen puerto ningún embarazo.

20.45, hora de Francia
Viernes, 18 de diciembre de 2020
Vestíbulo
Innside Paris Charles De Gaulle Airport
Roissy-en-France

Ezra

—¿Me vas a decir ya cuál es su número de habitación o tengo que partirte la cara? —amenazo a Aniol, que no suelta prenda.

Y encima Jana está a su lado, lo que entorpece mi intención, pues ella al verme me ha abrazado y me ha pedido que antes me arregle. Dice que no puedo presentarme con esta pinta.

De acuerdo, vengo hecho un asco. Me he pasado la última semana subiendo y bajando de aviones, aseándome deprisa y mal en aeropuertos, comiendo mierda, durmiendo horas sueltas y pensando en cómo proceder para solucionar este capítulo de mi vida de una vez por todas.

—Antes te cambias de ropa, te afeitas y te tranquilizas, joder —me espeta Aniol.

Se acerca al mostrador de recepción para pedir la llave. Conociéndolo, seguro que me ha reservado una habitación lo más lejos posible de Milena. La chica me pide la documentación y yo, con toda amabilidad, se la doy junto con un billete de doscientos euros y le digo:

—Apuesto a que tienes un contrato de mierda temporal, haces más horas de las que te pagan y hasta aseguraría que tu jefe es un baboso que se frota con tu culo cuando pasa por aquí; por eso, si quieres, esta noche estás de suerte.

—No soy puta, señor —replica la chica.

—Tranquila, yo ya tengo con quien follar hoy —suelto sin medir mi arrogancia.

—Ezra, por favor —se queja Aniol, y le hago un gesto para que no interrumpa.

—Solo quiero información. ¿En qué habitación se aloja Cristina Travis? —Casi me atraganto al pronunciar el apellido de ese blandengue.

—Lo siento, caballero —dice la chica empujando el billete hacia mí—. No nos está permitido dar información sobre los huéspedes.

«Qué asco de empleados», pienso.

—Muy bien, pues nada, sigue aguantando al baboso de tu jefe por una mierda de sueldo. Ah, y dudo mucho que encuentres a alguien que te folle, con ese culo —le espeto, y la chica está a punto de llorar.

Me resbala, que hubiera aceptado el dinero.

Recojo mi tarjeta y cuando nos alejamos unos pasos Aniol me recrimina mi comportamiento. Lo mando a paseo, por supuesto.

—Así ya te adelanto que no vas a verla.

—Aniol, deja de joderme ya, ¿estamos?

—Necesitas relajarte. Tienes que pensar con claridad y no actuar de forma precipitada —me recomienda Jana.

—No me deis el coñazo a dúo, joder —protesto.

Vale, haré una parada en la habitación, ducha rápida, cambio de ropa y fingiré ser el tipo más amable del puto planeta para que me dejen en paz.

Me encamino hacia los ascensores y justo entonces aparece el que faltaba, y acompañado.

—¡Comisario! ¡Qué sorpresa! —exclamo con sorna—. ¿Cómo tú por aquí?

—Déjate de chorradas, Wozniak. Ya sabes por qué estoy aquí.

—¿Ejerciendo de perrito faldero de tu ex? —pregunto.

De reojo veo a Jana resoplar, a Aniol negar a la cabeza y a la mujer del comisario morderse la lengua.

Eso me dice que he dado en el clavo.

—Vete a tomar por el culo —replica con tono de policía.

—¿No nos presentas? —inquiero señalando a su mujer.

—Ella es...

—No hace falta —lo interrumpo, y se sorprende de mi reacción, pero se va a sorprender aún más cuando siga hablando—: Ella es quien se chivó de nuestro acuerdo a un periodista amigo suyo.

Todos me miran. Lógico, he soltado la bomba. No sé si es el mejor momento, pero me da igual. Que se jodan, que yo bastante tengo con lo mío.

—Wozniak, te has pasado —dice el comisario amenazante.

Incluso da un paso hacia mí con la intención de atizarme. Perfecto, que lo haga, no tengo yo ganas ni nada de una buena pelea, y a mí me da igual hacerlo en el vestíbulo de un hotel que en el parking de un McDonald's.

Miro a la mujer del comisario. Ella calla, por supuesto, la he acusado sin pruebas. Pues vamos allá.

—Piénsalo, era la única que podía acceder a tu móvil y ver los mensajes que cruzabas conmigo. La hora y el lugar de los encuentros.

Nada mejor que sembrar primero las dudas, antes de recoger los beneficios.

—¿Olga? —pregunta el comisario esperando una explicación.

—Cállate —sisea ella refiriéndose a mí, evidentemente.

—Y estoy seguro de que nos vigiló en persona. Ya te dije que era una temeridad reunirnos en lugares oscuros —le recuerdo con ironía —. Pero como te empeñaste en no ir al club...

No hace falta mencionar la clase de tentaciones que hay en el Ice Star, todos estamos al corriente.

—Y después llamó a un periodista y...

—¡Sí, yo avisé al periodista! —estalla Olga.

Yo sonrío, me ha quitado la oportunidad de mostrar la foto del periodista al que mandé dar un correctivo mientras lo confesaba todo; no obstante, la perdono solo por ver la cara de estupefacción del comisario.

—Salías de noche sin decirme adónde. Regresabas de mal humor. Incluso un día te vi marcas de haberte peleado con alguien...

—Qué momento tan inolvidable, ¿verdad, comisario? —digo con tono soñador.

—Y encima hablabas en sueños, la mencionabas a ella una y otra vez.

—No puedo creer que me hayas hecho algo así —se lamenta él, y su expresión refleja lo que siente al conocer la traición—. Has podido hundir mi carrera.

—Me encanta que ahora estés en deuda conmigo, comisario — tercio, sin perder el buen humor.

—Solo quería darte un susto, que dejaras lo que estabas haciendo —asegura ella para justificarse.

—Querida, pues la has cagado bien —digo yo.

El comisario me advierte con la mirada que no continúe echando sal a la herida. Pero ¡qué cojones...! Esto es jodidamente divertido.

—Nos vamos —dice él muy serio, y después me mira—. Ya hablaremos en otro momento.

—Siempre eres bien recibido en el Ice Star, comisario —me burlo, aunque es cierto.

A lo mejor ya no tengo que encargarme de él por lo que hizo. Por extraño que parezca, siento un leve respeto hacia este hombre.

—¿Cómo puedes ser tan mala persona? —me pregunta Jana una vez que el comisario y su mujer se han ido.

Me encojo de hombros.

—Me divierte. Punto.

—Anda, ve a tu habitación —me recomienda Aniol.

—En media hora quiero saber dónde está o armo la de Dios es Cristo en el hotel, ¿entendido?

21.15, HORA DE FRANCIA
VIERNES, 18 DE DICIEMBRE DE 2020
SUITE TOWNHOUSE
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Cris

—Ya está aquí —murmuro mientras miro por la ventana.

Desde mi suite no se ve la entrada principal, pero, tras recibir el mensaje de Aniol diciéndome que ya había recogido a Ezra en el aeropuerto, no he sido capaz de moverme ni un centímetro de la ventana.

Mi hijo está con Olga y con Jaime, quienes, por cierto, tenían cara de disgusto. No me han querido decir qué ha pasado, yo tampoco he insistido. Cuando quieran contármelo los escucharé.

Sé que Ezra preguntará por el niño e insistirá en verlo, pero primero prefiero que resolvamos nuestras diferencias o al menos lo intentemos. Va a ser difícil, sé que él no entrará en razón, pero yo me estoy mentalizando para no flaquear al verlo después de tanto tiempo.

Y es que el subconsciente es un hijo de puta. Anoche no pegué

ojo y encima me excité y acabé masturbándome. ¿Cómo se explica eso? Pues de ninguna manera.

El único hombre que puede hacerme daño y yo me pongo cachonda pensando en él.

Para darme de cabezazos contra la pared.

Puede entrar en la suite sin llamar y la puerta del dormitorio está entreabierta. He dejado su colgante de la Virgen de Czestochowa sobre la mesa.

¿Y si me pimplo un chupito de lo que sea para templar los nervios?

No, ni hablar, esto hay que afrontarlo a palo seco.

Oigo pasos procedentes del pasillo del hotel.

¿Está vez serán los suyos?

Quizá la idea de Jaime de acompañarme no fuese tan descabellada.

Mi ex al menos ha sabido encajar la situación. Ha mostrado su disconformidad con mi forma de proceder, pero ha evitado echarme en cara algunas de mis decisiones, y eso que le dolió como ninguna otra cosa la noticia de mi muerte.

Permanezco inmóvil, sin apartarme de la ventana. Podría haber elegido otra ropa más elegante, menos de andar por casa, pero no he tenido tiempo de ir de compras, así que los vaqueros desgastados y el jersey *oversize* negro tendrán que servir para el reencuentro.

Obviamente, ni me he maquillado ni peinado para la ocasión. Hace ya mucho que me he acostumbrado a recogerme el pelo en un moño descuidado y a no preocuparme de mi aspecto. Cuando una se pasa tanto tiempo viajando, aprende a ir rápido. Ya ni me acuerdo de lo que es ir a la peluquería. Solo recuperé mi tono de cabello natural cuando ya me sentí medianamente segura en Nueva Zelanda.

De nuevo se oyen pasos y seguramente sea una gilipollez, pero algo me dice que Ezra está aquí.

Sí, es él.

Los pasos se detienen junto a la puerta entreabierta de la habitación.

Yo sigo mirando por la ventana. Veo su reflejo en el cristal.

Inspiro dos veces.

—Si me lanzas por la ventana, ¿moriré en el acto o me quedaré tetrapléjica?

—Depende de cómo te lance —responde en voz baja.

Está de pie, a mi espalda.

En algún momento tendré que volverme y mirarlo a la cara, así que, venga, voy a echarle ovarios al asunto.

Ezra está a escasos centímetros, oigo su respiración y percibo su aroma.

Tengo que darme la vuelta ya. Lo hago con rapidez, como cuando una se quita la banda de cera de las ingles. Inspiro, alzo la mirada y me encuentro con la misma que recordaba, tan fría y despiadada.

Incluso más.

Él se limita a observarme y eso me pone nerviosa. Mucho.

He repasado mentalmente qué debo decir, sin embargo es tenerlo delante y ser incapaz de hilar una frase.

—¿Dónde está el crío? —me espeta en voz baja y amenazante.

Mantiene las manos dentro de los bolsillos, pero sé que en cualquier momento, si no obtiene lo que busca, las utilizará para acojonarme.

—Antes tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De las condiciones.

Arquea una ceja.

—Las condiciones... —repite con un deje burlón, y se inclina hacia mí—. ¿Pretendes imponerme condiciones? —Se ríe sin ganas—. ¿Tú a mí?

—Sí —afirmo, procurando que mi tono no le transmita el nerviosismo que no consigo controlar. Porque lo conozco y sé que querrá usarlo en mi contra—. Vas a escucharlas y a aceptar.

—Venga, di tus chorradas y acabemos con esto —replica, dejando implícito que se las va a pasar por el forro.

Trago saliva, qué cerca está. Aparto un instante la mirada.

—El niño ha empezado este año el colegio y se ha integrado muy bien, ha hecho amigos, y por eso me gustaría regresar a Nueva Zelanda —digo conteniendo la emoción—. Ha aprendido a jugar al ajedrez, no sabes lo inteligente que es...

—No, no lo sé porque te largaste con él, impidiéndome conocerlo —me recuerda con mala leche.

—Hasta que cumpla unos años más, me gustaría...

—¡Los cojones! —me interrumpe.

Ya contaba con su hostilidad, ahora bien, su tono destila odio.

—Tendrás que asumirlo —contesto.

—Ni hablar —sentencia, y hace una pausa calculada para mirarme con su frialdad intimidatoria—. Si quieres que siga recibiendo clases de ajedrez, le buscaré el mejor profesor, por eso no te preocupes. ¿Algo más?

—Estoy casada.

—Lo sé, con un meapilas —dice con desdén.

—¿Qué sabes tú de Jeremiah?

—Que necesita una cara nueva.

—¿Perdón?

—Tranquila, serás una mujer divorciada en breve.

—¿Cómo te atreves?

Ezra se cierne sobre mí, acorralándome. Siento el cristal a mi espalda.

—¿Que cómo me atrevo?

—Jeremiah es el único padre que ha conocido mi hijo, lo ha tratado con cariño y te aseguro que es mutuo.

—Mi hijo ya tiene un padre, Milena —afirma sin abandonar el tono amenazante.

—Ya lo sé, pero de momento será mejor no decírselo.

—¿Por qué?

—¡Tiene cinco años! ¡Se sentirá confuso!

—Insisto, si no te hubieras empeñado en alejarlo de mí... no estaríamos en esta situación.

—Mira, te pongas como te pongas, o aceptas mis condiciones o nada —me reafirmo, y sé que tiene parte de razón y que quizá debería haber buscado otra forma de sentirme segura, pero lo que hice ya no tiene remedio.

—O me dices ahora mismo dónde está o...

—¿O qué? —le espeto rabiosa, y lo empujo para que se aparte. No es necesario tenerlo tan cerca.

—... armaré un escándalo en el hotel. Me importa una mierda todo, incluidas tus condiciones —dice con la mirada más peligrosa que recuerdo.

—¿Vas a ir habitación por habitación pistola en mano, amenazando a cada huésped? —pregunto, y tiene el descaro de esbozar una sonrisa torcida.

—Ponme a prueba —susurra acercándose más.

Es inevitable que mi respiración se altere. Maldita sea, y él lo ha debido de notar.

—Acepta mis condiciones y todo será más sencillo —propongo yo.

Niega despacio, con la cabeza. Siempre con su arrogancia.

—No —dice inflexible—. Y deja de marear la perdiz. Estás cachonda como una perra, se te notan los pezones y no llevas sujetador.

—Vete a la mierda —le espeto.

—Pero ¿sabes qué? Por si piensas que abriéndote de piernas vas a conseguir algo, te advierto que vas por mal camino: en el avión me he follado a una azafata.

—Se llaman «asistentes de vuelo» —lo corrijo con retintín, y como sé que le gustaría verme celosa, añado—: ¿Y era morena o rubia?

—Morena —responde sin pestañear.

—¿Y te la has follado en el aseo? —Asiente—. Vaya, debía de ser de lo más flexible, porque entre tu estatura y lo reducido de los baños...

Acabar la frase es del todo innecesario. Ambos sabemos que hay mucho mito con lo de follar en un avión.

—¿Quién te ha dicho que he venido en un avión comercial? —replica.

—James Bond —le suelto, y por un instante me da la sensación de que se va a echar a reír, aunque no es así, mantiene su expresión seria y arrogante.

—No desvíes la conversación. Dime de una puta vez dónde está.

—Estará dormido. Mañana, a primera hora...

Alza el brazo hasta agarrarme del moño y me obliga a echar la cabeza hacia atrás.

—Ahora, Milena.

—Ni se te ocurra utilizar tus métodos de matón conmigo —gruño desafiante.

Él me supera en fuerza física y en crueldad, así que estoy en sus manos.

—Ni siquiera he empezado.

Nos miramos fijamente. Quizá él no esperaba que me mostrase

tan reivindicativa o quizá le guste. Por eso tira con más saña de mi pelo, haciéndome daño.

—De acuerdo, pero como se te ocurra montar un numerito...

—Solo quiero verlo, no soy tan cruel como para despertarlo a estas horas —afirma, y por supuesto no me lo creo.

Me suelta y da un paso atrás. Me mira de arriba abajo y se detiene a la altura de mis pechos. En efecto, mis pezones se marcan a través del jersey de punto.

Salimos de la suite, él camina un paso por detrás. No sé si es sensato que sepa el número de habitación donde se aloja Jaime, confío en que no acaben a puñetazos.

No quiero estar encerrada en un ascensor con él, así que subo dos pisos por la escalera, consciente de que le estoy dando la espalda. Menos mal que no hace ni un solo comentario de mi culo.

Llamo flojito a la puerta, es muy tarde, y me abre Olga.

—Vaya, la traidora —le dice Ezra, y me quedo perpleja ante semejante adjetivo.

—¿De qué hablas?

—Tu amiguita es la que se chivó de mis tratos con el comisario y, por lo visto, él es un calzonazos, porque aún no le ha dado la patada en el culo.

—¿Dónde está Jaime?

—Ha ido a dar una vuelta... —contesta Olga y aparta la vista, se nota que ha llorado.

—Sea lo que sea, se arreglará.

—Lo dudo —tercia Ezra tocando la moral—, no se puede joder a un hombre de esa manera.

—Supongo que habla la voz de la experiencia —murmuro, aunque todos me oyen.

—Señor Wozniak —replica ella—. Váyase a tomar por el culo.

Resoplo, así no hay manera.

—¿Dónde está mi hijo?

Olga nos hace un gesto para que pasemos y me lo encuentro sentado en el suelo, con un puzle desperdigado y con cara de concentración.

—¿Qué haces tan tarde despierto? —le pregunto poniéndome de rodillas a su lado, y él me mira de reojo tras encogerse de hombros.

Eso quiere decir que ha congeniado bien con Olga, porque de

haber estado aburrido o molesto, sin duda se habría echado a mis brazos. Los niños no saben disimular.

—Es que no tengo sueño, mamá —responde tan pancho, y entonces se da cuenta de que hay alguien más en la habitación.

Mira a su padre y este permanece inmóvil.

No sé si debería decir algo, cualquier cosa, para que mi hijo no perciba mi tensión. Sé que he hecho las cosas de puta pena y ahora sufro las consecuencias; pero al fin y al cabo es un niño y, con tacto, no tiene por qué sentirse confundido.

Bastante lo está ya con el viaje y los cambios.

Cuando voy a hablar, él se adelanta y pregunta:

—¿Es otro de tus amigos del cole?

Yo asiento un poco aliviada.

Entonces se pone en pie y se acerca hasta Ezra, le tiende la mano y se presenta:

—Hola, me llamo Ezra Perestrelo, tengo cinco años, ¿y tú?

Olga, y sobre todo yo, contenemos el aliento. ¿Cuál será su reacción?

Se agacha junto a mi hijo y le estrecha la mano mientras dice:

—Yo también me llamo Ezra.

—¡Alaaaaa! —exclama, y añade—: ¿A que es un nombre muy chuli?

—Lo es —murmura el padre en voz baja, aunque su tono nada tiene que ver con el que utiliza conmigo. ¿Se ha emocionado?

—Yo no conozco a nadie más que a ti con este nombre —dice el niño.

—Pues ya somos dos.

Respiro, no sé si aliviada.

Pues no, no es alivio porque Ezra, pasándose de nuevo por el forro mis peticiones, coge al niño en brazos y camina con él hasta la puerta.

—¿Qué haces? —pregunto preocupada.

—Recoge sus cosas. Nos vamos.

Olga me mira a la espera de que yo me niegue, pero en vista de que Ezra ya ha tomado una decisión sin mi permiso, y que se larga con el niño, me pasa la bolsa que yo misma le he preparado para pasar la noche fuera y salgo corriendo tras él. No voy a montar un *show* en el pasillo, por eso lo sigo en silencio.

En esta ocasión utilizamos el ascensor.

El niño está confuso y no es para menos. Hasta yo lo estoy por cómo se suceden los hechos. Lleva unos días rodeado de extraños, así que se limita a observar.

Regresamos a la suite y, una vez dentro, mi hijo me pide que le prepare su vaso de leche y dos galletas de dinosaurios.

No es momento de discutir estando el niño delante, de modo que preparo el vaso de leche. Todo bajo la atenta mirada de Ezra.

Cuando se acaba el vaso de leche, mi hijo va corriendo a la bolsa, saca su pijama y se lo enseña.

—Me lo regaló mamá en mi cumpleaños —le dice mostrándole el pijama de rayas rosa y naranja.

—Muy bonito —murmura Ezra disimulando su desagrado.

—¿A que sí? —canturrea el niño, y añade—: A mi papá no le gusta, dice que es de chica. ¿Tú qué opinas?

—Que tiene razón.

—Vamos, a lavarte los dientes y a la cama —intervengo yo llevándomelo al aseo, aunque él tiene una última cuestión que plantear:

—¿Por qué no te quedas con mamá y conmigo a dormir?

—Porque tiene que ir a su habitación —respondo con tono alegre, para disimular.

—Mi papá dice que siempre tiene que haber un hombre para cuidar de mamá.

Maldita sea, Jeremiah y sus idioteces.

—Vale, me quedo —afirma Ezra mirándome.

Lo fulmino con la mirada y él se ríe.

22.40, HORA DE FRANCIA
VIERNES, 18 DE DICIEMBRE DE 2020
SALA DE ESTAR. SUITE TOWNHOUSE
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Cris

—No vas a dormir aquí —murmuro tras dejar al niño acostado.

Ezra, además de mirarme como si yo fuera un moco de la pared sin voz ni voto, va a su aire, como siempre, y ha llamado al servicio de habitaciones.

—Me muero de hambre —dice señalando la mesa.

—Ya, follar en los aviones es lo que tiene —replico.

Me sonríe con descaro.

—Así es.

A veces me pregunto por qué el subconsciente tiende a jorobarme los planes. Ahora mismo lo miro y parece que no haya pasado el tiempo, que no hayamos estado separados ni un maldito minuto. Como psicóloga (oxidada de no ejercer) debería al menos ser capaz de explicarlo, pero me da la sensación de que sería más bien una mentira para no afrontar la realidad, y es que sigo colada por él. Ezra puede ser desagradable, peligroso, machista, despreciable, un matón con ropa cara, pero mis sentimientos son igual de fuertes.

¿Habrá medicación para esto?

—¿Cenamos? —propone con un tono cercano a la amabilidad que no engaña a nadie, y menos a mí.

—Qué remedio —suelto, porque sí, con los nervios apenas he probado bocado.

—Y si no recuerdo mal, tenemos que negociar no sé qué chorradas —me recuerda con sorna.

No se sienta a la mesa, espera que lo haga yo primero.

—Muy predispuesto no te veo —comento, y a pesar de que ha pedido comida para una docena, que seguramente sea todo sanísimo y yo tengo hambre, me quedo aún de pie junto a la ventana.

Mi lado sensato y lógico me dice que no debería estar aquí, tan cerca; sin embargo, mis hormonas están bailando salsa a la espera de encontrar un compañero de baile que les dé lo suyo.

Y no hay manera de que se queden quietas, las muy cabronas.

Sé que Ezra lo intuye, y eso me jode. Ha pasado el tiempo y parece que nada ha cambiado. Y mira que, a veces, en nuestros encuentros imaginarios, yo era capaz, pese a la emoción, de controlarme, de ser más fría. O, siendo ya más optimista que nadie, imaginé la posibilidad de que él hubiera cambiado.

Antes de que quiera darme cuenta y pueda huir, lo tengo pegado a mí, a mi espalda. No me toca, pero como si lo hiciera.

—Deberías dejar ya la actuación, se te da de puta pena fingir —

me espeta en voz baja.

Mierda, mierda, mierda.

—Cena y lárgate —respondo, y oigo cómo se ríe entre dientes.

—Tienes toda la razón...

—¿Qué?

—Nada más abrir la puerta debería haberte agarrado de los pelos, arrastrado hasta la ventana y quedarme impasible mientras te veía estamparte contra el suelo —dice, y es inevitable que sienta un escalofrío, porque él no finge. Sus palabras son igual que un bofetón.

Trago saliva. Brutalmente sincero.

—Sin embargo, no lo has hecho —murmuro, e intento controlar la respiración.

—No. ¿Y sabes por qué?

—Porque prefieres arruinarme la vida vengándote lenta y dolorosamente.

Vuelve a reírse. Cabrón.

—Es una explicación, sí. Aunque por desgracia para mí, para ambos, hay otra menos dramática —dice, y frunzo el cejo.

No sé cómo narices analizar esa frase.

—Me importa un pimiento qué pienses. Solo quiero estar sola.

—Que dejes de fingir de una puta vez, Milena.

Hacía tanto que nadie me llamaba así... Joder con los recuerdos, son como Red Bull para mis hormonas.

Está esperando que me derrumbe, que llore o que haga alguna estupidez. Ezra es demasiado listo y cabrón como para no aprovecharse de cualquier debilidad. Quiere vengarse y para ello nada mejor que ir al meollo de la cuestión: mis emociones. Porque él muy sabe muy bien esconder y controlar las suyas, pero yo no.

Así que me doy la vuelta, dispuesta a enfrentarme a él y a mis hormonas. Dos contra una; puedo con ello.

—No voy a tolerarte más gilipolleces —asevero utilizando un tono firme—. He accedido a verte como muestra de buena voluntad, así que deberías darte con un canto en los dientes porque, de haber querido, no nos habrías vuelto a ver, ni a mí ni a tu hijo, en la puta vida.

He enfatizado lo de «tu hijo», porque algo me dice que le afecta, o al menos es la conclusión que saqué tras hablar con Jaime.

—Me importas una mierda, Milena —replica arrogante y

mirándome desafiante—. Y si no estás estampada contra el asfalto es porque antes quiero ver cómo sufres.

Ha ido directo al corazón, sus palabras son quizá más hirientes que el daño físico.

Ambos somos conscientes de ello y sé que nada le va a impedir usar cualquier arma a su disposición, porque busca venganza.

—Si te importo una mierda, ¿por qué me has buscado?

—No te lo creas tanto, me importas una mierda —insiste, dando a entender que no siente nada por mí.

Y quizá así sea.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Ya sabes por quién estoy aquí —responde burlón, y está demasiado cerca, lo suficiente para que me sienta acojonada; de ahí que sea imperativo hacer algo, lo que sea, para bajarle los humos.

Le sostengo la mirada y estiro el brazo hasta agarrarle los huevos. Aprieto y él sisea.

—Pues ya te adelanto que no te vas a salir con la tuya —le advierto, y ejerzo más presión.

—Más fuerte —ordena—. Ya sabes lo mucho que disfruto cuando me tocas las pelotas.

Además de darme órdenes, se cierne sobre mí, le importa muy poco el dolor. Y encima tiene el descaro de sonreír como si nada y, joder, que le estoy retorciendo las pelotas.

—Vamos, Milena, aprieta más fuerte —repite provocador y encima con tono de burla.

Se inclina más, apoyando las manos en el cristal, para rozarme la oreja con los labios.

—Te tiene que estar doliendo una barbaridad —murmuro sin aflojar un ápice.

—Y a ti te encanta tenerme cogido por las pelotas.

—Así no vamos a ninguna parte —mascullo, porque estamos entrando en una dinámica autodestructiva.

Respiro hondo. Por inexplicable que parezca, me he excitado. Ezra se ha dado cuenta. Claro que a él le ha pasado lo mismo.

—Aún no me has dicho si la azafata que te has follado es rubia o morena —le digo, aunque sí lo ha dicho, solo insisto para despistarlo y, en la medida de lo posible, confundirlo

—Se llaman «asistentes de vuelo» —replica, y oigo su risa—.

¿Celosa?

—Pues no.

—¿Cuánto hace que no te comes una buena polla? —pregunta en voz baja.

Su aliento junto a mi oreja es igual que una caricia, pero de las malas, de las que sabes que te van a meter en problemas.

—Porque el caraculo con el que estabas casada dudo mucho que apreciara tus habilidades.

Entorno los ojos, ¿qué sabe de Jeremiah? Me extraña que conozca los detalles de nuestra convivencia.

—Sigo casada con él —afirmo.

Él respira profundamente, le debe de joder mucho que se lo recuerde.

—No por mucho tiempo —susurra.

Se está conteniendo, pese a que le hago daño, y además se ha empalmado. Quiere llevarme hasta el límite, forzar la situación para que yo haga una estupidez que le permita actuar.

—Ya sé que te gusta controlarlo todo, pero tu influencia no llega hasta Nueva Zelanda.

—Tranquila, los papeles del divorcio me llegarán en breve.

—¿A ti, por qué? —pregunto siseando.

—Si tenemos en cuenta tu manía de ir de aquí para allá... —se burla—. Ah, y para asegurarme de que los firmas.

—Pues ya te adelanto que no voy a hacerlo —digo, y le aprieto las pelotas como no creo haberlo hecho nunca.

—Esto te pone muy cachonda, ¿verdad? No lo niegues. Tus pezones te delatan —repite sin pizca de vergüenza.

Claro que ¿cómo ocultar la puta realidad?

Ezra se aprovecha de mi silencio y me agarra de la muñeca. Su intención no es liberar sus pelotas, sino todo lo contrario; me insta a que mueva la mano, a que sea tan agresiva y expeditiva como desee.

—Vamos, te mueres de ganas de abrirte de piernas y que te folle como la perra en celo que eres —musita, y jadea a medida que mi mano, conducida por la suya, se mueve sobre su polla—. ¿O quizá prefieres que te doble sobre la mesa y te la meta por el culo?

—Cállate.

Tiene el descaro de reírse.

—Algo me dice que ese imbécil con el que estabas casada no

sabía dejarte satisfecha —añade provocándome.

Trago saliva. Odio que tenga razón.

—Y tú, ¿a cuántas has obligado a follar contigo? —contraataco sin dejar de sobarlo por encima del pantalón; incluso aunque le estoy clavando las uñas, Ezra sisea, pero no me manda parar.

—Ya conoces la respuesta —dice arrogante, y por si acaso no me ha quedado claro, añade—: No me hace falta obligar a ninguna.

«Esto se me va de las manos», me digo en cuanto noto la caricia de su boca en el cuello, seguida del roce de sus dientes. Quiere morderme, someterme, marcarme.

—Caen rendidas a tus encantos —me guaseo.

—Como tú —sentencia—. Así que deja de marear la perdiz y elige: ¿cómo quieres que te folle?

—No necesito un semental, voy bien servida, gracias —respondo.

—Dudo mucho que con un crío a cuestas y viajando arriba y abajo, hayas tenido tiempo de encontrar a un idiota que sepa satisfacerte —replica, y me atrapa el lóbulo de la oreja entre sus dientes.

La reacción lógica es estrujarle más los huevos.

—Te sorprenderías de los servicios tan completos que ofrecen algunos hoteles. Ah, y la de ejecutivos ávidos por echar un polvo que me he encontrado.

—¿Me estás diciendo que dejas al niño solo mientras te vas a follar con un desconocido?

—Soy madre, pero también mujer —sentencio—. Y como mujer no voy a renunciar al placer. Pero nunca he dejado a mi hijo solo.

—No me vengas con discursitos feminazis —se burla.

—Y tú no te atrevas a cuestionar mi papel como madre —mascullo, y ahora sí, cuando le aprieto las pelotas lo oigo protestar—. ¿Entendido?

—Si quieres placer, deja de buscar excusas y desnúdate —ordena.

Ezra toma las riendas. Libera mi muñeca, sabiendo que continuaré masturbándolo por encima del pantalón, y coloca la mano en mi garganta, apretando y obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

Mi respiración se vuelve más forzada debido a la postura, pero también a la excitación.

—Ahora tú y yo vamos a ponernos al día —dice en voz baja.

—Antes acepta mis condiciones —exijo.

—De acuerdo. Lo que tú digas.

Sé que ha mentido, sin embargo me apetece creerle, al menos por esta noche.

Estoy tan harta de ser fuerte...

Me humedezco los labios. Gimo bajito.

—¿Cuál es la última perversión que has llevado a cabo? —pregunto, y él se echa hacia atrás de tal forma que puedo ver su sonrisa engreída.

—Doy por hecho que llevas un vibrador en la maleta.

Frunzo el cejo.

—Eso no me parece muy pervertido.

—Tráelo —susurra exigente.

Respiro y lo miro durante un intenso momento antes de obedecer.

Sí, creo que me vendrá bien desfogarme con él, fingir que Ezra ha ganado, aunque mañana todo volverá a su sitio.

23.35, HORA DE FRANCIA
VIERNES, 18 DE DICIEMBRE DE 2020
SALA DE ESTAR. SUITE TOWNHOUSE
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Ezra

No me fío de ella. Hacerlo sería de gilipollas. Su aparente sumisión no es más que una estratagema para desviar la atención, sin embargo no voy a desaprovechar la oportunidad de follármela. Mañana seguiré adelante con mis planes.

Milena regresa con un pequeño dildo azul en las manos y me lo entrega como si me estuviera haciendo un favor, cuando en realidad se lo voy a hacer yo a ella. Porque después de haber conocido al blandengue de su marido y sonsacarle cierta información a hostias, tengo un as en la manga.

Vale, lo admito, romperle la cara fue un extra, pues nada más amenazarlo con la pistola sabía que me lo diría todo. Pero, oye,

necesitaba divertirme, y a falta de un saco de boxeo con el que desquitarme, su cara me pareció bastante apropiada.

—¿Y ahora? —me pregunta ella con retintín.

Mientras ha ido a por el dildo, yo he buscado algo que me sirviera para mis propósitos y el cinturón del albornoz me ha parecido adecuado.

—Ahora date la vuelta y abre la boca —ordeno, ocultando a mi espalda el cinturón. Como era de esperar, frunce el cejo—. Hazlo, joder.

Renuente, lo hace, y en cuanto me da la espalda paso el cinturón por delante de ella y lo dejo a la altura de su boca.

—Muérdelo.

—¿Perdón?

No respondo con palabras, sino con hechos. Se lo coloco como si fuera el bocado de un caballo, en este caso yegua, y tiro hacia atrás para que quede bien anclado.

Ella intenta quitárselo porque sé que le molesta y le impide respirar bien, aunque yo me muevo con rapidez y la empujo hasta el brazo del sofá para doblarla sobre él y así tener su culo a mi alcance.

Por supuesto, el primer azote no se hace esperar, y como ella tiene que estirar los brazos para equilibrar su cuerpo, no puede quitarse el cinturón de la boca.

—Vaya bragas más anodinas —comento cuando le bajo los pantalones—. ¿Por qué no inviertes mejor el dinero que tienes escondido y que me birlaste de las cuentas? ¿Esos ejecutivos con los que follas no tienen buen gusto?

Intenta replicar, pero se lo impido tirando de las «riendas».

Le meto sin tanteo previo el dildo en el coño, aunque no es su destino final. Al no disponer de lubricación extra, recurro a la suya y no me sorprende encontrarla empapada.

—Joder, Milena, estás chorreando.

De nuevo intenta hablar y de nuevo yo se lo impido.

Muevo el dildo, dentro, fuera, despacio, atormentándola. De hecho se retuerce buscando algún tipo de fricción contra la tapicería del sofá y eso hace que se gane un par de fuertes azotes que resuenan por encima de sus gemidos.

—Deja de frotarte como una perra —le advierto—, que enseguida recibirás lo tuyo.

Responde algo así como «Vete a la mierda», no sé, no la entiendo muy bien.

Cuando considero que el dildo está lo bastante lubricado, lo retiro de su coño y, sin perder un segundo, se lo meto por el culo. Esto lo hago despacio, no porque me preocupe hacerle daño, sino porque sé lo cachonda que está y así se desesperará aún más.

—No encuentro mucha resistencia —murmuro con humor, y, para que no se confíe, tiro del cinturón, forzando aún más la postura.

Sujeto bien las riendas con una mano y, observando su culo, del que sobresale la base del dildo, me desabrocho los pantalones y los dejo caer lo imprescindible para poder maniobrar.

Observo cómo clava las uñas en la tapicería del sofá, seguramente dejará marcas.

—Esto es lo que quieres, ¿verdad? —susurro al tiempo que presiono con la punta de mi polla su coño.

Embisto, pero no se la meto.

Me retiro, otro empujoncito, ella gruñe, me introduzco un poco más, al final entro de golpe y me quedo ahí clavado, mientras respiro hondo. No es solo el hecho de que me apriete la verga más de lo recomendable debido al dildo que lleva en el culo, sino la sensación, los meses de espera, las mujeres a las que me he follado pensando en ella, las ganas de venganza... Todo se junta aquí y ahora, en este momento.

Y ella. Porque se trata de Milena, no de un sucedáneo, porque la tengo donde quería y, aunque mi intención es que solo sea un desquite, voy a disfrutar cada puto segundo.

Comienzo a moverme con embestidas duras, secas, sin aflojar las riendas y golpeando su culo con la mano abierta o moviendo el dildo al compás de mis penetraciones.

Milena se retuerce, intenta liberar su boca, sé que le cuesta respirar, y eso es precisamente lo que aumenta el placer, tanto el de ella como el mío.

—¿Cuánto hace que no te follaban como a una perra? —pregunto, y algo me responde, creo que *cabrón* ha sido la palabra elegida—. ¿Es lo bastante pervertido para ti o prefieres algo más sucio?

Ideas y experiencia no me faltan, sin embargo no van a ser posibles, así que me concentro en cada puta sensación que

experimento; en sus gemidos, en los míos, en la humedad y en el calor, en no aflojar el cinturón, en la tensión acumulada en mis pelotas y, cuando estoy a punto de correrme, percibo que ella se me adelanta unos segundos.

Debido al cinturón no se expresa como querría; no obstante, conozco bien, porque me es imposible olvidarlo, cómo se comporta cuando se corre. La de noches que me la he meneado recordando ese puto gemido final.

Me quedo clavado en su coño y suelto el cinturón. En cuanto ve que ya no está tirante, se lo aparta de la boca y dice:

—Abróchate los pantalones y vete. Ya has hecho tu trabajo.

Que me hable como si fuera un puto gigoló me divierte.

—¿Sabes que me he corrido dentro de ti sin usar condón?

—Tomo anticonceptivos —replica, y me echo a reír.

—¿Los mismos que tu marido te cambiaba por vitaminas para dejarte preñada? —pregunto mientras me retiro, y, sí, me abrocho los pantalones.

Ella se incorpora y se quita el dildo del culo para vestirse también. Se va un instante al aseo, intuyo que para lavar el cacharro y guardarlo; cuando regresa me espeta:

—¿Qué carajo has dicho?

—Me lo confesó en la tercera patada en la boca, creo. ¿O fue en la segunda?

—Te lo estás inventando.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué crees que se casó contigo, Milena? —pregunto con aire indolente, porque sé que esto le va a doler.

Que se joda. Más he sufrido yo por su culpa.

—Deja de llamarme así —rezonga.

—Tu maridito ideal solo dispara balas de fogueo, querida —le explico, disfrutando de su expresión entre la perplejidad y el cabreo.

Le paso un botellín de agua y ella se lo bebe casi de un trago. Estupendo, así hará efecto antes.

—Por lo visto es de esos idiotas que buscan la familia ideal y tú eras la candidata perfecta —añado.

—Mientes —me acusa, conteniéndose para no soltarme un bofetón.

Si lo hace es comprensible, porque tiene que joder bastante

descubrir que te han engañado de forma tan sibilina.

—Pues no. Te vio sola, con un niño pequeño de aspecto anglosajón, porque es un gilipollas clasista. Que tuvieses ya un hijo garantizaba tu fertilidad y, bueno, con la esperanza de que un día alguno de sus soldaditos hiciera diana, se casó contigo —le cuento, regodeándome un poco en su malestar.

Que aprenda, por traicionarme e irse con otro.

Joder, esto es casi tan emocionante como el polvo que acabamos de echar.

—De todas formas, tranquila, ya le expliqué yo que, uno: contigo no se juega, y dos: que no se puede apropiar de los hijos de nadie —añado.

Milena bosteza, perfecto. El plan está funcionando.

—Por hoy ya no tengo ganas de escuchar más putadas —dice bostezando de nuevo—. Deberías irte, es tarde.

—Voy a quedarme aquí, Milena —asevero, y, aunque quiere negarse por principios, en el fondo desea que me acueste con ella.

—No quiero que por la mañana, al levantarse, mi hijo me haga preguntas sobre ti. Aún es pronto para decirle la verdad.

—Disiento. Además, puede que dentro de poco debas decirle que va a tener un hermanito.

—No pienso tener más hijos tuyos —afirma, y yo me encojo de hombros fingiendo indiferencia.

—Allá tú.

—Vete.

No le hago ni puto caso, por supuesto. Me acerco a la mesa; la comida no la hemos tocado y es una pena, porque tiene todo una pinta estupenda.

—Anda, ve a dormir, que estás molida.

Me levanta el dedo corazón y da media vuelta, metiéndose en el dormitorio donde duerme el niño. Es lógico, quiere protegerlo.

Picoteo algo y miro el reloj. En menos de una hora podré actuar con total tranquilidad.

01.35, HORA DE FRANCIA
SÁBADO, 19 DE DICIEMBRE DE 2020

Dormitorio. Suite Townhouse
Innside Paris Charles De Gaulle Airport
Roissy-en-France

Ezra

Debería marcharme ya.

He recogido todo lo necesario, incluida la documentación de mi hijo, el maletín con todo el dinero y mi colgante. Se acabó, nadie me jode y se va de rositas.

La perdoné una vez y ella me volvió a traicionar.

Con un poco de suerte alguien, seguramente su ex, le prestará el dinero para pagar el hotel. Me da igual.

El niño está acostado en el sofá, donde lo he dejado hace unos minutos para entrar a mirar a Milena por última vez. No, no hay marcha atrás, aunque todavía puedo hacerle una última putada.

Aparto las sábanas. Lleva una camiseta de tirantes y unas bragas negras. Duerme profundamente. Ciertas drogas no fallan nunca.

Le agarro el brazo izquierdo y lo estiro. Apenas ofrece resistencia. Además de unas pastillas, en el bolsillo interior de mi chaqueta he traído unas esposas. Pero no unas de juguete para aficionados, estas son especiales. Fabricadas con una aleación de acero ultra resistente. Si quieren cortarlas con una radial o una herramienta similar, tardarán un buen rato.

La desnudo porque no quiero que al despertar tenga nada que la pueda ayudar. En la mesilla de noche he dejado un botellín de agua en el que he disuelto otra dosis, y una barrita energética. Su móvil está destrozado en el bolsillo de mi chaqueta, aunque antes le he mandado un mensaje al comisario:

> Mañana querría estar a solas
> con Ezra y mi hijo.
> Tenemos mucho de lo que hablar. Respeta mi
> decisión.

Rodeo su muñeca y el otro extremo de las esposas lo sujeto al larguero del somier.

Cuando se despierte le dolerá el brazo debido a la postura un tanto forzada; sin embargo, yo ya estaré lejos como para que me

importe.

Cuando me dispongo a cubrirla me detengo y miro su cuerpo.

Me puedo permitir cinco minutos más, así que con la yema del dedo recorro el contorno de su sexo y como me parece insuficiente, presiono justo en el centro, a la altura del clítoris. Milena responde con un murmullo, pese a que no es consciente de nada. Podría follármela, asegurarme de que se queda preñada, porque lo que le he contado de su marido es jodidamente cierto.

Pero no me la voy a tirar estando inconsciente, no tendría gracia. Si algo me ha atraído siempre de ella es su descaro y sus réplicas. Sus miradas asesinas antes de admitir con palabras que disfruta como una perra.

Acaricio sus labios vaginales, está húmeda, caliente; metérsela es una tentación, aunque ya he decidido no hacerlo.

Sus pezones están duros y lamento que por falta de tiempo no se los haya lamido, es algo con lo que tendré que vivir. Pero no me voy a marchar sin un último beso.

Le separo las piernas y me inclino para lamer su coño por última vez. Soy un depravado, nunca lo he ocultado, así que disfruto de su sabor único.

Milena se mueve e inconscientemente arquea las caderas. Joder, qué puta tentación.

—Adiós —murmuro, y me incorporo.

La cubro con la sábana y salgo del dormitorio.

Cojo a mi hijo en brazos, envuelto en una manta, y enseguida el niño se acurruca en mi hombro, lo que me permite agarrar la maleta sin dificultad.

Cuando cierro la puerta de la suite, cuelgo el cartel de NO MOLESTAR.

Nota de la autora

¿Pensabais acaso que Ezra era el típico protagonista de novela romántica que aguanta carros y carretas?

Parece mentira que aún no lo conozcáis.

Quizá os habíais hecho ilusiones creyendo que al final sería como esos hombres que aguantan todo tipo de desplantes porque están locos por la protagonista.

Una vez más siento decepcionaros. Él no es así.

Si le haces una putada, te devolverá el golpe con intereses.

De acuerdo, para él Milena es la única mujer capaz de ponerlo de rodillas, sí; no obstante, tonto no es.

Llevo muchas páginas advirtiendo que no hay posibilidad de un final feliz, sin embargo os empeñáis en ello.

¿No os dais cuenta de que cada vez se va a complicar más el asunto?

Aunque se atisbe un rayo de esperanza entre Cris y Ezra, es tan solo un espejismo. La relación es del todo imposible, porque empezó mal, se torció, nunca se arregló y ahora está viciada de tal manera que no hay manera de arreglarla.

Así pues, seguid leyendo, pero sed realistas, por favor.

Puedes cambiar lo que haces
pero no lo que quieres.

11.50, hora de Francia
Sábado, 19 de diciembre de 2020
Dormitorio. Suite Townhouse
Innside Paris Charles De Gaulle Airport
Roissy-en-France

Cris

Me despierto y siento un dolor punzante en el hombro y también en la cabeza. Joder, ya ni me acuerdo de la última vez que tuve resaca. Espera un momento, ¿anoche bebí alcohol? Pues no, ni una gota.

Qué raro...

Voy a frotarme las sienes a ver si siento algo de alivio, pero al intentar hacerlo me doy cuenta de que un brazo lo tengo atrapado.

¿Qué hora es?

La habitación está en penumbra...

Mi hijo aún no se ha despertado.

El instinto hace que reaccione. La idea es incorporarme, pero me es imposible. Maldita sea, no puedo.

Miro a mi izquierda y veo algo que me asusta: alrededor de mi muñeca brilla el acero de unas esposas.

—¡Ezra! —grito furiosa al darme cuenta de quién es el responsable.

Tiro con fuerza de mi brazo y nada, no se suelta.

Sin duda el muy cabrón está recreando aquella primera vez.

—¡Ezra! —vuelvo a gritar.

Pataleo y, al hacerlo, la sábana se desplaza, revelando mi cuerpo desnudo. Hasta donde yo recuerdo, ayer me acosté con algo de ropa, así que tuvo que quitármela él.

Pero en esto momento me da igual, lo que me preocupa es mi hijo. Tengo que atenderlo, prepararle el desayuno...

Grito una y otra vez hasta que se me queda la garganta seca. La

desesperación hace que tarde más de lo prudente en admitir la realidad. Se ha ido y me ha dejado aquí, sola, esposada.

—Joder, joder —mascullo mientras doy patadas—. ¡Joder!

El dolor del brazo pasa a un segundo plano, tengo que concentrarme y escapar.

En la mesilla hay una botella de agua y una maldita barrita energética. Pero el muy cabrón no ha pensado en todo, porque ahora mismo tengo que ir al baño, tengo que orinar con urgencia.

Estiro el brazo y agarro la botella. Con la boca le quito el tapón y bebo un buen trago. Al menos ya no tengo la garganta seca.

—Joder...

19.15, HORA DE FRANCIA
SÁBADO, 19 DE DICIEMBRE DE 2020
DORMITORIO. SUITE TOWNHOUSE
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Cris

Oscuridad.

Apenas entra luz del exterior.

Y yo sigo aquí, con dolor de cabeza. Hace un rato que me he despertado. Gritar ya no tiene sentido, así que me he puesto a cantar. Porque esto es deprimente y más cuando, incapaz de aguantar más, me he hecho pis en un lado de la cama. Una guarrada inevitable, pero una guarrada. Así que solo puedo estar en la otra mitad de la cama y eso forzando bastante el brazo.

Ahora bien, lo que de verdad me tiene angustiada es la incertidumbre. No sé qué hora es y, lo peor, que nadie haya venido a buscarme. Eso significa que Ezra lo tenía todo organizado.

«¿De qué te sorprendes?», me pregunta una voz en la cabeza, porque mantener conversaciones conmigo misma ya no me asusta. Eso sí, el miedo a que Ezra se haya llevado a mi hijo para siempre me tiene loca.

Tengo sed, mucha, y hambre; sin embargo, no bebo, porque me he dado cuenta de que el agua que me ha dejado contiene algún tipo

de droga, de otro modo no se explica que me haya quedado dormida y que esté relativamente relajada.

En algún momento alguien del hotel se dará cuenta y entrará en la habitación, es lo que pienso para no perder la esperanza, aunque mi lado más pesimista me advierte que será demasiado tarde, porque Ezra tenía un plan trazado.

Y uno jodidamente bueno.

Sigo acostada, por obligación, en el lado de la cama limpia. El brazo me duele una barbaridad y acabaré desvariando.

Bueno, ya empiezo a desvariar, porque cantar *Y tú te vas* de Perales es sin duda un síntoma de que mi subconsciente está tocado y casi hundido.

Destrozo la letra y por supuesto la melodía, y paso a la siguiente canción para soportar este encierro, esta puta incertidumbre.

Y no sé por qué me vienen únicamente canciones de desamor.

Entre canción y canción también tengo tiempo de pensar en Jeremiah. Joder, otro que tal baila. También me ha engañado. Dudo mucho que Ezra se haya inventado la patraña esa de que me ha estado cambiando los anticonceptivos por vitaminas.

Cuando consiga salir de esta, recuperar a mi hijo, vengarme de Ezra y organizar mi vida, pienso ir a Nueva Zelanda y montarle un pollo. Menudo cabrón santurrón.

Desde luego, los hombres como estos dos ejemplares que he tenido la desgracia de conocer son capaces de todo.

No, si al final Jaime va a ser el mejor. Solo me puso los cuernos (una vez que yo sepa), pero respetó (más o menos) mi personalidad.

Se me escapan unos lagrimones de kilo y cuarto al pensar en mi ex. Cuando sepa esto, además de decirme que soy una idiota (con razón), se empeñará en ayudarme y no quiero que pague las consecuencias. Ezra no tendrá piedad. Ya me dijo una vez que se la tiene jurada.

¡Madre mía, qué barullo!

Oigo un chasquido, seguro que es en la habitación de al lado.

Y, por si acaso, canto a grito pelado, a ver si algún huésped piensa que aquí hay una loca encerrada y llama a seguridad.

No, no ha sido en la suite de al lado. Me callo y escucho atenta. Oigo pasos, quizá es un hombre, porque no parece el repiqueteo de tacones. Yo qué sé, estoy divagando, no fui buena policía y el método

deductivo nunca ha sido mi fuerte.

—¿Milena?

—¿James Bond? —pregunto con un hilo de voz.

La luz se enciende, dejándome momentáneamente ciega. Me cubro con el brazo libre y poco a poco lo voy apartando para descubrir la imponente figura de Aniol.

—Tápate, por Dios —rezonga, y me echa la sábana por encima.

—Desátame.

—Ahora mismo.

Saca una llave del bolsillo de sus vaqueros y se inclina sobre mí para llegar hasta el cierre de las esposas.

—Ya sé que no es el momento más idóneo, no obstante, debo decir que estás impresionante vestido así.

—Cállate y escucha.

En cuando me siento libre, salto de la cama sin importarme una mierda mi desnudez. Aniol agarra rápidamente la sábana e intenta cubrirme con ella, pero yo lo rechazo para agarrarlo de la pechera de la camiseta y gritarle:

—¡Dime dónde está!

—Vístete y hablamos.

—No, joder. Se lo ha llevado. Se ha llevado a mi hijo. Maldita sea. ¡Ayúdame! —le suplico.

Él me sujeta de las muñecas y me mira a los ojos.

—Vas a tranquilizarte, a vestirte y después vendrás conmigo —ordena.

Debo admitir que su tono acojona bastante.

—Eres tan hijo de puta como él —le espeto rabiosa, y me voy directa al armario para ponerme lo primero que pillo, pero, maldita sea, tras haber estado inactiva tantas horas, tropiezo y caigo al suelo.

Aniol me ayuda a levantarme y de nuevo me pone encima la sábana. Una vez de pie, me coge en brazos y me lleva al cuarto de baño.

—Dúchate, te espero fuera —me dice con un tono que no admite réplica—. Y no hagas ninguna estupidez.

Asiento, porque hay necesidades fisiológicas que debo atender. Cierro la puerta y me siento en el váter.

—Una parada técnica —me digo, y se me escapa una risa histérica.

Cuando acabo, me meto en la ducha y en menos de cuatro minutos salgo al dormitorio. Aniol ha tenido el detalle de dejar ropa preparada sobre la cama. Me muero de vergüenza, seguro que ha visto la mancha amarillenta en un lado del colchón.

Unos *leggins* azul marino imitación vaqueros y un jersey *oversize* rosa palo. Deportivas. También me ha dejado los calcetines y la ropa interior dispuesta.

Me visto como si me persiguiera una banda de peligrosos asesinos y salgo escopetada al saloncito, pero me detengo en seco cuando llego a la puerta, porque no es James Bond quien me espera, sino Ezra.

—¡Cabrón, hijo de la gran puta! —lo insulto, lanzándome a por él y golpeándolo como puedo en la cara y en el pecho. Cuando me sujeta de las muñecas, levanto la rodilla para clavársela en los huevos.

Esta vez no es un juego, quiero hacerle daño de verdad.

—Para quieta, Milena.

—Y una mierda —replico, y al conseguir liberar una mano, palpo por su espalda por si fuera armado, pero hoy el muy cabrón ha decidido venir sin armas.

—O te relajas o te ato de nuevo a la cama. Y te advierto que en esta ocasión Aniol no me convencerá para desatarte —me amenaza.

Muy a mi pesar, y fulminándolo con la mirada, doy un paso atrás, aunque aprieto los puños, porque ganas de atizarle y romperle esa atractiva cara de cabrón que tiene no me faltan.

—¿Dónde está mi hijo?

—¿Entiendes ahora cómo me he sentido yo todos estos años, sin saber nada de él ni de ti?

—¡Yo soy su madre!

—¡Y yo su padre! —dice con su tono más peligroso.

—No es lo mismo —mascullo.

—Ni veinticuatro horas has estado sin él y mírate, hecha una fiera. Cómo crees que he estado yo días tras día, ¿eh? —arguye señalándome con un dedo—. ¿A que jode?

—No tienes ningún derecho. Tú no querías hijos.

—Pero ¡ahora sí! —me grita, y me acojona, porque Ezra es más de frases en voz baja. Si pierde el control será imprevisible.

—Devuélveme a mi hijo, por favor —le pido en un tono más suave, para calmar los ánimos.

Por las bravas sé que tengo las de perder.

—No hasta que hablemos y de una puta vez dejemos las cosas claras.

Trago saliva, respiro. No quiero hablar con él, porque no será una negociación justa, así que finjo pensármelo y le doy la espalda. Camino unos pasos, miro de reojo cómo se aleja de la puerta y entonces echo a correr para escapar con la idea de pedir ayuda a la policía.

—Tan tonto no soy —se burla cuando compruebo que la puerta está cerrada con llave.

—Voy a gritar, romper todo lo que pille por delante, prenderé fuego a la suite para que salten los detectores...

Ezra se cruza de brazos y se encoge de hombros, incluso tiene el descaro de esbozar media sonrisa.

—Sigue haciendo el tonto y me largo —afirma.

Gruño, doy una patada al sofá, resoplo y me doy cuenta de que tiene la sartén por el mango. Estoy encerrada aquí, con él, a su merced.

—Está bien, ¿qué quieres?

—Mi plan, como ya habrás adivinado, era dejarte aquí sin un céntimo, sin nada y largarme con el niño. Pagarte con la misma moneda.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión? —lo interrumpo con rabia contenida.

Para no mirarlo, me voy a la nevera y busco algo de beber.

—Tranquila, bebe sin temor —me dice con guasa, lo que confirma que me drogó para que me quedara dormida.

Tengo hambre y aún están los restos de la cena de anoche, así que destapo un par de platos y picoteo, me da igual si el jamón está reseco. Me meto una loncha en la boca y mastico. A ver si recupero la sensatez con el estómago lleno y no me dejo liar de nuevo por este cabronazo.

Le hago un gesto para que hable de una maldita vez.

—Verás, si he cambiado de idea es porque cierto amigo tocapelotas me ha convencido para que recapacite. Le debes mucho a Aniol.

—Me ha visto desnuda —comento con la boca llena—. Y, como siempre, ha sido un caballero. No como tú.

—Él me ha convencido de que no podemos seguir así. Ha dicho,

textualmente: «Sois dos putos críos y estoy hasta los cojones de vuestras tonterías».

Sonrío.

—Tiene razón —murmuro.

—Así que solo nos queda una opción, Milena —afirma, y se acerca a mí.

Puede tocarme, aunque no lo hace.

—¿Una opción?

—Que se define con una palabra —añade, y no sé, pero su tono es... extraño.

—Joder, no te pongas filosófico conmigo. Ve al grano —protesto.

Ezra da un paso más y se atreve a acariciarme la mejilla.

—Confianza, Milena, esa es la clave.

—No me jodas, ¿confianza? ¿A estas alturas? —replico, y aparto la cara para que no me toque.

—Sí, así es. O de una maldita vez admites tus sentimientos y yo los míos, o nos vamos a pasar la vida puteándonos mutuamente.

—Putearte no suena tan mal.

—Olvidas que yo dispongo de muchos más medios y, sobre todo, tengo menos escrúpulos.

—Tan mal no lo he hecho cuando has tardado tanto en encontrarme —contesto, y pone los ojos en blanco.

—Milena, déjalo; saldrás perdiendo.

—No hablas en serio... —digo al tiempo que niego con la cabeza, porque esta versión de Ezra es más peligrosa que la habitual.

—Escucha, eres la única persona que, habiéndome traicionado, y no solo una vez, sigue con vida; eso debería dejarte claros cuáles son mis sentimientos.

—Eres tan retorcido...

—Algo que ya sabías cuando... —se detiene, se aclara la garganta — cuando me confesaste, entre otras cosas, quién eras y lo que sentías por mí.

—¡No me toques! —exclamo en cuanto intenta cogerme el rostro.

—¿Te acuerdas? —insiste.

¿Cómo no me voy a acordar? Él regresó herido y yo, aunque estaba encerrada en su mausoleo, me sentí culpable, porque además Aniol se llevó la peor parte.

Al final le revelé mi verdadera identidad, y no solo eso, sino

también que sentía algo por él, aparte de desprecio. Unos sentimientos que hoy en día no he conseguido erradicar.

—Milena, acepta la realidad.

—¿Y cuál es esa realidad? Ah, ya, espera, que esta me la sé. Tú dispones y yo obedezco. Tú decides, yo no cuestiono. Es así, ¿verdad?

—Admito que es un plan estupendo y que me simplificaría la vida —replica, y sonríe—. El problema es que me aburriría.

De nuevo acorta distancias y me agarra de las muñecas, supongo que pretende evitar que le dé un sopapo.

—¿Y qué propones? —pregunto suspicaz.

—Que, además de dejar a un lado todas nuestras idas y venidas...

Hace una pausa y recupera su actitud arrogante. Pero realiza un movimiento que me hace sospechar y doy un paso atrás.

Saca un pequeño estuche y lo abre, mostrándome su contenido.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? —inquiero, temiendo que se haya dado un golpe en la cabeza.

—Joder, Milena, ¿no es evidente? —suelta molesto porque no me he puesto a dar saltos de alegría al ver un pedazo de anillo.

Lo saco del estuche y lo sostengo en la mano. Brilla, es rosa y parece bueno.

—Es una baratija, ¿verdad?

—Doscientos quince mil euros —dice, y parpadeo impresionada porque una cosa tan pequeña pueda costar ese dineral.

—¿Y qué pretendes gastándote ese dineral?

—Que te cases conmigo, hostias —arguye irritado.

—No. Ni hablar. Ni loca. Ni harta de vino.

—¿Qué?

—He estado casada dos veces, de hecho, sigo casada —alego, y me fulmina con la mirada—. A estas alturas ya he aprendido que el matrimonio no es para mí. Se me da fatal. Pero gracias, te agradezco el detalle.

Devuelvo el anillo a su estuche y, cuando voy a cerrarlo, Ezra lo vuelve a sacar, tira el estuche de mala hostia, me coge la mano y me lo coloca a la fuerza.

—Deja de decir chorradas —masculla—. Nos vamos a casar, eso tenlo por seguro.

Niego con la cabeza.

—No te lo crees ni tú... —hago una pausa para respirar hondo y

añado con deje burlón—: ni tu perro.

—¿Tengo que drogarte de nuevo para que aceptes?

—El que debería dejar las drogas eres tú. ¿Casarnos? No digas chorradas.

—Confianza, Milena. Confianza para saber que cuando te despiertes por la mañana estaré ahí, contigo.

—No soy tan imbécil como para creerte.

—Confianza —prosigue su discurso, impidiendo que me quite el anillo— en que al darme la vuelta no me la habrás jugado. Esto es una calle de doble sentido.

Inspiro, lo dice tan serio que hasta podría creérmelo; sin embargo, ha habido tantos altibajos entre nosotros que esto no puede salir bien.

Nos miramos fijamente, él hace el primer movimiento, acercándose hasta sujetarme de la cintura con un brazo y pegarme a su cuerpo.

—Lo compré cuando regresé de Porto Santo, con la idea de volver lo antes posible contigo. En cambio, tú decidiste joderme los planes —susurra, y me besa en el cuello.

La tentación de rendirme, de creerle, de dejarme llevar es muy fuerte. Por eso tengo que buscar una excusa, algo que me permita ganar tiempo. Ezra habla de confianza, aunque no termino de fiarme.

—Quiero volver a ser Cristina Líster —digo, y él me aprieta más fuerte—. Estoy harta de fingir ser otra persona. Quiero olvidar a Milena, yo no soy esa mujer.

—Joder... —rezonga.

—No quiero anillos de doscientos quince mil euros, quiero recuperar mi identidad —exijo, y sé que es del todo imposible.

—Maldita sea —protesta—. Le vas a jorobar el regalo de bodas al comisario.

Me aparto de él para mirarlo a la cara y asiente.

—¿De verdad?

—Lo hemos hablado. Me debe un favor, de los grandes, porque le voy a salvar el culo, así que moverá todos los hilos para restablecer tu identidad.

Se me escapan las lágrimas.

—Pero finge que no lo sabías, anda, para que él se sienta importante —añade con sarcasmo.

—¿Qué tratos te traes tú con Jaime?

Me cuenta algo sobre grabaciones comprometidas, topos en la policía, chantajes, y es relativamente sencillo unir las piezas.

Lo que me descoloca bastante es que mi ex, siempre tan legal, se haya dejado enredar en los tejemanejes de Ezra. ¿A qué acuerdo habrán llegado?

—¿Me estás diciendo que ahora sois amigos? —inquiero, y aunque me está besuqueando en el cuello, no quiero quedarme con la duda.

—No te pases. Solo le he perdonado ciertas cosillas que hizo. Además, tarde o temprano aceptará mi oferta.

Su tono, tan de mafioso, me excita. Joder, que otra vez me voy a dejar llevar y encima su contacto, su cuerpo, su calor...

—¿Qué oferta?

—Jefe de seguridad del club.

—¡Ezra! —exclamo—. Jaime nunca aceptará ese puesto.

Se echa a reír, lo que me indica que lo ha dicho con conocimiento de causa, porque él no da puntada sin hilo. Pero lo que me importa más aún es qué tipo de vida va a llevar Ezra.

—Por cierto —digo, conteniendo un gemido cuando mete las manos por debajo del jersey, con la evidente intención de llegar al cierre de mi sujetador—, ¿vas a seguir con tus negocios chungos?

—No. Hace ya mucho que el noventa por ciento de mis actividades son legales.

—¿Y ese diez por ciento?

—Cosas de Jenica, ella es quien manda.

—¿Y qué pasa con esa teoría del equilibrio entre mafiosos que me contaste?

Recuerdo aquella charla en la que Ezra me explicó que, tras haber obtenido su posición llevándose por delante a quien hiciera falta, tenía que seguir con sus trapicheos para evitar que otros mafiosos se pegaran por su trozo del pastel.

—Hummm... ya te lo explicaré después —susurra, empujándome hacia el dormitorio.

—Ahora —exijo, frenándolo en la medida de lo posible.

—Joder...

—Además, no voy a acostarme contigo, antes quiero ver a mi hijo y comprobar que está bien.

Me suelta de mala gana y me mira con cara de disgusto, pues es evidente que tenía otros planes y el bulto de su entrepierna me da una pista sobre sus pretensiones.

Le hago un gesto para que hable.

Según me cuenta, cuando regresó de Porto Santo lo hizo decidido a dejar atrás su vida, por mí y por el niño. Controlo la emoción al escuchar eso. De ahí que comenzara a modificar sus actividades y vendiera esas empresas que, si bien eran de lo más rentables, vulneraban la legalidad. Y resulta que ahora está ganando más dinero que nunca con los locales de apuestas y encima todo legal. Solo tiene que preocuparse de que el impuesto de sociedades sea lo más imaginativo posible.

—¿Y qué pasa con el Ice Star? Doy por hecho que es el diez por ciento no legal.

—Exacto, pero me sirve para obtener beneficios y licencias de apertura.

—Y porque te gusta mangonear y follar gratis —añado con malicia—. Dudo mucho que hayas dejado a las chicas tranquilas, ganándose un sueldo solo bailando, con contrato decente y pagas extra, ¿me equivoco?

—Si me estás preguntando si voy a seguir tirándome a las bailarinas, la respuesta es sí —dice todo ufano.

Arqueo una ceja y se echa a reír.

—A menos que dejes de tocarme los huevos y te desnudes ahora mismo.

Estiro el brazo y lo agarro de las pelotas.

—Antes me vas a llevar con mi hijo, ¿estamos?

—¿Y después?

20.55, HORA DE FRANCIA
SÁBADO, 19 DE DICIEMBRE DE 2020
HABITACIÓN 312
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Ezra

—Creo que estoy en deuda contigo.

—¿Eso no debería decirlo yo? —pregunto mirando a Aniol, que está más animado de lo que lo he visto en los últimos tiempos.

—También estoy en deuda con la psicóloga —añade.

—No me digas...

—Gracias a ella, Jana está aquí y, bueno, anoche...

—Vale, lo pillo, anoche te follaste a tu mujer —lo interrumpo.

—No seas tan desagradable —me contesta, aunque no lo niega—. Es por tu hijo. Hoy ha pasado el día con nosotros y, bueno, he podido comprobar que, cuando por fin lo consigamos, Jana será una madre estupenda.

—¿Lo dudabas acaso? —pregunto con malicia.

—Qué cabrón eres. No, no lo dudaba. Mírala.

Milena y Jana están sentadas jugando con Ezra, mientras este le hace mil preguntas a la mujer de Aniol sobre su pierna ortopédica y, claro, ella aprovecha para contarle un cuento y hacerlo reír. Milena lo observa todo y de vez en cuando me mira de reojo.

No veo el momento de llevármela a la suite, porque por mucho que ella quiera posponerlo, vamos a pasar la noche juntos. Sobre todo ahora que hemos encontrado niñera gratis.

—Pues ya sabes, esta noche no porque vais a cuidar de mi hijo, pero a partir de mañana te la follas noche y día hasta que la dejes preñada de gemelos.

—Mamá, ¿dónde está Jeremiah? —pregunta de repente el crío dejándonos a todos mudos—. Quiero hablar con él y contarle que ya he encontrado a mi papá de verdad.

—Cielo, es que ahora...

—Seguro que se alegra porque me quiere mucho, mamá.

—Vamos a hacer una cosa —tercia Jana—. Mañana por la mañana lo llamamos y hablas con él, ¿vale?

El crío hace una mueca, pero al final asiente.

—Déjala preñada cuanto antes —le digo a mi amigo.

—¿Le has dado ya el anillo?

—Mira su mano —respondo—. Por cierto, quiero que seas mi padrino.

—Faltaría más, aunque no sé si... —murmura sembrando la duda —. No tienes madera de hombre casado.

—Eso ya lo sé. Supongo que deberé esforzarme. Joder, es que no

se me ha ocurrido nada mejor para convencerla de que voy en serio.

—¿Y si descubre tu artimaña? Porque, amigo mío, es lista de cojones. Te va a pillar seguro.

Nunca he querido casarme, de hecho nunca he tenido pareja y nunca lo he echado de menos. Cierto que compré el puto anillo y lo he tenido estos años guardado, quizá como un recordatorio de su traición, pero pensaba que llegado el momento no me atrevería a dárselo. Sin embargo lo he hecho, aunque..., ahora que lo pienso, aún no me ha dicho que sí.

Además, contar con el beneplácito de su ex ha sido una jugada maestra, solo espero que el comisario no me falle y cumpla el trato. Por supuesto, los detalles de dicho trato no los comentaré con Milena, que es demasiado puntillosa; en eso Saravia y yo estamos de acuerdo.

—Detecto cierta admiración por la psicóloga —murmuro, y Aniol sonríe antes de decir:

—La he visto denuda.

—Muy gracioso.

—No seas idiota, veo mujeres desnudas casi a diario —se burla—. Lo que me hace preguntarte qué vas a hacer con el club, porque dudo que Milena quiera poner un pie allí y menos aún que tú continúes dirigiéndolo.

—Admito que será complicado —digo en voz baja. Complicado... Bueno, depende—. En la práctica Jenica lleva el control y de hecho es una idea cojonuda que mi hermana siga al frente.

—Lo sé. Y de momento estaré con ella, pero eso no me preocupa. El Ice Star y el resto de los negocios, aunque te joda, funcionan sin ti —dice con brutal sinceridad, y poco o nada he de rebatirle, ya que es cierto—. Sin embargo, cambiar de hábitos te resultará...

—Interesante —acabo yo la frase por él.

Joder, *interesante* es una palabra muy inexacta para describir lo que se me viene encima. Durante estos años, mientras buscaba a Milena, era relativamente fácil hacer promesas, porque las malas noticias se encargaban de que no fuera necesario cumplirlas. Pero ahora..., joder, ahora me he metido en un buen lío.

—¿Merece la pena? —le pregunto a Aniol señalando a Jana, ya que desde que la conoció no ha querido follarse a ninguna otra, y mira que ha tenido oportunidades.

¿Seré capaz de sobrellevar la monogamia?

—Ya conoces mi opinión. Ahora es tu turno de entender de una puta vez si merece la pena.

Me acerco a Milena y al niño, que aún me mira con cierto recelo. Quiero desearle buenas noches, porque se va a quedar con su nueva amiga «la pirata», como él la llama. Por supuesto, la madre niega con la cabeza, reacción con la que ya contaba, de ahí que mire a Jana en busca de ayuda. Esta coge al crío en brazos y lo distrae hasta hacerlo chillar y reírse.

—Ven conmigo —le pido a Milena.

Aniol se acerca para echar un cable y demostrar sus dotes de padre, algo con lo que impresionar a Jana y de paso salvarme el culo.

—Gracias, James Bond —susurra Milena, que, tras despedirse de Ezra y organizar con Jana no sé qué lío de chicas para mañana, le da un fuerte abrazo y Aniol se lo devuelve con el mismo entusiasmo.

Si no conociera a mi amigo, estaría jodidamente celoso.

22.10, HORA DE FRANCIA
SÁBADO, 19 DE DICIEMBRE DE 2020
DORMITORIO. SUITE TOWNHOUSE
INNSIDE PARIS CHARLES DE GAULLE AIRPORT
ROISSY-EN-FRANCE

Cris

—Aún no me has dicho que sí —dice Ezra tras cerrar la puerta de la suite, y me río porque es cierto.

—Teniendo en cuenta que es sin duda la peor petición de matrimonio de la historia, no te extrañes.

—Milena...

—¿Doscientos quince mil? —murmuro extendiendo la mano para admirar el anillo.

Es bonito, de oro rosa, aunque no me siento cómoda con él.

—Ajá, es que también compré los complementos a juego —explica con cierta indiferencia, y se acerca para cogerme de la cintura.

—¡No me gustan las joyas y menos tan caras!

—Esto no me ha costado nada. Bueno, sí, unos meses en prisión —dice, y saca del bolsillo mi colgante de la cruz ansada.

Contengo la respiración y las lágrimas mientras me lo coloca.

—Oh, joder, pensaba que no volvería a tenerlo —musito emocionada.

—Y aún hay más.

Me mantiene sujeta con una mano, mientras mete la otra en el bolsillo de su chaqueta y saca otro estuche de joyería.

—No quiero nada más —protesto, pero no importa, porque igualmente me muestra el contenido.

No sé si echarme a reír o enfadarme.

—Te he dicho que compré los complementos a juego con el anillo.

—No quiero llevar doscientos quince mil euros encima —insisto, y Ezra arquea una ceja.

—Una parte los vas a llevar dentro. Date la vuelta.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —protesto—. Sabes que algunas de tus perversiones me excitan, pero esta ya no.

—Date la vuelta —repite con brusquedad, y como no obedezco recurre a la superioridad física para colocarme de cara a la pared.

Me resisto, claro, pero los *leggins* no y enseguida tengo el culo al aire.

—¡Ezra! —exclamo, porque me mete un tapón anal sin mucha delicadeza.

—Mis perversiones te excitan —susurra, utilizando mis propias palabras en mi contra.

—También me excitaría compartir este maldito tapón anal contigo —rezongo, y él se pega a mi espalda, presionando hasta hacerme gemir por el roce de sus pantalones y el bulto que esconden, contra mi trasero desnudo. No es para menos.

—Ya se verá... De momento te voy a llevar a la cama y...

—No, a la cama no —farfullo avergonzada al acordarme de la mancha que hay en un lado de la misma.

—Oye, follar de pie no está mal; no obstante, tengo en mente otra idea y necesito una puta cama —dice con voz ronca al tiempo que coloca una mano sobre mi sexo y presiona.

—En otras circunstancias no te llevaría la contraria, pero es que anoche...

—Milena, joder, deja de poner pegas, que mira cómo estoy.

Embiste para que sea consciente de lo dura que la tiene y de paso

me mete un par de dedos para hacerme jadear.

—Mejor follamos en el sofá —propongo entre gemidos, porque no se ha conformado con meterme los dedos, está moviéndolos de manera muy efectiva.

—He dicho que no —sentencia; saca los dedos y me da un azote en el culo que me hace aullar.

Aprovechando la confusión, y que también me pilla excitada y deseosa de acción, me hace girar y, nada más quedar cara a cara, veo su cara de «no me toques los cojones», su mirada fría y, qué narices, me lanzo a por su boca y lo beso.

No sé si logro sorprenderlo, pero sí obtengo una respuesta tan entusiasta como mi deseo. Y enseguida Ezra me coge en brazos.

—Ya era hora, joder —protesta durante el medio segundo que se aparta para respirar antes de besarme otra vez.

Con los *leggins* por debajo del culo es difícil rodearle las caderas, y cuando quiero darme cuenta, está a punto de lanzarme sobre la cama.

—¡Espera! —grito horrorizada.

—Mira, he tenido mucha paciencia contigo —empieza mientras me deja en el suelo, y acto seguido se desabrocha el cinturón.

Y no solo eso, lo saca de las presillas y lo agarra a modo de látigo. Incluso lo blande y lo hace restallar contra la cama.

—Ezra, escucha un segundo... —le ruego, y me subo los *leggins*, que no es serio hablar de semejante guisa.

—No hay excusas. Quiero follarte a base de bien, por delante, por detrás, y cuando acabe, me la chuparás para ponérmela otra vez dura y empezar de nuevo —dice sin admitir réplica.

—Y yo no tengo anda que objetar —replico tragando saliva.

—¿Entonces...? —pregunta, y se deshace de su ropa mostrándome su cuerpo, que tengo ganas de devorar y, por supuesto, una erección que atender con mimo.

Aparto la sábana y le muestro la mancha amarillenta que me avergüenza. Ezra arquea una ceja y, como tonto no es, sabe cuál es el origen, por lo que disimula bastante mal una sonrisa.

—Si querías probar la lluvia dorada, haberme esperado —se carcajea finalmente.

—¡Fue tu culpa, gilipollas! —protesto porque, además del bochorno, él se está descojonando.

—Joder, Milena. —Sigue riéndose y se agarra la polla.

—Doy por hecho que para ti esa guarrada es algo habitual en tu catálogo de perversiones —refunfuño.

—No hagas preguntas si ya conoces la respuesta.

Mejor no insisto en el tema. Ezra, en los menesteres del sexo, es campeón olímpico y por tanto está de vuelta de todo, y yo, ¿qué queréis que os diga?, me gustan las cosas pervertidillas, pero no los extremos

—La próxima vez que te ate a la cama te dejaré un orinal a mano —dice sin dejar el tonito burlón.

—Muy gracioso —contesto.

—Venga, quítate la puta ropa y vamos a follar ya —insiste expeditivo.

—¿No quieres un *striptease*? —pregunto, levantando despacio el jersey.

—No.

—Lo digo para que te sientas como en el club —añado con sorna.

Ezra chasquea los dedos.

—Así funcionan las cosas en el Ice Star.

Cuando me quedo desnuda ante él, se acerca y, además de darme dos azotes, me saca el tapón anal y lo tira a saber dónde. Yo lo agarro del cuello para besarlo y enseguida me encuentro tumbada en la cama (por fortuna en el lado limpio), con él encima restregando su polla contra mi sexo, aunque sin penetrarme.

—Tarde o temprano volveré a jugar aquí... —murmuro, y no pierdo la oportunidad de acariciarlo entre las nalgas con un dedo, incluso presiono un poco, logrando que gruña y me muerda un pezón.

—Lo dudo... —musita, y para que no albergue dudas de que voy en serio, insisto hasta que casi le meto un dedo.

—Te gustó, admítelo, y esta noche, si me das vía libre a eso, seré obediente —le propongo con voz seductora.

—Esta noche vas a dejar que te haga lo que quiera, porque estás caliente como una perra en celo y tienes el coño chorreando —replica con su arrogancia habitual.

Odio cuando tiene razón.

Por eso me veo en la obligación de exigir:

—Antes quiero sentir tu boca entre mis piernas.

Ezra levanta la cabeza y fija la mirada en mí. No le sorprende que

una mujer le exija sexo oral, pero quizá le ha llamado la atención que justo ahora le pida algo así.

—A ver, no me niego a comerte el coño las veces que haga falta —dice con chulería, sin dejar de frotar su polla entre mis piernas—, pero dame una buena razón.

—Si lo que quieres oír es que hace mucho que nadie me lo hace... la respuesta es sí, ya ni me acuerdo de qué se siente.

Adular su ego siempre funciona y en este caso mucho más, porque es verdad.

—¿Me estás diciendo que esos ejecutivos que te tirabas en hoteles de paso no te comían el coño?

—Era un aquí te pillo, aquí te mato —miento, porque no hubo ni un solo ejecutivo con el que echar un polvo durante mi peregrinaje.

Y si bien algunos días echaba de menos el contacto físico, preferí ocuparme yo sola de mis necesidades.

—¿Y tu marido el caraculo?

—No era muy aficionado al sexo oral —respondo con sinceridad.

Su sonrisa se ensancha porque el muy puñetero sabe que me tiene en sus manos.

—Suplícame que te coma el coño.

—Hazlo y comprobarás lo agradecida que soy... —susurro, y me humedezco los labios.

—Me la vas a chupar de todas formas, porque sé lo mucho que disfrutas con mi polla en la boca —comenta sin perder el buen humor —. Ofréceme otra cosa.

—Ezra... por favor... —canturreo, y hasta le muerdo el labio antes de añadir algo que no se aleja mucho de la realidad—: Nadie me ha comido el coño como tú.

—Eso es lo que quería oír —replica divertido.

—Supongo que la lista de mujeres que te han dicho algo así es infinita —lo provoco, porque me jode que sea tan presuntuoso.

—En efecto; y no lo estropees, te había quedado muy bien.

—Solo quería inflar tu ya de por sí hinchado ego. Y no, no me refiero a lo que te cuelga entre las piernas

No tengo nada más que añadir cuando empieza a descender por mi cuerpo y a cada paso me va mordisqueando la piel. Cuando llega justo ahí, a mi sexo, me golpea en el centro dos veces seguidas, haciendo que el dolor active cada terminación nerviosa de una forma

increíble. Después, por fin, su boca succionando y su lengua indagando, mientras un atrevido dedo se cuela por detrás.

Y todo a la velocidad del rayo, sin pasos intermedios.

—Ezra... —gimo, y me revuelvo inquieta, lo que desemboca en un mordisco en el muslo.

—Se nota que estás necesitada —musita antes de volver a la carga.

«No lo sabes tú bien», estoy a punto de decir, pero opto por buscar algo a lo que agarrarme y nada mejor que su cabello. Ezra protesta y se vuelve más agresivo.

Así que la escalada de ensañamiento va creciendo; a medida que le clavo las uñas en el cuero cabelludo, primero ligeramente, después con saña, él responde con voracidad y pericia.

Un dedo por detrás, dos por delante y su lengua por todas partes hacen que grite, que grite como la perra en celo que él afirma que soy.

Y no me importa nada.

Me quedo quieta con los ojos cerrados. He liberado su cabeza y siento cómo él gatea por mi cuerpo hasta llegar a mi boca y me besa. Noto el sabor de mi sexo y respondo, porque es morboso.

—Joder, Milena... —susurra sin dejar de besarme.

—Mmmm..., ¿me quedo así o prefieres que me ponga a cuatro patas? —ronroneo.

—Esta versión sumisa no me gusta —dice en voz baja—. Protesta, resístete, haz algo.

—Como quieras...

Lo empujo para que se quite de encima y en cuanto veo la posibilidad, y pese a que se está de vicio en la cama, de un salto me pongo en pie y echo a correr hacia el baño. Me quedo justo en la puerta al ver que no me persigue.

Más bien sonríe con cara de depredador experto y se incorpora despacio, luego camina seguro y mostrando orgulloso su polla erecta.

—Me la vas a chupar hasta que te atragantes —dice.

Acojona, lo admito, y encima comienza a meneársela.

—Ya sabes que tus doce centímetros nunca han sido un problema para mí.

02.50, hora de Francia
Domingo, 20 de diciembre de 2020
Dormitorio. Suite Townhouse
Innside Paris Charles De Gaulle Airport
Roissy-en-France

Ezra

Me la he follado.

Tres veces.

Boca, culo y coño.

Hasta aquí, nada que objetar.

Lo que no me ha gustado es que después me ha tocado hablar. Sí, hablar, y yo no estoy acostumbrado a contarle mis planes a nadie. Pero Milena ha insistido y, entre arrumacos, manoseos y provocaciones, me ha tenido un buen rato sonsacándome.

Quería saberlo todo y yo, bueno, más o menos tengo planes, pero no son definitivos. Por ejemplo, mi hermana ha asumido la dirección del club y las empresas, cierto, aunque me gustaría seguir ocupado con algo. No porque necesite el dinero, sino para no acabar desquiciado jugando a las casitas.

También me ha preguntado qué opina Jenica de nuestra relación y le he dicho la verdad, que fue ella quien encontró su pista definitiva y que si no acepta nuestra relación, yo me encargaré de su novia transexual. Dudo que tenga que llegar a ese extremo, sin embargo Milena, cómo no, ha replicado:

—Ni se te ocurra hacerle daño a esa mujer.

Lo que no sabe es que Leire me cae muy bien y que Jenica acabará pasando por el aro. Sobre todo porque apenas coincidirá con Milena. No creo que esta quiera poner un pie allí, mejor dicho, de momento no puede hacerlo. Sería correr un riesgo innecesario, así que por ese lado no me preocupa.

Yo pensaba que el tema del club ya estaba resuelto, pero, cómo no, ella ha dado su opinión y ha acabado metiéndose donde no la llaman. Me ha dicho qué debería hacer con él. Nada nuevo, pero me resisto a cambiar algunas de las actividades del Ice Star.

—No pienso renunciar a la posibilidad de que gente importante utilice las salas del club para satisfacer sus vicios, porque entonces yo

dejaría de obtener, además de beneficios, información valiosa —he dicho muy serio, y por si acaso he añadido—: Como la que le va a salvar el culo a tu ex.

—¡No puedes seguir abusando de esas mujeres! —ha exclamado.

—No es asunto tuyo.

—Lo es —ha replicado tal como me temía—. No pienso estar con un proxeneta.

Me han llamado cosas peores y no me afecta. Lo que me jode es que pretenda inmiscuirse.

—Si quieres que tú y yo nos llevemos bien, deja tus tonterías feminazis. Esas chicas estarían peor por ahí, sin protección.

—Claro, buscarles un empleo decente y bien remunerado es tan peligroso... —se ha burlado.

Le he contado el caso de la italiana que trabaja en el Ice Star por voluntad propia y, claro, Milena, en vez de cerrar el pico, ha replicado que esa actitud es consecuencia del, palabras textuales, «puto patriarcado», y que si tuviera una oferta mejor seguro que no follaría por dinero.

—Reconciliarse contigo es misión imposible —he protestado.

Y como me estaba tocando la moral, he decidido contraatacar preguntándole sobre el caraculo de su marido.

Milena me ha dicho que va a viajar a Nueva Zelanda para solucionar los papeles y hablar con él, sobre todo ahora que ya está en disposición de desvelar su verdadera identidad, porque duda que el tal Jeremiah vaya a chivarse de que Cristina Líster está viva.

No me gusta la idea de ese viaje, al que, por supuesto, la acompañaré, ya que no me importaría recordarle a ese gilipollas santurrón ciertos asuntos.

Me he llevado una buena bronca por haberle hecho una cara nueva al tal Jeremiah (que tiene nombre de cura pederasta, y sé de lo que hablo porque conozco a más de uno), pero no me arrepiento. Dudo que me haya denunciado y, si lo hace, su cara ya no tendrá arreglo; este último pensamiento no lo he comentado con ella. Una cosa es la confianza y otra muy distinta ser tonto y buscarme problemas.

Cuando me he hartado de tanta cháchara la he amenazado con una mordaza y sexo mediocre, es decir, excitarla hasta ponerla en el disparadero y, cuando eso ocurra, apartarme y masturbarme hasta

correrme encima de sus tetas o directamente en su cara sin darle opción a más.

Milena se ha reído, ha recuperado el tapón anal y, tras limpiarlo, me ha dicho que puedo dormir tranquilo. Evidentemente he captado su ironía.

La cuestión es que me cuesta dormir, no por la velada amenaza de despertarme con algo metido en el culo, sino por lo que me ronda por la cabeza. Es extraño que no tenga sueño, porque tras el esfuerzo y el parloteo debería estar agotado.

Ella duerme a mi lado. Hace ya un rato que me ha dado la espalda, se ha acurrucado (con el tapón anal entre las manos) y me ha advertido que no la tocara hasta dentro de una semana. Bueno, seguramente antes de que amanezca se la meteré sin avisar y que luego proteste cuanto quiera.

Aunque esto no es lo que me preocupa, sino lo que está por venir. Recapitulemos.

Le he pedido que se case conmigo, pasando por alto que le he perdonado todos sus desaires (putadas) y que yo soy quien va a tener que cambiar su modo de vida.

Y no me refiero a los negocios, que eso es fácil. Me refiero a la idea de no volver a follarme a otra, porque dudo mucho que Milena acepte eso. Yo tampoco quiero verla follar con otros. La cuestión es que en mi puta vida me he planteado la monogamia. A ver, que alguien me lo explique.

¿Todos los días el mismo menú para comer? ¿Conducir siempre el mismo coche? ¿Vestir el mismo traje? ¿Ir de vacaciones al mismo sitio?

¿A que es un panorama desolador?

Pues bien, yo he asumido (no sé si lograré cumplirlo) follar siempre con la misma. Ojo, en estos momentos no me apetece hacerlo con ninguna otra y más si tenemos en cuenta que debemos recuperar el tiempo perdido y que dispongo de un variado catálogo de perversiones para no aburrirnos. Eso sí, para algunas, las más extremas, deberé convencerla. Aunque conociendo su innata curiosidad, tampoco será muy difícil, bastará con lanzar el cebo y que ella misma me lo pida.

La cuestión es, ¿qué ocurrirá cuando me aburra? ¿Cuando se me ponga por delante otra que me excite? Porque desde que me tiré a la

primera, nunca me ha preocupado ese aspecto. Si una mujer me la ponía dura, me la follaba y punto. Sin explicaciones, sin remordimientos.

Y luego está el asunto de vivir juntos. Día tras día lo mismo, compartir espacio, ver las miserias de cada uno. ¡No me veo yendo al supermercado y mucho menos empujando un puto carrito!

Tendré que encontrar una actividad, además de follar, que me libere tensiones, porque si no acabaré desquiciado, que me conozco.

Y ya no hablemos de la paternidad, eso me acojona. Si durante este tiempo he buscado a Milena con la excusa de mi hijo, ha sido por orgullo. No podía soportar la idea de que ella me la jugara; en cambio, ahora es real y tendré que ocuparme de él.

La miro de reojo, duerme tan tranquila mostrándome su culo. Es inevitable que estire la mano y se lo acaricie. Sonrío al acordarme de su apuro por haberse meado en el colchón. No me ha quedado más remedio que llamar a recepción y pedir que nos cambiasen las sábanas.

Se me ha puesto otra vez dura. Como si no me la hubiera chupado en el cuarto de baño, después de ducharnos tras habérsela metido por el culo, pero cuando me provoca, soy impredecible y Milena me ha soltado:

—Dame más, machote, no me dejes insatisfecha.

Es igual que echar gasolina a una hoguera y yo con ella estoy siempre encendido.

La he agarrado del pelo y, tras un beso brutal, he acabado poniéndola en el suelo a cuatro patas y metiéndosela sin miramientos, como un puto animal. Milena, además de disfrutar, porque si bien contenía sus gemidos al final ha gritado, me ha reconocido que echaba de menos mi vulgaridad.

Un cumplido un tanto extraño.

Y vuelvo a preguntarme: ¿cuánto me durará esto? ¿Cuándo buscaré a otra para satisfacerme?

Según Aniol, merece la pena. Joder, tendré que hacerle caso. El problema es que yo no soy como él. O, mejor dicho, nunca he sido como él hasta la aparición de Milena.

Sigo acariciándole el trasero, quizá debería follármela así, dormida, y que se despierte cuando ya no pueda negar que lo está disfrutando, pero en cuanto me muevo para colocarme en posición y

penetrarla desde atrás, ella se da la vuelta y me busca.

—Ezra... —murmura adormilada.

—¿Sí? —No tengo ganas de hablar, aunque Milena, en vez de subirse a horcajadas, se limita a enroscarse en mi cuerpo, dejándome el brazo aprisionado. Coloca una mano sobre mi pecho, a la altura del colgante que ahora llevo de nuevo.

—Dime la verdad...

Frunzo el cejo; que yo sepa, no se me ha escapado ningún pensamiento en voz alta e, incluso de ser así, ella estaba dormida. Mi intención no es mentirle, solo dejar ciertos temas en el tintero y ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Sobre qué —replico con cautela.

—Sobre nosotros.

«Pregunta trampa», pienso.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que esto no va a salir bien, que nos hemos dejado llevar.

—Joder...

—Que dentro de seis meses no me aguantarás y yo tampoco a ti —añade, y es inevitable tensarme.

—Duérmete —susurro, porque estas conversaciones, tras un reencuentro tan anómalo, solo pueden derivar en problemas.

—Que te odiaré con todas las ganas y te seré infiel. Y, claro, tú te follarás delante de mis narices a todas las chicas del club...

—Joder, Milena... —protesto, aunque sonrío mientras me acerco para besarla.

—Dímelo, anda, para que pueda dormir tranquila —insiste mimosa.

La beso, claro, y, tras hacerlo a conciencia, le doy el gusto:

—¡Qué coño seis meses! —gruño, colocándome encima para inmovilizarla bajo mi cuerpo—. Dentro de tres todo estallará.

—Hummm...

—No te soportaré y nos tiraremos los trastos a la cabeza. Volveremos a las andadas, a putearnos, a...

—Me vale —murmura, y tras darme otro beso me empuja para que ruede a un lado.

Como no me apetece luchar, me aparto y ella inmediatamente se acurruca junto a mí de tal forma que mañana me levantaré con el brazo molido.

—Menos mal —musito al ver que, con toda probabilidad, por esta noche se han acabado las chorradas.

—Ahora ya puedo dormir. Buenas noches, Ezra.

Rua Jorge de Freitas
Porto Santo (Portugal)
Una mañana cualquiera de julio
Varios años después

Cris

He conseguido muchas cosas en mi vida, pero detener el paso del tiempo sobre mi cuerpo no es una de ellas. Ni los contratiempos previsibles asociados.

Ahora mismo estoy tumbada en la cama sintiéndome vieja, y es que lo soy. Tener un hijo que hace nada ha llegado a la mayoría de edad y una hija que dentro de poco será una adolescente, son dos pruebas tangibles.

Cuando cumplí los cincuenta me deprimí y, aunque tengo un marido que me anima bastante, también es brutalmente sincero. Encima se conserva mejor que yo, claro que, para estar como él, yo debería beber cada mañana esa guarrada de batidos que se toma y hacer ejercicio con regularidad. Y paso.

Y ahora con mayor motivo.

No sé qué hora es y me da igual, porque mi vida es sencilla, no sigo horarios. Madrugo si me apetece caminar por la playa en completa soledad o me acuesto al amanecer si me he quedado en la terraza contemplando las estrellas.

A veces Ezra me observa desde la terraza y otras me acompaña, según tenga el día.

Un desorden que ayuda a liberar estrés y con el que todos estos años, desde que nos instalamos en Porto Santo, me he sentido a gusto.

Pero esto no es para siempre y lo sé desde hace dos semanas.

Oigo el ruido de la puerta, seguido de unas risas. Padre e hijo han llegado de hacer sus ejercicios. Están en la cocina y hablan en polaco. Odio que lo hagan porque no me entero de nada. No he sido capaz de aprender ese idioma. Tampoco es que lo haya intentado mucho.

Y eso que le pedí a Aniol que me enseñara, para sorprender a mi marido y de paso chincharlo un poco mientras James Bond y yo nos pasábamos buenos ratos conectados. No aprendí polaco, pero sí afiancé una amistad que se extendió a su mujer. Al final no pudieron ser padres de forma tradicional, aunque tienen dos niñas y un niño adoptados. Hicieron los trámites en el mismo orfanato donde se crio Ezra y yo, que me atreví a visitar ese lugar, pude comprender un poco mejor el carácter de mi marido.

No me apetece levantarme, pero también me intriga saber de qué hablan, así que, tras una parada rápida en el aseo, voy hasta la cocina, donde siguen ambos. Mi hijo frunce el cejo y su padre se ríe.

—¿Qué estáis tramando?

—Buenos días, mamá —dice Ezra dándome un beso en la mejilla, y veo que a su lado hay una pequeña bolsa de viaje y, para mayor mosqueo, su padre sonríe.

—¿Adónde te vas, si acabas de volver?

Ha empezado este año la universidad, por lo que apenas le he visto el pelo, y tras pasar unos días con sus amigos del equipo de ajedrez, ha venido a Porto Santo.

—Se va solo el fin de semana —apunta Ezra moviendo las cejas.

Aquí hay gato encerrado.

—¿Y por qué hablabais en polaco?

—Le estaba dando unos consejos —responde él, y Ezra hijo mira hacia otro lado.

—¿Sobre qué? —pregunto suspicaz.

—Mamá, por favor —interrumpe el joven, dejándome con la intriga.

—¿Sobre qué? —insisto.

—Sobre mujeres —contesta Ezra.

Me pongo alerta. Obviamente no porque a nuestro hijo le interesen las mujeres, algo lógico.

—Tu padre es el menos indicado para dar consejos sobre ese aspecto. No tiene lo que se dice un pasado recomendable.

—Mamá, ya sé a qué se dedicaba antes. La tía Jenica me lo ha contado.

—¡Genial! —exclamo con sorna—. ¿Y qué quieres saber?

—Ha quedado con una amiga este fin de semana —responde Ezra por él—. Para ya me entiendes...

Nuestro hijo se sonroja.

—¿Se trata de Tatiana? —Asiente—. Es una chica estupenda. Así que espero que tu comportamiento sea intachable y que no hagas caso ni a uno solo de los consejos de tu padre.

—A ver, tan malos no serán cuando tú estás con él —replica Ezra hijo.

—Es diferente; yo conocí a tu padre cuando ya era una mujer adulta, con experiencia para mandarlo a tomar viento, y en cambio Tatiana, igual que tú, es joven.

Y por si acaso no ha quedado claro, le hablo de que hay que ser paciente, no avasallar, escuchar, no precipitar las cosas..., en definitiva, conseguir que todo fluya y que ambos se sientan cómodos.

Padre e hijo me fulminan con la mirada. Por supuesto, me trae sin cuidado.

—Anda, toma. —Ezra le entrega las llaves de su deportivo.

—No tienes que impresionarla con coches caros, sino por tu forma de ser.

—Deja de decir estupideces, ese coche es un reclamo —me contradice mi marido, riéndose.

—De verdad, sois los peores padres del mundo —se lamenta Ezra; coge las llaves y se larga pitando, para evitarme.

Se va al cuarto de baño, para ducharse y cambiarse. Aparece quince minutos después hecho un pincel. Aunque no tiene que esforzarse mucho, igual que su padre tiene ese aspecto nórdico, ojos azules, aunque no tan fríos, y, sobre todo un acento que utiliza cuando le conviene para engatusar. Mira que me he esforzado en educarlo en la igualdad y el respeto, pero el padre desbarata cualquier plan, porque «las chorradas feministas arruinan el mundo», palabras textuales suyas.

Mi niño (sigo achuchándolo cuando me apetece) nos mira y se despide con rapidez, no quiere más sermones. Y le entiendo, a veces que una madre te hable de sexo es extraño. Espero que con mi hija todo sea más fácil. Siempre y cuando el padre no se ponga en plan controlador.

—Estarás contenta —me dice Ezra una vez a solas—. El chico se va a estrenar este fin de semana y tú soltándole bobadas sensibleras. Y que conste, si de mí hubiera dependido...

—Si de ti dependiera, ya le habrías buscado a dos amigas para

que aprendiera, seguro.

—Pues sí —admite sin un ápice de vergüenza.

Me acerco a la cafetera y, antes de que pueda colocar la cápsula, lo tengo pegado a mi espalda y besuqueándome el cuello.

—Oye, nosotros también vamos a estar solos el fin de semana; ¿te desvirgo? —pregunta burlón.

—Quita, que estás sudado —protesto, aunque nunca me ha molestado, porque cuando viene de hacer ejercicio me pone mucho; sin embargo, hoy no.

—Ven conmigo a la ducha, anda —sugiere sin soltarme e intentando subirme la camisola hasta la cintura para dejar mi trasero al aire.

—¡Ezra! —exclamo e intento resistirme, pero él se las ingenia para doblarme sobre la encimera y, como lleva pantalón deportivo, enseguida noto su erección pidiendo paso.

—Otra vez se ha bloqueado la puerta del gara... ¡Joder! —exclama nuestro hijo al pillarnos *in fraganti*—. ¡Joder! —repite, y se da la vuelta—. ¿Es que no podéis esperar ni cinco minutos?

—La culpa es de tu madre —replica Ezra riéndose, y me suelta.

«Menos mal que la barra de la cocina nos cubre», pienso.

—No me extraña que Milena esté deseando irse a vivir sola.

Sí, nuestra hija se llama Milena, una imposición de Ezra. Me quedé preñada en París y fue un embarazo de alto riesgo, complicado. Pero mereció la pena. Ahora está con su tía, pasando unos días, porque se lleva estupendamente con ella.

A veces Ezra se mosquea, pues piensa que terminará siendo lesbiana y yo, por supuesto, lo provoco diciendo que sí, que es contagioso. Y la verdad es que me da igual si mi hija elige una opción u otra. No es algo que me preocupe, no como a Ezra, que al final ha tenido que tragar con Jenica y ver cómo se casaba con otra mujer. Todavía le escuece.

A mí no, aunque mi cuñada aún no me soporta del todo, es bastante rencorosa. Menos mal que su mujer, Leire, es más tolerante.

—Llévate mi coche —le digo, porque yo lo aparqué en la calle.

—¿Cómo va a ir con esa mierda? —salta Ezra.

No obstante, a nuestro hijo le parece una idea estupenda, porque coge las llaves, que siempre dejo en la entrada, y sale escopetado.

—Venga, a la ducha —dice Ezra agarrándome de la mano—, que

en esta casa no hay privacidad.

Me lleva a rastras y, una vez en el cuarto de baño, cierra con el pestillo.

—No estoy muy animada —digo mientras miro cómo se desnuda.

—Tranquila, tu falta de lubricación la arreglo yo con la lengua —afirma, y pongo los ojos en blanco ante su sinceridad.

Y es que ya vengo notando desde hace tiempo que, a pesar de estar excitada, no me humedezco. Claro que a Ezra le da igual, porque tiene solución para todo; y no, no consiste solo en comprar lubricante.

Me quita la camisola y, de verdad, me gustaría sentirme más entusiasmada y no ser tan maleable en sus manos; sin embargo, acabo sentada bajo el chorro de agua y Ezra se arrodilla delante para ofrecerme una inigualable lección de sexo oral, combinada con manos expertas y masaje con el cabezal de la ducha.

Y maldita sea, consigue que mi escaso entusiasmo se vuelva voraz y termine jadeando bajo el agua, suplicándole más, hasta que Ezra, arrogante como él solo, me dice que no me corra, que quiere follarme bien.

Así que cambiamos posiciones; él se sienta en el banco de madera y yo, a horcajadas, me dejo caer sobre su erección y comienzo a menearme, a sentir la tensión previa al clímax y el placentero dolor cuando me pellizca los pezones.

—Joder, qué polvazo —murmura luego ayudándome a incorporarme.

Creo que ha exagerado, porque después de tantos años juntos y de probar perversiones inenarrables, echar un polvo debajo del agua es algo bastante suave. Pero con Ezra una no se aburre.

Salgo primero de la ducha, me envuelvo en una toalla y me quedo frente al espejo.

Él cierra el grifo y se sitúa a mi espalda. Frunce el cejo y me da un mordisco en el hombro.

—¿Qué cojones te pasa? —pregunta, y su tono es seco.

Aparto la toalla, miro mis senos en el espejo y replico:

—Me voy a operar las tetas.

—¿Qué? ¡Ni hablar!

—Se me están cayendo.

—Mira, no pienso chupar ni un gramo de silicona, ¿te enteras? Y es normal que se te caigan un poco, lo que me tiene mosca es que

estás muy delgada y, teniendo en cuenta que comes porquerías y que no haces apenas ejercicio...

—La edad —musito, y me sostiene los pechos desde atrás.

—¿Otra vez con eso? —protesta—. Joder, no me importa que ya no tengas el aspecto de cuando te conocí. Ya sé que la puta menopausia te tiene loca, pero maldita sea, que me da igual.

—No es la menopausia —digo, pese a que en parte sí lo es.

—Oye, dentro de unos días vendrá mi hermana con sus hijas —contesta haciendo una mueca, porque no termina de aceptar que Jenica y Leire hayan adoptado a dos niñas—. No tendremos ni un puto minuto de tranquilidad, aprovechemos ahora. Pero antes dime qué coño te pasa.

Respiro hondo.

—Mi cuerpo ya no es el que era...

—Joder, ya lo sé —rezonga molesto, sujetándome de las caderas —. ¿Y...? Te estás haciendo vieja, asúmelo, no pasa nada —dice, y nuestras miradas se encuentran en el espejo.

—Gracias por tu sinceridad —mascullo, e intento cubrirme, aunque Ezra no me lo permite. Ambos seguimos desnudos y mojados tras la ducha.

—Sé que algo te pasa. He sido paciente, pero o me dices qué ocurre o...

Me doy la vuelta con brusquedad. En otras ocasiones su tono amenazante me resulta divertido e incluso excitante. Me gusta rebatirlo, no obstante hoy no me produce ninguna sensación agradable.

—Antes tienes que prometerme una cosa...

—Espero que no tenga nada que ver con Milena, ya sabes que soy inflexible.

Es megaprotector con su hija.

—No, es sobre mí, Ezra —susurro, y giro la cabeza a un lado para evitar sus ojos, que, pese al paso de los años, son igual de fríos.

Me sujeta de la barbilla, obligándome a mirarlo, y ordena:

—Dímelo de una puta vez.

—Hace un mes fui a una revisión médica, lo normal, y me hicieron pruebas. Ya tengo los resultados —digo en voz baja, e intento apartar la mirada, aunque él no me lo permite.

—¿Y...?

—Tienes que prometerme que, llegado el momento, me ayudarás a morir con dignidad.

Ezra, nada más escuchar mis palabras, me zarandea y me mira como si quisiera estrangularme.

—¿Qué cojones estás diciendo? —pregunta con su tono más peligroso.

—Me han diagnosticado cáncer de páncreas —digo con un hilo de voz, y no, no voy a llorar.

Ya lo hice el día de la consulta, cuando me quedé más de tres horas sentada en el coche, con el móvil apagado, intentando asimilar la noticia y regresar a casa como si nada, para que ni Ezra ni Milena se dieran cuenta.

Pero es obvio que he fracasado, porque mi marido se ha dado cuenta de que algo no va bien.

—¿Desde cuándo lo sabes? —inquiere molesto, y apoya las manos en la encimera del lavabo, cerniéndose sobre mí e impidiendo que pueda marcharme.

—Dos semanas —murmuro.

—¡¿Dos putas semanas sin decírmelo?! —me grita.

—¡Tú tampoco me cuentas todo lo que haces! —replico molesta por su tono.

En teoría íbamos a ser sinceros el uno con el otro. En teoría lo hemos sido. No obstante, yo sé que él me ha mentido. No abandonó sus negocios chungos, es decir, el club, tan rápidamente como me hizo creer. No sufrí pensando en que podía follarse a otra, nunca tuve celos, lo que me jorobó fue saber que continuaba explotando a mujeres.

También sé que algunos de sus viajes de negocios son para tratar algunas cosillas turbias, aunque apenas se va dos o tres veces al año y, si soy sincera, es mejor así, de otro modo se sentiría agobiado. Hay hábitos muy difíciles de cambiar.

Durante algunos de esos viajes aprovecho para que me visiten amigas. Olesia e Irenja han estado aquí, conmigo, disfrutando de este paraíso. Les va genial y cuando me contaron que Ezra les dio una generosa indemnización, me eché a llorar, las abracé y me sentí satisfecha, porque al menos, después de todo, algo bueno había quedado.

Por supuesto, nunca le he mencionado que sé esto a Ezra, para

que su aura de malote no se vea afectada.

La visita de mis amigas no es la única que recibo. Mi ex, el comisario, es otro de mis buenos amigos. Conozco sus idas y venidas, como que se divorció de nuevo y que ahora, a punto de retirarse, vive con una chica a la que le lleva quince años. Ya veremos cómo acaba esa relación, yo no apuesto por ella.

También le mentí a Ezra cuando le prometí que viajaría a Nueva Zelanda únicamente para arreglar los papeles del divorcio y en cambio tuve una larga conversación con Jeremiah y le pedí disculpas por la paliza recibida, aunque también le recriminé sus mentiras, por supuesto. Como santurrón que es, me echó en cara que yo le hubiese destrozado el futuro. Nunca hemos vuelto a vernos. Mi hijo preguntaba por él y fue complicado explicarle que ese señor al que había llamado «papá» ya no podía (quería) verlo.

—¿Cuándo empiezas el tratamiento?

—Estoy en fase tres —respondo, como si eso lo explicara todo.

—Y por lo que veo has tirado la toalla —me recrimina.

—No voy a pasar mis últimos días de vida consumida por un tratamiento agresivo que me dejará sin fuerzas —afirmo, porque es algo que he meditado mucho—. Por eso te pido que, llegado el momento, me ayudes a morir.

—¿Y nuestros hijos? ¿Lo saben?

Contengo las lágrimas. Si esto es duro para uno mismo, el dolor se multiplica por mil cuando sabes que vas a dejar a tus hijos mucho antes de lo previsto. Y aunque sé que tienen un padre que los apoyará y cuidará, no es lo mismo.

—No, se lo diré cuando...

—Cuando estés a punto de palmarla, ¿no? —me espeta con su brutal sinceridad, y se aparta.

—Es lo mejor.

—Ya, y cuando dices que te ayude a morir...

—No quiero ser un vegetal enchufado a máquinas.

—¡Si quieres te pego un tiro yo mismo! —explota.

Da un golpe con el puño a la puerta, dejando la marca. Le entiendo, yo también quise sacar la rabia y la impotencia a golpes; en cambio decidí aceptar la situación.

Cojo un albornoz y me lo pongo. Ezra no deja de blasfemar en polaco.

—Vas a empezar un tratamiento —ordena mientras me desenredo el cabello. Niego con la cabeza y él me quita el peine para ocuparse personalmente de peinarme—. Irás a rastras si hace falta.

—Más del noventa por ciento de las personas diagnosticadas de este tipo de cáncer mueren el primer año.

—Pues tú vas a estar en el otro grupo, de eso me encargo yo —asevera.

Sonrío de medio lado, es admirable su determinación. Y la agradezco, aunque sé que es del todo inútil.

—Tengo muy claro que prefiero quedarme en esta casa, Ezra. En el que ha sido mi hogar estos años y donde he sido feliz. Me limitaré a drogarme con lo que sea preciso para no sufrir y, en cuanto la situación se vuelva insostenible..., tú me ayudarás.

Por primera vez desde que lo conozco noto algo en sus ojos parecido a una lágrima, que se limpia con el dorso de la mano.

—Joder... —gruñe, y echa la cabeza hacia atrás para inspirar hondo.

—Prométemelo, Ezra —susurro al tiempo que me acerco a él para abrazarlo—. Prométemelo.

Nos quedamos así, en el cuarto de baño, en silencio, abrazados. Me da igual si son dos minutos o veinte.

—¿Sabes lo que vamos a hacer hoy? —pregunta acariciándome la espalda.

—Dime.

—Te vas a poner uno de esos vestidos con los que no usas sujetador, que te dejan la espalda al aire, y vamos a ir a navegar —propone, algo que no me apetece lo más mínimo.

—Prefiero quedarme en casa.

—En cuanto estemos lo suficientemente alejados de la costa y de los turistas, nos tumbaremos en la cubierta, desnudos, a pasar el día.

—La tripulación puede verme desnuda y eso te cabrea, sin olvidar que no puedo exponerme al sol sin acabar como una gamba a la plancha —replico sin soltarme de él.

—A quien se le ocurra mirarte desnuda, le meto un tiro entre ceja y ceja y por el sol, tranquila, para eso está el toldo.

Respiro y me aparto un poco para mirarlo. Ezra me acaricia la mejilla y me da un beso tan brutal como sincero.

—Vale. Entonces me apunto a la excursión.

Penúltima nota de la autora

Vuestra ingenuidad me sigue sorprendiendo.

¿Pensabais que ya estaba todo resuelto? ¿Que os había mentido y por tanto tendríais ese final feliz que tanto os gusta?

Va a ser que no, lo siento.

Imaginad que, tras mil vicisitudes, ahora de repente todo es idílico, maravilloso. ¿No quedaría un tanto forzado?

A Ezra y a Cristina les he dado unos años para que disfruten, pero ha sido una prórroga, nada más.

Desde el principio de esta aventura dejé claro que no existía la posibilidad de una historia romántica al uso.

La vida real da segundas oportunidades, aunque, por desgracia, también te las quita.

Ahora bien, no soy tan mala y por eso yo dejo aquí la historia. En vuestras manos queda el final perfecto. Tenéis mi beneplácito para imaginar el resto.

He cambiado de opinión...

Última nota de la autora (palabra)

Como habréis imaginado, un tipo como Ezra no se iba a quedar cruzado de brazos, asumiendo algo que para él es inconcebible. Así pues, no queda más remedio que escribir el epílogo.

Os había dado permiso para que cada cual imaginase el desenlace, pero he cambiado de idea y lo voy a hacer yo, porque no quiero moñadas y/o pasteladas en esta historia.

Pues bien, vamos allá.

Seguid leyendo.

Epílogo

Consulta del doctor Rodrigues
Porto Santo (Portugal)
Una bonita mañana de enero

—¡Ezra, cálmate! —exclama Cristina cuando me ve ponerme de pie con intenciones evidentes de pegarle una paliza al médico.

Si estamos aquí es porque necesito hacerle pagar a este malnacido todo el dolor y la angustia que he pasado por su culpa. En teoría quería venir solo a encargarme del asunto, pero Cristina se ha enterado y me ha seguido, jodiéndome el plan.

—¿Que me calme? —siseo, y lejos de hacerle caso voy a por el cabrón del doctor Rodrigues, al que agarro del cuello y obligo a incorporarse.

—Señor Wozniak, como le he explicado...

Le calzo la primera hostia y lo empujo contra la pared para tenerlo inmovilizado.

—¡Suéltalo! —grita ella tirando de mi brazo; sin embargo, es tal la rabia que siento, que de alguna manera he de resarcirme.

—Te voy a dejar hecho un guiñapo, cabrón hijo de puta —le espeto con toda la rabia y el dolor que he soportado en silencio los últimos seis meses.

—Todo fue un lamentable error —repite atemorizado.

—Un error —mascullo sin aflojar ni un ápice

Y es que cuando Cristina me contó que le habían diagnosticado un cáncer en fase irreversible, lejos de aceptarlo y ver cómo se iba apagando, la cogí por banda y, pasándome por el forro sus peticiones de que la dejara tranquila y que la ayudara a morir, la llevé a la mejor especialista mundial para que la tratara.

Ella se negó y hasta me dio plantón justo cuando estábamos a punto se subir al avión, pero la engañé y viajamos a Cuba. Antes me había informado de los tratamientos posibles y todos indicaban que,

con un poco de suerte, viviría un año; sin embargo, había una doctora que estaba probando un tratamiento experimental y pensé: «No me queda otra».

—Sí, señor Wozniak. Y no se imagina cuánto lo lamento —contesta el hijo de puta, que a partir de hoy tendrá que comer sopa, porque no le voy a dejar un diente en su sitio.

Y no será el único, me encargaré de arrasar con toda la plantilla y dejar la consulta igual que si hubiera pasado un tornado.

—Ezra, por favor, no seas cazurro y déjalo en paz —insiste ella tirando de mí.

La miro por encima del hombro, aún tiene los ojos enrojecidos de llorar cuando de nuevo ha escuchado la verdad de boca del doctor Rodrigues. Supongo que serán más difíciles de borrar las huellas de tantas noches despierta, hablando con nuestros hijos para poder estar todo el tiempo posible juntos.

Confieso que los escuchaba a escondidas, con un nudo en la garganta ante la entereza de Cristina asumiendo su destino y pidiéndoles a ellos que cuidaran de mí y no me dejasen hacer tonterías.

—Ni hablar, este hijo de siete putas no va a volver a ejercer en su jodida vida —afirmo, y le arreo un puñetazo.

Lástima no haberme traído una semiautomática para rematar la faena.

El médico se mea encima e intenta llevarse la mano a la nariz, que le sangra, pero no se lo permito. Lloriquea y, de verdad, qué asco y qué poco aguante.

—¡Ya está bien! —dice Cristina, y se coloca de tal forma que protege al imbécil, impidiéndome atizarle de nuevo.

—Aparta —le ordeno.

—No, Ezra —me contradice—. Yo he sido la principal afectada y por tanto quien decide si debo o no tomar represalias.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —me espeta con chulería.

—Estos últimos seis meses han sido un puto infierno, nuestros hijos y yo viéndote sufrir, pensando lo peor, y todo porque este caraculo confundió dos historiales, ¿y pretendes que no haga nada?

—Exacto —afirma, y, en serio, a veces no la entiendo—. Bien está lo que bien acaba.

Hace una semana regresamos a Porto Santo después de haber permanecido en Cuba tres meses, en los que le realizaron todo tipo de pruebas (repetidas veces), arrojando siempre el mismo resultado: ni rastro de cáncer. De ningún tipo.

Por eso solicité ver al doctor Rodrigues, que fue quien se lo diagnosticó, para partirle la cara y quemarle la consulta. Porque lo que hemos vivido estos meses no se lo deseo a nadie. Nuestros hijos abandonaron sus estudios para mudarse con nosotros y estar con Cristina. Yo, a duras penas aguantándome las ganas de derrumbarme delante de ella y buscando válvulas de escape a escondidas (como patear el saco de boxeo hasta quedar exhausto o vaciar el cargador de mi semiautomática en zonas deshabitadas).

—No, no es así. Porque a saber a cuántas personas les ha jodido la vida con sus meteduras de pata.

—Fue uno de los becarios —apunta con un hilo de voz el médico.

Cristina me empuja para que me aparte y lo ayuda a sentarse.

—Dime el nombre —exijo, porque también se va a llevar lo suyo.

—No te va a decir nada, porque esto se acaba aquí —interviene ella mirándome y diciéndome con los ojos que me comporte.

—Señor Wozniak, no lo denunciaré —asegura el doctor Rodrigues, como si fuera a atreverse a hacerlo.

Lo fulmino con la mirada y le aprieto un poco más la garganta, para que comprenda con un solo gesto las consecuencias de denunciarme.

—Quien te va a denunciar soy yo, cabrón —afirmo muy serio—. Ya que no te puedo dejar la cara como te mereces, me encargaré de hundir tu carrera.

—Lo siento —repite él, como si con eso lo arreglara todo.

—¿Y qué ha ocurrido con la otra persona, la que sí estaba enferma?

—Murió —dice en voz baja.

—Solo por eso mereces que te ahorquen —asevero—. Pero como no será posible, ahora mismo vas a transferir la cantidad que yo considere oportuna a la familia de esa víctima, ¿estamos?

El doctor Rodrigues asiente y dejo que se sitúe frente a su ordenador. Le hago un gesto y accede a su cuenta bancaria. Como me conozco las maniobras, veo el saldo (ridículo) de su cuenta y le ordeno:

—Todo y busca más.

—Ezra, tú no eres un juez para hacer esto —me regaña Cristina.

—El doctor Rodrigues sabe lo que le conviene.

Es consciente de que no le queda otra opción, así que accede a otra cuenta en la que hay mucho más dinero. Sonrío, qué hijo de puta. Le doy una colleja para que haga otra transferencia y cuando compruebo que está finalizada, me inclino para advertirle:

—Te voy a vigilar, cabrón. Así que mucho cuidado con lo que haces a partir de ahora.

Cristina me agarra de la muñeca y tira de mí para que abandonemos la consulta. Caminamos en silencio hasta el coche y, una vez en la calle, me espeta:

—No vas a hundir la carrera de nadie, ¿de acuerdo?

Me peino con los dedos y suelto un par de juramentos, porque va lista si cree que me voy a conformar con una disculpa.

—Ya veremos.

—Ezra, lo digo en serio.

—Y yo.

—Lo que pasa es que echas de menos ser un mafioso y necesitas ejercer de vez en cuando —me regaña.

—No lo niego —admito—. Sin embargo, hoy he hecho una buena obra.

—¿Y por qué no te vas a jugar a los malos con Aniol?

—Porque es un jodido padre de familia aburrido. Y porque ese medicucho nos ha jodido la vida y yo no perdono, ya lo sabes.

Resopla y niega con la cabeza.

—Ya está, se acabó. Un becario mal pagado mezcló dos historiales. Eso ocurre y, mira, lo siento por la persona que falleció..., pero alégrate por mí, joder...

—Ya, claro. Si por ti hubiera sido, aún estaríamos en casa, sin mover un dedo, pensando en cuándo te morirías, destrozando de paso mi vida y la de nuestros hijos.

—Si con esa afirmación pretendías ser romántico, has fracasado —me replica, mirándome con una ceja arqueada.

—No he sido un puto romántico en mi vida y no vas a ser tú la primera mujer que lo consiga —digo, y me acerco hasta tenerla aprisionada entre mi cuerpo y la carrocería del coche.

Estamos en una calle bastante concurrida, a media mañana, pero

me importa una mierda, porque la deseo y se lo demuestro con el beso más brutal que le he dado en mucho tiempo.

—Mmmm... —ronronea, y me rodea el cuello con los brazos—. En el fondo eres un sentimental.

—Te la voy a meter a fondo, que no es lo mismo —la corrijo, y se echa a reír.

—Qué malote —se guasea.

—Ahí tienes otro motivo por el que le he partido la cara al médico, porque sé que te pone cachonda mi lado chungo —afirmo, mirándola fijamente, y ella, si bien disimula, sabe que tengo toda la razón.

—Puedes ser malo sin pegarle a nadie.

—Es verdad, vamos a casa...

—No estamos solos...

—Joder... —mascullo, porque tanto Ezra como Milena viven con nosotros.

Ya conocen las buenas noticias, pero aún no han retomado sus vidas. Lo harán en breve. Y si bien me encanta que estén aquí, hoy me gustaría perderlos de vista.

—Llévame a un hotel —sugiere Cristina mimosa, jugando con el cuello de la camisa.

—Vale —acepto, y la beso otra vez con ganas, verdaderas ganas, porque en estos meses apenas la he tocado por miedo a hacerle daño y ella, afectada anímicamente, tampoco estaba por la labor.

Un motivo extra para ir a por ese imbécil de Rodrigues.

Darse el lote en plena calle con la mujer con la que llevas años era impensable en una época en la que, rodeado de mujeres, solo tenía que chascar los dedos y tenía a mi disposición un variado ramillete de chicas para satisfacerme. Admito que esto de la monogamia ha sido difícil, pero no imposible. Cuidado con el matiz, porque tentaciones las ha habido y muchas. Y he estado a punto de sucumbir, aunque por suerte paraba a tiempo.

—Antes prométeme que no te vengarás de nadie —me exige con voz seductora, como si eso me convenciera.

—De acuerdo —miento, y la agarro del culo. Joder, qué ganas tengo de follármela sin miramientos.

—Ezra...

Bueno, dejaré que se enfríe el tema del médico, porque ahora

debo ocuparme de otro asunto mucho más caliente.

Referencias a las canciones

Alfama, ℗ 1995 Parlophone Music Portugal, interpretada por Madredeus.

Amar pelos dois, ℗ 2017 Framboesaealecrim, bajo licencia de SME Portugal, interpretada por Salvador Sobral.

Canção do mar, ℗ 2010 Galileo Music Communication, interpretada por Dulce Pontes.

Coisas pequeñas, ℗ 1997 Parlophone Music Portugal, Lda, interpretada por Madredeus.

Chicas Malas, ℗ 2001 Sony Music Entertainment Netherlands, interpretada por Mónica Naranjo.

En el punto de partida, ℗ 1989 Parlophone Music Spain, interpretada por Rocío Jurado.

Enamorada, ℗ 2000 Sony Music Entertainment Netherlands, interpretada por Mónica Naranjo.

Fuego, ℗ 2018 A-P Records / Panik Records, bajo licencia de Sony Music Entertainment Sweden, interpretada por Eleni Foureira.

Medo, ℗ 2005 Warner Music Portugal, bajo licencia exclusiva de Taberna da Música, interpretada por Mariza.

Seguiré sin ti, ℗ 2000 Sony Music Entertainment Netherlands, interpretada por Mónica Naranjo.

Te extraño, ℗ 1991 Warner Music Netherlands, interpretada por Luis Miguel.

Y no me importa nada, ℗ 1989 Publicado por Parlophone Music Spain, interpretada por Luz Casal.

Y tú te vas, ℗ 1975 Hispavox, interpretada por José Luis Perales.

En el punto de partida. Ice Star, 2
Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Leshchenko Dmytro / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-08-26452-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!